

**COMUNISMO Y LITERATURA EN CENTROAMERICA: TRES FANTASMAS EN EL
SIGLO REVOLUCIONARIO 1932-1990**

by

Gerardo Aguilar Molinari

BA, Universidad de Costa Rica, 2008

MA, Texas Tech University, 2011

Submitted to the Graduate Faculty of the
Dietrich School of Arts and Sciences in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Doctor of Philosophy

University of Pittsburgh

2015

UNIVERSITY OF PITTSBURGH

Dietrich School of Arts and Sciences

This dissertation was presented

by

Gerardo Aguilar Molinari

It was defended on

November 10, 2015

and approved by

Dr. John Beverley, Distinguished Professor, Department of Hispanic Languages and
Literatures

Dr. Juan Duchesne Winter, Professor, Department of Hispanic Languages and Literatures

Dr. Lara Putnam, Professor, Department of History

Dissertation Advisor: Dr. Áurea María Sotomayor Milette, Professor, Department of Hispanic
Languages and Literatures

Copyright © by Gerardo Aguilar Molinari

2015

**COMUNISMO Y LITERATURA EN CENTROAMERICA: TRES FANTASMAS EN
EL SIGLO REVOLUCIONARIO 1932-1990**

Gerardo Aguilar Molinari, PhD

University of Pittsburgh, 2015

There is a history and there is a story about Central American revolutions in the 20th century. This dissertation focuses on the story of Central American communism between 1932 and 1990. The first question to answer is: What means should be use to reconstruct this story? The answer is revolutionary literature. To successfully trace these historical events, I have come up with a corpus of numerous cultural texts that can be classified as testimonies, novels and political essays. It is important to point out that, in the specific case of Central America, revolutionary experiences were collected in an unsystematic way by grassroots intellectuals from the various communist movements using writing styles that belong in one way or another to the literary tradition. Ultimately, many writers who will be studied as part of this research project were also political activists themselves. The essential literary texts to be studied, though not the only ones, are the following: the testimony, *Miguel Mármol* (one of the founding members of the Salvadorian Communist Party), collected by Roque Dalton, a poet and revolutionary from El Salvador who was assassinated in 1973. Also, the narratives that are part of what is known as the “Banana Literature Cycle” in Central America, *Bananos y hombres* by Carmen Lyra, *Mamita Yunai* by Carlos Luis Fallas, both Costa Rican writers, and *Prisión Verde* by the Honduran author, Ramón Amaya Amador. These texts address the subhuman living and working conditions suffered by Central American workers of the United Fruit Company. Lastly, two compilations of political essays written by guerrilla leaders. Specifically, *Bajo la bandera del sandinismo* by

Carlos Fonseca Amador, a founding member of the Sandinista National Liberation Front (Nicaragua) and *Los fusiles de octubre* by Mario Payeras, a founding member of the Guerrilla Army of the Poor (Guatemala). The central aim of this undertaking is to conduct a critical assessment of the historical and cultural forms of the communist project in Central America and to engage in the ongoing 21st century discussion on the relevance, or not, of thinking communism once more as a horizon for collective human activity.

INDICE

1.0	INTRODUCCIÓN	8
1.1	LA TOTALIDAD COMO MÉTODO Y LA HISTORIA COMO IMAGEN-AURA.....	14
1.2	COMUNISMO EN EL SIGLO XXI	22
2.0	EL PRIMER FANTASMA COMUNISTA: LOS CAMPESINOS Y LA INSURRECCIÓN (EL SALVADOR).....	36
2.1	UN BILDUNGSROMAN REVOLUCIONARIO	48
2.2	LAS CONTRADICCIONES SE ACUMULAN.....	59
2.3	EXPLOTA LA INSURRECCIÓN Y LA MUERTE SE PROPAGA	77
3.0	EL SEGUNDO FANTASMA COMUNISTA: LOS PROLETARIOS SE ORGANIZAN EN LA SELVA (COSTA RICA Y HONDURAS).....	93
3.1	LA EXPANSIÓN DE LOS PULPOS CAPITALISTAS	96
3.2	EL TRABAJO COMO DOLOR	107
3.3	SACRIFICIO MÁXIMO	134
4.0	EL TERCER FANTASMA COMUNISTA: LA GUERRILLA ARMADA Y MESIÁNICA (NICARAGUA Y GUATEMALA)	159
4.1	ÉPICA DE UNA VICTORIA REVOLUCIONARIA	169
4.2	LA GUERRILLA SE ENCUENTRA AL <i>NAGUAL</i>	204

4.3	LO QUE NO AVANZA, RETROCEDE	233
5.0	CONCLUSIONES.....	241
5.1	REVOLUCIÓN DESDE ABAJO.....	247
5.2	HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA	251
5.3	INSTIGADORES CONSCIENTES Y ORGANIZADOS	258
6.0	BIBLIOGRAFÍA.....	266

1.0 INTRODUCCIÓN

Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estudiar los cambios experimentados por la conciencia de las masas en épocas de revolución. Las clases oprimidas crean la historia en las fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de las ciudades. Más no acostumbran a ponerla por escrito. Los periodos de tensión máxima de las pasiones sociales, dejan, en general, poco margen para la contemplación y el relato. Mientras dura la revolución, todas las musas, incluso esa musa plebeya del periodismo, tan robusta, lo pasan mal. A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada, ni mucho menos. Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados. Pero, puestos a la luz de los acontecimientos, estos testimonios fragmentarios permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico.
(León Trotsky: *Historia de la Revolución Rusa*)

Propongo una operación sencilla: narrar la historia de la revolución centroamericana a través de la literatura. Dicho de otra forma, organizar y analizar en un modelo de desarrollo histórico los textos literarios centroamericanos que se ocuparon de la presencia del fantasma comunista en la región. Nos aproximaremos a los procesos políticos de la época más revolucionaria de la historia centroamericana 1932–1990 usando como objeto de estudio la literatura. Existe una relación entre comunismo y literatura en Centroamérica que ya había sido percibida con anterioridad y que queda registrada por Beverley y Zimmerman. En Centroamérica durante el transcurso del siglo XX –a diferencia de, por ejemplo, Europa o Estados Unidos, los centros neurálgicos del capitalismo moderno– la síntesis general de la vida intelectual no se formalizó en sistemas filosóficos, bibliotecas, museos, universidades o en un *establishment* técnico científico, sino que fue elaborada a través de una esfera literaria pública más o menos informal, cuyas formas prevalentes han sido los periódicos, editoriales, manifiestos, cartas,

testimonios, memorias, novelas, cuentos y poesía (37). Es decir, frente a la ausencia de otros discursos que posibilitaran formalizar las experiencias revolucionarias, como la historia o la filosofía, los intelectuales centroamericanos de izquierda echaron mano de las formas literarias y produjeron toda una textualidad que se articuló con los procesos históricos concretos de diversa forma. Así, una de las maneras en que el comunismo se hizo presente en Centroamérica fue mediante una serie de textos que expresaban el pensamiento político radical de la región. Esto implica entonces, que en el esfuerzo de reconstrucción de la historia y de las ideas comunistas centroamericanas, la literatura ocupa un lugar determinante y se convierte en una de las fuentes más prolíficas de información al momento de pensar un balance crítico de estas experiencias políticas de emancipación.

Una parte significativa de mi esquema conceptual deriva de algunas de las ideas y formas propuestas por Alain Badiou, en *El Siglo*, y la idea fundamental que me interesa recuperar es la siguiente:

Yo podría decir con toda razonabilidad, por ejemplo: el siglo comienza con la guerra de 1914-1918, guerra que incluye la revolución de octubre de 1917, y termina con el derrumbe de la URSS y el final de la Guerra Fría. Es el pequeño siglo (75 años), fuertemente unificado. El siglo soviético, en suma. Lo construimos por medio de parámetros históricos y políticos completamente reconocibles y clásicos: la guerra y la revolución. Guerra y revolución reciben aquí el calificativo de “mundiales”. El siglo se articula en torno de dos guerras mundiales, por un lado, y del origen, el despliegue y el hundimiento de la llamada empresa “comunista” como empresa planetaria, por el otro.

(12)

A mi parecer, Badiou invita a pensar el siglo XX esforzándose en comprender cuál fue su movimiento real, la sucesión de sus tensiones, las energías por resolver las contradicciones de todo tipo que lo atravesaban. Mi intención es asumir el proyecto desde las coordenadas específicas de una región en concreto, en este caso como ya he señalado, Centroamérica. Así las cosas, la pregunta inicial es la siguiente: ¿Cuáles serían los límites temporales de la empresa comunista centroamericana? Propongo como fecha de inicio lo que ha pasado a ser conocido como *La Matanza de 1932 en El Salvador* momento histórico en que una insurrección campesina, parcialmente apoyada por el recién fundado Partido Comunista, desembocó en una represión sangrienta –alrededor de 30 mil muertos– llevada adelante por el ejército en manos del general golpista Maximiliano Hernández. Como fecha de cierre propongo 1990, en lo que coincidiría con el esquema de Badiou, aunque por mis intereses personales el foco sería la derrota electoral de los sandinistas por la oposición liderada por Violeta Chamorro, lo que los obliga a entregar el poder. Antes de 1932 en Centroamérica la hipótesis comunista –vinculada a los acontecimientos globales del siglo XX– no tiene forma aún, y después de 1990 con los tratados de paz y la restauración neoliberal su derrota es definitiva. Quisiera definir mi objeto de estudio entonces como *el pequeño siglo XX centroamericano*.

Me interesa ir concretando algunos aspectos generales de esta historiografía literaria del comunismo centroamericano, tal como existió entre los años de 1932 a 1990. La primera secuencia político literaria a estudiar en este trabajo es la que corresponde al origen del comunismo en Centroamérica, génesis determinada por los eventos del 32 en El Salvador, aunque no serán los únicos textos que tomaré en consideración, los ejes de esta aproximación serán el testimonio de Miguel Mármol, miembro fundador del PC salvadoreño, recogido por

Roque Dalton en Praga a finales de los 60 y titulado *Miguel Mármol y los sucesos de 1932 en El Salvador* (1972), así como la novela de Claribel Alegría y Darwin Flakoll *Cenizas de Izalco* (1967). Además de establecer 1932 como fecha de inicio de la empresa comunista centroamericana, me interesa en este trabajo valorar las implicaciones de la gesta de Sandino como preámbulo antiimperialista de los subsiguientes desarrollos revolucionarios en la región. Se trata entonces de reconectar la *prehistoria* de la empresa comunista centroamericana con el posterior avance del acontecimiento de la Revolución Sandinista de 1979¹. En “La idea del comunismo”, Alain Badiou anota lo siguiente: “Porque todos estos nombres simbolizan históricamente, en forma de un individuo, de una pura singularidad del cuerpo y del pensamiento, la red a la vez rara y preciosa de las secuencias fugitivas de la política como verdad” (27). En cierta forma, la secuencia política que enciende la chispa revolucionaria durante el siglo XX centroamericano tiene dos nombres propios: César Augusto Sandino y Farabundo Martí. Hay muchas latencias que surgen del solo hecho de hacer estas menciones personales. Es sabido que Martí fue secretario personal de Sandino y que posteriormente tuvieron una ruptura en apariencia motivada por la filiación marxista de Martí y las reservas de Sandino de avanzar más allá de un programa nacionalista-antiimperialista. Para el momento de los sucesos de 1932, ya Martí estaba vinculado a la III Internacional Comunista. Es posible entonces pensar la relación entre estos dos dirigentes como una sinécdoque política del tránsito ideológico que se gesta en los 30 desde el nacionalismo-antiimperialista, que fundamentaba las luchas de liberación nacional, hacia el marxismo en Centroamérica.

1 Pienso el análisis de Sandino de dos formas distintas. Una primera de carácter directo a través de la compilación de textos del guerrillero nicaragüense editada como parte de la Biblioteca Ayacucho por Sergio Ramírez que sigue la edición de *El pensamiento vivo* publicada por la Editorial Nueva Nicaragua en 1984. Una segunda de carácter indirecto través de la reconceptualización que de éste hace Carlos Fonseca Amador, fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), en gran parte de su textualidad.

La segunda secuencia tiene dos momentos fundamentales. La Gran Huelga Bananera del 34 en contra de la United Fruit Company en Costa Rica, una de las primeras manifestaciones históricas conscientes de la clase trabajadora agrícola centroamericana en posición proletaria. Para narrar este primer momento utilizaré tres textos escritos por autores costarricenses, que en orden cronológico, son los siguientes: *Bananos y hombres* de Carmen Lyra (1931), *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas (1941) y *Puerto Limón* de Joaquín Gutiérrez (1950)². Examinó también la Huelga Bananera del 54 en Honduras, uno de los episodios fundamentales de la historia de la lucha de clases en este país y para recorrer narrativamente este segundo momento, propongo dos textos, uno escrito por Ramón Amaya Amador, la conocida novela *Prisión Verde* (1945), así como la menos conocida novela *Barro* de Paca Navas de Miralda (1951). Esta segunda secuencia política viene a ser la del ascenso de la organización proletaria, sobre todo rural, en la región, que tuvo como puntos máximos de desarrollo las luchas entabladas en contra del capital transnacional encarnado en la United Fruit Company. Todos estos textos acá propuestos forman parte de ese constructo que la historiografía literaria ha denominado *ciclo de la novela del banano*. Así, una de las experiencias más trans-centroamericanas de lucha fue la que se libró dentro de las plantaciones bananeras y esta experiencia tuvo a su vez una manifestación literaria que quedó expresada en la serie textual mencionada. Habría que recordar, que de forma más o menos directa, los escritores de estas novelas fueron también protagonistas de los eventos que luego pasan a relatar.

La tercera y última secuencia político literaria es aquella que inicia en Centroamérica bajo el influjo de la Revolución Cubana de 1959 y que tuvo como forma organizativa privilegiada a la guerrilla. En gran medida, esta nueva comprensión de las tareas revolucionarias

² Todos ellos fueron importantes dirigentes comunistas costarricenses, incluso Carmen Lyra fue miembro fundador del PC y en gran medida la más importante pedagoga dentro de la organización.

se constituyó como la negación de las formas previas vinculadas a los Partidos Comunistas y la dirección de la III Internacional controlada desde Moscú. Como es sabido, las formas de organización guerrillera ocuparon el lugar hegemónico en el desarrollo de la lucha de clases en la región en la segunda mitad del siglo XX, especialmente en Guatemala, Nicaragua y El Salvador. En este trabajo propongo entonces recuperar la escritura ensayística de dos escritores, que también fueron guerrilleros centroamericanos. Para el caso guatemalteco manejaré como materiales de estudio dos compilaciones de ensayos de Mario Payeras. *El trueno en la ciudad* (1987) y *Los fusiles de Octubre* (1991), ambas escritas y publicadas desde el exilio en México por el dirigente del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP). En relación a Nicaragua tendré como eje de estudio la compilación de ensayos y textos varios de Carlos Fonseca Amador, fundador del Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN), *Bajo la Bandera del Sandinismo* (1982). Este libro recoge una variada producción textual y se expande temporalmente desde 1960 hasta la muerte en combate de Fonseca Amador, en 1976. Sin embargo, a pesar de que los ensayos serán el eje de la exposición, no me limitaré a este género literario, sino que se incorporarán también poemas, testimonios y novelas estrechamente vinculados al proceso guatemalteco y nicaragüense.

Estas tres secuencias histórico-políticas que intento estudiar mediante la literatura son coincidentes con las periodizaciones que establece Lowy al respecto del devenir del marxismo en Latinoamérica. Lowy caracteriza el primer periodo del marxismo latinoamericano como uno de naturaleza revolucionaria que se extiende desde mediados de los 20 hasta los años 30 y que su característica principal sería una recepción no dogmática de Marx. En cierta forma, la expresión de Mariátegui, “ni calco, ni copia” sintetizaría el espíritu de esta primera etapa. Los sucesos de 1932 en El Salvador deben quedar entonces inscritos en este periodo. La segunda etapa que

distingue Lowy es: “el período stalinista, de mediados de la década de 1930 hasta 1959, durante el cual la interpretación soviética del marxismo fue hegemónica, y por consiguiente la teoría de la revolución por etapas, de Stalin, definiendo la etapa presente en América Latina como nacional-democrática” (*El marxismo en América Latina* 10). En esta segunda etapa es que debe inscribirse toda la textualidad que acá se ha presentado como formando parte del ciclo de la *novela del banano centroamericana*. Por último una tercera etapa que queda caracterizada como un nuevo periodo revolucionario posterior al 59 en Cuba, donde emergen corrientes radicales que tienen por referencia la naturaleza socialista de la revolución, así como la legitimidad de la lucha armada y que asumen como inspiración y símbolo al Che Guevara. Los ensayos políticos de los dirigentes guerrilleros acá propuestos serán estudiados dentro de este movimiento histórico latinoamericano posterior a la Revolución Cubana. Este trabajo trata entonces de desarrollar un modelo de desarrollo histórico dentro del cual pueda ser organizada y analizada la textualidad literaria comunista centroamericana del siglo XX.

1.1 LA TOTALIDAD COMO MÉTODO Y LA HISTORIA COMO IMAGEN-AURA

También en *El Siglo*, Badiou establece algunas consideraciones de naturaleza metodológica que me interesa rescatar. Me atengo al capítulo “Cuestiones de Método” donde se procura establecer las coordenadas metodológicas generales que orientaran la exploración sobre el siglo XX: “El método será el siguiente: tomar de la producción del siglo algunos documentos, algunas huellas que indiquen cómo se pensó el siglo a sí mismo. Y más precisamente, cómo se pensó su pensamiento, cómo identificó la singularidad pensante de su relación con la historicidad

de su pensamiento” (15). Esta investigación intentará entonces seguir este camino, lo que equivale a tomar de la producción del pequeño siglo XX centroamericano algunos textos, algunas huellas y permitirles desplegar sus verdades. Se trata entonces de escuchar y analizar cómo la literatura centroamericana que se ocupa de los procesos revolucionarios, y que en algunos casos los interviene, narra este devenir. El resultado debería ser al menos, una reconstrucción parcial de la singularidad de su pensamiento y de la relación de este pensamiento con la totalidad histórica en la que se inscribe. Para apuntalar la metodología y con la categoría totalidad histórica presente, es importante rescatar tres puntos que Lowy introduce en *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios* (1978):

- 1) Una comprensión dialéctica de un acontecimiento histórico, ya sea económico, político o ideológico, implica la aprehensión de su papel dentro del todo social, dentro de la unidad del proceso histórico. Los “hechos” abstractos y aislados deben ser disueltos y concebidos como momentos de ese proceso unitario.
- 2) Por este método, la relación con la totalidad histórica, socioeconómica y politicosocial, no es un complemento exterior, un anexo, un apéndice del análisis interno de los sistemas ideológicos y productos culturales. Esta relación *ilumina desde el interior* la estructura significativa de la obra política, filosófica o literaria y permite comprender su génesis (la evolución ideológica de su autor, etc.). Es, pues, un elemento esencial para la interpretación del sentido mismo de las obras y de su contenido.
- 3) Un estudio que se sitúa en esta perspectiva escapa necesariamente a las compartimentaciones tradicionales de las disciplinas académicas e implica un enfoque a

la vez económico, sociológico, histórico, político, filosófico, etc., aun si puede favorecer a tal cual vía más que a tal otra (en nuestro caso la sociología). (13)

La relación de esta investigación con la historia como disciplina tiene una característica específica, por cuanto no me interesa hacer una reconstrucción estricta de los acontecimientos que componen el pequeño siglo XX centroamericano, sino que más bien me interesa regresar a las apropiaciones que se hicieron de estos procesos a través de los textos literarios. Sin embargo, cuando resalto este foco subjetivo del trabajo no quiero dar paso a una hermenéutica literaria de tipo individualista o personalista, es decir, no intentaré una hagiografía secular comunista, sino que siguiendo un camino de naturaleza materialista histórica, trataré de hacer resurgir las representaciones y las imágenes sobre el comunismo que quedaron impresas en la textualidad propuesta. Aunque exista una distancia entre el objeto real y su representación, quisiera acá pensar esta distancia como una resonancia, como el espacio que posibilita una relación dialéctica entre los hechos concretos reales de la historia y su apropiación subjetiva literaria. Este no es el campo de la verdad de la historia, aunque sea el de otra verdad.

El espíritu histórico que subyace a este trabajo queda sintetizado en la sexta “Tesis de la Filosofía de la Historia” de Walter Benjamin.

Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo “tal y como verdaderamente ha sido”. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro. Al materialismo histórico le incumbe fijar una imagen del pasado tal y como se le presenta de improviso al sujeto histórico en el instante del peligro. El peligro amenaza tanto al patrimonio de la tradición como a los que lo reciben. En ambos casos es uno y el

mismo: prestarse a ser instrumento de la clase dominante. En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla. El Mesías no viene únicamente como redentor; viene como vencedor del Anticristo. El don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza sólo es inherente al historiador que está penetrado de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer. (Sánchez, Piedras 21)

Esta exploración pretende entonces adueñarse de las imágenes y de las memorias que sobre el comunismo centroamericano fueron grabadas en el corpus literario propuesto, no con la intención de fijar la historia *tal y como verdaderamente fue* –lo que convertiría al historiador de la literatura únicamente en un mero espectador que organiza el pasado– sino más bien desde la urgencia por pensar formas de organización políticas, sociales y culturales distintas a las que han sido practicadas en las sociedades centroamericanas desde la derrota de los procesos de transformación política que configuraron el pequeño siglo XX de la región. Se trata de iniciar la enorme tarea de efectuar un balance crítico de las experiencias revolucionarias centroamericanas del siglo XX con la intención de iluminar el presente, ese instante de peligro. El peligro que amenaza a la textualidad comunista centroamericana es doble. Por un lado, la idea de ser textos absolutamente caducos que se ocupan de unas coordenadas histórico-políticas superadas y que en el mejor de los casos, algunos de éstos pueden ser ubicados en el cementerio literario del canon. Por otro lado, convertirlos exclusivamente en un producto de consumo académico, lo que los limitaría a la circulación parcial de las universidades y de los especialistas. Ambas posibilidades neutralizan significativamente el potencial subversivo de estas escrituras. Es necesario arrancar la literatura revolucionaria de Centroamérica del conformismo y la inercia histórica y comenzar a

observar con detenimiento las posibilidades de estos textos, valorando en qué medida los problemas expuestos en estas narraciones pueden ser claves hermenéuticas para lograr una mejor comprensión de la actualidad político-cultural de las sociedades ístmicas. Es preciso por lo tanto, regresar a estas experiencias de escritura política para recuperar la larga lista de afirmaciones vitales que se hicieron durante este periodo simultáneamente sublime y trágico. Los miles de muertos del pequeño siglo XX centroamericano corren el grave peligro de volverse números y estadísticas de la historia u objetos de veneración de ese culto a la memoria abstracta y la victimización.

En un breve artículo de Bolívar Echeverría sobre Benjamin, éste establece que la idea de tiempo pleno de Benjamin, la que se opone a la concepción del espacio temporal como un ámbito homogéneo y vacío, está constituida por la *potencia mesiánica* que es definida como: “una capacidad que tiene el presente de asumir el compromiso, la cita que tiene con el pasado y que lo tiene en deuda con él; de darle vigencia presente a ese pasado alcanzando así, él mismo, una vigencia vengadora en él” (32). Recorrer narrativamente el devenir del fantasma comunista en Centroamérica tiene sentido y fuerza, desde su presente potencial y no desde esa concepción histórica que piensa el tiempo como un ámbito siempre homogéneo que espera ser rellenado por los acontecimientos y cuyo correlato subjetivo vendría a ser el científico que observa asépticamente el pasado para organizarlo. Se trata de pasar en blanco el pequeño siglo XX centroamericano desde una óptica renovada que posibilite abrir el presente de vuelta y la reconciliación definitiva con todos los fantasmas de nuestro pasado. Descarto entonces hacer un análisis que equivalga al levantamiento de altares seculares a la memoria de la derrota y que signifique la continuación de una queja sin fin de las injusticias ancestrales que configuran aún hoy día las sociedades centroamericanas.

Aclarada así la relación de esta investigación con la historia, quisiera retomar algunos elementos generales de la historiografía de la región que sean útiles para demarcar mejor el problema de estudio, para lo que considero dos aspectos muy puntuales. El primero de ellos corresponde al concepto mismo de Centroamérica como unidad político-económica y el segundo, a las periodizaciones que el discurso histórico usualmente ha utilizado para estudiar el devenir centroamericano. Héctor Pérez Brignoli establece las distintas posibilidades desde las cuales examinar históricamente la región, ya sea que se atiendan criterios geofísicos, de evolución histórica o geografía política y humana. Determina como criterio definitorio el siguiente: “. . . consiste en ceñirse a las unidades nacionales del presente, o del pasado inmediato, dejando la definición de la región a la historia vivida en común, en sus dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales” (10). El criterio utilizado por Brignoli da como resultado que Centroamérica comprenda a los cinco países que integraron hasta 1821 el Reyno de Guatemala y que a raíz de la independencia salen del control colonial español como Provincias Unidas del Centro de América, a saber, Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Este es a su vez el punto de partida que estableceré para delimitar el espacio que entiendo como centroamericano. He decidido utilizar el concepto histórico de Centroamérica porque es el más adecuado para comprender la lógica cultural en los centros políticos de los países del Istmo, así como por la prevalencia, en el marco conceptual de la izquierda en la región, de la idea de Centroamérica como una república federal, una aspiración de larga data en la política progresista de estos países que tuviera su máxima expresión en la figura del hondureño Francisco Morazán a mediados del siglo XIX. Es necesario enfatizar que la idea de Centroamérica como región –

limitada a los cinco países ya nombrados— no es un fósil conceptual decimonónico, sino que sigue siendo la forma estándar en que es comprendido este espacio en la geopolítica global³.

En relación a las periodizaciones, tanto Brignoli como Elizabeth Fonseca insisten en dividir el siglo XX centroamericano en tres periodos que Brignoli titula correspondientemente: el crecimiento empobrecedor, las desigualdades crecientes y la crisis presente. Según Fonseca, el primero de ellos comprende desde 1870 con las reformas liberales hasta fines de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Brignoli también clausura esta primera fase del siglo XX en 1945, aunque la inaugura en 1900 con la inserción definitiva de las economías agroexportadoras centroamericanas al mercado mundial. Es importante anotar que la fecha de 1945 coincide con la caída de las dictaduras en Guatemala (Ubico), Honduras (Carías) y El Salvador (Hernández). La única dictadura que logra atravesar la crisis de posguerra es la de Somoza en Nicaragua⁴. El segundo periodo corresponde según ambos historiadores al transcurso de tiempo comprendido entre los años 1945 a 1980. Fonseca lo caracteriza en los siguientes términos:

La democratización política se vio limitada, tanto por la pesada herencia del liberalismo oligárquico (golpes militares, elecciones fraudulentas, partidos políticos personalistas, escaso desarrollo de la sociedad civil, cultura política atrasada), como por los problemas internacionales. El sistema bipolar de la posguerra, la guerra fría y el triunfo de la

3 Una prueba contundente de esto fue la negativa de los Estados Unidos, a principios de este siglo, de negociar tratados de libre comercio de forma fragmentaria y obligar a los cinco países centroamericanos a negociar de forma conjunta el CAFTA (Central America Free Trade Agreement). La Unión Europea realizó exactamente la misma operación al definir el marco general de sus relaciones comerciales con Centroamérica en 2012.

4 Fonseca explica la caída de las dictaduras militares centroamericanas después de la II Guerra Mundial, a partir de dos razones fundamentales. Por un lado, una pugna interna liderada por la oligarquía agroexportadora, quién no veía más sus intereses representados por los militares en el poder; por otro lado, la influencia externa de la política norteamericana para la región, puesto que Estados Unidos salía del conflicto bélico como el defensor de la democracia universal y giraba de una política del *big stick* a una del *buen vecino* mediante el liderazgo de Roosevelt.

Revolución Cubana (1959) influyeron para que se estableciera una alianza reaccionaria entre los militares, los empresarios y una amplia mayoría de los sectores medios. (213)

Finalmente, ambos establecen un tercer periodo que corresponde a la contemporaneidad, es decir, de 1979 al presente y cuyo signo determinante sería la crisis político militar de los 80 en Guatemala, El Salvador y Nicaragua donde se calcula al menos 270 mil muertos y un millón de desplazados. A su vez, esta etapa es la del cese al fuego, los acuerdos de paz y la introducción de la región como conjunto dentro del Consenso de Washington y la era del neoliberalismo económico. Es evidente entonces como las periodizaciones históricas diseñadas en las universidades centroamericanas difieren significativamente de las acá propuestas, lo que no es una mera discordancia metodológica, sino que se trata de dos versiones contrapuestas del mismo periodo histórico, una que es narrada desde la perspectiva del Estado y otra desde su negación.

La asociación entre el comunismo y la imagen de un fantasma tiene su origen en una de las sentencias más conocidas del *Manifiesto Comunista*, aquella que proclamaba la existencia de un fantasma que recorría la Europa de mediados del siglo XIX. En la medida que esta asociación es esencialmente una alegoría y por lo tanto forma parte de una discursividad literaria es que me ha parecido conveniente incorporarla cómo una de las formas de comprender el comunismo centroamericano. No obstante, al asociar el fantasma comunista con la noción de imagen no intento construir una interpretación puramente representacional, donde la imagen opera como substitución simbólica del objeto real, sino que pienso al fantasma comunista como una *imagen-aura*. Ciertamente, la referencia *aurática* tiene como sustrato el pensamiento de Benjamin para quien: “La experiencia del aura reposa . . . sobre la transferencia de una reacción normal en la sociedad humana a la relación de lo inanimado o de la naturaleza con el hombre. Quien es

mirado o se cree mirado levanta los ojos. Advertir el aura de una cosa significa dotarla de la capacidad de levantar los ojos” (Didi Huberman 345). Según señala Didi Huberman la noción de aura es difusa en la obra de Benjamin porque a pesar de nombrar una cualidad antropológica originaria de la imagen, este origen no es una fuente que permanece por encima de las cosas, sino “lo que está en tren de nacer en el devenir y la decadencia” (347). La experiencia del aura es también asociada por Benjamin a la aparición irrepetible de una lejanía, la *imagen-aura* opera así como un mecanismo de reminiscencia por medio del cual un pasado (una lejanía) se encuentra con un presente. Una imagen deviene entonces *imagen-aura* en el momento en que condensa un exceso que no puede ser rastreado únicamente en forma de representación, puesto que ocurre una transferencia significativa que obliga a levantar los ojos y a experimentar el encuentro (casi como una percepción del cuerpo) entre una lejanía evocada y el presente vivido.

1.2 COMUNISMO EN EL SIGLO XXI

En un artículo compilado en *Sobre la idea del comunismo* (2010), Zizek recupera un pequeño fragmento escrito por Lenin en 1922, justo cuando los bolcheviques terminan la guerra civil y por las circunstancias adversas se hallan inclinados a retroceder a la NEP o Nueva Política Económica que permitía la ampliación del mercado y preservaba la propiedad privada. Para explicar la situación, Lenin recurre a una metáfora, la del alpinista que asciende una alta montaña inexplorada y que descubre durante el trayecto la imposibilidad de alcanzar la cima según el trazado original, lo cual lo obliga a descender y a buscar un nuevo camino para lograr la cumbre. Lo que hace Zizek, gesto que me gustaría repetir acá, es comparar la situación descrita por Lenin

en 1922, con el desastre de la restauración capitalista global post caída del Muro de Berlín en 1989. Así, la imposibilidad de alcanzar la cima, o de construir una sociedad sin clases, durante el transcurso de siglo XX, puede ser leída no solamente como la necesidad de abandonar permanentemente la tarea comunista y aceptar la naturalización predominante del capitalismo, sino también como la indagación y la búsqueda de nuevos caminos. Sobre esto dice Lenin:

Habría que tener seguramente por periclitados a los comunistas que imaginasen que se podría terminar sin errores, sin retrocesos, sin rehacer multitud de veces lo que no se ha hecho hasta el fin o lo que se ha hecho mal, la “empresa” histórica universal de acabar de colocar los cimientos de la economía socialista (sobre todo en un país de pequeños campesinos). No han periclitado (y lo más seguro es que no perezcan) los comunistas que no se permiten hacerse ilusiones, que no caen en el abatimiento, conservando la fuerza y agilidad del organismo para volver a “abordar desde el principio” la difícilísima tarea. (232)

Para Badiou, la hipótesis comunista continúa siendo el único problema real de la filosofía, sin esta Idea no vale la pena hacer nada en absoluto en el campo de la acción colectiva: “Sin el horizonte del comunismo, sin esta Idea, no hay nada en el devenir histórico y político que tenga algún interés para un filósofo. Dejemos que cada uno se preocupe por sus propios asuntos y dejémonos de hablar del tema (233). Ahora bien, Žižek aclara que esta idea de Badiou no debe ser leída en clave kantiana como un imperativo de naturaleza ética, sino que es necesario regresar a Marx y a la idea del comunismo no como un ideal, sino como movimiento que reacciona a los antagonismos sociales. Así las cosas, una de las interrogantes fundamentales, según Žižek, es la

siguiente: ¿confirmamos la naturalización predominante del capitalismo o consideramos que el capitalismo global actual contiene antagonismos suficientemente intensos como para impedir su reproducción indefinida? (234). Zizek responde a esta pregunta entablando una discusión con Hardt y Negri, donde se apunta a la acelerada privatización de *lo común* por parte de la modernidad neoliberal y sobre cómo esta situación empuja cada vez más a los sujetos a un proceso de desustancialización o proletarización. Por esto Zizek afirma lo siguiente: “La situación histórica actual no solamente no nos incita a abandonar la noción de proletariado, de posición proletaria, sino que, por el contrario, nos impulsa a radicalizarla hasta un nivel existencial que supera ampliamente la imaginación de Marx” (236). Este antagonismo acelerado entre la sustancialización del capital y la desustancialización de los sujetos sería el hecho histórico que impondría la necesidad de volver a pensar el comunismo.

Como fuese apuntado, el artículo de Zizek forma parte del material compilado como resultado de la conferencia en Londres que llevara por título *Sobre la idea del comunismo* (2010), cuando muchos nombres destacados de la filosofía contemporánea se dieron a la tarea de replantear la pregunta comunista. Sin embargo, dentro de esta constelación de intelectuales parece elevarse el pensamiento de Badiou, expuesto en su artículo “La idea del comunismo” (no parece ser gratuito que tanto la conferencia, la compilación, y el artículo de Badiou comportan el mismo título). Como es posible prever mediante el texto de Zizek reseñado, por ejemplo su idea de la necesidad de radicalizar la categoría de proletariado, la discusión actual vinculada al comunismo es amplia, de una gran diversidad y de pocos acuerdos. No pretendo en este espacio dar cuenta agotadora de ella, sino más bien presentar algunas de las nociones que mayor resonancia tienen en el debate, siendo Badiou el centro de esta introducción. Lo que persigo mediante la recuperación fragmentaria del debate es puntualizar que en nuestros tiempos la

discusión sobre el comunismo es uno de los temas más vivos de encuentro y desencuentro intelectual y político.

Lo primero que hace Badiou es puntualizar que la operación intelectual *Idea del comunismo* requiere tres componentes: uno político, uno histórico y uno subjetivo. El componente político es una verdad política que puede ser descrita empíricamente: “una verdad política es una secuencia concreta y fechada en la cual surgen, existen y desaparecen una práctica y un pensamiento nuevos de la emancipación colectiva” (18). El componente histórico requiere la materialización concreta, en un espacio y en un tiempo específicos, de un procedimiento de verdad. Para Badiou el hecho de que las secuencias políticas tengan epítetos que las identifican regionalmente como “francesa”, “rusa”, “china”, son los índices empíricos de su localización. El componente subjetivo implica la posibilidad que tiene un individuo de tomar la decisión de formar parte de un procedimiento de verdad política: “De decidir convertirse en militante de esa verdad” (19). Esta decisión es descrita como una incorporación, en la medida que el cuerpo individual con todos sus elementos –pensamientos, afectos, potencialidades– pasa a formar parte de otro cuerpo, del cuerpo de la verdad. Esta incorporación es también el tránsito de los límites impuestos por la animalidad. Badiou llama a esta decisión, a esta voluntad, una subjetivación, y la define como: “. . . el movimiento mediante el cual un individuo fija el lugar que ocupa una verdad en relación con su propia existencia vital y con el mundo en el cual se desarrolla esa existencia” (19).

Fijados los tres componentes de la Idea es posible definirla formalmente: “una Idea es la subjetivación de la relación entre la singularidad de un procedimiento de verdad y una representación de la Historia” (20). Así, para Badiou, la palabra comunismo desde hace aproximadamente dos siglos es el nombre de una Idea perteneciente al campo de las políticas

emancipadoras o revolucionarias, lo cual significa que en la palabra comunismo se sintetiza la política, la historia y la ideología y por esto la necesidad de pensarla más como una operación y menos como una noción. Más adelante, Badiou intenta traducir los tres componentes de la Idea del comunismo al lenguaje lacaniano. De esta forma, lo Real viene a ser el procedimiento de verdad que sustenta la Idea. Lo simbólico es claramente identificable con la historia en la medida que ésta es una narración de encuentros ocurridos. Y finalmente, la subjetivación –como la proyección de lo Real en lo simbólico de la historia– equivale a lo imaginario. En este punto Badiou pone especial interés en enfatizar que la proyección de lo Real en lo simbólico de la historia es imaginaria en la medida que lo definitorio de lo Real mismo es la incapacidad de ser simbolizado. Esto implica concretamente que: “la Idea expone una verdad en una estructura de ficción” (21). Es posible entonces definir la Idea comunista como: “. . . la operación imaginaria mediante la cual una subjetivación individual proyecta un fragmento de lo Real político en la narración simbólica de una historia” (22). Este énfasis de Badiou en señalar que la operación es imaginaria, que no es lo Real mismo, tiene su explicación en la distancia que traza el filósofo con respecto a lo que él mismo llama los orígenes hegelianos del marxismo. Para Badiou en Hegel, la exposición histórica de las políticas de emancipación no es una subjetivación imaginaria, sino más bien lo Real mismo, lo Real en persona: “Desde entonces, según el legado especulativo hegeliano, hay fundamento para pensar que la inscripción histórica, con el nombre de “comunismo” de secuencias políticas revolucionarias o de fragmentos separados de la emancipación colectiva, revela su verdad que es progresar siguiendo el sentido de la Historia” (22).

A esta altura, Badiou comienza una exposición detallada de algunos conceptos esenciales en su pensamiento. Un *acontecimiento* siempre es una ruptura en la disposición de los cuerpos y

los lenguajes en una situación dada. Ahora bien, esta ruptura no es para Badiou la concreción de las posibilidades inherentes de esta situación, sino más bien la creación de nuevas posibilidades. “También podemos decirlo así: con respecto a la situación o al mundo, un acontecimiento abre la posibilidad de lo que, desde el estricto punto de vista de la composición de esa situación o de la legalidad de ese mundo, es propiamente imposible” (23). El *Estado* equivale al sistema de obligaciones que se contraponen y que limita la posibilidad de los posibles. El Estado entonces prescribe lo que es imposible en una situación dada a partir de la prescripción de lo posible. “El Estado es siempre la finitud de la posibilidad y el acontecimiento su infinitización” (23). En tanto, la posibilidad misma de existencia del acontecimiento depende de su capacidad de sustraerse de la potencia del Estado, “la idea del comunismo es la que permite hablar del proceso de una verdad en el lenguaje impuro del Estado y así desplazar, por un tiempo, las líneas mediante las cuales el Estado prescribe lo que es posible y lo que es imposible” (28). Un *procedimiento de verdad* es la organización continua en un mundo o espacio específico de las consecuencias emanadas de un acontecimiento. Debido a esto, en toda verdad subyace un azar esencial que es el de tener su origen en un acontecimiento. Los *hechos* son las consecuencias de la existencia del Estado, por tanto un procedimiento de verdad no puede estar tan sólo compuesto de hechos, sino que su parte subjetiva –no fáctica– es un *cuerpo de verdad*, es decir, un nuevo sujeto colectivo que organizado alrededor de múltiples individuos participa en la creación de una verdad política. Finalmente, en esta secuencia de conceptos, Badiou señala que la historia no es la de los cuerpos de verdad, sino la historia del Estado.

La Idea es siempre una mediación operatoria entre lo real y lo simbólico que presenta al individuo algo situado entre el acontecimiento y los hechos del Estado. Esta mediación determina que la proyección imaginaria que hace el individuo de una verdad real en lo simbólico

de la historia presenta esta verdad como un hecho, o dicho de otra forma: “que la Idea presenta ciertos hechos como símbolos de lo real de la verdad” (24). Esta situación es la que introduce la ambigüedad al respecto de la verdadera condición de la Idea comunista. ¿Es una idea reguladora kantiana? ¿Es un programa de realización progresiva que transforma el mundo y lo dirige hacia un nuevo Estado posrevolucionario? ¿Una utopía criminal? ¿Es el nombre la Razón de la Historia? Badiou cree imposible dar una respuesta unívoca a estas preguntas puesto que la operación que subyace a la Idea comunista no es simple, sino compuesta. En este sentido: “Abarca, como su condición real absoluta, la existencia de secuencias reales de la política de emancipación, pero supone también el despliegue de una paleta de hechos históricos aptos para la simbolización” (25). Así, el acontecimiento y la fidelidad a éste no son reducibles a los hechos del Estado, aunque esto no signifique que sean inaptos a toda transcripción histórica. La Idea entonces fija históricamente la sustracción y lo esquivo del acontecimiento al respecto de una lógica estatizante, aunque reconoce simultáneamente como Real esa dimensión inasible, aleatoria. A raíz de esta problemática es que ha sido posible exponer las verdades de la política de emancipación en su forma antagónica, es decir, en forma de Estado. En última instancia, la relación entre un procedimiento de verdad y los hechos históricos equivale a la relación entre el acontecimiento y el Estado.

Ya hacia el final del artículo y después de la exposición filosófica-conceptual, Badiou plantea volver a pensar el comunismo en las coordenadas históricas actuales. Una de sus primeras aseveraciones es que la situación actual es paradójica, por cuanto los problemas actuales en la política revolucionaria tienen más similitud con los que estaban vigentes a mitad del siglo XIX, que con los heredados del siglo XX. Es como si actualmente el pensamiento

comunista tuviera que enfrentar las mismas dificultades por las que pasaran Marx y Engels al publicar el *Manifiesto Comunista* en 1847:

Como alrededor de 1840, nos enfrentamos a un capitalismo cínico, seguro de ser la única vía posible para organizar razonablemente las sociedades. Por todas partes se insinúa que los pobres tienen la culpa de ser pobres, que los africanos son atrasados y que el futuro pertenece a las burguesías “civilizadas” del mundo occidental . . . Como en aquella época, hoy encontramos zonas muy extendidas de miseria extrema en el interior mismo de los países ricos. Encontramos desigualdades monstruosas y crecientes tanto entre países como entre clases sociales . . . Los revolucionarios están desunidos y débilmente organizados, amplios sectores de la juventud popular han sucumbido a la desesperanza nihilista, los intelectuales, en su gran mayoría, son serviles. (31)

A este panorama, Badiou opone la necesidad de pensar de vuelta la Idea comunista, así como fortalecer su existencia subjetiva, con la intención de articularla con los experimentos políticos singulares y particulares que proliferan en nuestro mundo de hoy. Es claro, que Badiou piensa su formulación de la Idea comunista como una superación, o al menos como una alternativa, a la matriz conceptual marxista que animara de forma abrumadora las prácticas revolucionarias durante el siglo XX. Es claro también que el pensamiento de Badiou al respecto del comunismo es de una naturaleza eminentemente filosófica, al contrario de Marx, quien señalara drásticamente su rompimiento con la filosofía. Es por esto, que antes de cerrar con esta sección teórico-conceptual me interesa recuperar un artículo de Daniel Bensaid donde se intenta formular una crítica desde el marxismo a la forma de comprender el comunismo por Badiou.

Bensaid inicia su texto señalando cómo en el pensamiento de Badiou hay una insistencia por restablecer el gesto platónico por excelencia –la Idea– en oposición a la tiranía de la opinión –del sofismo– y de las renunciaciones de la antifilosofía. En otras palabras, recuperar a la filosofía de su codependencia con la ciencia, la política y el arte. En relación al desarrollo conceptual en Badiou, Bensaid hace una síntesis pedagógica: “Badiou’s discourse is coordinated around the concepts of truth, event and subject: a truth is sparked by an event and spreads like a flame fanned by the breath of a subjective effort that remains forever incomplete” (2). En Bensaid, parte del problema con el concepto de verdad o verdades de Badiou es que ha perdido relación con la historia concreta y con el interés, es decir, la verdad no es más el cauce subterráneo que se manifiesta históricamente en el evento, sino que pertenece al reino de las declaraciones sin precedentes y sin consecuencias. Estas verdades no pueden ser deducidas de ninguna premisa, por lo tanto, son axiomáticas y fundacionales. En forma similar, el concepto de evento en Badiou implica un suceso imposible de predecir y no guarda ninguna relación con las determinaciones estructurales de una situación histórica dada. La imposibilidad de predicción significa entonces que solamente es posible vincularse al mismo de forma retroactiva, a través de la acción de nombrarlo y de la fidelidad a la verdad que el evento hace surgir. Para Bensaid, la renuncia de Badiou a adentrarse en el ámbito conflictivo de la historia real y de las determinaciones sociales e históricas de los eventos hace a la política básicamente inútil, pues no hay forma alguna de preparación de la práctica revolucionaria si la aparición de un evento tiene las mismas características que las de un milagro: “As a result, history and the event become miraculous in Spinoza’s sense –a miracle is an event the cause of which cannot be explained” (6). El sujeto en Badiou es asimismo uno sin historia, un accidente provisional en las formas de dominación, siempre puntual y siempre precario. Sin embargo, es a través de este sujeto evanescente que la

verdad cobra efectividad, puesto que la verdad implica siempre un proceso de subjetivización. Por esto, no es la clase trabajadora la que lucha, en la medida que esta no es más que un componente funcional de la estructura del capital, lo que lucha es el proletariado, una subjetivización que se afirma y se proclama a sí misma mediante el conflicto en contra de su subordinación. En esta noción subyace la idea de la contingencia de un futuro comunista y por tanto, la militancia revolucionaria es siempre una apuesta: “. . . the wager provides the philosophical figure for every engagement, in stark contrast to the dogmatic certainty of positive knowledge and cynical, worldly, senile scepticism” (7).

Para Bensaid, el trayecto filosófico de Badiou es una larga marcha en la intención de formular una práctica política sin partido, por cuanto éste y su lógica de funcionamiento pertenece al ámbito del Estado y para Badiou, no hay nada dentro del Estado que se le pueda oponer a este mismo Estado. Por esto, la única forma legítima de la política es aquella que surge espontáneamente desde los oprimidos, por cuanto es la única capaz de soportar la presión, ya sea del totalitarismo o del mercado. Es esta conclusión la que lleva a Bensaid a afirmar que la Idea comunista de Badiou, desarrollada sistemáticamente en el transcurso de los 80 y los 90, debe ser interpretada en el contexto de la restauración liberal global. Uno de los problemas señalados por Bensaid al respecto del pensamiento político de Badiou es el de la dificultad de trasladar las nociones filosóficas abstractas al mundo de todos los días. Esta dificultad es especialmente sensible en lo que respecta a los programas políticos. Como parte de la formulación de una política radical sin partidos, Badiou rechaza también la concreción de programas de naturaleza sociopolítica. La única pregunta política que importa es: ¿Qué es posible alcanzar, en nombre del principio de igualdad, a través de la fidelidad militante a su declaración? (12). Sin embargo, es este nivel de abstracción conceptual lo que ha provocado que algunas declaraciones de

L'Organisation politique –el grupo en el que milita Badiou– sean francamente incomprensibles. Como ejemplo, Bensaid cita las publicaciones hechas en 1995 por La Distance politique –el órgano de prensa– al respecto de las huelgas nacionales de 1995 en Francia, que protestaban en contra de la descentralización de funciones del Estado, porque percibían que esta medida estaba siendo llevada adelante por el gobierno francés solamente en beneficio del capital y del mercado. Es decir, las masas protestaban en contra de lo que veían como un atentado al Estado del Bienestar francés. Frente a la ola de protestas, La Distance politique tuvo dos gestos. El primero de ellos consistió en saludar la resistencia de contra de la descentralización liberal, y el segundo señalar que el Estado debe ser el garante del interés general en las funciones públicas. ¿El Estado como garantía del interés general?

En estas contradicciones y aporías Bensaid observa la presencia del conflicto irresuelto de Badiou con el estalinismo. ¿Por qué esperar hasta 1967 para señalar la bancarrota del marxismo leninismo? ¿Es por el resultado de la Revolución Cultural? ¿Por qué no antes? El nudo de la cuestión parece ser la decisión de Badiou de romper con el maoísmo rompiendo a su vez con la historia. De la misma forma, Bensaid piensa que la imposibilidad de Badiou de resolver la relación de su pensamiento tanto con el maoísmo, como con el estalinismo, impide que este resuelva la relación que existe entre su Idea comunista y Marx. Badiou parece alejarse de Marx argumentando que este es una víctima del positivismo científico de su época, pero, habría que preguntar en qué medida esta presentación científica positiva del trabajo de Marx es en realidad el resultado del estalinismo. El gran problema con Marx es que la naturaleza de su trabajo no parece encajar en el sistema de pensamiento de Badiou:

In the case of Marx, Plato's foundational dichotomy ceases to be valid. Can one be a philosopher incidentally, slightly, extremely, passionately; in other words, can one have an incidental and occasional relationship to truth? And if Marx is only a philosopher secondarily, yet in no way a sophist, then what is he principally? What is this disconcerting mode of thinking and acting whereby Marx circumvents the binary alternative between sophist and philosopher? (14)

Bensaid cierra su crítica de Badiou apuntando que la pura fidelidad a un evento, sin ningún tipo de consideración histórica, y la propuesta de una política sin contenido, deriva en una formulación puramente axiomática de la resistencia, en un compromiso que evade todo cálculo. A su vez, el sujeto que emerge de la nada deviene un sujeto soberano, solamente representado por sí mismo, y en tanto, uno que rechaza las relaciones, las alianzas, las confrontaciones y las contradicciones. La filosofía política de Badiou es por tanto un constructo lógico absolutista, con poco o nulo espacio para la multiplicidad subjetiva y la experiencia democrática.

El incorporar la crítica de Bensaid a Badiou tiene un objetivo fundamental que es delinear adecuadamente el marco teórico que establezco como punto de partida. Del haber señalado que esta exploración de la literatura comunista centroamericana tiene una influencia conceptual del pensamiento de Badiou –por sobre todo su idea de reconstruir el pequeño siglo XX utilizando textos culturales– no se debe inferir que la matriz teórica general que subyace en este trabajo son sus elaboraciones al respecto del comunismo. Caso contrario, mi repaso de *el pequeño siglo XX centroamericano* está fuertemente influenciado por una formulación materialista histórica que sigue de cerca el interés general de las clases en conflicto, según se va desarrollando en unas

coordinadas espacio temporales específicas. Por tanto, el marco teórico que acá se expone es de naturaleza híbrida: por un lado, recupera una versión modificada del objeto de estudio construido por Badiou en *El Siglo*; por otro lado, propone recorrer este mismo siglo a partir de presupuestos materialistas históricos derivados del marxismo en general y de la versión de Benjamin en particular. A pesar de lo significativas que son las contribuciones de Badiou al resurgimiento del pensamiento comunista, el marxismo está lejos de ser superado y continúa siendo la corriente teórica más significativa dentro del comunismo.

Para terminar, quisiera revisar brevemente la situación actual del legado político y textual del marxismo en Latinoamérica. Sigo en esto el diagnóstico de Bruno Bosteels, quien distingue dos escenarios. El primero de ellos es el de la memoria rota y el olvido, donde la fidelidad militante es objeto de culpa, vergüenza e infamia, por lo tanto, las prácticas revolucionarias del siglo XX permanecen sin elaborar en una esquina de la nostalgia. El otro escenario es el reverso del primero, un exceso de testimonios personales y de confesiones que se acumula inflando la memoria, y termina por ser una forma más espectacular del mismo olvido. Debido a esto, en vez de una polémica verdadera o de un meticuloso trabajo genealógico o de contra-memoria, lo que domina es una oscilación maniaco-depresiva entre silencio y ruido, que es fácilmente cooptada y barrida por la celebración en honor de la muerte del comunismo y de la victoria global del neoliberalismo. Sin embargo, para Bosteels hay una tercera posibilidad que aún permanece velada: “. . . what still remains partially hidden from view is the político-theoretical archive and everything that might be contained therein, in terms of relevant materials for rethinking the effective legacy of Marx and Marxism in Latin America” (3). Tomaré entonces esta vía alternativa, lo que significa trascender el lugar maniaco-depresivo que oscila entre el olvido y la memoria abstracta de las experiencias revolucionarias del siglo XX en Centroamérica, con la

intención de recuperar el archivo comunista en sus dimensiones políticas, teóricas y literarias, y estudiar así aquellos materiales que constituyan una oportunidad para repensar el legado de estas prácticas de la emancipación colectiva. Únicamente desde esta perspectiva será posible rescatar la dimensión crítica (kritik) de esta textualidad y establecer correctamente las relaciones entre ella y la necesidad de una nueva crítica de los problemas apremiantes del presente.

2.0 EL PRIMER FANTASMA COMUNISTA: LOS CAMPESINOS Y LA INSURRECCIÓN (EL SALVADOR)

En las *Historias prohibidas de Pulgarcito* de Roque Dalton se encuentra “Todos”:

Todos nacimos medio muertos en 1932

sobrevivimos pero medio vivos

cada uno con una cuenta de treinta mil muertos enteros

que se puso a engordar sus intereses

sus réditos

y que hoy alcanza para untar de muerte a los que siguen naciendo

medio muertos

medio vivos

Todos nacimos medio muertos en 1932

Ser salvadoreño es ser medio muerto

eso que se mueve

es la mitad de la vida que nos dejaron

Y como todos somos medio muertos
los asesinos presumen no solamente de estar totalmente vivos
sino también de ser inmortales

Pero ellos también están medio muertos
y sólo vivos a medias

Unámonos medio muertos que somos la patria
para *hijos suyos podernos llamar*
en nombre de los asesinados
unámonos contra los asesinos de todos
contra los asesinos de los muertos y de los mediomuertos

Todos juntos
tenemos más muerte que ellos
pero todos juntos
tenemos más vida que ellos

La todopoderosa unión de nuestras medias vidas
de las medias vidas de todos los que nacimos medio muertos
en 1932. (*En la humedad del secreto* 553)

¿Qué fue lo que sucedió en 1932 que fuera tan determinante para hacer que *Todos* los salvadoreños nacieran medio muertos? En cierta forma, el mismo poema responde a esta pregunta: hubo 30 mil muertos. Pero, 30 mil muertos... ¿A cuenta de qué? ¿Por qué razón? ¿Qué sucedió en 1932 en El Salvador? Michael Lowy caracteriza los sucesos como: “. . . la primera –y única– insurrección de masas liderada por un partido comunista en la historia de América Latina” (*El marxismo en América Latina* 22). Así las cosas, hablar o escribir sobre el 32 salvadoreño no es un gesto menor que se circunscribe únicamente a las coordenadas históricas del “pulgarcito”⁵ centroamericano, sino más bien, es una tarea central cuando se trata de esclarecer el devenir del comunismo latinoamericano durante *el pequeño siglo XX*.

El poema de Dalton establece el año 1932 como la génesis de la identidad salvadoreña contemporánea, un origen paradójico puesto que no es pleno, lo nacido no está totalmente vivo, sino que es una mixtura de muerte y vida que no es estática, por cuanto crece con el devenir temporal y va contaminando como una enfermedad a todos aquellos que surgen después del 32. El 32 es así la fecha de la caída, el momento en que la muerte se expande e infecta toda novedad, todo nacimiento. Es también el surgimiento de una genealogía nacional sustentada en la contradicción entre los asesinos y los asesinados. Sin embargo y esto es paradójico, el asesino no conserva su vida intacta, sino que también es alcanzado por la muerte que se difumina como pestilencia por todo el edificio de la Nación. El nacimiento es de esta manera el surgir de una futura confrontación frente a la que el poeta hace un llamado de unidad a los descendientes de los asesinados, no solamente con la intención de redimir a los 30 mil fantasmas del 32, sino

5 Referencia a *Las historias prohibidas de Pulgarcito* (1974) de Roque Dalton. A pesar de que no existen referencias directas, Dalton atribuye la nomenclatura de El Salvador como el “Pulgarcito de América” a Gabriela Mistral. Evidentemente, es una alusión a la pequeñez territorial del país centroamericano: 21,044 km².

también para redimirse a sí mismos y al presente de la patria, superando la condición de vida a medias, herencia de los traumas de ese pasado persistente.

El ensayo de Néstor Kohan incluido en *De/sobre Roque Dalton* (2010) dice lo siguiente, que a mi criterio es la forma más apropiada de presentar tanto al poeta revolucionario salvadoreño como su libro sobre la matanza del 1932:

Hace cuatro décadas Roque Dalton apeló al viejo militante salvadoreño Miguel Mármol para desenterrar y desempolvar una historia de rebeldía olvidada. No reconstruyó su testimonio sobre la insurrección salvadoreña de 1932 para ganar una beca ni para coronar una tesis universitaria. Con ayuda de Mármol (sobreviviente de aquella insurrección a pesar de haber sido fusilado), Roque fue en busca del pasado para así iluminar el presente y cargarlo de energía. De esta manera pretendía conjurar los fantasmas del quietismo, el “realismo”, el culto de “lo posible” y la impotencia política que levanta altares paganos a la sempiterna “correlación de fuerzas objetivas”. (437)

Es importante destacar, tal como lo hace Kohan, que la recuperación de la experiencia revolucionaria del 32 no fue contemporánea a los sucesos, sino que constituyó más bien una tarea elaborada por militantes o simpatizantes comunistas durante la década del 60, ya cuando la práctica política de la izquierda centroamericana estaba decididamente influenciada por la Revolución Cubana del 59. Esto indica entonces que el acontecimiento que marca el despertar del comunismo centroamericano permaneció silenciado durante años, como una suerte de fantasma en el inconsciente político salvadoreño. Así, el origen comunista centroamericano es simultáneamente una masacre y un silencio.

Definitivamente, una de las secciones más importantes de *Miguel Mármol y los sucesos de 1932 (Miguel Mármol)* es la Introducción de Dalton, un acto declarativo que da cuenta de la importancia que le otorga a los sucesos del 32: “. . . la gran masacre anticomunista de 1932 en El Salvador (que es el hecho político social más importante en lo que va del siglo en nuestro país, el hecho que más ha determinado el carácter del desarrollo político nacional en la época republicana)” (7). Habría al menos dos cosas por resaltar en este fragmento, la primera de ellas la aparente suscripción que hace Dalton de lo que la historiografía centroamericana reciente (Ching) conoce como la *causalidad comunista* en los sucesos del 32, la segunda, el hecho de que se caracterice al 32 como el acontecimiento más importante de la historia política salvadoreña del siglo XX⁶. Posterior a estas afirmaciones sobre la importancia y el carácter de la insurrección y ulterior matanza, Dalton detalla que el fundamento último de su trabajo es dar a conocer al movimiento revolucionario salvadoreño y mundial los detalles del 32, aún y cuando el testimonio de Mármol sea uno de carácter personal y parcial. Esto último es importante subrayarlo, en tanto da cuenta de que Dalton era consciente de no estar escribiendo —o transcribiendo— una verdad objetiva-científica. Uno de los elementos más productivos en términos de análisis en esta Introducción es la diferenciación que introduce Dalton respecto al modelo de subjetividad militante que configura su propia práctica en contraposición a la del informante Mármol. Dalton se autodefine a partir de la caracterización que de él hizo la crítica italiana de su libro sobre

6 Al respecto de la primordial importancia de los sucesos del 32 en el desarrollo histórico salvadoreño, hay poco debate, por cuanto las fuentes historiográficas parecen todas coincidir en este señalamiento, sin embargo, en relación a la caracterización de la insurrección hay dos versiones posibles. Por un lado, la suscrita por Thomas Anderson, Michael Lowy y otra serie de investigadores, que insiste en la centralidad de la dirigencia comunista en los preparativos y desencadenamiento de la insurrección; por otro lado, la que niega precisamente esta centralidad y tiende a analizar el 32 como un levantamiento más bien indígena que se realizó al margen de las organizaciones comunistas existentes en ese momento, este es el caso del historiador Erick Ching, quien realiza una importante labor de archivo en Rusia sobre el 32 con documentos soviéticos de la *Comintern*.

Debray⁷: “perteneciente a la corriente crítica surgida en el seno del movimiento comunista latinoamericano sobre la base del triunfo de la Revolución Cubana y de la influencia ejercida por el Che Guevara” (9). Dalton define a Mármol como: “. . . la encarnación prototípica del dirigente obrero y campesino comunista latinoamericano de lo que suele llamarse la “época clásica”, “época heroica” de los Partidos que como secciones de la Internacional Comunista, surgieron y se desarrollaron en la casi totalidad de los países del Continente” (10). En gran medida, estos dos modelos de subjetividad revolucionaria fueron un producto de las circunstancias históricas generales, debido a que la mayor parte de la militancia política de Mármol fuera realizada durante el periodo de hegemonía estalinista⁸ sobre la política comunista internacional. Es a partir de 1959, como reconoce el mismo Dalton, que se abre la posibilidad de pensar el ser militante desde otro paradigma resultante de manera esencial del pensamiento y práctica del Che Guevara, paradigma post 59 en el que Dalton se inscribe a sí mismo.

Así las cosas, en la Introducción de *Miguel Mármol*, Dalton hace patente esta especie de confrontación entre dos versiones del marxismo al respecto de una serie de problemas específicos. Tal es el caso del cómo interpretar fragmentos de la historia salvadoreña –el carácter de la presidencia de Arturo Romero por ejemplo– y sobre todo la caracterización de lo que entonces eran, finales de los 60 principios de los 70, las tareas políticas del comunismo. El eje de esta divergencia estaba fundado en que ambos sostenían teorías opuestas de la revolución, por sobre todo en lo referido a la forma de organización necesaria (partido comunista para Mármol, guerrilla para Dalton), lo que derivaba en una concepción distinta sobre el uso de la lucha armada. Sin embargo, y a pesar de dejar constancia de estas discrepancias, Dalton no las

⁷ *Revolución en la Revolución y la crítica de Derecha* (1970).

⁸ Según la cronología propuesta por Lowy, la hegemonía estalinista va de mediados de la década del 30 hasta la Revolución Cubana en el 59.

desarrolla en la Introducción de *Miguel Mármol* y promete hacerlo en materiales futuros⁹, aunque insistiendo en la necesidad de asumir la militancia de Mármol como parte del devenir del comunismo en Centroamérica.

En *Excéntricos y periféricos: escritura autobiográfica y modernidad en Centroamérica* (2012), Leonel Delgado Aburto dedica uno de los capítulos a analizar el testimonio de Mármol recopilado por Dalton. Al respecto de la Introducción hace una serie de observaciones que vale la pena repasar. Lo primero que destaca Delgado es la ya señalada conflictividad entre el hombre estalinista y el guevarista. Esta conflictividad es para Delgado por sobre todo producto del hecho de que Dalton, en tanto intelectual letrado, observa en Mármol: “un sujeto heterogéneo y precario, [que] representa varios aspectos perturbadores y abyectos, relacionados con la premodernidad” (233). En el registro de los estudios subalternos, Delgado comprende la heterogeneidad como aquello que se resiste a ser inscrito en una narrativa unificadora de lo nacional, quedando así asociada a la idea de Pueblo en contraposición a la idea de Nación, por lo que, la forma literaria más íntimamente vinculada a estas narrativas heterogéneas sería el testimonio, en la medida que está orientado por “una búsqueda de un saber alternativo, generalmente *en contra o a pesar* de la historia nacional” (224). El conflicto entre ambas militancias se explica según Delgado, en el hecho de que para Dalton, Mármol encarna el componente negativo del nacionalismo oligárquico. En su condición de organizador obrero de origen campesino que forma parte de un movimiento laboral heterogéneo, Mármol reproduce la deformidad de la clase trabajadora en un país atrasado como El Salvador. La encarnación en Mármol de las anormalidades propias de la periferia capitalista introduce un conflicto en Dalton debido a que se ve incapacitado de determinar con exactitud si estas características populares de

9 No parece existir ninguna indicación fidedigna de que estos materiales existan.

Mármol son o no contrarias a la posibilidad de ser un sujeto emancipado. ¿Es o no Mármol una síntesis liberadora derivada de las condiciones culturales particulares de El Salvador y el marxismo? Dalton parece dejar abierta esta pregunta, pero acorde a Delgado, el hibridismo vital y narrativo resultante de esta combinación –nacionalismo oligárquico y lucha revolucionaria– es incómodo para Dalton, quien se obliga a la tolerancia de este discurso sin la unidad estilística propia del escritor moderno o letrado encarnado en sí mismo. Para Delgado, la incomodidad de Dalton, se explica a partir de un ideario guevarista de hombre nuevo que se comprende a sí mismo como la unificación de los distintos elementos heterogéneos de lo popular. Sería entonces dentro del testimonio donde el hombre guevarista se ve obligado a confrontar su propio pasado y a reconocerse, no sin reticencias, en el sujeto popular heterogéneo y su narración. Este reconocimiento es básicamente negativo por cuanto el subalterno, Mármol en este caso, termina siendo disciplinado como pasado de la actual subjetividad revolucionaria de matriz guevarista corporizada en Dalton. En síntesis, para Delgado, la relación editor/informante en este texto específico es un desencuentro, a pesar de cierto excedente que se trasvasa, explicable a partir de la naturaleza formal del testimonio. Esto explica en gran medida el título elegido por Delgado para su trabajo específico sobre *Miguel Mármol*: “La ciudad letrada ante la estridencia popular”. La ciudad letrada fundada en Dalton y la estridencia popular en Mármol.

Había observado previamente que la crítica de Delgado tiene como fundamento teórico los estudios subalternos, una de las formas hegemónicas de la crítica cultural latinoamericanista de origen norteamericano, en gran medida tributaria del posestructuralismo. Es por esto que gran parte del análisis de Delgado tiene como objetivo deconstruir el discurso de Dalton y enfatizar el desencuentro entre lo letrado y lo popular. Al contrario de Delgado, yo suscribo en un sentido afectivo-político el espíritu original del texto tal como quedara expresado en la observación de

Kohan transcrita anteriormente. Esto significa que esta exploración del pasado del comunismo centroamericano tiene como objetivo regresar a estos textos con la voluntad de elaborar un balance de estas experiencias que permita clarificar futuros intentos de prácticas comunistas, escriturarias o no. Es claro que la fidelidad no implica un pensamiento acrítico, ni tampoco la presunción de una verdad absoluta emanada de los textos, sino más bien, una valoración de los aciertos y de los desaciertos de cierta escritura en relación con los objetivos que se plantea. Así, en un movimiento casi antagónico a la deconstrucción textual realizada por Delgado, interesa acá restituir el sentido original de la escritura daltoniana en *Miguel Mármol* y valorarla en sus propios términos, que no fueron otros que la ejecución textual de una tarea política, como apunta Dalton en la Introducción: “Contribuir a dilucidar una serie de hechos políticos desconocidos dentro del proceso de lucha revolucionaria del pueblo salvadoreño y del PCS, a fin de que puedan enriquecer la experiencia de todos los revolucionarios salvadoreños y latinoamericanos al ser confrontados con los hechos y los problemas del presente” (18).

Es evidente entonces que la intención que animaba la recopilación testimonial era construir un material de estudio que sirviera como pre-texto, para iniciar un balance crítico de la experiencia salvadoreña del 32. El mismo Dalton puntualiza allí su proyecto de convertirse en analista de la información recopilada, aunque como se indicara precedentemente estos materiales parecen no existir. ¿En qué momento y por qué razones la crítica ha decidido obviar esta invitación? De momento esta es una pregunta sin respuesta, pero lo que intentaré en las páginas próximas es justamente eso: pensar la literatura como un instrumento de balance político.

Por fuera de los códigos críticos de los estudios subalternos, Pablo Benítez escribe en 2007 un artículo sobre *Miguel Mármol* donde discute algunos aspectos relativos a la clasificación

genérica del texto¹⁰. La primera operación crítica de Benítez es ubicar el texto dentro del transcurso vital de Roque Dalton. Hay que recordar que el encuentro entre Dalton y Mármol, donde se origina el texto, es en Praga tan solo un par de años antes de la primavera del 68¹¹. Este ambiente de disidencia frente las versiones oficiales del comunismo soviético queda plasmado en varios de los textos que Dalton produce durante esa época. Es quizás en “Taberna (Conversatorio)” fragmento del libro *Taberna y otros lugares* donde de forma más clara es posible registrar esta influencia medio ambiental en Dalton, tanto en su alusión a Stalin, como en su alusión a Trotsky:

El movimiento comunista internacional ha venido sopesando
la gran mierda de Stalin. (*Poesía completa II* 428)

Tengo miedo de dormir solo
con ese libro de Trotsky en la mesa de noche:
es terrible como una lámpara,
como un cubo de hielo
en el espíritu del anciano resfriado. (432)

10 Es importante subrayar que a nivel de la crítica de *Miguel Mármol*, la discusión parece haber estado centrada en dos elementos. Uno, la ya mencionada pertinencia o impertinencia de pensar los sucesos del 32 como resultado de una intervención práctica comunista. Otro, precisamente la clasificación genérica del texto. Lo que parece haber quedado elidido de las preocupaciones críticas es sentarse pacientemente a leer el texto y permitirle decir sus verdades.

11 Fue un movimiento de democratización política en la antigua Checoslovaquia que buscaba liberalizar los aspectos totalitarios-estalinistas del régimen. Fue duramente reprimido por las tropas del Pacto de Varsovia dirigidas por la Unión Soviética.

La referencia a Stalin se explica por sí misma, pero aludir a Trotsky dentro del universo significativo del comunismo soviético era el gesto prohibido por excelencia y sus textos eran equivalentes a la literatura prohibida y perseguida por la Iglesia durante los siglos de la Inquisición. No está de más recordar, como lo hace Zizek, que Trotsky fue el único dirigente bolchevique que nunca fuera rehabilitado durante la desestalinización: “Trotsky es aquel que no encuentra un hueco ni en el socialismo realmente existente anterior a los noventa ni en el capitalismo realmente existente posterior a los noventa” (*Repetir Lenin* 132). De esta forma, el miedo que produce el terrible libro de Trotsky en la mesa de noche es debido a la posibilidad de descubrir en esa escritura una verdad oculta detrás de la ortodoxia soviética en la que Dalton aún era militante, o de ser descubierto por esta misma ortodoxia con un libro de Trotsky en la mesa de noche. Sin embargo, Benítez aclara que la heterodoxia de Dalton en ese momento no es exclusivamente política¹², sino también estética, y es durante esta etapa cuando el poeta consolida su idea de la literatura como collage, visible en otros textos escritos durante ese periodo: *Un libro levemente odioso* y *Las historias prohibidas de Pulgarcito*. *Miguel Mármol* como texto es un variado collage de voces:

Todo este caudal de información el autor lo integra al libro en un procedimiento sumamente complejo. Entrelaza voces, relatos, informaciones; contrapone opiniones; matiza aseveraciones; contrasta datos. Para esos fines usa la voz de Mármol. Desarrolla, pues, un mecanismo de montaje muy similar al del collage. Con la diferencia de que esa amalgama va quedando sepultada bajo una capa narrativa de aspecto mucho más

12 Otra de las resoluciones vitales de Dalton que están transcurriendo durante la producción de *Miguel Mármol* es la ruptura definitiva con el PCS y los preparativos para el ingreso dentro de la guerrilla salvadoreña. Señala Benítez: “. . . el Miguel Mármol forma parte de un momento vital en el que la vía armada se le aparece a Dalton como una exigencia inevitable de la lucha por las transformaciones sociales en Centroamérica” (10).

conservador, un aspecto que emula al de las biografías o al de las novelas decimonónicas. De tal manera que el Miguel Mármol de carne y hueso que transmite su relato oral se transforma en el libro de Dalton en un Miguel Mármol mejorado (si cabe la expresión), un Miguel Mármol que conoce al dedillo el contexto historiográfico alrededor de los sucesos de 1932 y que tiene la capacidad de debatirlo y comentarlo. Un Miguel Mármol audaz que Dalton se ha encargado de *construir*. (13)

Es esta perspectiva genérica la que se seguirá en esta investigación, es decir, una que insiste en la naturaleza heterogénea de *Miguel Mármol* y que deja de lado la discusión sobre las posibilidades o imposibilidades de la voz del subalterno. Definitivamente, en *Miguel Mármol* se mezclan el testimonio de Mármol, con los datos bibliográficos secundarios y eso que Delgado llama la unidad estilística propia del escritor moderno, pero esta mezcla no desacredita al texto frente a los objetivos que se plantea, al contrario, es este carácter palimpséstico lo que otorga al trabajo de Dalton una riqueza excepcional y lo convierte en una referencia obligatoria al tratar los sucesos del 32. El poeta salvadoreño parece querer recoger a través de esa escritura collage el desarrollo de una verdad política que atañe a la revolución centroamericana. Sobra entonces discernir si la voz narrativa en *Miguel Mármol* es la del mismo Mármol o Dalton, basta con saber que se despliega una narración crítica sobre los sucesos del 32 en un marco íntimamente ligado a las formas de la literatura como praxis revolucionaria y como mecanismo de cuestionamiento de los discursos oficiales del Estado.

2.1 UN BILDUNGSROMAN REVOLUCIONARIO

Los dos primeros capítulos de *Miguel Mármol*¹³ tratan de la juventud del informante en Ilopango, una comunidad adyacente a San Salvador, y abarcan básicamente desde su nacimiento hasta su vinculación orgánica con el movimiento obrero, por tanto tienen una lógica similar a la del *bildungsroman* o novela de formación. Franco Moretti destaca al menos tres dinámicas fundamentales en el registro simbólico de la juventud durante la modernidad capitalista: la incertidumbre rodea la exploración del espacio social, la imposición de la movilidad física y el desarrollo de una interioridad permanentemente inquieta e insatisfecha (4). Es necesario mantener estas ideas en mente al recorrer la juventud de Mármol. Lo primero, una pregunta imposible de contestar: “¿Qué si todo lo que viví ya estaba escrito antes en mi destino?” (21). Mármol se da cuenta de la imposibilidad de contestar, así como de la imposibilidad de dejar de preguntar: “Viejo y todo, lleno de experiencias y todo, cosas como éstas todavía se me hacen cuesta arriba y me ponen a cavilar” (21). ¿A quién no? Podría alguien preguntarse, lo que sí tiene claro Mármol es que vino al mundo para causar líos: “Sea como sea, suponiendo que ese haya sido mi destino, no cabe duda de que los líos y yo estuvimos juntos desde muy temprano. Si yo he sido quien los atrajo o si los líos me atrajeron a mí, esa es harina de otro costal” (21). ¿Estaba entonces predestinado a causar estos líos? Así planteada esta pregunta no deja de tener un no sé que ridículo, pero si se atienden las declaraciones, recogidas por Lowy, del agregado militar norteamericano A.R. Harris en El Salvador un mes antes de la insurrección del 32, es posible ver desde un ángulo distinto el asunto del destino: “Entre 30 y 40 familias son propietarios de casi

13 Correspondientemente llevan por título, “Origen. Infancia y Adolescencia”. Y “Aprendizaje del oficio. Ingreso a la actividad gremial. Primeras influencias revolucionarias. El imperialismo extranjero en la política nacional. Las primeras huelgas. Las primeras experiencias políticas y primeras persecuciones. El primer amor.”

todo el país, viven con esplendor de reyes, el resto de la población no tiene prácticamente nada, me imagino que la situación actual se asemeja mucho a la de Francia, Rusia y México antes de sus revoluciones” (*El marxismo en América Latina* 22). De esta forma, no es que existiera una predestinación individual para Mármol, pero lo que sí en definitiva existía era una condición macro-estructural e histórica de la sociedad salvadoreña que predisponía a los campesinos pobres a “buscarse líos”, dicho de otro modo, que obligaba a los campesinos pobres salvadoreños a intervenir en la política de su país en defensa de sus intereses más elementales. Era de esperar entonces que el lugar y el tiempo en que nace Mármol lo predispusiera a estar junto a los líos desde muy temprana edad.

El primer problema que se cruza en la vida de Mármol es el rechazo de su familia materna, más específicamente de su abuela, a su condición de hijo ilegítimo. Debido a esto, la madre de Mármol es expulsada del hogar y obligada a subsistir de manera independiente. En la explicación de Mármol, aunque no abunda en detalles, se deja traslucir cierta problemática étnica en este rechazo familiar. Parte del rechazo se explica en que los rasgos físicos del niño Mármol son identificados como indígenas, lo que impide la “superación de la raza”, esto a pesar de que la abuela de Mármol se identifica ella misma como indígena: “Nosotros somos indios feos . . .” (21). Este discurso de rechazo a los elementos indígenas presentes en la sociedad salvadoreña no será exclusivo de la abuela de Mármol, sino que incluso se llegará a utilizar como justificación de la matanza del 32. Las primeras interpretaciones del mundo que le son asequibles al niño Mármol son las mágico-religiosas provenientes del seno familiar. En la narración se explica como en múltiples ocasiones frente a la ausencia de alimentos, la madre decidía rezar frente a un altar de la Virgen esperando el milagro. Mármol recuerda cómo muchas veces de forma casi inmediata alguien asistía de forma casual en ayuda de ellos. Sin embargo, esta ayuda ya no es

interpretada por el Mármol actual, dirigente comunista, de manera mágico-religiosa, sino explicada a partir de cierta solidaridad desarrollada en círculos de pobreza: “En la escasez de los pobres está también su abundancia de corazón” (24). Esta idealización de la pobreza parece hacerse extensiva también a la forma en cómo se comprende el pasado de Ilopango, por sobre todo en los momentos de festividades populares: “Las fiestas de Ilopango eran magníficas y se quedaron prendidas en mi recuerdo desde mis años más tiernos . . . Eran tiempos de paz, de belleza y armonía” (25). No obstante, esta armonía de la comunidad rural se ve obstaculizada por la irrupción de la modernización, más específicamente por la construcción del Aeropuerto Internacional y de la instalación de la aviación militar en los alrededores: “El aeropuerto y el cuartel de la aviación mataron a Ilopango y trajeron la corrupción y los odios” (25). De esta forma, la irrupción de la modernización capitalista salvadoreña liquida las formas tradicionales por medio de la expansión y ocupación geográfica de zonas que antes no estaban codificadas como valor de cambio, sino tan solo como valor de uso, en este caso público y comunal. Quizás la forma más emblemática de esta lógica de absorción geográfica fue la expropiación de los “ejidos” o tierras comunales entre mediados y finales del siglo XIX, lo que facilitó la concentración de la tierra y el impulso y desarrollo de la industria cafetalera de exportación, la actividad económica central de la historia republicana salvadoreña. Al respecto Mario Samper especifica:

En El Salvador la reducción forzosa o voluntaria de tierras comunales y ejidales a dominio privado fue un proceso masivo por la cantidad de tierras y de personas afectadas, pues se trataba de zonas agrícolas densamente pobladas. Fue, asimismo, decisivo para la expansión de la caficultura por cuanto eran en su mayoría fértiles tierras volcánicas de

altura y clima ideales para este cultivo. La privatización de tierras de comunidades indígenas y ejidos municipales fue la medida más importante de la reforma liberal en El Salvador. Aunque el área total afectada está en discusión, parece haber coincidencia en que tales tierras representaban, en conjunto, cuando menos el 25% de la superficie del país. (62)

No es casualidad que gran parte de la expropiación de tierras tuviera lugar en el Occidente del país, zona que fuera más tarde el epicentro de la insurrección de 1932.

Una de las formas de afectación más inmediatas, generadas por la modernidad salvadoreña en el transcurso de la niñez y juventud de Mármol, consiste en el barrido de los procesos tradicionales de socialización y cultura, por ende, la imposibilidad para el informante de encontrar identidad en el pasado comunal. Esta imposibilidad implica que la juventud de Mármol sea, como definiera Moretti, una exploración incierta del espacio social. Esta exploración incierta es especialmente visible en la inserción económico-laboral del testimoniante mientras es joven, después de abandonar la escuela a los 11 años mientras cursaba el cuarto grado. Por vivir en Ilopango y tener el lago cercano su primera labor remunerada fue como aprendiz de pescador. Durante dos inviernos realiza esta tarea acompañando a “Zapato flojo” un agresor quién por ese tiempo convivía con su madre y que acostumbrada a golpear a todos los miembros de la familia: “Dos inviernos duros pasé en aquellas labores. Esto me endureció el cuero y me quitó muchos temores que antes tenía. De pronto había dejado de ser niño para siempre” (29). Los temores ahora extintos parecen haber sido producto de la visión mágico-religiosa heredada de su familia, como duendes y espíritus, pero que frente al trabajo ceden espacio en la interpretación del mundo de Mármol. El trabajo en el discurso de Mármol queda así

representado como la instancia que permite abandonar las formas de comprensión del mundo propias de la niñez y entrar en el mundo adulto, es también la instancia que genera una ruptura con la tentativa de buscar sentido en el pasado –en la herencia familiar– y que obliga a hacerlo en el futuro. Más adelante, cuando Mármol es ya proletario y comienza su vinculación con el movimiento obrero se referirá a este tránsito en los siguientes términos: “[En el taller] Asimismo nos orientaban contra el fanatismo religioso, las supersticiones y la necesidad de una concepción científica del mundo y de la vida. De ahí que todos los prejuicios que yo traía de Ilopango, mi elemental concepción del mundo y de las cosas, sufrieran golpes demoledores” (40).

Como anoté anteriormente, dentro del *bildungsroman* la juventud se representa como una etapa de movilidad y desarrollo de una interioridad permanentemente inquieta e insatisfecha. La movilidad obliga rápidamente a Mármol a abandonar sus labores como aprendiz de pescador y a buscar una forma más estable de garantizarse sus necesidades materiales y de aportar a la economía familiar. No sin algún nivel de ironía, en el transcurso de su niñez y adolescencia, Mármol termina vinculado al ejército. Su primera tarea fue la de asistente del oficial a cargo del puesto militar en Ilopango, pero sus buenas condiciones y oficios le permitieron cierto ascenso dentro de la institución. Incluso, en un momento de verdadera inestabilidad política en El Salvador, durante la dictadura conocida como la dinastía de los Meléndez Quiñonez, fue enlistado como soldado durante una acción militar tendiente a contener un posible golpe de estado, cosa nada fuera de lo común en la vida salvadoreña de la época. Sin embargo, justamente durante un traslado al Cuartel General en San Salvador, presencia cómo la tortura es una práctica común dentro del proceso policial y judicial salvadoreño. Esta práctica despierta en el joven Mármol una descarga de sentimientos: “Cuando no soporté seguir presenciando aquel terrible cuadro, salí al patio y estallé en puteadas contra los torturadores, mientras me brotaban lágrimas.

Sabía que todo aquello era terriblemente injusto y que no podía hacer nada para evitarlo” (36). La incapacidad de Mármol para naturalizar la tortura como una práctica cotidiana dentro del ejército y la policía se convierte, en gran medida, en un parte aguas que define su destino.

Una vez abandona el ejército, Mármol decide intentar aprender un oficio. Después de algunas tentativas infructuosas, ingresa como aprendiz de zapatero a los talleres locales de su comunidad. No obstante, la movilidad continúa operando y no pasa mucho tiempo antes de que Mármol abandone su lugar natal y decida radicarse en San Salvador, con la esperanza de aprender zapatería en un taller moderno. Así, ingresa en lo que fuera en ese momento el taller más grande del país con más de cien operarios. Desde un inicio la vida del taller se convierte en una instancia pedagógica para el testimoniante. Una de las primeras influencias proviene del dueño del taller, el maestro Ángulo, quién pese a ser analfabeto, tenía gran cantidad de inquietudes filosóficas y políticas, así como acceso a una serie importante de materiales bibliográficos, algunos de ellos de circulación clandestina, así como literatura de aventuras, tipo Salgari o Verne. A través de estas lecturas Mármol comienza a formarse intelectualmente: “Y sin tomar una conciencia clara y completa de ello comencé a saber a través de todas esas páginas que la capacidad más hermosa del hombre es la de luchar. La de luchar contra la injusticia y la miseria, contra los obstáculos que nos mantienen atados a una condición miserable, la de luchar en aras de la libertad y la felicidad para todos” (39). No deja de ser importante señalar cómo la lectura en general y la lectura literaria en particular parece haber tenido un rol de importancia dentro de la formación de los intelectuales revolucionarios centroamericanos, lo que puede explicar en gran medida el porqué los textos en que quedaron codificadas estas experiencias militantes tengan abrumadoramente una forma literaria: novelas, poesía, testimonio, diarios, ensayos.

Como era de esperar a principios de los años 20 es en el taller de zapatería donde Mármol establece su primer contacto con el comunismo. Era esperable por cuanto el acontecimiento de la Revolución Rusa había puesto sobre la mesa la posibilidad histórica de la toma del poder político por parte de la clase trabajadora. Mármol detalla cómo la influencia revolucionaria rusa se hizo extensiva rápidamente en la sociedad salvadoreña: “La propaganda contraria a la Revolución Rusa la había puesto de moda y habían aparecido en el mercado local una serie de productos estilo bolchevique: caramelos bolcheviques, pan bolchevique, zapatos bolcheviques, etc.” (39). La narración de Mármol prosigue detallando una breve experiencia que tuviera dentro de las filas políticas del liberalismo opositor, lo que le acarreó su primera persecución política de parte de la gobernante dictadura, la ya mencionada dinastía Meléndez-Quiñonez, aunque más que detallar los ires y venires de esta experiencia, es necesario detenerse en la caracterización que hace de los años previos a los sucesos del 32. Esto por cuanto es posible visualizar en el ambiente político precedente algunos síntomas de lo que luego será el estallido. Interesa por sobre todo hacer énfasis en el proceso de organización y lucha de la clase obrera y del campesinado salvadoreño.

Antes de la fundación en 1924 de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador (FRTS), el peso opositor en la política salvadoreña era llevado adelante por núcleos liberales de origen burgués de marcado signo caudillista¹⁴. Esta prevalencia del nacional-liberalismo como signo político unitario de la oposición a gobiernos militares oligárquicos es explicable a partir de la ausencia de organización política independiente por parte de la clase trabajadora, lo que no era antinatural, tomando en cuenta que para el caso centroamericano las

14 Tal era el caso del Partido Constitucionalista dirigido por Miguel Tomás Molina, antiguo Ministro del Interior en el gobierno de Manuel Enrique Araujo (1911-1913), éste último quién muriera trágicamente al ser atacado con machetes –siendo aún presidente– en un céntrico parque de San Salvador. Aunque las causas de su muerte nunca han sido totalmente aclaradas, se sospecha de una conspiración por parte de la oligarquía cafetalera, enemistada con Araujo por sus políticas progresistas de corte nacionalista. Otro destacado caudillo liberal de la época fue Arturo Araujo, futuro presidente de El Salvador que fuera derrocado semanas antes de los sucesos del 32.

fundaciones comunistas son todas posteriores a los 30, con excepción de precisamente del Partido Comunista de El Salvador (PCS) fundado en el 29. Ahora bien, la ausencia de una expresión política específica centrada en los intereses de la clase trabajadora no implicaba la ausencia de movilizaciones espontáneas entre los sectores subalternos, que en ocasiones se vinculaban a los programas del nacional-liberalismo, y en otras los desbordaban. En su mayoría estas movilizaciones espontáneas terminaron por ser reprimidas por el régimen. Un ejemplo emblemático de estas movilizaciones populares fue la masacre de mujeres molinistas que ocurriese en las calles de San Salvador el 25 de diciembre del 22. En su narración Mármol la describe así:

El ejército y la policía ametrallaron a una enorme manifestación de mujeres de nuestro Partido Constitucional que desfilaba por las calles en forma absolutamente ordenada y pacífica, en apoyo a nuestro candidato. Los criminales uniformados se ensañaron con nuestras mujeres indefensas, disparando desde nidos de ametralladoras pesadas instaladas en diversas alturas de la capital, en cuarteles, edificios públicos, etc. y rematando a las caídas con armas cortas y fusiles. (43)

En la caracterización que Mármol va desarrollando de este momento histórico pre 32 confluyen tres factores. El primero de ellos es el ascenso de las movilizaciones populares urbanas compuestas por sectores proletarizados, tipo zapateros, sastres y ferrocarrileros. También un creciente descontento en el campo por la aceleración del proceso de expropiación de tierras a los campesinos pobres, Mármol sostiene que es en esta época que queda configurada la dimensión actual de latifundio en El Salvador. Finalmente, una situación internacional favorable

para el desarrollo de la organización de la clase trabajadora y de los pobres en general en el marco de la Revolución de Octubre, los procesos alemanes de principios de la década del 20, tomas de fábricas en Italia y un ascenso general del auge proletario en España, Inglaterra, Francia y Estados Unidos, entre otros. Mármol señala lo siguiente sobre la relación entre la situación internacional y la realidad política salvadoreña: “. . . se comprenderá que desde entonces el país se encontraba metido de lleno en una situación conflictiva de carácter objetivo que no tuvo entonces salida. Pero la acumulación de esa tremenda presión tenía por lógica histórica que buscar su cauce de salida más tarde, una década más tarde” (50).

No es irrazonable pensar entonces que para una fecha tan temprana como mediados de los 20 ya existían en El Salvador toda una serie de condiciones objetivas propicias para el desencadenamiento de un estallido social. Por un lado, los sujetos sociales interesados materialmente en una revolución –obreros, campesinos– ya comenzaban a manifestarse de forma concreta en la vida política del país por medio de acciones de protesta, a la vez que sentían cómo se descargaba sobre sus cuerpos todo el peso de la represión estatal. Por otro lado, estas acciones de protesta y de emancipación no eran fenómenos aislados dentro de las coordenadas específicas salvadoreñas, sino que se hacían eco de procesos de movilización que eran básicamente mundiales. Lo que parece estaba ausente aún era un sujeto político que pudiese intervenir esta aglomeración de energía y dirigirla en consecución de sus objetivos. Este parece ser uno de los núcleos del problema en el 32: ¿Cuál fue la relación real entre la movilización espontánea y objetiva de las masas con esa subjetividad desplegada en forma de organización comunista? De acá en adelante hará falta entonces acercarse con la mayor rigurosidad posible a los eventos que propiamente constituyen esa historia de rebelión que parte las aguas en el desarrollo republicano salvadoreño.

Pero antes de ir al eje de este capítulo conviene sintetizar esta etapa de la vida de Mármol, es decir, el momento que transcurre desde su nacimiento hasta su ingreso en las filas del comunismo. Justo al inicio del texto testimonial de Rigoberta Menchú se encuentran un par de frases por las cuales ha corrido una enormidad de tinta crítica: “. . . lo importante es, yo creo, que quiero hacer un enfoque que no soy la única, pues ha vivido mucha gente y es la vida de todos. La vida de todos los guatemaltecos pobres y trataré de dar un poco mi historia. Mi situación personal engloba toda la realidad de un pueblo” (21). ¿Hasta qué punto lo que se ha dicho de la niñez y juventud de Mármol no fue la vida de una inmensidad de salvadoreños pobres? La imposibilidad de la familia burguesa, la carencia de tierras y la necesidad de la proletarización, la ausencia de educación, la marca “nefasta” de un pasado indígena, la violencia del Estado sufrida en el cuerpo... ¿No son todas estas circunstancias las que sobre-determinaron a la mayoría aplastante de los rebeldes participantes en los sucesos de 32? Definitivamente, la respuesta afirmativa implica que dar seguimiento a este *bildungsroman* equivale a seguir los pasos de una multitud que interrumpió la historia política salvadoreña para dejar una marca, que 80 años después sigue suscitando una larga serie de preguntas, debates y afectos.

Cenizas de Izalco (1997) (Cenizas) es un texto articulado alrededor de las mismas dos temporalidades que constituyen el *Miguel Mármol*, es decir, se escribe en la década del 60, pero activando una mirada retrospectiva a los 30 en El Salvador. Ahora bien, la forma en que estas dos temporalidades quedan ajustadas en *Cenizas* es mediante el desarrollo de una narración enmarcada. En el primer plano narrativo, el que se despliega en los 60, encontramos la historia de Carmen, una mujer de origen salvadoreño de mediana edad, casada con un norteamericano y residente en Washington, quien está de regreso en El Salvador para asistir al funeral de su madre, de la que no lograra despedirse. Días después del entierro, le es entregado a Carmen –por deseo

explícito de su madre— un diario que ésta guardaba, escrito por un norteamericano de nombre Frank y cuya primera fecha de ingreso es el 31 de octubre de 1931. Es a través de las páginas de este diario que se abre la narración enmarcada, una historia de amor entre la madre de Carmen y Frank que ha permanecido oculta todos estos años. Es esta situación la que obliga a Carmen a realizar una evaluación general de su vida, la que se convierte así en el tema predominante del primer nivel narrativo.

Cuando señalaba, a través del poema de Dalton, que los sucesos del 32 inauguran una genealogía de lo nacional sustentada en la contradicción entre los asesinos y los asesinados, afirmo con ello que el 32 significa una fisura en los lazos filiales de la comunidad salvadoreña que se extiende en el tiempo y que sobredetermina las relaciones sociales. Es posible observar el despliegue de esta contradicción mediante un contrapunto de las experiencias infantiles del personaje de Carmen en *Cenizas* con las de Mármol. Carmen nace al interior de una familia perteneciente a la aristocracia de la ciudad más importante del departamento de Santa Ana en el Occidente del país, descendiente de una familia de médicos formados en Europa. En términos generales, su infancia se desarrolla dentro de un modelo de familia burguesa, con su padre ejerciendo la función social propia de los profesionales liberales y con una madre dedicada a las tareas de crianza y de administración de la casa. A pesar de no ser específicamente terratenientes, tienen propiedades inmuebles, criados, automóviles y toda clase de comodidades. A diferencia de Mármol, quien ve interrumpida su niñez por la necesidad del trabajo remunerado, Carmen goza abiertamente del ocio infantil. Estos son algunos de sus recuerdos de los viajes familiares al cercano volcán de Santa Ana:

Almorzábamos junto al lago sulfúrico, dentro del cráter; el sol rompía las nubes y el agua se volvía verde esmeralda. Si al regreso me cansaba, papá me llevaba a cuestras y nos recitaba floridos poemas de Rubén Darío. Llegábamos a casa ya de noche, sucios y lastimados. Por un rato me sumergía en un baño de agua tibia y luego los tres devorábamos el arroz con pollo que mamá nos había preparado. (110)

Sin embargo, la distancia social insalvable desde la que ambos textos son narrados –a Carmen niña le recitan poemas de Darío y a Mármol niño le entran a golpes en medio del lago Ilopango mientras trabaja– no significa la salvación para ninguno de los involucrados en ambas narraciones, puesto que la violencia desatada por el Estado en el 32 sepulta toda esperanza, toda la vitalidad y todo amor. Como veremos más adelante, tanto la genealogía de Mármol como la de Carmen sufren el destino de la media vida y de la media muerte al que apuntaba el poema de Dalton que inicia este capítulo.

2.2 LAS CONTRADICCIONES SE ACUMULAN

Ya como militante del movimiento obrero, Mármol describe la predisposición de los sectores subalternos a la organización de esta forma: “La comunicación entre la masa y nosotros tuvo el carácter de una descarga eléctrica lanzada por los cables adecuados: hubo un resultado excelente desde el principio, pues nuestras palabras caían en tierra abonada por años y años de sufrimiento, vejaciones, miseria, engaño de los políticos tradicionales” (58). En términos de estrategia organizativa, los recientes cuadros de la FRTS decidieron en primera instancia

privilegiar las labores de agitación alrededor de problemas económicos concretos que afectaban las comunidades que se intervenían: “. . . llegamos al pueblo por la vía de sus reivindicaciones más urgentes, dando en el mero clavo, poniendo no sólo el dedo sino también la medicina en la llaga” (61). El segundo paso, luego de la agitación económica, era propiamente la fundación de algún tipo de organismo público desde el cual se pudieran trabajar eficazmente los problemas ya planteados. Para este momento, segunda mitad de la década del 20, el trabajo de Mármol se concentraba en la zona suburbana de Ilopango que, como se mencionara, era su lugar de origen. Durante esta época la organización en Ilopango tuvo dos formas, la primera de ellas fue la Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores, que en gran medida funcionó como el antecedente de la segunda forma: los sindicatos de oficios varios. Estos organismos fueron especialmente importantes en las zonas de la periferia capitalina donde la especialización de la producción no se encontraba lo suficientemente desarrollada, por lo que era necesario aglutinar en un mismo espacio oficios y labores distintas. Una dinámica que se comienza a desenvolver a la interna de este proceso de organización y sobre la que es necesario detenerse es la siguiente:

Muchas veces antes de que nosotros comenzáramos a plantear tímidamente la lucha futura de un sindicato dado en pos de mejores salarios o de mejor trato y alimentación, los campesinos decían que lo mejor era ir pensando en cómo defender al Sindicato de las persecuciones y tropelías de los jueces, alcaldes y cuerpos armados y, mejor aún, planificar los medios por los cuales la organización podría ayudar a obtener autoridades propias de los obreros y los campesinos en los cargos públicos de la zona y, si era posible, del Departamento y, si se podía, de todo el país. (65)

En este pasaje es visible como en la narración de Mármol comienza a aparecer el fantasma del desbordamiento político, un desfase entre el programa sindical y las aspiraciones inmediatas de las masas. Mientras los militantes de la Central Sindical piensan en reivindicaciones económicas mínimas, las masas sienten deseos de apropiarse del poder político del Estado. Parece entonces que el mismo Mármol comienza a cuestionar la *causalidad comunista* en los sucesos del 32, por cuanto afirma que existía un movimiento real dentro de sectores obreros y campesinos que se mostraba incontrolable frente a lo que, para ese momento, era la vanguardia política.

Formalmente, el PCS se establece como organismo político a comienzos de 1930, aunque de la lucha de tendencias dentro de la FRTS ya había surgido un núcleo que operaba de manera orgánica, por lo menos desde la realización del VI Congreso. A pesar de que pueda parecer un detalle secundario, no deja de ser ilustrativo recordar con Mármol que la reunión constitutiva del comunismo salvadoreño se hizo en “. . . una playa oculta por el follaje de los árboles, en las cercanías de Asino” (76). En el evento, en las inmediaciones del Lago de Ilopango, participaron unas treinta personas. Mármol enfatiza que estas personas eran abrumadoramente obreros formados en el sindicalismo, puesto que a diferencia de otras fundaciones comunistas en Centroamérica, el peso de la intelectualidad pequeñoburguesa nacional era básicamente inexistente: “Nuestro PC salió de las entrañas mismas de nuestra clase obrera, de nuestro movimiento sindical, como una forma superior, política, de organización de clase” (75). A pesar de esto, es necesario subrayar la importante influencia de cuadros internacionales en este momento fundacional del PCS, por sobre todo la intervención de Jorge Fernández Anaya miembro de la Juventud Comunista Mexicana, quien para ese entonces ya era funcionario de la

Comintern, adscrito al Buró del Caribe que operaba desde Nueva York. Los meses posteriores a la fundación en 1930 son descritos por el historiador Erik Ching en los siguientes términos:

Durante los primeros dos meses de su existencia, el partido reclutó a nuevos miembros y creó los elementos básicos de su administración. Se establecieron células en San Salvador, Santa Tecla, Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana. La célula de San Salvador era la más grande y contaba con unos treinta miembros, y también fue la sede del Comité Central (CC). Después de los primeros meses de labor organizativa, realizada por completo en forma clandestina, debido a la vigilancia policial, el PCS contaba con menos de 100 miembros. (*Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador* 50)

Santa Tecla, Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana serían a comienzos de 1932 el epicentro de la insurrección. En términos de programa, Ching destaca un documento de al menos 100 páginas escritas en su mayoría por Anaya, donde se plantean los objetivos del partido como entidad política que encabezaría a las masas para el derrocamiento revolucionario del régimen burgués, su reemplazo por una dictadura proletaria y la destrucción del capitalismo en El Salvador. También Ching destaca que la estrategia planteada por el PCS era una continuación de la que ya hubiera planteado la fracción que operaba dentro de la FRTS: “. . . la organización de los obreros de las fincas de café en el occidente. La estrategia se fundó en la idea de que el café era la base del capitalismo en El Salvador y que los obreros del café serían la causa natural de su extinción” (51). No hay que pasar desapercibido el hecho de que la estrategia del naciente PCS, ya desde una fecha temprana como lo es 1929, planteaba que el sujeto histórico de la revolución salvadoreña eran los obreros agrícolas de las plantaciones del occidente del país. Justamente es

en esta región y al interior de las fincas cafetaleras donde en 1932 se concentrará el grueso de la rebelión. Es decir, más allá de si hubo o no una articulación real entre el naciente grupo comunista y los trabajadores agrícolas sublevados, es fáctico que el análisis político que hacían los comunistas de la época era correcto, como lo probaría la historia un par de años después.

Hay una problemática aún no resuelta, vinculada a elementos de programa y estrategia del PCS, relativa a los niveles de influencia de la Comintern dentro del naciente comunismo salvadoreño y centroamericano. En otras palabras, durante este periodo liminar a los sucesos del 32, ¿Cuál fue la influencia real de la Tercera Internacional? Al respecto de la influencia de la Comintern, Ching parece suscribir con demasiada facilidad la tesis de que las acciones del PCS, en el preámbulo de los sucesos del 32, seguían de manera directa la línea política de Moscú enmarcada en lo que la historiografía soviética conoce como el Tercer Periodo¹⁵. Esto contradice de forma frontal la narración de Mármol:

Quisiera hacer aquí un paréntesis y aprovechar para decir de una vez por todas que nosotros no recibimos ‘órdenes’ ni ‘consignas’ de la Internacional Comunista para ‘hacer’ la insurrección. La participación de nuestro partido en aquel acontecimiento histórico de nuestro país es responsabilidad exclusiva de los comunistas salvadoreños. No cabe duda que en aquella época predominaba en el seno de la IC una tendencia sectaria que sin duda tenía influencia importante en nuestra manera de pensar. Pero la decisión, el análisis previo y la forma en que se emprendieron las acciones fueron exclusivamente

15 El Tercer Periodo (1929-1934) fue una radicalización ultra-izquierdista de la política soviética surgida luego de finalizada la lucha de tendencias (Stalin-Trotsky) en el interior de la dirección bolchevique. En términos generales, prescribía la centralización de las tareas políticas en manos de los obreros más radicalizados aglutinados como partido y la ruptura de relaciones con entidades políticas que fueran caracterizadas como no proletarias o reformistas. A mediados de la década del 30, la política internacional soviética da un giro de 180 grados y propone a los Partidos Comunistas la configuración de Frentes Amplios policlasistas.

nuestras, basadas en los datos locales de nuestro país, de acuerdo a nuestro punto de vista. En ese sentido, a la Internacional Comunista no le cabe en los sucesos del año 32 en El Salvador otra responsabilidad que la de haber sido el marco histórico mundial proletario en el cual se movía nuestro Partido. (152)

No sin cierta perversidad crítica podría interpretarse todo este fragmento como una exculpación que Mármol diseña con la intención de exonerar de cualquier responsabilidad al régimen soviético al respecto de los sucesos del 32. No está de más recordar que para la época de producción del texto, Mármol era un reconocido dirigente comunista salvadoreño y que mantenía una cercanía política con Moscú. Sin embargo, también es posible interpretar este fragmento desde una clave historicista, y afirmar que las posibilidades reales de que la influencia soviética fuera decisiva en la vida de un núcleo comunista recién fundado en Centroamérica a principios de los 30 son escasas, por no decir nulas. Incluso, para 1932 el cuadro internacional más influyente en este momento de la vida del PCS, Jorge Fernández Anaya había abandonado el país debido a la persecución política de la que era objeto. Si se asume entonces que la influencia de la Comintern en los sucesos del 32 fue en el mejor de los casos marginal, se está entonces frente a una situación excepcional en el desarrollo del comunismo latinoamericano, y como ya lo señalara Lowy, sería la primera y única insurrección de masas en la historia de la región en que un partido comunista intentara ponerse al frente de una situación revolucionaria. Los sucesos del 32 no podrían entonces ser inscritos como parte del periodo de la hegemonía estalinista en la política comunista latinoamericana, sino que vendrían a ser un fenómeno independiente surgido de las entrañas mismas del conflicto social en Centroamérica.

A mediados de 1930 Mármol hace un viaje a la Unión Soviética para participar en el Congreso de la Sindical Mundial Roja que se realizaría en Moscú. Aunque algunas de sus impresiones sobre Moscú y otras ciudades soviéticas son interesantes, lo que importa acá es ir aproximándose cada vez más al estallido. El regreso de Mármol acontece el 30 de diciembre del mismo año, es decir, aproximadamente un año antes los sucesos del 32. Se repasará, pues, junto a Mármol los incidentes de ese año preambular. Lo primero que encuentra Mármol al regresar a El Salvador es la presencia de Farabundo Martí, quién a pesar de no formar parte de la dirección del PCS, trabajaba en cercanía con los comunistas desde el organismo Socorro Rojo Internacional¹⁶. Mármol constata que el prestigio popular de Martí era enorme, lo que a la larga con su martirio lo convertiría en: “. . . el hombre símbolo de la insurrección campesina-popular de 1932 y la figura fundamental de la historia del movimiento comunista de nuestro país” (89). Hay que recordar que antes del regreso de Martí a El Salvador, éste había formado parte del Estado Mayor de Cesar Augusto Sandino en Nicaragua, y que la ruptura entre ambos parece haber sido provocada por razones ideológicas, por cuanto Martí se acercaba cada vez más al marxismo y Sandino insistía en su versión de nacionalismo anti-imperialista. Sobre la ascendencia que Martí había logrado dentro de las masas con motivo de su participación en la guerrilla sandinista, el texto anota esto: “Tenía el prestigio del combatiente a tiros que, quiérase o no, es el prestigio que más acepta la masa porque sabe que se gana arriesgando el esqueleto y el pellejo. En un hombre que está dispuesto a sufrir, morir y matar por sus ideas, dice la gente, se puede confiar” (89). Según la versión de Mármol, el prestigio político de Martí se explica por su

16 Sobre el Socorro Rojo Internacional (SRI), Ching explica lo siguiente: “El SRI era otra organización obrera internacionalista de corte radical con sede en Moscú. La rama salvadoreña parece haberse fundado poco después del PCS, en 1930. Operaba en forma paralela y en alianza con el PCS, pero tenía su propia organización burocrática y su misión era ligeramente diferente. Mientras que el PCS se percibía a sí mismo como la columna vertebral de la revolución social venidera, el SRI tenía una presencia más pública y moderada. Su misión era fungir como una especie de Cruz Roja comunista, que proporcionaría asistencia a obreros que perdieran su empleo, sufrieran recortes de salario y fueran perseguidos por la policía, entre otros.” (63)

aceptación de la violencia como parte inmanente del proceso revolucionario. Durante los meses siguientes a su llegada, Mármol se dedicó centralmente a una tarea de propaganda, que consistía en transmitir sus experiencias durante el viaje soviético. La idea original del Comité Central (CC) era que Mármol hiciera esto de forma legal y pública, sin embargo, no fue posible por mucho tiempo en tanto la persecución policial arreció, lo que no eliminó la posibilidad de Mármol de constatar el crecimiento del movimiento de masas, mientras realizaba las labores políticas asignadas: “Era un clima verdaderamente emocionante el de este tipo de reuniones por el fervor que se advertía, por la esperanza revolucionaria que se levantaba en la gente” (112). Otra vez en la narración de Mármol vuelve a aparecer la sombra del desbordamiento político:

. . . me habían informado que el movimiento de masas en El Salvador había tomado una envergadura enorme y que lo que más faltaba era precisamente cuadros capaces de dirigir toda aquella gigantesca labor. El Partido, la Juventud Comunista y la Regional debían de hacer un esfuerzo que estaba aún en desventaja con lo que se necesitaba, aunque se multiplicara cada cuadro en diversas tareas agotadoras. El Buró del Caribe de la Internacional Comunista nos enviaba materiales de información y orientación . . . pero todo eso era una gota de agua en el desierto. (112)

Otra vez, el ascenso de las masas se va narrando como un hecho que se desarrolla con independencia de la participación de los comunistas, esto, claro está, no significa que los comunistas no estuvieran participando al interior del movimiento, sino que éste iba cobrando cada día una fuerza que parecía imposible de controlar: “se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar los poderes infernales que ha desencadenado con sus conjuros” (Marx, Engels 38).

Ya en el segundo semestre de 1931, los núcleos comunistas deben enfrentar la disyuntiva política de participar o no en las elecciones para Diputados y Alcaldías Municipales que se celebrarían en diciembre. Hay que recordar que para este momento ya está en el poder Arturo Araujo, quién fuese elegido presidente en unas elecciones que pasaron a la memoria popular como las únicas verdaderamente libres en el siglo XX salvadoreño (al menos hasta los tratados de paz de los 90). El ascenso al poder de Arturo Araujo significó objetivamente cierta apertura democrática del régimen, aunque como es fácil de suponer esta apertura será de meses, justo hasta los sucesos del 32, que inauguran el periodo militar ininterrumpido más largo de la historia moderna de Latinoamérica 1931-1979. Según narra Mármol, para octubre el PCS y la facción dirigida por Martí¹⁷ ya habían acordado la participación en las elecciones, no sin antes pasar por una discusión caracterizada como prolongada y violenta. Había dos posiciones que se confrontaban. La primera de ellas sostenía que participar en las elecciones podía llevar a resultados contraproducentes, en la medida que existían pocas posibilidades de un proceso limpio y que en medio de la agitación social reinante, un potencial fraude despertaría la violencia de las masas, en un momento en que la debilidad propia de los comunistas les impediría ponerse al frente y dirigir los acontecimientos. La segunda posición pensaba la participación electoral como un mecanismo de contacto y de politización del pueblo, además de una oportunidad de organizarlo alrededor de un programa amplio. Sería esta segunda posición la que ganaría la discusión. Años después, desde Praga, Mármol piensa en voz alta: “Yo diría hoy que nos debimos haber preguntado seriamente hasta qué punto estábamos nosotros en capacidad de garantizar una línea de masas frente a la violencia organizada del Estado burgués” (118). Poco tiempo después de acordar la participación electoral, comienzan a llegar informes a los núcleos

17 En el *Miguel Mármol* la “organicidad” de la relación entre el CC del PCS y Martí como representante del SRI es siempre ambigua.

comunistas sobre la inminencia de un golpe de estado contra Araujo, planificado por su ministro de defensa el General Maximiliano Martínez Hernández, quien venía siendo desde hace meses el responsable de la represión generalizada¹⁸ que se ejecutaba contra las masas. Nuevamente esta situación suscitó una discusión interna a la dirección comunista, pero según la narración de Mármol, ésta se resolvió por la intervención de Farabundo Martí, quien señaló que no había que preocuparse excesivamente por el potencial ascenso de Martínez, puesto que las condiciones para una insurrección serían mejores dentro de un gobierno dictatorial. Es preciso apuntar que mientras Mármol va explicando la posición de Martí intercala frases del tipo: “Farabundo citaba copiosamente a Lenin” (119), lo que parece indicar una acusación del testimoniante contra Martí, algo así, como la intención de dejar por sentado que algunas de las conclusiones políticas a las que llegaba el dirigente eran producto de cierto manejo doctrinal de la teoría marxista y que no se ajustaban a las condiciones concretas de lo que estaba pasando. Una y otra vez, Mármol insiste en haber votado en contra de la participación en las elecciones de diciembre y que adherirse a la línea de la dirección fue un tema de disciplina militante. Los comunistas, a pesar de actuar en concordancia con las votaciones de los organismos partidarios distaban de estar de acuerdo en las acciones que se debían realizar de cara a los eventos que se veían venir.

Como quedara determinado anteriormente, el segundo nivel narrativo de *Cenizas* se construye alrededor del diario de Frank, un escritor norteamericano originario de Oregon, con problemas de alcoholismo, quien recientemente acaba de abandonar una clínica de desintoxicación en California y que en medio de una seria crisis existencial decide buscar a un amigo de infancia convertido ahora en misionero protestante en Santa Ana, El Salvador. Una vez

18 Hay muchos ejemplos de represión gubernamental durante el transcurso del 31. Mármol narra como durante un acto de solidaridad el 17 de mayo en Sonsonate, por la excarcelación de Martí –quién estaba en prisión luego de una entrevista que tuviera con el presidente Araujo– se produjo una violenta reacción del ejército y la policía que derivó en más de diez muertos y decenas de heridos graves y presos.

en Santa Ana y mientras acompaña a su amigo pastor en una de sus tareas, se ve involucrado en una pelea y es apuñalado. Es esta situación la que por primera vez lo pone en contacto con la madre de Carmen –Isabel– quien es la esposa de Alfonso, doctor del pueblo y padre de la primera. El primer encuentro entre Isabel y Frank queda registrado en el diario bajo la fecha de noviembre 21, 1931. Ya desde este primer encuentro se comienza a desarrollar una suerte de teatro afectivo entre ambos personajes que consiste en fantasear la vida del otro como el complemento perfecto a la propia existencia. Para Isabel, esto significa interpretar toda el variado conjunto de experiencias vitales de Frank –por sobre todo su estadía en el París de los 20 y su contacto con círculos de vanguardia– como una proyección de su verdadero deseo, limitado y castrado por su condición de mujer salvadoreña, habitante de una zona básicamente rural, en la primera mitad del siglo XX. El problema de Isabel radicaba en la imposibilidad de convertirse en agente de su propio destino, por cuanto todas las normativas y convenciones sociales la atan al socialmente disminuido rol de esposa y criadora de hijos. El problema de Frank es en cierta forma el opuesto: un hombre producto de una sociedad industrializada, quien siempre tiene a mano la posibilidad de constituirse en tanto individuo. Es esta situación la que le ha permitido tener acceso a todos los dispositivos sociales de la modernidad que deberían garantizar la plenitud vital: educación, dinero, ocio, una sexualidad no reprimida, conocimiento de otros países y lugares. Sin embargo, sus inquietudes existenciales e intelectuales y cierto desprecio por el modelo subjetivo norteamericano, lo han llevado al fracaso, la incertidumbre y finalmente a una relación destructiva con las drogas. Es en este terreno donde germinan las ilusiones de Frank al contemplar el orden y la certeza de la vida de Isabel como una respuesta a su carencia de certidumbres, a su vagar sin propósito por el mundo. *Cenizas* pone así en escena el tirante

desarrollo de estas dos fantasías, en el marco contextual de la tensa situación política previa a los sucesos del 32.

Ya hacia finales de año y en medio de los preparativos para las elecciones de diciembre, llega a las reuniones de coordinación electoral de los comunistas el candidato a Alcalde de Ahuachapán, con la noticia de que 900 campesinos armados de palos y machetes rodeaban el cuartel militar de la localidad. Mármol fue encargado de ir al lugar e intentar apaciguar los ánimos. Lo logra, no sin antes atestiguar que la gente de Ahuachapán y del Occidente: “estaba moralmente en armas” (119). Una semana después la situación se repite, pero esta vez los esfuerzos pacificadores de los comunistas no son del todo bien vistos:

De nuevo fui yo el destacado para pacificar a la masa y de nuevo tuve éxito, pero en esta ocasión los campesinos me dijeron que esa era la última vez, que yo debía decir al Partido que tuviera cuidado con seguir mandando a la gente a echarle agua al fuego, pues los próximos delegados pacificadores (incluso si era yo mismo) iban a correr el riesgo de que se les encaramara el machete aún antes que al enemigo de clase. (119)

El 2 de diciembre de 1931 finalmente sucede el golpe de estado anunciado, el General Martínez desplaza del poder al gobierno civil de Arturo Araujo y nombra una Junta de Gobierno fantasma que no tardará en desaparecer bajo el poder militar. Frank registra el evento en su diario, el día 3 de diciembre de 1931, así como la reacción del doctor Alfonso y su caracterización del nuevo dictador en el poder: “. . . es un idiota. Su hijo murió hace unos meses debido a una peritonitis. El general no permitió que lo operaran, quería curarlo con aguas azules. Imagínese pretender curar con magia la peritonitis en el siglo veinte. Con seguridad que

nombrará a un brujo como Ministro de Salud” (108). Es *vox populi* el interés que tuviera Maximiliano Hernández por la teosofía, aunque no es esa inclinación lo que interesa subrayar, sino más bien el desagrado con que el doctor recibe la noticia del golpe. A pesar de su condición de propietario y de su elevado status social, Alfonso es políticamente progresista, tiene una relación personal con Martí, así como una admiración significativa por las acciones de Sandino en Nicaragua, su tierra natal. Incluso es el único personaje de *Cenizas* que rememora nostálgicamente la idea de la unidad centroamericana. Ahora bien, su problema fundamental es la contradicción entre su ideario político y la forma en cómo se articula su vida cotidiana con la sociedad salvadoreña, puesto que la concreción histórica de su pensamiento progresista implicaría el fin de sus privilegios sociales y económicos. Esta contradicción no es exclusiva de Alfonso, sino también de su familia, y por lo tanto será otra de las tensiones fundamentales que articula a *Cenizas*: Alfonso y su familia quedan mudos y sin respuestas en medio del fuego cruzado del Estado y la Multitud, socialmente del lado de los asesinos, pero a su vez mediomuertos.

Para este momento, la campaña electoral de los comunistas ya se encontraba bastante avanzada con candidatos para alcalde en la mayor parte del Centro y el Occidente del país. En su explicación de los detonantes inmediatos del estallido, Mármol otorga una singular importancia a lo sucedido durante los días específicos de las elecciones. Esencialmente, la problemática nace del desconocimiento de los resultados favorables a los comunistas y de la posposición por parte de las autoridades de la votación para diputados. Esta conducta de parte del régimen motivó el inicio de una huelga en la finca “La Montañita” en Ahuachapán que no tardaría en ser violentamente reprimida por el ejército, que haría una ejecución pública de un dirigente campesino vinculado a la Juventud Comunista. La respuesta de los huelguistas no se hizo esperar

y a su vez ejecutaron a 14 miembros de la Guardia Nacional. Según Mármol estas acciones y sus respectivas respuestas instalaron un clima de terror en todo el Occidente del país. Frente al rápido devenir de los acontecimientos que presagiaban una catástrofe, la dirección comunista decidió solicitar una audiencia al General Martínez, con la intención de establecer algún tipo de comunicación que abriera un cauce distinto a lo que venía pasando. En esencia, los comunistas prometerían calmar los ánimos de la gente y por su parte el Gobierno debería comprometerse en detener la represión. Las negociaciones fracasaron debido a que Martínez decidió no participar de las mismas, y el encargado de hacerlo, el General Valdéz, ministro de la defensa, alegó no estar facultado para negociar por no tener aprobación del Ejecutivo. Según Gould y Lauria, la negativa del ejército de establecer algún tipo de negociación cerró las posibilidades de una salida pacífica al conflicto: “Sin importar sus motivos, cuando Valdéz abruptamente los dejó en el salón, el mensaje era claro: el régimen iba a continuar tomando medidas violentas y drásticas en todas las protestas, y era indiferente ante la perspectiva de más derramamiento de sangre” (217).

Hacia finales de diciembre de 1931, el contacto cotidiano y las confidencias han disparado las fantasías de Frank e Isabel, aunque todavía ninguno ha reunido el valor necesario para hacerle saber al otro sus verdaderos sentimientos. Lo que se ha ido construyendo lentamente es una acumulación de deseo que pugna por encontrar una salida y que somete a un vértigo constante a ambos personajes. En voz de Frank:

La semana pasada hubo momentos en que creí volverme loco. Antenoche, por ejemplo, desperté dos horas después de haberme dormido; no pude conciliar de nuevo el sueño. Me quedé allí, acostado, mirando la oscuridad hasta que amaneció. Me devanaba los sesos pensando cómo poder verla a solas, sin sirvientas, sin amigas, sin niños a su

alrededor. No hay lugar en este pueblo maldito donde uno pueda verse a solas, a menos de darse cita bajo un árbol de café en el cerro. (124)

Luego de cierta resistencia melodramática de Isabel, la realización del deseo sucede finalmente el día 10 de enero de 1932, según señala Frank en su diario. Este día, luego de asistir a la iglesia, Isabel se dirige a la casa de Frank y la cercanía física así como la posibilidad objetiva de intimidad terminan por derribar todos los diques libidinales y de esta forma se consuma el acto sexual: “Cuando la conduje hacia la cama, me siguió dócil. Más tarde, después de la entrega, del egoísta abrazo, del éxtasis, mientras acariciaba mi espalda con sus dedos suaves, repetía a media voz, memorizaba la frase: –Te quiero, Frank, te quiero” (128). Una vez confirmado el deseo en la práctica, su posibilidad de continuidad está en función de que Isabel abandone al doctor Alfonso y huya con sus hijos y Frank. Con este propósito Frank se traslada a San Salvador a realizar los preparativos necesarios para un viaje con destino a París. El barco, cargado de sueños e ilusiones, zarparía el 19 de enero del 32.

Mientras tanto, los comunistas –acorrallados entre las masas a punto de estallar y el Gobierno militar cerrado a cualquier tipo de salida negociada– llamaron a una insurrección armada popular. En una reunión realizada en la noche de los días 7 y 8 de enero de 1932, los presentes (algunos dirigentes abandonaron la reunión) determinaron que: “. . . el deber del Partido era el de ocupar su puesto de vanguardia al frente de las masas, para evitar el peligro inminente, mayor, y deshonoroso para nosotros, de una insurrección incontrolada, espontánea o provocada por la acción gubernamental en que las masas fueran solas y sin dirección al combate” (125). En un inicio se votó porque el llamado a la insurrección fuera el día 16 de enero y con este objetivo en miras se comenzó con los preparativos militares. Una caracterización que mantenía el

PCS, que luego se demostraría totalmente errónea, es que distintos núcleos al interior del ejército, simpatizantes comunistas, se unirían al levantamiento. Es obvio, que en términos militares contar con soldados entrenados, aunque sea precariamente, era un factor que podría generar alguna ventaja sobre el terreno. Mármol señala claramente que contaban como parte de sus aliados a los cuarteles de Sonsonate y Ahuachapán, además de otra serie de grupos del ejército dispersos entre la capital y otras zonas del Centro y Occidente. Sin embargo, en otra reunión del núcleo dirigente comunista el día 14 de enero se propuso y aprobó un aplazamiento del llamado, que ahora sería para el día 19. Según queda referido por Mármol, la idea del aplazamiento surgió del grupo de Martí y tenía como justificación la posibilidad de que con más tiempo era posible sumar a más efectivos del ejército. En términos de la lógica operativa de la dirección comunista, Mármol puntualiza que para ese entonces el peso decisivo estaba ya en manos de Martí: “A estas alturas Farabundo era ya más que un Secretario General Interino: por la fuerza de los hechos y por su calidad de dirigente, la jefatura suprema tanto dentro del Partido como en la organización para la insurrección, había quedado en sus manos” (126). En alguna medida, este señalamiento de la importancia decisiva de Martí y por extensión del SRI, en términos de dirección del movimiento, haya eco en la interpretación del 32 que hacen Gould, Lauria y Henríquez en el documental *1932: Cicatriz de la memoria*. En el documental, el SRI queda retratado como la organización más importante de los campesinos del Occidente con al menos 6000 campesinos debidamente inscritos.

Las fantasías de felicidad y amor de Frank e Isabel duran poco más de una semana: Isabel le hace saber a Frank –mediante una carta– que lo sucedido entre ambos fue un error y que no tiene la disposición real de abandonar a su esposo y a su familia, así como le señala la necesidad de interrumpir todo tipo de intercambio. Este rechazo afecta profundamente a Frank quien en

consecuencia busca consuelo en la bebida y en medio de la intoxicación elabora las razones que explicarían la decisión de Isabel:

Lo que pasa es que te falta valor, no te atreves a dar el salto. Eres mujer, eres débil. Las mujeres por regla general son conservadoras, cobardes, prefieren marchitarse a arrancar de cuajo sus raíces y trasplantarse en suelo desconocido. Es tu problema Isabel. Naciste mujer en Santa Ana. Todo lo que tienes que hacer es dejarla atrás. ¿Cómo no puedes entenderlo, mi amor? Es tan sencillo. (15)

Más allá del perturbador y confuso tono patriarcal del fragmento (confuso porque pareciera que *Cenizas* suscribe esta ontología débil de la mujer) el señalamiento de Frank insiste en la incapacidad de Isabel de sustraerse de la ideología sexual dominante en Santa Ana, y por tanto, preferir la seguridad en la opresión que la incertidumbre en la libertad. Para Frank, el problema de Isabel es su imposibilidad de pensarse más allá de su condición de propiedad de Alfredo y, en consecuencia, de asumirse como un ser responsable de sus propias decisiones. Lo que parece pasar inadvertido para el norteamericano es que su ofrecimiento no garantiza ninguna libertad real para Isabel, sino tan solo un cambio de propietario. No obstante y a pesar del rechazo de Isabel, Frank hará un último intento por lograr su compañía y afecto, y con este propósito inicia su viaje de regreso de San Salvador a Santa Ana.

A la postergación del 19 de enero se le sumó otra: ahora la insurrección sería el día 22 de enero. *Miguel Mármol* detalla cómo estos atrasos operativos le dieron un importante margen de maniobra al régimen que tuvo como consecuencia más inmediata la captura de Martí, Alfonso Luna y Mario Zapata, estos últimos estudiantes universitarios. Descabezada la dirección

comunista, y en medio de otra discusión violenta, el resto de los miembros aún en libertad deciden continuar con los preparativos en medio de un Estado de Sitio nacional determinado por el Gobierno Militar. La situación era desesperada:

Era ya 20 de enero y no había una información completa de los medios materiales y humanos con los que contábamos: no sabíamos mayor cosa acerca del número y calidad de las armas que tenían nuestras fuerzas, ignorábamos el número exacto de batallones rojos formados y apenas había datos sobre la integración de los mandos en todos los niveles, del reparto de responsabilidades concretas, etc. Ignorábamos lo fundamental de la dislocación y los movimientos de las fuerzas enemigas a nivel nacional y sólo teníamos datos esporádicos y no relacionados dentro de un marco general. (128)

Mármol subraya que hasta ese momento el PCS había manejado la insurrección únicamente como un problema político, sin contemplar las tareas militares asociadas, y que los problemas militares pasan a ser la prioridad una vez que se ha tomado la decisión política de llevar adelante la rebelión. De la misma manera, insiste en la necesidad de recurrir a la ciencia o técnica específica de la guerra para enfrentar militarmente al enemigo. Debido a la naturaleza híbrida ya aclarada del texto, es difícil discernir quién habla en este fragmento; lo que sí es claro, es que la discusión y el énfasis al respecto de la correcta combinación entre las tareas políticas y la lucha armada era un elemento esencial al guevarismo, corriente política a la que, como se ha visto, Dalton tendía con fuerza para la época de redacción del *Miguel Mármol*. En todo caso, y más allá de una tarea de identificación de corrientes políticas al interno del texto, lo que es claro es la imposibilidad para el PCS de haber “planificado” militarmente la insurrección, puesto que

la misma no es el resultado de su praxis política específica, sino que deviene una situación objetiva, que a pesar de todos sus esfuerzos por contenerla, termina por estallar violentamente. Ya para el 22 de enero, día establecido por votación para iniciar la lucha armada, la dirección comunista no operaba como tal y literalmente se desbandó en una lógica de “sálvese el que pueda”. El 22, Mármol se encuentra en las afueras de San Salvador y a través de conversaciones informales con algunos compañeros del grupo se entera de la gravedad de la situación y de cómo algunos grupos pequeños del Occidente del país comenzaron a entrar en acción. Sin embargo, el inminente levantamiento en Occidente se encuentra a un Mármol completamente desorientado, desarmado e incapaz de formular cualquier respuesta política que no fuera preservar su vida física. A pesar de sus esfuerzos por ocultarse de la policía, durante el transcurso del día cae preso.

2.3 EXPLOTA LA INSURRECCIÓN Y LA MUERTE SE PROPAGA

De momento es necesario dejar a Mármol en manos de la policía del General Martínez y dar un vistazo a lo que está por acontecer en el Occidente del país. Sigo en esto la narración historiográfica de Ching, Lindo y Lara. La rebelión da comienzo en la noche y la madrugada del 22 y 23 de enero. En primera instancia, la ocupación fue efectiva en al menos doce pueblos, como Tacuba, Salcoatitán, Juayúa, Nahuizalco, Sonzacate, Izalco y Colón. En su mayoría, estas poblaciones estaban densamente pobladas; por ejemplo Izalco tenía 20 mil habitantes, Nahuizalco 15 mil, y el de menor población era Colón con 5 mil habitantes. Decenas y centenares de campesinos armados de machetes y palos se dirigían a la plaza central de un

pueblo, luego atacaban las oficinas de telégrafo con la intención aparente de cortar las comunicaciones, por sobre todo con los cuarteles militares. También había ataques en contra de puestos militares, policiales y edificios municipales. Garantizada la ocupación de una zona, comenzaba un ataque a casas particulares y negocios asociados a las élites regionales: alcaldes, comerciantes de café, propietarios y autoridades militares. Sin embargo, en ningún momento hubo un ataque indiscriminado en contra de la población civil. También se producían saqueos de distinta naturaleza. En todo el plazo de la revuelta el número de muertos no superó las 100 personas. Los primeros ataques sucedidos, pasada la medianoche del 22 de enero, fueron en Izalco, Juayúa y Salcoatitán. La disparidad y la escasa objetividad de las fuentes no permiten determinar con exactitud la cantidad de involucrados, pero los historiadores se inclinan por contabilizar centenares al comienzo del levantamiento y varios miles en sus puntos de mayor acción. En Juayúa los rebeldes fueron en búsqueda específicamente de Emilio Redaelli, quién pasaba por ser el más rico del pueblo, y lo ajusticiaron, además de herir a su familia e incendiar su casa. De la misma manera, en Izalco fue ajusticiado el alcalde Miguel Call. Fue durante el ataque a Izalco que el telegrafista del pueblo tuvo la oportunidad de transmitir un mensaje al cuartel de la cabecera departamental en Sonsonate, esta acción permitió la organización de la primera expedición militar para sofocar la rebelión. Sin embargo, en el momento que la tropa se organizaba en la plaza frente al cuartel fue atacada por un grupo de rebeldes. Según Ching, Lindo y Lara:

A continuación, se dio una lucha feroz de cuerpo a cuerpo mientras los soldados se batían en retirada para refugiarse dentro del cuartel. Por lo visto, algunos rebeldes lograron penetrar en el cuartel pero fueron repelidos por los soldados, quienes lograron cerrar los

portones. Ya a salvo tras los muros del cuartel, los soldados suprimieron a los atacantes con fuego de ametralladoras. (49)

Conscientes de su incapacidad para tomarse el cuartel, los campesinos sublevados terminaron su ataque y en la huida destruyen la estación de policía y otras propiedades. Casi de forma simultánea a los acontecimientos en Sonsonate, se produce un ataque al cuartel militar en Ahuachapán, otra cabecera departamental. Las acciones fueron casi idénticas, con la diferencia de que esta vez los soldados no se encontraban en la plaza exterior, lo que permitió un trabajo más expedito por parte de las ametralladoras. Hay que recordar, como Mármol y los comunistas contaban con la participación en la insurrección de los soldados de los cuarteles de las cabezas departamentales en Sonsonate y Ahuachapán, como queda demostrado por los hechos, en última instancia, el ejército no sufrió ninguna fractura y operó como una fuerza unificada una vez que se desata la represión. Estos eventos alrededor de los cuarteles significaron, de forma contradictoria, una victoria táctica de los campesinos en rebelión, en la medida que creó una confusión dentro del ejército desplegado en la zona en relación a la verdadera fuerza del movimiento. Esta confusión hizo que las tropas permanecieran resguardadas hasta que tuvieron la certeza de no afrontar mayores ataques.

Ya en las primeras horas del día 23 hubo ataques en Tacuba y Colón, que vendrían a ser los límites occidentales y orientales de la revuelta. Colón por ejemplo, no es considerado parte de las tierras altas del Occidente dedicadas a la caficultura, sino que se encuentra a medio camino en dirección a la capital. En estos pueblos el patrón de ataque siguió siendo similar al ya desplegado, con ataques directos a los espacios del poder estatal y a las personas que los encarnaban. En Tacuba, fue decapitado el general retirado Rafael Rivas y su cabeza fue expuesta

y paseada en una pica por el pueblo. El último lugar en ser atacado fue Nahuazalco ya entrada la mañana. Aquí, Francisco Brito, quien fuera el alcalde de la localidad, escribió lo siguiente a escasos 5 días de los sucesos: “La Alcaldía y la estación de policía de esta ciudad fueron totalmente quemados, el 23 de los corrientes, por los comunistas: absolutamente nada quedó de estos; los sellos municipales y cualquier dinero que haya sido guardado en la Alcaldía, fue también quemado o robado” (52).

Básicamente en este punto termina la ofensiva de la Multitud y comienza la ofensiva del Estado.

Fueron necesarias apenas 24 horas para aplastar la insurrección, al anochecer del 25 de enero ya el Estado había recuperado la autoridad sobre todo el territorio ocupado por los campesinos insurrectos. Desde el Centro y el Oriente del país, el Gobierno envió refuerzos militares por tren, que en su mayoría fueron innecesarios para la contención inmediata del movimiento, puesto que para esta tarea habían bastado los destacamentos militares de Sonsonate y Ahuachapán, quienes una vez asegurados de que no habría más ataques contra las instalaciones militares, se organizaron y comenzaron las tareas militares de recuperación de las zonas ocupadas durante el levantamiento. A pesar de que el avance de las fuerzas del ejército destacadas en las cabeceras departamentales fue contenido algunas veces por enfrentamientos con los rebeldes, la casi ausencia de armas de fuego en las filas rebeldes impidió cualquier tipo de resistencia real. Las armas de fuego contra machetes y palos: una imagen casi de los tiempos de la conquista. En cierta forma es posible afirmar que a esta altura, los acontecimientos no han transgredido la *normalidad* de la razón política centroamericana, es decir, una rebelión subalterna focalizada que es reprimida por el ejército. Lo que está por venir sin embargo es una de las mayores expresiones históricas del sadismo político del Estado latinoamericano.

Desplegadas en el Occidente salvadoreño y estando ya el brote revolucionario contenido, el 25 de enero se hayán una enormidad de unidades militares a cargo del General José Tomás Calderón. Comienza, ahora sí, la venganza. Estas unidades militares fuertemente armadas comienzan a desplegarse por la zona occidental y de manera indiscriminada comienzan a asesinar en masa a los campesinos. A esta altura, no importa ya discernir si las víctimas participaron o no de la rebelión, ser campesino, ser hombre y estar étnicamente marcado es suficiente para merecer la muerte. Uno de los métodos de exterminio empleados es relatado por Ching, Lindo y Lara: “Una de las tácticas más utilizadas para aligerar la matanza fue dar la orden para que la población masculina de los cantones vecinos se congregara en la plaza de un pueblo con el pretexto de entregarles salvoconductos; los soldados entonces los alineaban y los ametrallaban en masa” (55).

Es precisamente con la imagen de una de estas matanzas que se cierra la narración del diario de Frank, quien ve interrumpido su regreso a Santa Ana por ser testigo del estallido de la insurrección y del ulterior exterminio a cargo del ejército salvadoreño:

En eso se oyó la primera *raca taca taca* de ametralladoras . . . Derribé la silla al levantarme. Un torbellino de gritos angustiados ahogó el ruido de las próximas descargas. La plaza entera estaba en violenta moción; una masa de calzones blancos se agitaba como hojas de otoño que levanta una ráfaga de viento. Las ametralladoras estaban montadas en los camiones, con oficiales manejándolas. Mientras mirábamos, la masa de campesinos en el espacio abierto de la plaza salía de su estupor, buscaba a ciegas escaparse por un hueco. Sentimos la onda que se extendió por los cuerpos cuando se dieron cuenta que no había escape posible, que estaban atrapados. Frente a nosotros, tres o cuatro torsos

aparecieron sobre las cabezas de sus compañeros. Habían sido arrebatados del suelo y luchaban desesperados por alcanzar un alero bajo. Uno de ellos lo logró; se arrastraba ya por las tejas cuando una ametralladora lo pilló y quedó allí, desparramado. Sus compañeros fueron clavados contra el muro por las balas. Antes de caer al suelo, se encogieron con espasmos. –A los camiones, vayan a los camiones– gritó alguien cerca de nuestra ventana–. Primero solo unos cuantos, luego una turba ciega y delirante se lanzó convulsiva hacia la boca de la ametralladora en la esquina más próxima a nosotros. Saltaban sobre los cuerpos de las primeras víctimas, se deslizaban por las baldosas llenas de sangre, se arrastraban heridos. Un oficial al otro lado de la plaza hizo girar su ametralladora. Interpuso un muro invisible que los paró en seco, que los aplastó contra el suelo en pesadilla de gestos extravagantes, de gritos que borboteaban sangre, de trapos blancos por el suelo manchados de sangre. A pesar de la valla mortífera, unos cuantos alcanzaron la fila de soldados con bayonetas que había frente a cada camión. Allí los atravesaron, los dejaron morir entre gritos y convulsiones . . . El último grupo de campesinos que intentó lanzarse sobre las ametralladoras, cayó despedazado sobre los cuerpos de sus compañeros muertos y heridos. Los gritos continuaron, pero ya no había en ellos el timbre de ira y sorpresa. Eran gritos agónicos de puro dolor. Puro dolor. Hubo un cambio sutil. Los hombres que quedaban vivos no se lanzaron más sobre los camiones. El movimiento insensato se detuvo; parecía como si los indios simultáneamente se hubiesen aferrado a la esperanza del que todo se debía a un error monstruoso y quizá si se quedaban quietos, sin moverse, las ametralladoras también se callarían . . . Pero las ametralladoras seguían tartamudeando . . . Se produjo otra convulsión en la gran bestia de mil cabezas que agonizaba bajo el sol, bajo el embudo negro que emitía el Izalco y se

alejaba hirviendo hacia el este. Los campesinos se agruparon, se desviaban gateando de las abejas metálicas que rebotaban y gemían, se arrastraban con las uñas hacia el centro del espacio abierto, hacia el único refugio temporal que ofrecía el muro todavía viviente de sus compañeros. Todos estaban en el suelo de rodillas, de barriga, culebreando. Las ametralladoras seguían con sus tersos, impávidos monólogos . . . La mayor parte de los indios apiñados en el centro de la plaza seguía viviendo; algunos ilesos, otros levemente heridos. Aun con media docena de ametralladoras lleva tiempo matar cinco o seis mil personas. Alguien allí en medio de la plaza debe haber gritado algo. No lo oí, pero debe haber gritado algo como: “Si nos van a matar que nos maten de pie” . . . Lo cierto es que tres o cuatro se levantaron, luego veinte, cincuenta, cien. Se levantaron erguidos, como hipnotizados, como si al fin hubiesen recordado algo que habían memorizado hace muchos años, en la niñez, pero que luego olvidaron por un largo, largo tiempo. (173)

El oficio de muerte del ejército salvadoreño y de bandas paramilitares continuó por dos semanas. En todo el Occidente los cadáveres comenzaron a formar montículos a orillas del camino y a pesar de que el número de muertos es realmente incierto, porque nadie se preocupó por llevar una cuenta precisa, las estimaciones son de entre 10 mil y 30 mil muertos en quince días. En *Cruel Modernity* (2013), al hablar precisamente sobre otra matanza en El Salvador, la de El Mozote en 1981, Jean Franco destaca como estas acciones de violencia masiva generan vínculos de solidaridad y lealtad entre sus ejecutores, por sobre todo al interior de los ejércitos nacionales (11). Es posible sugerir que para el caso del 32, la matanza funcionó como el origen ritual de la serie de gobiernos militares más prolongada del siglo XX en Latinoamérica.

La suerte de Miguel Mármol y de los núcleos comunistas de San Salvador no será distinta de la suerte de las masas campesinas. Después de algunos interrogatorios no muy extensos y mediados por la tortura, Mármol es evacuado de la estación policial donde permanecía retenido y junto a un grupo de presos es conducido a las afueras de San Salvador para su fusilamiento. En general su actitud es de desprecio a la muerte y al dolor. Mientras es torturado en una *picana eléctrica salvadoreña*, le solicita a sus captores que le hagan el “sacrificio indio”: “Dejen de mariconadas y háganme el sacrificio indio. Los impresioné. ¿Qué es el sacrificio indio? – preguntaron–. Pues consiste en amarrarlo a uno con alambres eléctricos al rojo vivo y darle fuego a uno con leña o zacate verde. Eso duele como la gran puta” (132). La última imagen del 32 que me interesa rescatar es la del campesino pobre devenido comunista frente a su muerte:

El jefe dio la voz de mando y nos vino encima la primera descarga. No nos tocaron y yo pensé que eso era por puro joder, por prolongarle a uno el martirio. Ni a tirar bien han aprendido, cabrones –les dije con calma. Los policías todavía nos tiraron dos descargas más, que sólo nos rozaron, y el Capitán Alvarenga comenzó a putearlos. A la cuarta descarga sí me hirieron, a la altura del pecho, pero felizmente no de adelante para atrás sino de lado, por la postura que adopté al sonar la voz de ¡Fuego! . . . Yo no me acordé ni de bajar santos del cielo ni nada . . . De todas maneras caí, pataleando por la fuerza de los impactos. Cuando unos policías del pelotón llegaron a ayudarme a incorporar, ya yo estaba otra vez de pie. Puta –les dije– así no vamos a terminar nunca. No sé de donde me salía aquella serenidad, aquel sentimiento de invulnerabilidad. Vino otra descarga. Aquí sí me dieron bien. Sentí varios golpes en el cuerpo y un como timbrazo, un como golpe eléctrico en la cabeza. Después vi una luz intensa y perdí el sentido. (136)

No pasaría una semana antes de que Martí fuera fusilado en circunstancias similares y pasara a convertirse en el mártir fundamental del imaginario revolucionario salvadoreño. De esta forma y mediante estas dos imágenes construidas por la literatura, la de la multitud siendo masacrada por el ejército y la de un sujeto comunista siendo fusilado por la policía, cierro esta narración de los sucesos de 1932. No obstante, antes de abandonar El Salvador de los 30, es necesario recapitular y cerrar algunas de las discusiones abiertas. La primera de ellas pertinente a la crítica literaria y la segunda relativa a la historiografía.

Señalé previamente, que la crítica literaria alrededor de *Miguel Mármol* se ha centrado esencialmente en discutir la naturaleza genérica del texto: si es testimonio, novela, testimonio novelado, novela testimonial y así hacia el infinito. En gran medida esta discusión se desarrolló a partir de una publicación de Rafael Lara Martínez: *Del dictado* (2007), en la que a través de un trabajo genético con los manuscritos que preceden a la edición de 1972 en Costa Rica, constata de manera empírica la decisiva intervención de Dalton en la narración que Mármol va desarrollando. Así, prueba cómo en la producción del texto no solamente actúa la voz del testimoniante, sino también toda una larga serie bibliográfica de la que Dalton echa mano para construir un discurso homogéneo con un registro cercano a las narrativas realistas. Es un hecho entonces que la literatura se entrometió en la *pureza* testimonial del texto. Esta es la primera aseveración de Lara Martínez. Es claro que la crítica de Lara Martínez va dirigida centralmente en contra del giro subalternista de los estudios culturales latinoamericanos, más específicamente contra algunas aseveraciones de Beverley y Zimmerman, así como de Barbara Harlow por su artículo “Testimonio and Survival: Roque Dalton’s Miguel Marmol” de 1991. En breve, Lara Martínez critica la teorización subalternista por cuanto esencializa la versión publicada del texto

como un producto transparente de la comunicación entre el intelectual letrado y el informante subalterno, sin prestar atención a todas las mediaciones que sufre la escritura durante este proceso. De acá que Lara Martínez haga un esfuerzo por señalar la brecha temporal y de longitud textual entre la entrevista original del 66 en Praga y la versión publicada del 72. En cierta forma, es necesario concederle a Lara Martínez que las aseveraciones hechas desde la academia norteamericana durante el periodo de la crítica testimonial no se preocuparon en ningún momento por establecer las relaciones reales de producción del texto, y se permitieron valoraciones –al menos al respecto de *Miguel Mármol*– que no son correctas. Si algo es claro en *Miguel Mármol* es que la voz subalterna es indistinguible de las otras voces que se intercalan. Ahora bien, el problema de la crítica de Martínez es que se aproxima demasiado a lo que Beverley conceptualizara como una reterritorialización de los campos disciplinarios (*La interrupción del subalterno* 161). Esto significa que para Lara Martínez es necesario regresar a la crítica literaria y a la filología, pues toda exégesis teórica tiene una secuencia obligada que pasa por la fijación de la obra como primer y necesario estadio. Hay entonces que regresar del foco político de la crítica cultural latinoamericana a un paciente trabajo de monje medieval.

Mi trabajo se comprende a sí mismo en contraposición a ambas posturas o escuelas críticas. Por un lado, reconocer que la búsqueda de la voz del subalterno en un texto como *Miguel Mármol* es un ejercicio estéril por cuanto la naturaleza híbrida del texto no permite establecer con claridad los niveles del discurso de Mármol y los correspondientes a Dalton. En esto parece incidir decisivamente el hecho de que *Miguel Mármol* es un texto precursor en el género testimonial y que la formalización del testimonio –por sobre todo a través de Casa de las Américas– no sucederá hasta unos pocos años después de la producción y publicación del *Miguel Mármol*. Además, como quedara señalado a propósito de la crítica de Delgado, el énfasis

deconstructivista de los estudios subalternos termina por obviar el hecho decisivo de que la escritura de *Miguel Mármol* es sobre todo una tarea política de fidelidad a la revolución centroamericana. Por otro lado, señalar que la pertinencia filológica de las aseveraciones de Lara Martínez no debería conducir a la conclusión de que la hibridez discursiva de *Miguel Mármol* es producto de una intencionalidad oculta de Dalton por tergiversar los sucesos del 32 en beneficio de una agenda política comunista. Con demasiada facilidad esta idea se acerca a lo más oscuro de la reacción política en Centroamérica. Con respecto a la crítica literaria o cultural alrededor de *Miguel Mármol* el artículo de Benítez antes mencionado y otro breve de Álvaro Rivera Ríos titulado “Las historias prohibidas del Miguel Mármol” parecen ser los más pertinentes, en la medida que ambos abordan la discusión genérica insistiendo en interpretar el *Miguel Mármol* como un texto eminentemente político –aunque escrito en un código literario– de naturaleza abierta e híbrida:

Un libro donde se mezclan el formato literario de la novela y el testimonio biográfico, la imaginación y la realidad, la hagiografía comunista y el intento de plasmar una época; un libro donde todo eso se proyecta retóricamente hacia el debate doctrinal, de ninguna manera puede calificarse de texto cerrado, al contrario, Miguel Mármol es una obra traspasada por la ambigüedad genérica, ontológica. No es la vida, no es la historia, no es un documento, pero tampoco es una obra de ficción ¿qué es? (2)

De regreso a Lara Martínez, su segundo argumento es que Dalton deliberadamente borra el componente indígena en la narración del 32. En la medida que esta tesis de Lara Martínez está estrechamente vinculada con la discusión historiográfica relativa a la *causalidad comunista*, se

planteará el problema de forma conjunta. El nudo de la discusión histórica parece ser descifrar cuál fue la relación concreta entre los comunistas y los rebeldes del Occidente en el 32. ¿Eran los rebeldes comunistas? ¿O fue un levantamiento indígena independiente? Un estudio cuya tesis central es la segunda opción, la de interpretar el 32 como un levantamiento indígena independiente, ya fue mencionado anteriormente: *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica* (2010) de Ching, Lindo y Lara Martínez. El argumento fundamental de este estudio es que la debilidad propia del PCS era un impedimento para que los comunistas constituyesen la dirección política del movimiento insurreccional en Occidente. Así las cosas, las motivaciones que generaron la rebelión no pueden ser explicadas a base de una teoría de la penetración ideológica de un agente externo, sino que deben ser referidas a la historia y cultura específicas de las comunidades indígenas del Occidente salvadoreño. Lara Martínez es quien sugiere que en el caso específico de *Miguel Mármol* esta borradura del carácter indígena de los sucesos del 32 es un gesto deliberado de ocultación ideológica por parte de Dalton. Esta negación de la *causalidad comunista* es perfectamente pertinente para discutir dentro del ámbito historiográfico con lo que fuera la primera aproximación al 32, a saber, el libro de Tomas P. Anderson¹⁹. Sin embargo, ello es insuficiente al intentar utilizar el *Miguel Mármol* como un texto que propicia interpretar el 32 como resultado de la praxis comunista. Como fue posible observar en multitud de momentos, la negación de la *causalidad comunista* está ya implícita en el texto de Dalton porque nunca es presentada la organización comunista como la dirección política del levantamiento. Nada habla más claramente de la debilidad del PCS que la soledad de Mármol antes de su arresto el día mismo de los sucesos, así como su separación física del epicentro de la revuelta. No obstante, señalar que el PCS no dirigió políticamente los sucesos del 32 no significa

19 *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932* (1971).

que el comunismo no fuera una determinación significativa en el desarrollo del proceso. En *1932: Rebelión en la oscuridad* (2008) Gould y Lauria recogen las declaraciones de Feliciano Ama, un cacique indígena de la zona de Izalco que sufriera una ejecución pública después de los sucesos del 32, por ser acusado de dirigir los núcleos rebeldes de la zona. Las declaraciones se hacen unos meses previos a su muerte: “Mire patrón. Lo que usted dice es cierto en lo que respecta a que hemos sido y siempre seremos amigos. Pero usted es, por su parte, un capitalista, y nosotros, por la nuestra, trabajadores, los proletarios; ya no somos lo mismo, porque usted es capitalista, pero yo siempre lo trataré con respeto y usted nos tratará a nosotros con afecto” (188). Lo que esta cita prueba es que categorías interpretativas propias del marxismo se habían abierto espacio dentro de la cosmovisión de las sociedades indígenas mestizadas del Occidente y habían comenzado a entrar en contradicción con las formas tradicionales (¿coloniales?) de comprensión de las relaciones entre indígenas y ladinos, así como de las relaciones entre trabajo y propiedad. Como lo he advertido, una de las tesis principales del trabajo de Gould y Lauria es que el SRI tuvo un verdadero crecimiento exponencial entre los campesinos indígenas del Occidente, pero que la recepción del comunismo en estas comunidades implicó una adaptación a los códigos culturales específicos de la zona. Aunque los comunistas no fueron la dirección política de los campesinos indígenas sublevados, es evidente que el comunismo como fantasma recorría a El Salvador durante este momento histórico y que su presencia abrió las posibilidades interpretativas de los sujetos subalternos respecto a su propia condición en una dirección potencialmente subversiva.

Al cerrar esta primera secuencia político literaria, la pregunta necesaria parece ser la siguiente: Respecto a los sucesos de 1932, ¿qué verdad dice la literatura? El elemento transversal en ambas narraciones sobre el 32 salvadoreño, tanto en *Cenizas de Izalco* como en *Miguel*

Mármol, es la tragedia de la escisión del sujeto frente a su objeto, o la incapacidad de los sujetos de concretar en la realidad sus deseos. En *Cenizas* esta lógica es suficientemente clara en la negativa de Isabel de consolidar su vínculo afectivo con Frank, así como en su decisión de permanecer atada a los convencionalismos sociales y sexuales de la sociedad de Santa Ana, decisión que parece haberle pesado toda su vida y que explicaría la necesidad del auto-exorcismo al entregarle en el momento de su muerte el diario a su hija Carmen. También en *Cenizas*, el estallido insurreccional se convierte en la razón que sepulta definitivamente la posibilidad del amor al interrumpir el viaje de regreso de Frank a Santa Ana.

La escisión en *Miguel Mármol* no puede ser comprendida sin algunos elementos conceptuales de la teoría de la revolución en Marx. Lowy distingue en el esquema filosófico de Marx tres momentos dialécticos en el curso de una revolución comunista. El primero de ellos es la constatación de un potencial revolucionario en la multitud. El segundo es la tendencia de la multitud hacia una conciencia comunista a través de una práctica revolucionaria. El tercero es el rol de los comunistas²⁰ para desarrollar esta tendencia hacia una coherencia total (*La teoría de la revolución en el joven Marx* 44). Es manifiesto a través de la narración de *Mármol* que el primer elemento estaba presente en la realidad política salvadoreña de los 30 y se revelaba mediante crisis económica, manifestaciones multitudinarias, organización sindical y violencia política. En otras palabras, las masas salvadoreñas parecían despertar del letargo impuesto por el liberalismo oligárquico y comenzaban a reclamar su lugar y sus intereses generales. El problema se genera en la articulación de los siguientes dos elementos. Si bien es cierto, las masas salvadoreñas

20 Es necesario rehuir de la clásica imagen de los comunistas como salvadores o como partidarios de una sociedad conspirativa. Lowy señala que Marx no establece nunca una separación reconocible entre los comunistas y las masas en posición proletaria, sino que piensa la relación como un continuum que de conjunto tiende hacia la totalidad. Para el caso de *Miguel Mármol* esta indistinción se sintetiza en el propio *Mármol* pues nunca es del todo claro donde comienza el campesino proletariado y donde termina el comunista.

comenzaban a tener un movimiento político crítico e independiente de marcado carácter obrero y a tono con las coordenadas históricas globales, su desarrollo era aún incipiente y en el Occidente del país –zona económica agraria– era claramente embrionario. Por su parte, como es apuntado reiteradamente, los comunistas, tanto del PCS como del SRI, eran sumamente débiles en términos organizativos y padecían de grandes lagunas formativas que los inclinaban a una práctica revolucionaria puramente empírica. Es esta debilidad compartida la que en última instancia impediría una síntesis liberadora y dejaría a las masas levantadas, peleando con palos y machetes contra un ejército moderno, así como, fragmentaría a los comunistas sin ningún tipo de posibilidad real de intervenir conscientemente en el curso de los acontecimientos. Nuevamente, el sujeto, en este caso el comunista, queda trágicamente escindido de su deseo consciente por la revolución social y esta incapacidad significará la muerte de ambos, tanto de la multitud como de los militantes. Así las cosas, lo que la literatura afirma sobre los sucesos del 32 en El Salvador es que la primera experiencia del comunismo centroamericano es trágica porque los dos elementos fundamentales para llevar adelante una revolución no logran sintetizarse y terminan por ser aniquilados por el Estado de forma aislada. Además, *Miguel Mármol* abre las posibilidades de comprender el 32 salvadoreño como un levantamiento armado *desde abajo*, en el que los comunistas defendían un programa abiertamente socialista y todo en un marco de autonomía frente a la Internacional Comunista. Estas características hacen de los sucesos del 32, en palabras de Lowy: “Un evento enteramente singular en la historia del comunismo latinoamericano” (*El marxismo en América Latina* 24). Con esta singularidad y con la tristeza de 30 mil muertos es que el comunismo centroamericano da sus primeros pasos en la historia. Definitivamente, un trauma del nacimiento que hace perfectamente comprensible el poema de Dalton: tanta muerte

fue repartida que la experiencia del sujeto es la de nacer medio muerto y la de sobrevivir medio vivo.

3.0 EL SEGUNDO FANTASMA COMUNISTA: LOS PROLETARIOS SE ORGANIZAN EN LA SELVA (COSTA RICA Y HONDURAS)

En el *Canto General* de Pablo Neruda se encuentra “Calero, trabajador del banano. (Costa Rica, 1940)”:

No te conozco. En las páginas de Fallas leí tu vida,
gigante oscuro, niño golpeado, harapiento y errante.

De aquellas páginas vuelan tu risa y las canciones,
entre los bananeros, en el barro sombrío, la lluvia y el
sudor.

Qué vida la de los nuestros, qué alegrías segadas,
qué fuerzas destruidas por la comida innoble,
qué cantos derribados por la vivienda rota,
qué poderes del hombre deshechos por el hombre!

Pero cambiaremos la tierra. No irá tu sombra alegre
de charco en charco hacia la muerte desnuda.

Cambiaremos, uniendo tu mano con la mía,
la noche que te cubre con su bóveda verde.

(Las manos de los muertos que cayeron
con estas y otras manos que construyen
están selladas, como las alturas andinas
con la profundidad de su hierro enterrado.)

Cambiaremos la vida para que tu linaje
sobreviva y construya su luz organizada. (434)

Como es sabido, Calero es uno de los personajes principales de *Mamita Yunai*, la novela más conocida del costarricense y militante comunista Carlos Luis Fallas (Calufa). Precisamente, su difusión internacional –por sobre todo en los países del socialismo real– se debió a la intervención de Neruda, como reconoce el mismo Fallas. *Mamita Yunai* es también el texto más conocido de esa serie literaria que la historiografía ha conceptualizado como el *ciclo de novela del banano* o *novela bananera*. En *Dividing the Isthmus* (2009) Ana Patricia Rodríguez define la novela del banano centroamericana en los siguientes términos:

At times identified as political novels, thesis novels, social(ist) realist novels, proletarian novels, and company novels, banana social protest literature generally articulated the internationalist agendas of Marxist-based popular social movements, as well as the

discourses of local organic intellectuals schooled in the everyday hard labor and hard times of U.S. imperialism in the region. (44)

A su vez, Werner Mackenbach y Valeria Grinberg establecen cómo la crítica ha observado en estas narrativas una redefinición de lo nacional desde una subjetividad colectiva que corresponde a la clase obrera en general y al proletariado rural en particular. También con respecto a la caracterización de esta textualidad apuntan lo siguiente: “Los estudios sobre la novela bananera han destacado su carácter antioligárquico, antiimperialista y anticapitalista, así como su protesta social contra las condiciones inhumanas de trabajo –la explotación del hombre por el hombre– y las migraciones forzadas” (163). Ahora bien, con estas definiciones en mente es necesario precisar cuáles textos en específico son considerados como parte de este ciclo de escritura. Rodríguez incluye los siguientes: *Flor de Banana* (1962) de Joaquín Beleño, la trilogía de Asturias *Viento Fuerte* (1950), *El papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960), *Prisión Verde* (1950) de Ramón Amaya Amador, *Puerto Limón* (1950) de Joaquín Gutiérrez, *Mamita Yunai* (1941) de Carlos Luis Fallas y *Bananos y hombres* (1931) de Carmen Lyra. El interés en este capítulo es enfocar los textos costarricenses y hondureños por al menos dos razones. La primera de ellas de naturaleza histórico-económica, en la medida que la presencia del capital transnacional frutero tuvo sus experiencias de mayor profundidad ciertamente en ambos países centroamericanos. La segunda de ellas de naturaleza política, por cuanto las huelgas de trabajadores agrícolas de 1934 y de 1954 en Costa Rica y Honduras respectivamente pueden ser consideradas como las experiencias más avanzadas de organización y lucha proletaria en Centroamérica durante ese periodo histórico que Lowy piensa como la hegemonía estalinista (desde mediados de los 30 hasta la Revolución Cubana). Aún más, la literatura que se intentará

analizar en esta sección no puede ser comprendida sin una referencia directa a estos procesos. Es posible entonces hacer una metáfora agrícola del paso del primer capítulo de esta investigación al segundo capítulo. Como quedó señalado, los sucesos de 1932 en El Salvador ocurrieron fundamentalmente en las grandes haciendas cafetaleras del Occidente salvadoreño y una mayoría abrumadora de los participantes en la rebelión fueron campesinos de origen indígena fragmentariamente proletarizados. Como certeramente señalara el PCS de la época, este sujeto rebelde estaba íntimamente relacionado con la forma del capitalismo agrícola de exportación fundado en el café, que era la base de la economía salvadoreña. De las fincas cafetaleras salvadoreñas en el Pacífico centroamericano el fantasma del comunismo se traslada a las grandes plantaciones bananeras del Caribe. Un tránsito vegetal entonces: del café al banano. Es en última instancia un tránsito que da cuenta de la forma económica del liberalismo en Centroamérica: un capitalismo agroexportador especializado en el monocultivo.

3.1 LA EXPANSIÓN DE LOS PULPOS CAPITALISTAS

Antes de entrar directamente en la discusión de los textos literarios es necesario realizar dos operaciones de naturaleza conceptual que permitan establecer un marco general desde el cual analizar las narrativas apuntadas. La primera de ellas consiste en introducir una serie de nociones teóricas relativas a la construcción de lugares y a los modelos de urbanización capitalista. La segunda intentará presentar el fenómeno de la plantación bananera centroamericana desde una perspectiva historiográfica. Para David Harvey, un *lugar* es siempre una construcción social y puede ser definido en los siguientes términos: “The effect is to understand places as internally

heterogeneous, dialectical and dynamic configurations of relative *permanences* within the overall spatio-temporal dynamics of socio-ecological processes” (294). De esta forma, un *lugar* es una permanencia contingente y sometida a la degradación inherente a todo proceso socio-ecológico, que se desarrolla en medio de unas coordenadas espacio temporales específicas, internamente heterogénea y en relación dialéctica con lo que le es externo. En lo concerniente a la lógica de construcción de lugares en el ámbito concreto de la economía política del capitalismo, Harvey hace toda una serie significativa de anotaciones. El capitalismo es un modo de producción orientado al crecimiento permanente sustentado en el desarrollo de nuevas tecnologías y con una específica tendencia a la crisis. A este respecto, una de las medidas utilizadas por el sistema para superar las crisis de sobreproducción es precisamente la expansión geográfica. Esta expansión puede tener básicamente dos formas. La primera de ellas corresponde a la exportación de capital desde un lugar con la intención de construir otro en medio de una serie de relaciones espaciales ya constituidas. La segunda de ellas implica un proceso de carácter endógeno en donde las relaciones espaciales son revolucionadas mediante transformaciones tecnológicas y organizativas. De ambas situaciones emergen nuevas redes de lugares, nuevas divisiones territoriales del trabajo y concentraciones de personas y mano de obra, así como nuevas formas de extracción de los recursos y mercados. La geografía derivada de la expansión capitalista es además altamente desigual:

The geographical landscape which results is not evenly developed but strongly differentiated. “Difference” and “otherness” are produced in space through the simple logic of uneven capital investment, a proliferating geographical division of labor, an

increasing segmentation of reproductive activities and the rise of spatially ordered (often segregated) social distinctions. (295)

Una de las tensiones fundamentales que acompaña todo este proceso es la contradicción entre las formas del capital especulativo y las formas del capital asociadas de manera más directa a la permanencia en el lugar, como lo serían inversiones en infraestructura física y propiedades. Usualmente, la confrontación entre ambas formas de capital significa la imposibilidad de profundizar la acumulación y por tanto una crisis generalizada, que conlleva a la reestructuración general de un lugar, ya sea en la dirección de una renovación o en su abandono. La historia del capitalismo está así marcada por intensas fases de reorganización espacial (296).

Historiográficamente, sigo el estudio de Mario Posas que lleva por título “La plantación bananera en Centroamérica (1870-1929)”, por cuanto tiene la ventaja de cubrir aspectos generales desde el asentamiento del liberalismo hasta la aparición de las primeras células comunistas en la región, además de concluir en su cobertura temporal, justo dos años antes de que apareciera la colección de textos *Bananos y Hombres* (1931) de la costarricense Carmen Lyra. El fenómeno de la plantación bananera fue especialmente significativo en tres países del área, a saber, Guatemala, Honduras y Costa Rica, aunque también en menor medida hubo impacto en Nicaragua. Como fuera señalado, el foco estará puesto sobre las experiencias en Costa Rica y Honduras, país este último que ocuparía por largos años el dudoso honor de ser el mayor exportador de bananos del mundo. En términos de ubicación geográfica, las plantaciones bananeras por regla general se ubicaron en las llanuras de la vertiente atlántica centroamericana, zonas de densas selvas tropicales y de caudalosos ríos que se encontraban semi-pobladas y semi-comunicadas al respecto de las correspondientes capitales. En cierta forma, se podrían pensar

como espacios geográficos que las burguesías nacionales no habían podido incorporar a sus circuitos de acumulación de capital. Frente al empuje y tímido desarrollo del capitalismo semicolonial centroamericano se levantaba majestuosa e impenetrable la selva.

En Honduras, las empresas agrícolas se instalaron en las tierras bajas del Atlántico en las inmediaciones del curso de los ríos Ulúa, Chamelecón, Leán y Aguán. En Costa Rica, lo hicieron en las cercanías de los ríos Zent y Estrella cerca de Puerto Limón y en las llanuras del valle de Talamanca, cerca del río Sixaola. Como quedó anotado, en términos generales todas las plantaciones bananeras se ubicaban en zonas de difícil acceso, alejadas de los centros de poder político de las naciones centroamericanas. En algunos casos, por ejemplo en Honduras, era más corto un viaje desde La Ceiba en el litoral atlántico a New Orleans, que de La Ceiba a Tegucigalpa, tres días y una semana respectivamente. Posas señala que este aislamiento propició que las plantaciones viviesen en condición de enclave –un microespacio con una legalidad distinta del macroespacio que ocupa– con casi nulas relaciones orgánicas con la economía de los países que las hospedaban. Así, no es irrazonable pensar el fenómeno de la economía del banano como una lógica parasitaria del capital transnacional en el cuerpo de los Estados-Nación centroamericanos. Por supuesto, un parásito que fue invitado por las clases dominantes de los respectivos países. En Honduras, el origen de las plantaciones bananeras acontece en los alrededores de 1860, cuando aparecen los primeros cultivos desarrollados por productores locales. Esta producción era vendida a pequeñas compañías norteamericanas que se encargaban de la comercialización y distribución de la fruta en Estados Unidos, especialmente en New Orleans. La relativa prosperidad de los pequeños y medianos productores locales llamó la atención del capital norteamericano en expansión y ya para 1899 se empiezan a consolidar las primeras inversiones en suelo hondureño.

En Costa Rica, las especificidades del inicio de las plantaciones bananeras parecen indicar que no existió realmente una etapa de producción local independiente. Al contrario de Honduras, el origen de la producción de la fruta en Costa Rica estuvo desde siempre vinculado a la intervención del capital extranjero. Todo comienza con Minor Keith, un joven neoyorquino quien llega a Costa Rica en 1871, asociado a su tío, con la intención de hacerse cargo de la construcción de un ferrocarril que debería unir a la zona Caribe con la Meseta Central, región esta última donde se encuentra la capital del país. La monumental obra requería atravesar cientos de kilómetros a través de una zona selvática verdaderamente compleja. Hacia el final de la construcción se contabilizaron al menos 4000 muertos, en su mayoría debido a la fiebre amarilla, enfermedad típica de las zonas tropicales, dentro de los muertos se hallaban también tres miembros de la familia Keith. Ya para este momento, Keith había comenzado la siembra de bananos en las zonas que se iban habilitando debido al tendido de rieles, pero todavía no formalizaba los aspectos legales de esta producción con el Estado. Esta relación bananos-ferrocarril se mantendrá en todas las regiones de explotación bananera centroamericana como un producto de la necesidad de las clases dominantes locales de contar con vías de comunicación terrestre con el Caribe y de vías de comunicación marítima y comercial con el mundo. En abril de 1884, Keith firma con el Estado costarricense un contrato de explotación de las tierras aledañas a la construcción del ferrocarril al Atlántico, este contrato es conocido como Soto-Keith, y no tardará en convertirse en el modelo que seguirán el resto de países centroamericanos en su pacto con el capital norteamericano. Mediante este convenio, Keith se comprometía a colaborar con el gobierno de Costa Rica en la consolidación de su deuda externa y en la construcción de más de cien kilómetros de línea férrea que aún eran necesarios para completar la conexión con el centro del país. El Estado Costarricense por su parte otorgaba el derecho a Keith

de explotar agrícolamente más de 300 mil hectáreas de bosque primario sin ningún tipo de impuesto durante 20 años, así como el derecho de importar sin tasas aduanales todos los materiales necesarios para la construcción ferroviaria. No pasaría mucho tiempo antes de que las plantaciones substituyeran a los ferrocarriles como el foco del interés empresarial de Keith. O mejor aún, no pasaría mucho tiempo antes de que las nuevas construcciones férreas dejaran de ajustarse a los planes nacionales y comenzaran a adaptarse a los intereses particulares de la producción de bananos. Ya para el año de firma del contrato Soto Keith se exportaban de Costa Rica al mercado norteamericano 420 mil racimos de banano. En marzo de 1899, Minor Keith, después de conjuntar las distintas inversiones que tenía dispersas por Costa Rica, Panamá y Colombia, fusiona su capital con la Boston Fruit Company y esta fusión tendrá como resultado una de las corporaciones más famosas de la historia del capitalismo norteamericano: la United Fruit Company (UFCO). Para este momento, la industria agrícola del banano en Costa Rica movía hacia el mercado norteamericano casi 3 millones de racimos de banano.

Como fuera señalado, las primeras inversiones del capital estadounidense en Honduras datan de 1899, cuando la Vaccaro Brothers and Company, una empresa de origen norteamericano creada por inmigrantes italianos vinculados al negocio de la distribución de la producción local hondureña en Estados Unidos, decide comenzar una plantación de gran escala en las zonas vecinas al puerto de la Ceiba en el Caribe. En 1904, la compañía firma su primer contrato con el Estado hondureño para canalizar las bocas de los ríos Salado y El Porvenir con la intención de hacerlos navegables, además de estipular la construcción de líneas férreas que sirvieran para transportar la fruta a los embarcaderos. También, en 1902, William Streich un empresario de Filadelfia alquiló al Estado hondureño 5 mil hectáreas de tierra por un plazo de 25 años. Posteriormente, Streich trasladó sus derechos sobre estas plantaciones a una compañía que

él mismo había fundado bajo las leyes de Maine: la Cuyamel Company. La formalización del sistema concesionario en Honduras es de 1906, cuando el presidente liberal Manuel Bonilla suscribe un contrato con la Vaccaro Brothers and Company, en el que ésta tendría que extender el ferrocarril y construir un muelle, todo esto en la zona de La Ceiba. A cambio, la Vaccaro recibía del Estado hondureño la autorización para el libre uso de todos los materiales de construcción que encontrara disponibles en terrenos nacionales o ejidales, la importación sin tasas aduanales de todo lo necesario para el tendido de nuevas líneas, uso gratuito de las tierras en las inmediaciones del ferrocarril para edificar oficinas administrativas y talleres, el derecho del levantar líneas telegráficas de uso exclusivo de la compañía y la concesión de 250 hectáreas de tierras nacionales por cada kilómetro de línea construido. Además, el contrato no estipulaba ningún tipo de impuesto a la exportación de la fruta desde puertos hondureños. La presencia de la UFCO en Honduras se materializó a través de dos subsidiarias, la primera de ellas la Tela RR. Company fundada en 1912, la segunda de ellas, la Truxillo RR. Company fundada a su vez en 1913. Los contratos suscritos por las subsidiarias no se distinguían esencialmente de los firmados por otras compañías bananeras, quizás uno de los aspectos más destacados fue el compromiso de la UFCO de llevar el ferrocarril desde Juticalpa hasta la capital Tegucigalpa. Ambos contratos eran de una duración indefinida. Posas destaca que detrás de la generosidad de la política concesionaria en Centroamérica existía cierto optimismo liberal, que suponía que habilitar para la industria agrícola extranjera las llanuras de la costa atlántica pondría a los países del Istmo en el camino del progreso económico y social. Inevitablemente, este optimismo original debe ser interpretado ahora como pura ingenuidad y en algunos casos cinismo por parte de las clases dominantes nacionales.

A la ebullición y diversidad de inversiones en las plantaciones a principios del XX no tardará por oponérsele un fuerte proceso de concentración y centralización del capital. Este proceso parece haber sido correlativo al florecimiento de las exportaciones y su principal agente fue la UFCO. Para 1929, la UFCO ya había absorbido al último de los rivales que quedaba en pie: la Cuyamel Fruit Company, que por algunos años había competido seriamente en su contra dentro del mercado de los Estados Unidos y dentro de los proceso de apropiación de las zonas de producción centroamericana. En 1932, Samuel Zemurray antiguo propietario de la Cuyamel – que había vendido a la UFCO en 32 millones de dólares– pasa a convertirse en el director de operaciones de la corporación bananera transnacional. Así, para inicios de la década del 30 ya la UFCO reina solitaria sobre sus múltiples territorios sembrados de banano. En términos de los servicios que brindaban las compañías bananeras, ya fue destacado el como más temprano que tarde la infraestructura ferrocarrilera dejó de funcionar en relación a los intereses nacionales y comenzó a funcionar según los intereses transnacionales. Este control que mantenían las compañías les permitió contar con un transporte seguro y eficiente para la circulación de sus mercancías, así como mantener bajo su poder a los productores locales, quienes debían de aceptar las condiciones impuestas. Además de tener dominio sobre el transporte terrestre, las compañías bananeras eran dueñas o mantenían control sobre toda la estructura portuaria de exportación, así como sobre una extensa red de comisariatos o tiendas comerciales, en los que se distribuían los productos que las compañías importaban en sus barcos que regresaban luego de haber descargado la producción bananera en los puertos estadounidenses. Las plantaciones bananeras sustituían así al Estado en las regiones que ocupaban, al controlar los transportes, las comunicaciones y el comercio. En estas condiciones de superioridad era básicamente imposible competir, lo que implicaba la ruina para cualquier circuito económico que no estuviera conectado

a la matriz transnacional. En Honduras, la economía de plantación logró incluso una diversificación enorme, con inversiones en la ganadería, la caña de azúcar, los refrescos gaseosos, las fábricas de hielo, la energía eléctrica, los jabones, aceite vegetal y fábricas de cueros y zapatos. Incluso las transnacionales incursionaron en el sector financiero con la creación de bancos.

Al interior de los pueblos de compañía funcionaba un modelo de urbanización segregacionista, donde los administradores de las plantaciones vivían en cómodas residencias de madera, con comisariato propio, club social y algunas otras facilidades. Los obreros, por el contrario, vivían en barracones levantados sobre pilotes, donde regularmente se hacinaban una cantidad variable de familias. Los funcionarios de más alto nivel de las compañías vivían en los centros urbanos –por regla general puertos– donde se hallaban las oficinas centrales. Para el caso de Costa Rica, Puerto Limón; para el caso hondureño, Tela, La Ceiba, Cuyamel o Puerto Castilla. Una de las grandes preocupaciones del capital transnacional fue la atracción de mano de obra hacia las plantaciones. En general, uno de los mecanismos más efectivos fue el pagar salarios relativamente más altos de los que se pagaban dentro de las economías locales, cuando esto no era suficiente, las compañías bananeras alentaron la inmigración desde otras localidades hacia las zonas de cultivo. Uno de los países que más abasteció de mano de obra a las plantaciones centroamericanas fue Jamaica, aunque los procesos de inmigración fueron tan diversos que hicieron del Caribe una verdadera mezcla étnica de características específicas. De forma abrumadora, la mano de obra operaba dentro de las plantaciones como proletarios agrícolas que vivían al interior de las campos de la compañía. Según datos de la Cuyamel Fruit Company de la década del 20 –recogidos por Posas– de los casi 4 mil empleados, entre el 78% y 79% eran obreros asalariados. Es claro entonces, que el movimiento del capital frutero creó una

enorme masa de trabajadores proletarizados, que por regla general, laboraban de forma cooperativa en cuadrillas especializadas en los diferentes aspectos del cultivo de banano, lo que inevitablemente derivó en una comunicación cotidiana entre obreros y en el desarrollo de vínculos solidarios de clase. Estas aglomeraciones de proletarios agrícolas no tardarían en convertirse en los núcleos más numerosos de fuerza de trabajo de toda Centroamérica. Para 1930, las bananeras hondureñas empleaban 21.800 trabajadores, muy por encima de cualquier otra rama de la industria: la forma misma de la producción agrícola a gran escala creó las condiciones para la organización de esta enorme masa proletarizada.

Como era de esperarse, el enorme poder económico de las compañías bananeras tuvo un correlato en un enorme poder político sobre las vidas nacionales de los países centroamericanos. En ningún país del área esta influencia política se dejó sentir con mayor intensidad que en Honduras, donde la inexistencia de una clase burguesa ligada a la producción cafetalera –como sí existía en Costa Rica–, contribuyó a su profundización. En otras palabras, la clase dominante hondureña no tenía para enfrentar a las transnacionales otra cosa que su capital político, puesto que no estaban en condiciones de generar un circuito de acumulación de capital nacional. En muchos casos, la influencia de las bananeras llegó a poner en entredicho la soberanía misma del Estado hondureño, un ejemplo de esto, fue la práctica extendida de pagar sobresueldos a los funcionarios públicos, como comandantes, administradores aduaneros y guardamuelles. De esta forma, las compañías fruteras se aseguraban que el aparato estatal de las zonas de producción funcionara según sus intereses particulares. Otra forma de la influencia política de las transnacionales del banano fue la promoción de las carreras políticas de los funcionarios hondureños proclives a convertirse en aliados. Uno de los casos más conocidos de esta promoción es el de Juan Manuel Gálvez, quien antes de convertirse en Presidente de la

República, fue abogado de la UFCO. Incluso antes de que la UFCO se consolidara como la máxima propietaria de los enclaves bananeros centroamericanos, a mediados de los 20, tuvo que disputar con la Cuyamel Fruit Company la hegemonía política sobre el Estado hondureño. La apuesta política de la UFCO era el general Tiburcio Carías Andino, líder del Partido Nacional. Por su parte, la Cuyamel decidió apoyar al Partido Liberal. Estas dos fuerzas políticas se distribuían el poder político en Honduras. Luego de varios intentos fallidos, en 1932 Carías Andino logra la presidencia y con este hecho se inaugura un gobierno dictatorial que se extendería por 16 años. Este triunfo político de la UFCO en Honduras fue una de las razones principales por las que la Cuyamel decidió abandonar la competencia y fusionarse. En determinados momentos, el intervencionismo de las compañías bananeras llegó a tal extremo que despertó la preocupación del Departamento de Estado en Washington que no veía con buenos ojos estas prácticas que sobrepasaban lo puramente económico. Sin embargo, detrás de esta supuesta preocupación del gobierno de los Estados Unidos se ocultaba una dosis importante de hipocresía, puesto que siempre estuvo dispuesto a enviar buques de guerra a las costas centroamericanas, cuando se presumía que podía haber algún tipo de acción que perjudicara los intereses y las inversiones del capital norteamericano en la región. Inclusive, en 1924 hubo una invasión de marinos del ejército estadounidense que llegó a Tegucigalpa con la intención expresa de proteger a la delegación diplomática de ese país.

En síntesis, es claro que el capital transnacional vinculado al banano operó en forma de enclave, en la medida que toda la circulación económica que produjo estaba directamente articulada a un circuito de acumulación extranjero. Ahora bien, toda esta dinámica fue impulsada por la burguesía liberal centroamericana que fue impotente para crear métodos propios de desarrollo del capitalismo en las regiones del Caribe. La lógica misma del capital creó su

contrario, una masa enorme de obreros agrícolas completamente proletarizados, es decir, dependían exclusivamente de su salario para reproducir sus condiciones generales de vida, que no tardarían en reconocer su situación histórica y en comenzar a interpretar de forma creativa e independiente el mundo que les mostraba y construía la transnacionalización del capital.

3.2 EL TRABAJO COMO DOLOR

Quizás no haya mejor forma de presentar a Carmen Lyra que mediante los informes confidenciales que la Embajada de Estados Unidos en San José enviaba a John Edgar Hoover director del FBI allá por los años 40. El trabajo de archivo y traducción es de Iván Molina:

esta mujer es la hija ilegítima de Isabel Carvajal (Quesada) [sic: el segundo apellido era Castro]. Se informa que su padre fue Gaspar [sic: el nombre era Andrés] Venegas, pero él nunca la reconoció. Nació en San José, Costa Rica, en 1902 [sic: fue en 1888]. Aunque de humilde origen, fue bastante bien educada y durante algún tiempo trabajó de maestra en la enseñanza primaria. Es soltera. Es bien conocida en Costa Rica como escritora, y por algún tiempo dirigió una revista llamada ‘Celajes’ [sic: la directora era María Delia Carvajal]. Su trabajo mejor conocido es un libro de cuentos para niños, llamado ‘Los cuentos de mi tía Panchita’ (The stories of my Aunt Panchita). El nombre CARMEN LYRA aparentemente lo adoptó como un pseudónimo y también debido a su nacimiento ilegítimo. Esta mujer estuvo estrechamente asociada con Manuel Mora y Rodolfo Guzmán en la formación del Partido Comunista de Costa Rica en 1931, y algunas fuentes

consideran que fue realmente la organizadora del Partido y que usó a Mora y a Guzmán a fin de tener hombres a la cabeza de la organización. En cualquier caso, es incuestionablemente una de las más inteligentes e influyentes líderes del Partido, y por largo tiempo ha sido miembro del Comité Central y del Buró Político, siendo la secretaria de Actas y Correspondencias de este último. (10)

Sin duda alguna, Carmen Lyra fue una figura singular dentro de la vida política y cultural costarricense, una suerte de remanente indigerible del inconsciente colectivo que no pudo ser incorporada al yo nacional sino hasta su muerte trágica en el exilio en México, donde tuvo que migrar luego de la Guerra Civil del 48. Ahora su rostro amable y sonriente está estampado en los billetes de 20 mil colones. Quizás uno de los textos más radicales y no casualmente de los más desconocidos de Lyra es el ya indicado *Bananos y Hombres* de 1931, una pequeña colección de cuentos, cuatro en total, que inaugura la literatura de temática bananera. Es 1931 también el año de fundación del Partido Comunista de Costa Rica (PCCR), fundación en la que, como señalaran los espías norteamericanos, Lyra participa activamente. Los cuentos de esta colección se hayan antecidos por un breve párrafo introductorio, con el que Lyra marca la pauta ideológica de las narraciones por venir: “Pongo primero BANANOS que HOMBRES porque en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único. En realidad el HOMBRE es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo . . .” (107). La operación crítica de Lyra acá es similar a la que el joven Marx comenzara a perfilar en los *Manuscritos económico-filosóficos*, a saber, que en la organización capitalista de la sociedad los objetos se subjetivizan y los sujetos se objetivizan. El ser humano deviene fuerza de trabajo, por lo tanto, mercancía.

El primero de los cuentos lleva por título “Estefanía” y narra las desventuras de una mujer en medio de la vida en las bananeras. Este foco de género es particularmente importante, pues casi de manera hegemónica el *ciclo de la novela del banano* tiene como protagonistas a hombres. En el texto, un narrador externo no especificado encuentra, mientras camina por las playas de Limón, una cruz con una inscripción casi ilegible, de la que solamente es posible rescatar el nombre Estefanía. Este objeto activa una serie de interrogaciones y un despliegue de la imaginación que intenta describir a las mujeres de las plantaciones: “Y una fila de siluetas femeninas como las que uno encuentra por esas playas o en las fincas de banano comenzó a desfilar por la imaginación, figuras pálidas, marchitas, tostadas por el sol, las fiebres y la sensualidad del hombre, amorales e inocentes como animales” (108). A continuación, el narrador cuenta la vida de Estefanía a quien dice haber conocido mientras era cocinera en una finca. Campesina emigrada a las zonas bananeras del Caribe desde el Pacífico Norte, carga ya desde la adolescencia con el peso de una maternidad no deseada. La obligación material de velar por otra persona la impulsa a buscar la compañía masculina como una forma de sobrevivencia, lo que inevitablemente la expone a la violencia sexual de distintos hombres. Uno de los pasajes más significativos del texto es cuando el narrador señala como el trabajo de cocinera de Estefanía en una finca de propietarios nacionales acrecienta el capital de éstos y les permite llevar una vida de lujos y disipación en San José. Es decir, el texto señala la dialéctica entre la riqueza de los propietarios y la miseria de la mujer proletarizada. Sin embargo, esta dinámica no es comprendida por Estefanía, quien siente fidelidad de criada por el hijo del dueño. Después de padecer una grave enfermedad que la obliga a dirigirse a la capital para recibir atención médica, Estefanía regresa al Caribe. El último encuentro entre el narrador y la mujer sucede en los ramales de la línea férrea en Siquirres –punto de entrada a las plantaciones– donde se le ve a

bordo de un carro junto a una de sus hijas, ambas vestidas de forma colorida, lo que contrasta con la palidez propia de la enfermedad y la tristeza. Luego, el carro parte y Estefanía junto con su hija es absorbida por los bananales.

Desde una perspectiva histórica, Lara Putnam señala como estas dinámicas a las que se veían sujetas las mujeres que migraban a las plantaciones eran asombrosamente similares y realiza una descripción de sus rasgos generales. Una de las características más destacadas es esta necesidad de movilidad entre parejas sexuales con la intención de garantizar, para sí mismas y sus hijos, las necesidades materiales. De la misma forma, las mujeres sin ningún tipo de acceso a la tierra que les permitiera una agricultura de supervivencia debían de vender servicios domésticos, ya fuera a los trabajadores hombres o directamente en los campos de cultivo (127). Este carácter paradigmático de Estefanía ya había sido apuntado por Seidy Araya y Flora Ovaes en uno de los pocos artículos críticos dedicados a *Bananos y Hombres*: “El personaje es no sólo individuo, sino símbolo del destino de un sector social. Así, Estefanía es el prototipo de la mujer de la zona bananera, por eso es ‘silueta’ y por eso la cruz de madera no tiene apellidos” (107).

El siguiente relato lleva por título “Nochebuena” y lo primero que el lector encuentra en su camino es una frase corta: “Hace tres días llueve sin cesar” (111). La naturaleza por lo tanto ocupa todo el espacio en que se mueven los personajes. Los primeros actores en aparecer son los peones, quienes se preparan para el trabajo, las mujeres se han levantado ya y preparan el desayuno, así como la comida que acompañará a los hombres en la selva. Es 24 de diciembre. Mientras algunos trabajadores con suerte tienen licor clandestino para beber mientras trabajan, otros deben contentarse con el agua de los charcos. El narrador reflexiona y denuncia al Ministro de Salud que está justo ahora en los Estados Unidos en un Congreso de higiene, en el que también participan accionistas de la “United Banana Company”. Los representantes del Estado y

los de la Compañía tienen entonces los mismos intereses. Borrachos en el comisariato del Carmen los trabajadores han olvidado la razón de festejar la Nochebuena: “Nadie se acuerda allí de que en esa noche se celebra el recuerdo de Jesús, quien, dicen, vino a salvar este mundo del pecado” (113). En Lyra, la crítica de la religión no toma forma de alienación, sino de olvido. La religión es perfectamente inútil para los trabajadores del banano. La Nochebuena de los trabajadores termina con una embriaguez generalizada de la que participan los hombres, las mujeres y hasta los niños. Mientras tanto el río crecido por las lluvias corre entre las casas proletarias. En una segunda escena, el texto muestra la Nochebuena de los altos empleados de la Compañía en Limón en un lugar llamado Amusement Hall. Además, muestra la intimidad familiar de un joven diputado limonense, quien recién acaba de votar favorablemente unos contratos del Estado costarricense con la Compañía: “. . . contratos que casi han dejado el destino de Costa Rica en manos de esa compañía” (115). El narrador muestra al diputado como un tipo joven, recientemente padre, que con el dinero recibido de la transnacional le ha comprado a su hijo un automóvil de juguete, a su mujer le ha comprado joyas y una refrigeradora nueva. El joven matrimonio ha invitado a sus amigos a celebrar la Navidad, comen pavo y toman champagne, al momento de abrir los regalos, la pareja llora al ver a su hijo abriendo los presentes. Este fragmento es claramente una crítica de la familia burguesa por cuanto desnaturaliza la sensibilidad asociada a ésta y la muestra en su complicidad con un orden de las cosas sustentado en la explotación y la división en clases. La familia y sus afectos son también mostrados como una prerrogativa de las clases dominantes, en los sectores subalternos, los aspectos económicos determinan las relaciones sociales más inmediatas, lo que degenera en un círculo de violencia y opresión asfixiante. El protagonista de la última de las escenas de “Nochebuena” es Mr. Sweentums el Assistant Manager de la United Banana Company en New

York. Acá, el lector presencia la Navidad desde la perspectiva de los propietarios de las plantaciones bananeras centroamericanas. Mr. Sweentums se encuentra enamorado de Dolly Darling y decide regalarle para la Navidad un Rolls-Royce, así como un collar comprado en Tiffany. Toman cocktails mientras escuchan por la radio música de orquesta y la bendición del reverendo Billy Jankins: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (116). El mundo de Dios y de los hombres de buena voluntad queda entonces contrapuesto al mundo de los hombres y mujeres de las plantaciones.

Con estas tres escenas de una misma situación, el texto presenta a los sectores involucrados en la economía de plantación, así como da cuenta de la heterogeneidad de las relaciones sociales a la interna de los lugares construidos y ocupados por la UFCO. El primero de estos sectores es el de los trabajadores agrícolas proletarizados junto con las mujeres y niños que forman parte de su ambiente doméstico. Esta incorporación de Lyra de las mujeres y niños como parte del circuito de explotación es una muestra de lo sofisticada que es la crítica cultural que hace en una fecha tan temprana como 1931, porque –como fuera apuntado– la gran mayoría de textos del ciclo bananero son narrados desde un foco exclusivamente masculino. El segundo sector que presenta el texto es el de los burócratas de origen costarricense que se alían con el capital transnacional en contra de los intereses nacionales, este sector cumple una función de mediación entre los propietarios y los trabajadores. Finalmente, se encuentra el sector de los dueños de la compañía, seres invisibles que nunca aparecen en medio del barro y la lluvia de las plantaciones, pero que sin embargo reciben todos los beneficios que éstas generan. No hay para Lyra entonces *alianza* entre los intereses nacionales y los del capital internacional como fuera soñado por el liberalismo, sino confrontación. La crítica cultural es también crítica política.

Uno de los elementos más manifiestos en la narrativa de tema bananero es la presencia de la naturaleza como una continuidad de la explotación y de la opresión, por esto siempre se despliega como una entidad hostil, incomprensible y potencialmente letal. Araya y Ovares afirman lo siguiente al respecto: “El paisaje es sinónimo del poder que sojuzga a los trabajadores bananeros: paisaje es enclave, y por ende, dolor e injusticia . . . la naturaleza, el paisaje se convierte en geografía humana” (107). Esta dinámica es especialmente clara en el último de los cuentos de la colección de Lyra, titulado “Río Arriba” que transcurre al interior de una lancha que hace su recorrido semanal por el río Parismina. Dentro de la embarcación, una familia de padre palúdico, madre marchita y niños anémicos migra de una finca a otra; también viaja un jefe de policía recién nombrado, originario de la capital, y por supuesto el botero de nombre Pancho Sandino. Todo en el paisaje es opresivo, el cielo es gris metálico, un silencio espeso domina el panorama mientras la lancha remonta el río. La naturaleza es una entidad de sexualidad incontrolable y destructiva:

Sube lenta la lancha sobre el lomo del río amodorrado. En las riberas, cañuelas, palmas, maraña insolente, banales y cacaotales. Los cacaotales ponen sobre la monotonía del verde, la nota de sus hojas rosadas; sus frutos amarillentos penden como senos alargados de mujer que ha amamantado mucho. Esta vegetación lujuriosa embriaga la vista. Bajo la tierra las simientes se abren para dar a luz: se adivina su inquietud fecunda. Los brotes asoman a flor de tierra, dispuestos a luchar para abrirse paso; tratan de ahogarse mutuamente, se arrastran, se enlazan, suben estrangulándose. Los más fuertes se empinan y aplastan a los otros y cuando logran subir, el fuego del sol o la tenacidad de la lluvia salen al encuentro de su triunfo y lo adormecen. (122)

Es evidente cómo la descripción de Lyra ha abandonado cualquier tipo de entusiasmo ingenuo ligado a una visión romántica-mistificante de la naturaleza, donde ésta fuese percibida como una unidad armónica en que sería posible realizar la felicidad humana *natural*. Marx, como parte de su crítica al socialismo utópico, describe esta conciencia ingenua en los siguientes términos:

[...] flores de variado color [...] altas y orgullosas encinas [...] su crecimiento y florecimiento, su vida es su satisfacción, su felicidad [...] una inconmensurable multitud de animalitos en los prados [...] aves en los bosques [...] una vivaz multitud de potrillos [...] “veo (dice el *hombre*), que estos animales no conocen ni anhelan ninguna otra felicidad sino la que reside para ellos en su exteriorización y en el goce de su vida”. (Schmidt 151)

Al contrario, la representación de la naturaleza en “Río Arriba” parece insistir en interpretarla como un espacio en el que se desarrollan conflictos análogos a los propios de las sociedades y esto es lo que determinaría en última instancia su conversión en geografía humana. Este abordaje de la naturaleza en Lyra la acerca a algunas de las elaboraciones hechas por el joven Marx cuando acusa a los socialistas utópicos de haber: “substituido la *naturaleza* por la expresión ideal de un piadoso deseo” (152).

“El hombre” podía ver también una cantidad de otras cosas en la naturaleza, por ejemplo la máxima competencia entre plantas y animales, como ocurre en el reino vegetal donde

en su “bosque de altas y orgullosas encinas” estos altos y orgullosos capitalistas reducen los medios de vida del pequeño matorral, y éste podría asimismo gritar: *terra, aqua, aere et igni interdicti sumus* [se nos ha privado de la tierra, del agua, del aire y del fuego]; podía ver las plantas parásitas, que son los ideólogos de la vegetación, y además una guerra abierta entre los “pájaros del bosque” y la “inconmensurable multitud de animalitos” entre la hierba de sus “prados” y la vivaz multitud de potrillos” [...] (152)

Alfred Schmidt, en su estudio filológico sobre el concepto de naturaleza en Marx, explica como una de las implicaciones fundamentales de la concepción monista –como oposición al dualismo filosófico– presente en la textualidad marxiana es la de comprender la dialéctica entre el objeto y el sujeto como una dialéctica de las partes constitutivas de la naturaleza (12). En otras palabras, la historia y la actividad humana no se desarrollan en un espacio por fuera de la naturaleza, sino que son en sí mismas una manifestación de ésta: “. . . la interpenetración recíproca de naturaleza y sociedad tal como se produce en el seno de la naturaleza como realidad que abarca ambos momentos” (12). Es el monismo lo que explicaría el intento de empatar las nociones fundamentales de la teoría marxista de la sociedad con una hermenéutica de la naturaleza. Para el caso específico de Lyra, su representación de la naturaleza parece responder a un intento de crítica a las concepciones ingenuas e idealizantes que substituyen lo real por piadosos deseos, ya sea en un ámbito estrictamente asociado a la sustancia natural o en el correspondiente a las relaciones sociales, lo que se trata por tanto para Lyra es de desmontar la ideología y de mostrar la realidad de competencia y despojo que queda velada detrás de las engañosas apariencias.

Dentro de los primeros núcleos comunistas costarricenses el *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels parece haber sido la referencia básica, en un momento histórico en la que difusión de la literatura marxista era aún escasa²¹. Annie Lemistre Pujol anota cómo a inicios de los 30, Lyra traducía del francés el texto (54), de la misma forma Jaime Cerdas –uno de los miembros fundadores del PCCR– señala en sus memorias que el *Manifiesto* fue uno de los factores clave que permitió girar políticamente desde una ideología antiimperialista, de mucha actualidad en Centroamérica por la lucha guerrillera de Sandino, hacia una concepción teórica específicamente comunista (50). Para Carlos Luis Fallas, el encuentro con el *Manifiesto Comunista* fue un punto de torsión que transformó su forma de comprender el mundo, además de ser su primer encuentro con el comunismo, según queda narrado en un entrevista inédita que fuera años después publicada por el Semanario Universidad de la Universidad de Costa Rica:

. . . y cuando estaba trabajando un domingo me tropecé en el parque de Alajuela con Claudio Alvarado, quien había sido compañero mío de colegio. Él me llamó y nos sentamos en un poyito y me dijo: ‘vos no has oído hablar de comunismo’, y le dije, no, ¿qué es eso? Para mí y para los costarricenses, que desconocíamos de lucha de clases, burguesía, eso era nuevo. Entonces, me dice ‘caramba, ¿pero siempre te gusta leer como antes? Te voy a prestar un libro’, se levantó y me prestó el ‘Manifiesto Comunista’ de Marx y Engels. Esa noche cambió para siempre el curso de mi vida, porque para mí aquello sí fue una revelación. Yo había leído bastante de historia, sobre todo historia antigua: Egipto, Roma, Grecia, y vainas de la India, no lo había sabido interpretar, todo,

21 A pesar de que la literatura comunista probablemente no tenía gran circulación en la Costa Rica de inicios del siglo XX, el historiador Iván Molina señala que para fechas tan tempranas como 1908 era posible conseguir copias de *El Capital* y de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* en alguna librería de la capital.

pero lo había leído. En líneas generales entendía aquello del Manifiesto. Además, venía de trabajarle a la United Fruit Company y de haber vivido una serie de problemas. En ese libro encontraba la explicación de todos los problemas, y era como si me fueran a quitar una venda de los ojos. No dormí esa noche, era una excitación tremenda y al día siguiente fui a buscar a Claudio Alvarado y le dije: ‘bueno, ¿y qué hay aquí en Costa Rica de esto?’ Me dijo, ‘bueno hay unos muchachos ahí en la Escuela de Derecho, y quieren formar un partido comunista’. Estaban Manuel Mora, Rómulo Betancourt, Jaime Cerdas. ‘¿Y aquí en Alajuela, qué hay?’ ‘Bueno’, me dijo Claudio, ‘aquí no hay nada’. Bueno, tómenme en cuenta si hacen algo, le dije. (Mora, “El Manifiesto Comunista Me Cambió La Vida”)

Según señala Iván Molina, no se sabe aún con certeza si el PCCR impulsó a Fallas a extender el informe partidario de 1940, publicado por entregas semanales en el periódico *Trabajo*, en lo que hoy en día se conoce como *Mamita Yunai* (50), pero al menos sí está claro que el origen del texto literario fue una tarea de naturaleza política estrechamente vinculada a la participación electoral comunista como parte del Bloque de Obreros y Campesinos. También, está claro que en el interior del núcleo fundacional comunista coexistía una mezcla de interpretaciones políticas, históricas, sociológicas y culturales que tenían a Costa Rica por objeto, y que éstas últimas tenían como forma privilegiada de desarrollarse la literatura. A diferencia de la fundación del PCS, en el caso costarricense el peso de los intelectuales radicalizados de las clases medias fue determinante. Tampoco parece haber claridad meridiana sobre la relación literaria entre Lyra y Fallas, aunque algunos investigadores, como Manuel Picado, la interpretan en términos de mentoría²² (220). Lo que sí es a todas luces incuestionable es que el comunismo vinculó la vida de estos escritores y que

22 Para el momento en que Carlos Luis Fallas inicia su carrera literaria, Carmen Lyra era ya una escritora consolidada, quizás la narradora más importante del país, con al menos 8 publicaciones.

en los textos de ambos hubo una preocupación por comprender y denunciar las condiciones de vida del proletariado agrícola de las plantaciones. Para el caso específico de Fallas, la vida de las plantaciones no era un problema abstracto, sino que lo había experimentado en su propia vida como trabajador de la UFCO por varios años de su adolescencia y juventud:

. . . a los dieciséis años, me trasladé a la provincia de Limón, en el litoral Atlántico de mi país, feudo de la United Fruit Company, el poderoso trust norteamericano que extiende su imperio bananero a lo largo de todos los países del Caribe. En Puerto Limón trabajé como cargador, en los muelles. Después me interné por las inmensas y sombrías bananeras de la United, en las que por años hice vida de peón, de ayudante de albañil, de dinamitero, de tractorista, etc. Y allí fui ultrajado por los capataces, atacado por las fiebres, vejado en el hospital. (28)

Este fragmento pertenece a una breve autobiografía escrita en 1957 y que la mayoría de los diferentes editores de la obra de Fallas ha decidido sistemáticamente usarla como introducción a sus textos literarios, el interés particular por este párrafo es que condensa el momento de la vida de Calufa que es narrado en *Mamita Yunai*, más específicamente en su segunda parte que lleva por título “A la sombra del banano”. Es decir, *Mamita Yunai* es una suerte de autobiografía literaria, como lo es gran parte de la obra de Fallas. En términos generales “A la sombra del banano” narra las aventuras y desventuras de tres jóvenes linieros – los trabajadores de la UFCO encargados del tendido férreo para las plantaciones– Herminio, Calero y el narrador Sibajita (alter ego de Fallas). Los tres trabajan para un contratista nicaragüense en una zona remota del Caribe llamada Andrómeda, uno de los puestos de

avanzada de la Compañía en medio de la selva tropical. La rutina diaria de los linieros comienza antes del amanecer con un desayuno colectivo de todos los miembros de la cuadrilla, la comida es preparada por la mujer del contratista, que de esta forma y a través de los oficios domésticos queda incorporada a la economía de la plantación. Hecho el desayuno, se inicia el camino entre la montaña selvática en dirección a los puestos de trabajo, el cual se realiza de forma cooperativa entre los diferentes miembros de la cuadrilla, todos hombres: un trabajo físico agotador. Terminada la faena diaria, en ocasiones, los personajes deciden adentrarse de vuelta en la montaña con la intención de buscar complementos para la alimentación proveída en los campamentos, Una forma de hacerlo es por medio de la pesca en el río o mediante la búsqueda de vegetales silvestres. Estas búsquedas siempre implican el peligro de encontrarse con animales salvajes, como los cocodrilos y las serpientes. En medio de un trabajo que lo explota y de una naturaleza que lo amenaza, el liniero solamente encuentra solidaridad e identidad en sus compañeros de trabajo, todo lo demás es ajeno y enemigo.

La cotidianeidad en la vida del liniero está plagada de fantasías que le sirven como mecanismo compensatorio para soportar y evadirse de un día a día que lentamente va minando toda fuerza, toda esperanza. Sobre las fantasías de Badilla, otro liniero, el narrador señala: “Toda su ilusión era regresar a Heredia bien *plantado*, llamando la atención de las muchachas de su barrio y despertando envidias entre sus conocidos. Y hacerse de una novia bien guapa. Cuatro años tenía de sudar en la región bananera y no había podido ver cumplidos sus deseos” (113). Acá, la fantasía opera no en función de la realización del deseo del personaje, sino como una ficción en la que el personaje es el objeto del deseo de los otros. Según señala Zizek en *El acoso de las fantasías* (1999), en un contexto ideológico la fantasía es un escenario fantástico que de alguna manera opaca el horror de una situación específica (15). El narrador, en este caso Sibajita,

el ya mencionado alter ego de Fallas, también fantasea, pero no lo hace en función de cumplir un cierto mandato superyoico de obtención de prestigio o reconocimiento social, sino que su fantasía es esencialmente *rodar tierra*: viajar, conocer lo desconocido. El mismo Sibaja señala que la forma de sus fantasías está determinada por sus lecturas literarias de cuando era niño, especialmente por los textos de Verne y Salgari. Al contrario de las nociones predominantes hoy en día en el universo conceptual de los estudios culturales, que tienden a observar en la literatura un mecanismo ideológico regulatorio de la ciudad letrada, en *Mamita Yunai*, la literatura es precisamente el artefacto cultural que posibilita la *des-ideologización*. Esta des-ideologización tiene dos momentos fundamentales. El primero como lectura, que permite subvertir la forma estandarizada de las fantasías, y el segundo como escritura, que permite justamente observar el verdadero estatus ontológico de éstas: “Así, cada uno acariciaba sus esperanzas para ir matando el tedio... Ilusiones de todos los que entran a la Zona Bananera en busca de fortuna y que se van dejando a jirones en las fincas de la United” (113). Se mencionó que “A la sombra del banano” – la segunda parte de *Mamita Yunai*– está estructurada alrededor de las experiencias de tres jóvenes linieros, Herminio, Calero y Sibajita. Es importante anotar que la caracterización que el texto hace de Calero siempre insiste en su pureza de carácter: “Calero era ingenuo como un niño y tenía un corazón de oro, abierto para todos” (101). También, en cierta forma las fantasías de Calero son las más simples y más cercanas a un hedonismo infantil: “. . . se echaría a dormir quince días seguidos, sin nadie que lo llegara a molestar en las mañanas, enderezándose nada más que para comerse la comida riquísima que tendrían que llevarle hasta la cama” (113). Es como si en Calero sobreviviera, a pesar de las condiciones de trabajo en las plantaciones, una vitalidad inocente que se resiste a extinguirse y a entregar sus esperanzas. Con esta digresión descriptiva de Calero en mente es necesario regresar a las acciones textuales.

El núcleo de la trama en *Mamita Yunai* comienza con una interrupción en la cotidianeidad del grupo de linieros: las fuertes lluvias han provocado un derrumbe en parte de los terrenos y es necesario limpiarlo con dinamita. En la medida que Herminio y Sibajita tienen experiencia con explosivos son los designados por el capataz general para llevar adelante el trabajo. Esto implica abandonar por algún tiempo el trabajo normal con la cuadrilla del cabo Pancho, el contratista nicaragüense. Después de quince días de trabajar para el capataz general del campamento llega el día de pago y con éste los problemas. El conflicto inicia porque el capataz general se niega a pagar a los tres linieros la quincena de trabajo recién terminada, con el argumento de que un subordinado –otro contratista– es el verdadero responsable del salario de los tres trabajadores y que él no tiene ninguna relación con el asunto. Es decir, el capataz general luego de contratar a los linieros se desentiende de sus responsabilidades salariales. Esta situación genera una agria discusión entre Herminio y el capataz que termina de forma violenta: frente a la insistencia de Herminio en recibir su salario, el capataz pierde el control y quiebra una botella vacía en la cabeza del liniero. Además, da la orden terminante a la policía de expulsar a los tres compañeros del campamento. Después de algunas deliberaciones entre un Herminio cubierto de sangre y un Sibajita con deseos homicidas: “No sé que pensé en ese momento, Una desesperación rabiosa se me clavó en el alma y sentí el deseo y la necesidad de matar” (148), los mismos deciden retirarse junto con Calero a unas plantaciones semi-abandonadas aún más al interior de la selva, donde esperan encontrar trabajo como limpiadores de terreno y aguardar a que se estabilice la situación. Todas las fantasías construidas alrededor del pago extra, por trabajar con la dinamita limpiando el derrumbe, se han evaporado por la injusticia e impunidad con que funciona la Compañía. Frente a la desgracia solo queda la solidaridad entre hermanos.

Al llegar a los terrenos semi-abandonados el panorama es desolador, la naturaleza es otra vez amenazante:

Era un trabajo horrible. Perdidos entre el monte mojado; moviéndonos sobre un suelo de troncos y ramazones podridos, que se hundían con un ruido flojo al paso del cuerpo. Centenares de veces al día íbamos a parar, con ramas y troncos, hasta el fondo del oscuro pantano, con el angustioso recelo de caer sobre horribles serpientes. Con los huesos golpeados, el machete en una mano y el garabato en la otra, seguíamos hasta ir a meter la cabeza en un negro avispero. (151)

No pasa mucho tiempo antes de que la fatalidad central del texto asome su rostro. Un día en medio de los trabajos cotidianos, Herminio y Sibajita oyen un grito espeluznante que viene en la dirección donde Calero trabaja cortando árboles. Al llegar al sitio, ambos descubren su cuerpo inerte que ha sido aplastado por un árbol: un hilo de sangre corre por su boca. En ese momento, el narrador recuerda una canción lúgubre que Calero solía cantar entre murmullos por la noche:

“Conozco un mar horrible y tenebroso
donde los barcos del placer no llegan;
solo una nave va, sin rumbo fijo
es una nave misteriosa y negra.
¿Quiénes van ahí, qué barco es ese,
sin piloto, sin brújula y sin vela?,
pregunté una vez y el mar me dijo:

son los desheredados de la tierra,
son tus hermanos que sin pan ni abrigo
van a morir entre mis ondas negras.
¡Dios mío!, grité. ¡Qué tristeza
es penar y vivir en la miseria!
¡Yo soy pobre también, echadme al barco!
¡Quiero morir entre las ondas negras!”. (156)

La canción se vuelve así una premonición del destino de Calero, quien en un gesto de hermandad con los desheredados de la tierra es consumido por la naturaleza. La continuidad de la solidaridad entre hermanos proletarios queda así interrumpida de forma permanente y el grupo de amigos se deshace para siempre. La denuncia de Fallas a través de la historia de Calero parece ser que la economía de plantación dirigida por el capital transnacional deviene un contexto sacrificial, donde los mejores, los más inocentes y los más vitales deben entregar la última de sus propiedades, que es la vida misma. Es decir, la UFCO es una máquina de proletarización que lleva la lógica de expropiación hasta las últimas consecuencias, que en un sujeto ya sin propiedades, no pueden ser otras que la entrega de la vida física. Evidentemente, en Calero se sintetiza también la crítica de Fallas al Estado-Nación costarricense por su complicidad al entregar a sus mejores hijos en el altar de la acumulación capitalista. Para terminar con el texto de Fallas, habría que apuntar también que la relación entre Calero y la naturaleza nunca deja de ser antagónica, esta continúa siendo una entidad incognoscible y amenazante que en última instancia se encarga de consumir y hacer desaparecer los restos del sujeto. Este se disuelve en la naturaleza, pero lo hace contra su voluntad y sin tener nunca una relación real con ella. De la

misma forma que en *Miguel Mármol*, la muerte individual de Calero deviene multitud, la multiplicidad de proletarios que recorrieran con sus esperanzas y fantasías las plantaciones de la UFCO. Calero el niño ha muerto, la inocencia desaparece.

En *Mamita Yunai* no hay referencias directas a la Huelga Bananera de 1934, a excepción de un discurso de Fallas de 1955 que fuera incorporado posteriormente a las ediciones del texto. Así entonces, la novela narra los sucesos de la vida de Fallas antes y después de la huelga, pero no la huelga misma. En este punto se confunden la ficción y la historia. Después de la muerte de Calero y producto de una larga fiebre, Sibajita o Calufa decide regresar al Valle Central a ver por última vez a su madre moribunda. Durante estos días en el centro del país es que tiene lugar su encuentro trascendental con el comunismo a través de la ya mencionada lectura del *Manifiesto*. Incorporado al recién fundado PCCR, Calufa inicia sus actividades políticas que no tardarán en ponerlo en el ojo de las autoridades costarricenses quienes para 1932 lo condenan al exilio, un exilio que lo obligaba a abandonar la capital. Calufa decide entonces regresar al Caribe. Ya para estas fechas la situación social en las zonas de plantación de la UFCO es especialmente tensa. Hacia finales de la década del 20 el volumen de exportaciones ha disminuido de manera sensible y con la crisis de 1929 no solamente sufre la producción, sino que los precios internacionales del banano han decrecido significativamente. Como es natural en el capitalismo, el peso de la crisis internacional es transferido por la UFCO a los hombros de la clase trabajadora y de los productores locales independientes, lo que genera un notable deterioro de las condiciones generales de vida, que como se ha visto, eran ya de por sí precarias. Estos serían entonces los factores objetivos de la Huelga del 34. En cuanto a los factores subjetivos habría que anotar el trabajo organizativo que el PCCR venía desarrollando en la zona Atlántica desde el mismo año de su fundación. Como anota Víctor Acuña Ortega en *La Huelga Bananera de 1934* (1984), ya

para 1931, la ciudad de Limón contaba con una célula comunista. Es también por esas fechas que Carlos Luis Fallas y Manuel Mora, éste último Secretario General del PCCR, recorrieran la zona. Para 1933 ya el Partido Comunista tenía, además de la célula en Limón, otra en Siquirres y en varias fincas del Caribe (25). A la actividad comunista habrá que sumarle además toda una larga serie de acciones espontáneas por parte de los trabajadores agrícolas que incluían huelgas parciales, manifestaciones, paros y hasta saqueos en algunos comisariatos propiedad de la UFCO. También Acuña precisa, que la participación de Fallas en los acontecimientos que desencadenaron la huelga fue determinante:

Fallas promovió la creación de comités sindicales en las fincas e hizo conciencia dentro de los trabajadores sobre la ineficacia de las acciones locales y parciales y sobre todo la necesidad de plantear una lucha global y unitaria, es decir, una huelga general. De esta manera, los comités de finca nombraron delegados que se reunieron en un congreso secreto realizado el día 4 de agosto en 26 millas. En ese Congreso se nombró un Comité de Huelga y a Calufa como su Secretario General; se redactó un pliego de peticiones y se fijó la fecha para el inicio de la huelga. El día 9 de agosto, Fallas envió una carta a Mr. Chittenden, Gerente de la United, en la que le comunicó el inicio de la huelga y le adjuntó el pliego de peticiones. (27)

Otra vez, entrecruzando la realidad y la ficción, es posible ver el devenir vital del narrador de *Mamita Yunai*. Antes, un adolescente proletarizado que ve cómo sus compañeros son

arrastrados por la industria del banano al cementerio y a la cárcel²³, ahora, un dirigente comunista de masas en quien recae la responsabilidad de ponerse al frente del mayor proceso de lucha en la historia del movimiento obrero costarricense: el dolor y la selva han parido un héroe. Acuña, en su narración historiográfica, divide los sucesos de la huelga de 34 en dos etapas. Una primera en que los trabajadores logran un acuerdo con los productores nacionales, durante esta etapa, Manuel Mora establece una serie de negociaciones directas con el Gobierno de Ricardo Jiménez en San José y el 28 de agosto se firma un acuerdo entre las partes. Esta aparente buena voluntad del Gobierno de Jiménez no debe ser malinterpretada, pues simultáneamente a las negociaciones, las autoridades dirigen una oleada represiva en la zona Atlántica que incluía una amplia presencia policial, así como deportaciones de trabajadores de otros países centroamericanos. Calufa, al respecto de este acuerdo en su discurso de 1955, señala lo siguiente: “Vinimos a esta capital, discutimos largas horas y al fin se firmó un arreglo bastante favorable para los trabajadores, que el Gobierno se comprometió a respetar” (184). Este primer acuerdo fue desconocido por la UFCO lo que generó la segunda etapa de la huelga. Durante esta etapa, algunos de los finqueros nacionales abandonan los acuerdos del 28 de agosto y se pliegan a la negativa de la UFCO de negociar. El Gobierno decide entonces iniciar una oleada represiva que incluyó un asalto a la finca Los Ángeles donde operaba el Comité de Huelga. Calufa y Jaime Cerdas logran escapar, pero Cerdas es herido de bala en una pierna. En los días posteriores el resto de los dirigentes es detenido. En el mismo discurso, Fallas describe los acontecimientos así:

Crepitaron los fusiles y las ametralladoras en las sombrías bananeras del Atlántico; centenares de hombres fueron maltratados y encarcelados; centenares de trabajadores

23 Luego de la muerte de Calero, Herminio decide tomarse la justicia en sus propias manos y ataca con un machete al capataz general del campamento, por esto es condenado a la cárcel por años.

nicaragüenses fueron echados del país con sólo los harapos que llevaban encima; y centenares de mujeres y niños quedaron desamparados. Y, entonces sí, los trabajadores respondieron a la violencia con la violencia, arrasando las plantaciones bananeras a machete, destruyendo línea y puentes tranviarios . . . ¡Fueron quince negros días de violencia y de terror en las plantaciones del Atlántico! (185)

Acuña señala que el balance de la Huelga del 32 es ambiguo, puesto que si bien es cierto que en los acuerdos del 28 de agosto se aceptaban la mayoría de las demandas de los trabajadores, estos acuerdos nunca sobrepasaron la pura legalidad nacional, lo que implicó que la UFCO no se viera comprometida a su acatamiento. Además, la negativa de la Compañía a aceptar lo negociado entre los trabajadores y el Gobierno, hizo que este último entrara en crisis y que frente a la disyuntiva de tomar partido entre los huelguistas y el capital transnacional, lo hiciera a favor de éste y decidiera iniciar la represión. A pesar de la derrota, algunas de las reivindicaciones de los trabajadores comenzaron a ser implementadas en las zonas de plantación y el Gobierno permitió el avance en el Congreso costarricense de algunas reformas tendientes a mejorar las condiciones de vida del proletariado agrícola del Caribe. Así pues, la lógica de las autoridades fue primero garantizar la derrota del movimiento por medio de la violencia represiva, para luego, comenzar a implementar algunas de las peticiones, pero ya en un ambiente políticamente aséptico donde la movilización social había sido neutralizada. Poco podía importarle esto ya a la UFCO que poco tiempo después empezaría a trasladar todas sus operaciones del Litoral Atlántico al Pacífico dejando tras de sí una estela de miseria en las poblaciones caribeñas y una estela de naturaleza destruida. Como señalara Marx en el primer tomo de *El Capital*:

Cada paso que se da en la intensificación de la fertilidad del suelo dentro de un período de tiempo determinado, es a la vez un paso dado en el agotamiento de las fuentes perennes que alimentan dicha fertilidad. Este proceso de aniquilación es tanto más rápido cuanto más se apoya un país, como ocurre por ejemplo con Estados Unidos, sobre la gran industria, como base de su desarrollo. Por tanto, la producción capitalista sólo sabe desarrollar la técnica y la combinación del proceso social de producción socavando al mismo tiempo las dos fuentes originales de toda riqueza: la tierra y el hombre. (423-424)

Como quedara apuntado con anterioridad, *Mamita Yunai* no narra los acontecimientos de la huelga misma, sino algo así como sus antecedentes y sus consecuencias. Un texto que sí se ocupa del asunto es la novela del costarricense Joaquín Gutiérrez de 1950²⁴ titulada *Puerto Limón*. Joaquín Gutiérrez es un personaje realmente significativo en la historia de la literatura costarricense. Proveniente de las clases dominantes del país, más temprano que tarde rompe con lo que hubiera sido la *normalidad* de su destino y se involucra con las luchas estudiantiles y obreras del país. Miembro del PCCR, vive durante años en Chile donde publica una gran parte de su obra –incluyendo *Puerto Limón*– y donde hace amistad con figuras centrales de la política de izquierda chilena como Neruda y Allende. Trabaja como periodista durante años e incluso fue corresponsal de guerra en Vietnam. Después del golpe del 73 regresa a Costa Rica donde llega a ser profesor de la Universidad de Costa Rica y candidato a vicepresidente por la plataforma política del PCCR.

24 Como dato curioso, *Puerto Limón* está dedicada a Carmen Lyra, quien acababa de morir en el exilio en México, después de la Guerra Civil del 48.

Puerto Limón es narrada desde la perspectiva de Silvano (una suerte de alter ego de Gutiérrez), un joven huérfano quien acaba de terminar sus estudios de secundaria en la capital y debe regresar a Limón, donde reside su familia, más específicamente, la familia de su tío, quien es un propietario de fincas bananeras y que mantiene una relación comercial con la UFCO. Es decir, a diferencia de *Mamita Yunai* que tiene por narrador a un personaje sin propiedades, *Puerto Limón* es narrada por un personaje que posee vínculos familiares con los propietarios nacionales. El foco de clase es distinto por lo tanto. En gran medida, *Puerto Limón* puede ser interpretada como el *bildungsroman* de Silvano: la exploración incierta que el personaje va realizando de su espacio social. Una de las primeras cosas que encuentra Silvano a su regreso a la zona Atlántica es una presencia que lo confunde, los trabajadores de las plantaciones están en huelga y este conflicto envuelve todo el ambiente. Después de un altercado entre un grupo de trabajadores y su tío en uno de los comisariatos del lugar, los peones deciden hacer una advertencia al propietario y visitar su casa en forma colectiva durante el transcurso de la noche. Silvano observa la escena:

Se frota los ojos, se los humedece con saliva. Son muchas, centenas, millares, las hojas de plátanos que desfilan. Las llevan los peones al hombro como fusiles; ondeando, tal vez con el viento, quizás con el ritmo entrecortado de la marcha sobre los durmientes. Se divisan las blancas camisas como parchones luminosos en la claridad nocturna, los pantalones recortados por la curva de la maleza, los rostros enjutos, secos, tal vez todos ardientes con las fiebres palúdicas. Encima de la cabeza los mechones de negros de pelo perdidos en la oscuridad, como si los cráneos, destapados como bandejas, exhibieran sus materias vibrantes y gelatinosas. (51)

La imagen es la del proletariado movilizad, una entidad colectiva amenazante que confunde sus movimientos con los de la naturaleza en que las acciones toman lugar. Frente a este ser incognoscible Silvano no tiene respuestas, nada de lo que ha vivido sirve como soporte para una interpretaci3n coherente. La exploraci3n de su espacio social lo hace sentirse encerrado entre dos intereses en conflicto: los de su tío, por los que no siente ninguna identificaci3n, y los de esta “masa amorfa, an3nima” (51) que no sabe c3mo aprehender, pero que definitivamente comienza a despertar en 3l la inquietud. Uno de los aspectos m3s relevantes de *Puerto Lim3n* es que enfoca el conflicto de la Huelga del 34 desde una 3ptica en la que solamente quedan incluidos los propietarios nacionales y los trabajadores, es decir, la UFCO aparece como una presencia velada. Este 3nfasis textual en el problema entre dos clases nacionales podría explicarse con una referencia a la realidad hist3rica, por cuanto los productores nacionales formaban un elemento esencial en el modelo de enclave econ3mico desarrollado por la UFCO. Fallas describe, otra vez en su discurso de 1955, con gran precisi3n la que fuera la posici3n econ3mica de esta pequeña y mediana burguesía agraria:

Su polítca era la de crear finqueros particulares, hacendados criollos. Les alquilaba tierra y adelantaba dinero; y si poseían tierra, simplemente les facilitaba el dinero que necesitaban para levantar la plantaci3n bananera; pero, en todo caso, obligándolos a firmar leoninos contratos redactados por los propios abogados de la Compañía, segun los cuales esos finqueros particulares quedaban comprometidos a vender su banano exclusivamente a la United Fruit Company, a un ífimo precio señalado por racimo recibido (oígase bien: por racimo re-ci-bi-do), menos un porcentaje que les rebajaba en

cada racimo como abono a la deuda contraída. Así surgieron en la zona Atlántica centenares de plantaciones particulares, entre grandes haciendas y pequeñas fincas. (174)

Esta dinámica económica que entrelazaba a la UFCO con los finqueros nacionales puede ser explicada a través de Harvey como una expresión de la tensión entre las formas de capital especulativo y las formas de capital asociadas a la permanencia a un lugar. Justamente la imposibilidad de continuar armonizando ambas formas –en medio de una lucha encarnizada *desde abajo*, con los proletarios como protagonistas– se constituyó en un obstáculo para la profundización de la acumulación y significó en última instancia una restructuración general del *lugar*. Es claro entonces que en la Huelga del 34 intervenían tres clases sociales distintas: la gran burguesía transnacionalizada, la mediana y pequeña burguesía nacional, y los trabajadores proletarizados. En general, la narrativa de tema bananero crea un discurso que es enunciado por alguno de estos sectores sociales. Como se ha visto, *Mamita Yunai* es un discurso de los trabajadores proletarizados, mientras que *Puerto Limón* es un discurso de la mediana y pequeña burguesía nacional. No parece haber en la historia de la literatura costarricense un texto que tenga como lugar de enunciación a la gran burguesía transnacionalizada, sin embargo, es posible citar en el caso guatemalteco la novela de Asturias el *Papa Verde* como un ejemplo, por cuanto tiene como protagonista a un *emprendedor* norteamericano con algún grado de semejanza a Minor Keith, fundador de la UFCO. La situación de los finqueros nacionales es por lo tanto homologable a la de un encierro, por un lado, son absolutamente dependientes de toda la infraestructura propiedad de la UFCO, lo que los hace en extremo vulnerable a la lógica de un mercado internacional inestable, pues frente a cualquier incertidumbre en los precios, la UFCO les transfiere la crisis. Por otro lado, deben enfrentar la movilización organizada de los

proletarios, quienes no parecen más dispuestos a recibir sobre sus hombros la crisis generalizada. De una forma puramente intuitiva Silvano, el protagonista, percibe la contradicción y busca una forma de escapar de ella, en otras palabras, Silvano busca escapar de su predestinación de clase. Sin lugar a dudas, *Puerto Limón* es un texto complejo, denso y con toda una variedad de niveles interconectados. De la misma forma, el devenir de Silvano en medio de su espacio social tiene toda una serie de especificidades que escapan a los objetivos más inmediatos de una investigación que tiene por objetivo las narraciones del comunismo centroamericano. En los hechos, Silvano logra escapar del lugar que le deparaba el destino social, sin embargo este escape no tiene como punto de partida una identificación inmediata con los intereses del proletariado movilizad. Para el protagonista –a pesar de cierto contacto que mantiene con ellos– los trabajadores en lucha permanecen siempre como una entidad ajena, la mayoría del tiempo, completamente incomprensible. En parte, esta dificultad de identidad con el lugar en que se encuentra hace que Silvano decida partir en soledad a tierras lejanas. El aprendizaje ha terminado y comienza la aventura de la vida, en este caso, de la vida del individuo.

Antes de terminar esta sección de la investigación dedicada a Costa Rica y antes de abandonar *Puerto Limón*, es necesario recuperar una de las imágenes más significativas del texto, a saber, el momento en que el Presidente envía un telegrama al jefe del Comité Nacional de la Huelga con una invitación al Palacio de Gobierno. Una vez en presencia del joven dirigente comunista, el Presidente comienza una exposición de los hechos en la que destaca la inminente invasión por parte de los marinos norteamericanos en defensa de los intereses de la Compañía. Dicho esto, el Presidente insiste al joven comunista en la necesidad de lograr una rápida negociación mediante la cual sea posible evitar una violación de la soberanía nacional. En caso de suceder una invasión, el Presidente anuncia que renunciaría al puesto, porque no tiene la

disposición de ser el gobernante de un país ocupado. En el cierre de su intervención apunta esto: “Este es el primer conflicto social de importancia que le toca a la República, y no será el último. Para resolverlo me he sentido un poco desorientado, no se lo voy a negar, y aquí donde me ve, a mis años, me he puesto a leer esas cosas que escriben ustedes a ver si les comprendo su punto de vista. . .” (195). Cuando el joven comunista habla en respuesta a la intervención del Presidente señala la voluntad de los trabajadores de negociar sobre la base del pliego de peticiones y de su interés en terminar el conflicto. No obstante, el dirigente también enfatiza que los ánimos son ya volátiles y que el esfuerzo del Comité Nacional de Huelga es más bien evitar que la violencia de los proletarios se agudice tanto en cantidad como cualidad: “. . . que el papel de ellos [los comunistas] en ese momento era frenarlos [a los trabajadores huelguistas], en el sentido de evitar que se organizaran como columnas y que treparan como una marea hasta las ciudades del interior” (195). En otras palabras, la violencia proletaria no solamente asusta al presidente que observa en ella una razón para la invasión imperialista, sino que incluso asusta al dirigente comunista quien piensa en la posibilidad de que el brote revolucionario se extienda nacionalmente. En este pasaje es también suficientemente clara la dialéctica entre el Estado nacional y la UFCO y es fácil constatar a través del mismo como los intereses del capital norteamericano en plena expansión geográfica no son idénticos a los de las naciones centroamericanas, justamente porque la UFCO representa un nuevo conjunto de relaciones espaciales en medio de un *lugar* ya constituido. Si hubiese que poner un nombre propio a los personajes anónimos de esta escena de *Puerto Limón* el papel de Presidente sería para Ricardo Jiménez Oreamuno, tres veces Presidente de la República y algo así como la encarnación física de toda la última etapa del liberalismo costarricense, Jiménez Oreamuno es el último gran liberal de la historia costarricense. Sin lugar a dudas, el papel de Jefe del Comité Nacional de Huelga

recae sobre el Secretario General del PCCR Manuel Mora Valverde, quien para ese entonces era un joven abogado a quien las circunstancias históricas lo pusieron al frente de lo que el presidente-personaje llama el primer conflicto social de importancia en la historia republicana costarricense. ¿Qué está en juego en esta imagen construida por la literatura? Lo que esta imagen sintetiza es una verdad histórica: el agotamiento del proyecto liberal y la aparición de un nuevo agente –la combinación de comunismo con proletariado– capaz de transformar violentamente la realidad del país. El gesto de convocatoria de Jiménez a Mora con la intención de salvaguardar la soberanía nacional es el auto reconocimiento del liberalismo de su decadencia, y la autosuficiencia con la que un joven dirigente de la huelga atraviesa el Palacio de Gobierno y discute horizontalmente con el representante político del poder nacional los términos de un conflicto en el que está involucrado el país más poderoso del planeta, es el auto reconocimiento del comunismo de su potencia histórica. Así, la literatura caracteriza a la Huelga del 34 como el acontecimiento histórico que sepulta de manera definitiva al proyecto liberal costarricense. De ahora en adelante, la disputa por la hegemonía política tendrá nuevos actores que no tardaran en enfrentarse de forma violenta durante la Guerra Civil de 1948.

3.3 SACRIFICIO MÁXIMO

Como se ha visto, en términos generales²⁵ la literatura costarricense perteneciente al *ciclo de novela del banano* es posterior al acontecimiento político-histórico más importante que se desarrollase al interior de las plantaciones bananeras del Caribe en Costa Rica. Caso contrario, en

25 A excepción, claro está, de la colección de cuentos de Lyra que es de 1931.

Honduras, los textos más destacados de este ciclo son antecedentes del proceso que ha pasado a la historia como la Gran Huelga de 1954. En esta exploración de las narrativas comunistas centroamericanas se considerarán dos novelas hondureñas, la primera de ellas *Prisión Verde* de Ramón Amaya Amador que tuviera su primera publicación en 1950 y la segunda de ellas *Barro de Paca Navas* de Miralda de 1951. La historia del comunismo hondureño parece tener una especificidad importante que es su casi desaparición durante la prolongada dictadura de Tiburcio Carías Andino que se extendería desde 1933 hasta 1949. Antes de 1933, en 1922 la fusión de distintos y pequeños círculos de estudios marxistas dio origen al Partido Comunista de Honduras, lo que fuera el primer brote de comunismo orgánico en el país, pero que sin embargo nunca llegaría a tener la importancia ni el protagonismo político de otros partidos comunistas de la región. Una de las escasas referencias que existen al respecto de esta primera forma del comunismo hondureño está en *Páginas de lucha revolucionaria en Centroamérica* (1971) de Graciela A. García, maestra de origen salvadoreño que participara en procesos de lucha revolucionaria en al menos tres países del Istmo (El Salvador, Honduras y Guatemala) y que desde el exilio en México durante la década del 70 escribiera esta suerte de ensayo analítico y autobiográfico. En *Páginas*, García señala que la primera tarea de la organización fue la de intentar estudiar con algún nivel de sistematicidad la literatura comunista, así como, la de hacer activismo dentro del movimiento sindical que para la época organizaba una serie de huelgas de distinto signo. Estas labores políticas se realizaban de manera legal, puesto que antes de la llegada de Carías Andino al poder, la sociedad hondureña gozaba de cierta apertura democrática. Sin embargo, su ascenso al poder apoyado por la UFCO significó el inicio del final del primer experimento organizativo del comunismo hondureño:

Los dirigentes de la clase obrera fueron expulsados del país. Las huelgas fueron proscritas. Al pueblo se le negaron las libertades más elementales. Después de regímenes de relativa libertad sobrevino un régimen de terror abierto, una campaña anticomunista permanente y furibunda, pasando el Partido a la ilegalidad, situación que al principio trajo infinidad de dificultades, pues no se tenía ninguna experiencia en el trabajo clandestino.

(85)

Es evidente así, que el primer intento de fundación de un organismo comunista en Honduras fue fallido en la medida que no tuvo la resiliencia necesaria para sobrevivir la dictadura desde la clandestinidad. Habría que esperar hasta 1954, año de la huelga en el Caribe bananero, para ver brotar de vuelta una organización de naturaleza comunista.

Prisión Verde del hondureño Ramón Amaya Amador es un texto que padece cierto nivel de olvido. Una de las pocas referencias posibles de rastrear es una sección del libro biográfico *Ramón Amaya Amador* (1995) escrito por Juan Ramón Martínez donde éste define a *Prisión Verde* como: “la novela social hondureña más grande, importante y popular que se haya escrito jamás en toda la historia literaria de Honduras” (148). Es indudable que esta valoración contrasta con la insuficiente crítica directa sobre el texto. Más adelante, el mismo Martínez tratando de explicar la popularidad del texto expone las siguientes razones: “No sólo representaba una realidad conocida por todos, sino que verbalizaba una condenación colectiva en contra de las ofensas que se inferían a los trabajadores y –posiblemente lo más importante– aportaba una esperanza, por medio de la organización y consiguiente lucha de los trabajadores en dirección a la reconquista de sus perdidos derechos” (150). Otra referencia al texto de Amador se haya justamente en el prólogo a la cuarta edición hecha por la editorial universitaria de la Universidad

Nacional Autónoma de Honduras. Acá Longino Becerra hace un esfuerzo por situar *Prisión Verde* en el marco histórico, político y cultural hondureño:

Prisión Verde se escribió en la década del cuarenta. Entonces los sectores democráticos y populares de Honduras vivían un proceso de acumulación de fuerzas muy importante, destinado a cambiar el clima de brutalidad, de negación de todo derecho, mantenido bajo la dictadura terrateniente-burguesa de Tiburcio Carías Andino. Ese proceso culminó con la gran huelga bananera de 1954. (12)

En los primeros capítulos, *Prisión Verde* narra el encuentro entre un grupo de terratenientes nacionales con el superintendente –míster Still– en uno de estos espacios asépticos, dotados de todas las comodidades modernas, que creaba el modelo urbano de la Compañía para albergar las oficinas de los altos cargos en medio de las selvas tropicales del Caribe. Estos espacios asépticos constituían el polo de poder en el modelo segregacionista que la UFCO utilizaba para organizar el *lugar* y se encontraban en oposición dialéctica a los barracones sucios y hacinados en que se concentraban los trabajadores y sus familias. Como mediador entre los terratenientes y el representante del enclave bananero se encuentra el abogado Párraga, quien es la persona encargada de conectar los intereses económicos de la Compañía con la legalidad política general del país. Lo que busca mister Still es que los terratenientes accedan a vender sus propiedades que se encuentran en zonas de interés de explotación agrícola. Precisamente uno de los argumentos que utiliza el abogado Párraga para intentar convencer a uno de los terratenientes que se rehúsa a la venta, es que permitir a la Compañía la explotación de los suelos nacionales es un acto de patriotismo, por cuanto el capital transnacional representa el desarrollo y el progreso.

Una de las primeras críticas entonces de *Prisión Verde* va dirigida a la ideología liberal dependiente de los sectores hegemónicos hondureños, que como se ha visto, habían abierto el país a la intervención del capital foráneo con el argumento de que esto mejoraría la situación general de todos los hondureños. Cada personaje sintetiza así un interés social general que el texto representa en contradicción. Más adelante en el texto, hace su aparición por vez primera el sector de los proletarios agrícolas, encarnados en la figura de Máximo Luján, un joven de rostro pálido en que se manifiestan los signos de la malaria crónica. Con todo, es también una persona que inspira simpatía y atracción. Máximo está intentando ayudar a Samayoa, un antiguo pequeño terrateniente, quien ha vendido sus tierras a la Compañía y que después de malgastar los dineros recibidos en los puertos del Caribe, debe internarse de vuelta en las plantaciones pues no le queda otra opción que la proletarización. Cuando Samayoa observa por vez primera a Máximo ve como en un espejo su destino, su descenso de clase. En general, el narrador omnisciente de *Prisión Verde* tiene una inclinación a la pedagogía política, por lo que muchos de los comentarios que va intercalando al margen de la pura narración tienen la función de explicar el *mundo* dentro de las plantaciones bananeras. Por ejemplo, luego de mencionar la belleza de las plantas de banano en su periodo de maduración, el narrador apunta esto:

Y toda esa lujuriente belleza es obra del hombre, de las manos duras de los hombres que imponiendo sus músculos sobre la naturaleza salvaje, hacen producir pródigas cosechas a la tierra hondureña; es la obra de millares de hombres que día tras día ofician en el ara del trabajo, hombres a quienes se llama campeños; es la propiedad de un *trust* extranjero, monopolista, cedida por el Estado en una concesión. (31)

La pedagogía política del narrador desplegada en este párrafo es una crítica a la *doxa* del liberalismo económico que piensa la transformación de la naturaleza como un subproducto automatizado de la circulación del capital. Lo que hace el texto es explicar que el desarrollo de la producción agrícola es en esencia un producto del trabajo humano, pero del trabajo humano alienado, por cuanto los beneficios de este trabajo no son propiedad de los trabajadores, sino de una entidad externa parasitaria, en este caso, la Compañía bananera. Ahora, la crítica no termina allí, sino que incluso llega a formular la relación que existe entre la alienación del trabajo y el Estado. El Estado no es un conjunto de instituciones que están por encima de esta lógica de expropiación económica, sino que es justamente el aparato legal que posibilita la continuidad en el tiempo de la explotación. En este breve fragmento, *Prisión Verde* despliega de forma representacional tres ejes teóricos del marxismo: la praxis, la alienación y la relación entre política y economía. La literatura deviene así una escuela de formación política. Un elemento presente en esta cita que no se quisiera dejar pasar desapercibido, es el hecho que la naturaleza no aparece como una cosa en sí misma externa a la práctica humana, sino más bien como objeto apropiado y consecuentemente transformado.

Más adelante en el texto hay una escena significativa que representa una conversación entre dos capataces de origen norteamericano: mister Foxter y mister Jones. Mister Foxter equivale a la personificación de lo que *Prisión Verde* llama el yanqui puro, originario de las llanuras del Misisipi, fue cuatrero en Kentucky, pistolero en Chicago, mercenario en África Austral para una potencia colonial europea, traficante de drogas en el Lejano Oriente, contrabandista de armas en la guerra del Chaco e infante de marina del ejército estadounidense durante la invasión a Nicaragua donde estuvo cerca de perder la cabeza en manos del ejército de Sandino. Ahora, mandador y pequeño accionista de la UFCO en Honduras. Caso contrario,

mister Jones es representado como un advenedizo con conexiones, sin ningún conocimiento práctico de Latinoamérica y su gente, cuyo único interés real es enriquecerse: “No me gusta el ambiente ni estos hombres cochinos. Yo no he nacido para la selva, pero el oro es el oro y hay que buscarlo donde quiera que esté” (104). La parte central de la conversación entre ambos capataces inicia cuando mister Foxter comienza a explicar a mister Jones el funcionamiento real de Honduras. Mister Jones se muestra confundido por la pasividad de las organizaciones sindicales de los trabajadores agrícolas, no entiende por qué éstas no son activas en la defensa de los derechos de los peones del campo. La respuesta de mister Foxter es: “– ¡Cómo se nota que vienes de un país civilizado! ¿Sindicatos? ¿Representantes? ¿Peticiones? ¡Chet! Aquí no existe nada de eso. Date cuenta, amigo Jones: ¡nada! No se lo permitimos” (104). Extraviado, mister Jones pregunta por la actitud del gobierno frente a esta situación. Otra vez la respuesta de mister Foxter es: “–El gobierno, amigo mío, somos nosotros y sólo nosotros . . . Este país es una factoría nuestra, un feudo muy rico. Hacemos y deshacemos y ¡parte sin novedad! Nuestro capital invertido aquí es ahora el mayor en Centro América” (105). En todo caso, esta situación de dominio casi total no elimina la posibilidad de que haya intentos de organización de los trabajadores, cuando esto ocurre, intervienen las fuerzas represivas del Estado nacional: “. . . cuando algunos tratan de hacer sindicatos o exigir a la empresa, entonces, de ellos se encargan las escoltas del gobierno” (105). Es obvio, que a un nivel esta conversación es ontológicamente falsa, en la medida que nunca tuvo lugar en el espacio ni en el tiempo de la realidad histórica, sin embargo, señalado esto, quizás es necesario interrogarse al respecto del grado de verdad histórica que ha quedado encerrado en esta descripción de Amaya Amador. Es decir, ¿había o no una política de prohibición al sindicalismo dentro de las zonas controladas por la UFCO? ¿había o no un intervencionismo por parte del capital transnacional en la política nacional hondureña? ¿había

o no una tendencia generalizada a la eliminación física de los trabajadores con tendencias a la organización? Y, finalmente, ¿Era Honduras un feudo de la UFCO en Centroamérica a mediados del siglo XX? Al menos no parece difícil responder afirmativamente a las tres primeras preguntas.

Como se ha visto en la introducción a este capítulo, la prohibición del sindicalismo era una constante en todas las regiones centroamericanas donde operaba el enclave bananero, de hecho, una de las reivindicaciones fundamentales de la Huelga Bananera del 34 en Costa Rica era la libertad sindical. También, se ha mencionado ya, que el intervencionismo político llegó literalmente a poner (Tiburcio Carías Andino en Honduras) y quitar presidentes (Jacobo Árbenz en Guatemala) en el Istmo, así como propiciar invasiones militares que fueron verdaderos actos de colonialismo hace menos de 100 años. Y luego, la eliminación física de los activistas sindicales ha sido y sigue siendo una práctica activa en Centroamérica. Es claro entonces, que la inexistencia histórica de la conversación entre los capataces norteamericanos no implica que la misma sea falsa o engañosa. Por el contrario, es más bien la ficcionalización de la relación real entre la UFCO y el Estado hondureño. Al respecto de la cuarta pregunta, habría al menos que anotar que no siempre los intereses de las clases dominantes hondureñas coincidían de manera exacta con los propios de la UFCO, lo que significa que la relación muchas veces estuvo cargada de tensiones, sobre todo alrededor de los intentos del Gobierno hondureño de imponer cargas impositivas a las exportaciones de la Compañía. En lo que sí ambas partes estaban en acuerdo permanente era en explotar al proletariado agrícola. Así las cosas, la relación de dependencia de Honduras con respecto a la UFCO, tenía en ocasiones una deriva contradictoria en que las élites políticas reclamaban un mayor margen de libertad y ganancias. La UFCO era pues un *lugar*,

producto de la expansión geográfica del capital norteamericano, dentro de otro *lugar* ya constituido.

Sin lugar a dudas, la figura central de *Prisión Verde* es Máximo Luján por cuanto su subjetividad sintetiza los elementos más avanzados de la conciencia proletaria. Máximo vive en Culuco, un pequeño pueblo dentro de las plantaciones y es un peón *venenero*, es decir, un proletario agrícola que trabaja fumigando los cultivos con una serie de químicos tóxicos utilizados para controlar las múltiples plagas que atacan a los cultivos. En Culuco, Máximo ha logrado conjuntar a un pequeño grupo de compañeros y amigos, con los que de forma paciente y cotidiana discute la necesidad de la organización de los trabajadores en procura de una mejora generalizada de las condiciones de vida. A pesar de la regular entereza de espíritu de Máximo y sus convicciones políticas, hay momentos que frente a la adversidad y el dolor, la duda se cierne sobre su espíritu. Así acontece frente a lo que parece la muerte absurda de Amadeo –uno de sus compañeros– producto de una disputa causada por un juego de azar durante la borrachera ritual del día de pago. Luján en monólogo interior se interroga:

–¿Tendremos qué conformarnos con esta ceguera ante los males y los errores? ¿Por qué fatalismo debemos ser nosotros, los que trabajamos, quienes tengamos que abonar con sangre y penas esta tierra que ya no es sino de los amos extranjeros? ¿Para qué esta vida como perros hambrientos, mordiéndonos, despedazándonos, asesinandonos? ¿Es que nunca llegaremos a hermanarnos, a juntar nuestros músculos y afanes para una lucha por nuestra liberación? ¿Seremos unos idiotas los que creemos en un día de redención proletaria? ¿Cuándo haremos desaparecer el odio entre nosotros; los vicios y la inconsciencia? Yo he soñado –¡cuántas veces!– en el día en que seamos como un solo

hombre con una misma acción; yo he creído que, de cada campeño se hará un luchador consciente, un trabajador de corazón e ideas firmes, un hombre que no permita más explotación ni del amo extranjero ni del Judas criollo; yo he tenido fe en el futuro, fe en el campeño. ¿Y todo eso no será más que un sueño, ilusión nacida en el delirio de las fiebres que da la vida dentro de estos banales...? (131)

Uno de los aspectos más interesantes de la cita es que la crítica de Máximo no va dirigida contra las entidades explotadoras como la Compañía o el Estado, sino más bien sus destinatarios son sus pares, sus compañeros de trabajo y de vida. El lugar desde el que piensa Luján es algo así como un sitio *post-ideológico* a partir del cual es posible observar críticamente el comportamiento ideologizado de sus compañeros, en otras palabras, Máximo se pregunta si alguna vez llegará a ser posible que su percepción de la realidad y de sus posibilidades no sea tan solo un deseo utópico aislado y doloroso, sino que sea la forma práctica de las relaciones humanas. El personaje se interroga entonces si alguna vez sus compañeros proletarios se le unirán en ese sitio post-ideológico desde el que él mismo observa la vida transcurrir. Quizás el aspecto más doloroso de la clarividencia de Máximo es la imposibilidad de la certeza total, por cuanto no existe ninguna referencia externa que pueda confirmar sus intuiciones, esta ausencia de un significado trascendental es la que introduce la duda y lo hace cuestionarse la posibilidad de simplemente estar loco. La verdad hace libre a Máximo, pero también lo conduce a un lugar en el que pareciera que no hay nadie más. A pesar de las dudas temporales y de que la realidad parezca negar sus intuiciones, el protagonista llevará su dolor hasta las últimas consecuencias y se mantendrá fiel a sus convicciones hasta el final, hasta su final. Definitivamente, la mejor

forma de narrar el destino de Máximo y el subsecuente desarrollo de *Prisión Verde* es a través de un corrido compuesto por Tivicho, un rapsoda proletario de Culuco:

En día de lodo y lluvia fue
que una huelga organizamos,
para que el amo extranjero
pusiera en esta prisión
justicia para el campeño.

Como personas el grito alzamos.
Éramos muchos los “muertos de hambre”.
Y habló por todos los proletarios
el más valiente que era Luján.
¡Ayyy, que era Luján!

No fue escuchado por esos gringos
–amos sin alma del bananal–
y los soldados a bala y golpes
nos dispersaron por el terror.
¡Ayyy, por el terror!

Con un mecate, como a bandido
Máximo, atado fue sin piedad.

Y en noche negra de negro espanto
se lo llevaron a fusilar.

¡Ayyyayyyayyy, a fusilar!

¡Lo perdieron, ay, lo perdieron
en la prisión verde del bananal!

Negra la noche. Negro el verdugo.

Blanco el patrón. ¡Lo perdieron,
ayyy, por predicar la verdad!

Por los campos bananeros
un llanto se oye por Máximo
Nadie conoce su tumba,
pero vibra aún su palabra
porque Él estaba con nosotros.

Contra los explotadores
Máximo a luchar nos guía;
su nombre es divisa nuestra
¡para seguir protestando!
¡Para seguir combatiendo! (220)

Lo que sucede pues en el texto es que los trabajadores de Culuco deciden convocar a una huelga en demanda de mejores condiciones de vida, sin embargo, la Compañía se resiste a atender sus peticiones y en colaboración con el ejército reprimen el movimiento de los proletarios. La represión va dirigida en primera instancia al grupo dirigente y por sobre todo va dirigida en contra de Máximo Luján, que es detenido y posteriormente ajusticiado y desaparecido en medio de la selva tropical. Máximo es justamente un desaparecido, en la medida que su cuerpo nunca es encontrado. Luján deviene de esta forma una especie de Cristo fantasmagórico para los trabajadores agrícolas de la plantación, el hijo privilegiado de una clase social subalterna capaz de sostener la verdad hasta las consecuencias últimas que incluyen por supuesto la muerte. La descomposición física de su cuerpo en medio de la naturaleza se convierte en el tránsito necesario que permite que sus palabras y sus actos no se extingan, sino que se vuelvan la expresión verdadera de un horizonte utópico en que sus compañeros superarán la ideologización y por tanto serán capaces de suprimir la explotación por parte de los agentes mundiales y nacionales. Se sabe, por diferentes fuentes, que la difusión real de *Prisión Verde* no ocurrirá hasta algunas décadas posteriores a su primera publicación, más o menos a principios de los 70 (Ortiz 50), por lo que no es posible argumentar una posible influencia del texto en los acontecimientos alrededor de la Gran Huelga de 1954. Lo que sí es posible argumentar es que el texto se despliega como un ejercicio pedagógico-prescriptivo que muestra el camino a seguir en procura de la emancipación del trabajo y la vida a la interna de las plantaciones caribeñas de la UFCO. *Prisión Verde* es así un anticipo ficcional de los acontecimientos históricos de 1954. Por esto, es posible pensar la huelga organizada por los trabajadores de Culuco, que desemboca en el sacrificio de Máximo Luján, como una primera experiencia que prefigura e intuye un futuro de lucha y combate.

Si hubiera que hacer una taxonomía literaria de los distintos textos narrativos que han sido estudiados en el transcurso de este capítulo, lo primero por señalar sería que a excepción de la colección de cuentos de Carmen Lyra, todos pueden ser considerados de manera general como novelas. Ahora bien, quizás sea necesario precisar aún más en que género novelístico encaja cada uno de ellos. En el ya citado artículo de Werner Mackenbach y Valeria Grinberg, se señala como la crítica literaria ha establecido una relación entre el texto de Calufa –como escritura fundacional de la novela bananera (161)– y lo que luego será el desarrollo del género testimonial. Sobre esto anotan:

Así, la novela que nos ocupa ha sido canonizada no solamente como un texto “clásico” y fundacional del (sub)género de la novela proletaria y antiimperialista arriba mencionado, sino también como texto constitutivo de toda una serie literaria que habría encontrado su culminación en el testimonio décadas más tarde, un proyecto de literatura como arma cultural en la lucha por la liberación social y nacional. (166)

En términos de la política en la crítica literaria, el artículo de Mackenbach y Grinberg forma parte de esa *nueva escuela* post grandes narrativas que intenta siempre una deconstrucción semi-ahistórica de los textos que fueron escritos como discursos de fidelidad a la idea del comunismo centroamericano, y que siempre los encuentran en falta con respecto a las ideas contemporáneas de la multiculturalidad neoliberal posterior a la caída del socialismo real. En todo caso, no se quisiera perder de vista acá esa relación susceptible de establecerse entre *Mamita Yunai* y el posterior desarrollo del género testimonial, pues parece ser especialmente productiva para entender la naturaleza del texto de Fallas. *Mamita Yunai* es un proto-testimonio

o una novela testimonial, narrada en primera persona por un alter ego del autor, quien experimentó de forma real, es decir históricamente, la vida en las plantaciones. Este carácter de escritura experiencial es también compartido por *Prisión Verde*, pues se sabe que Ramón Amaya Amador vivió una parte significativa de su juventud dentro de las plantaciones bananeras cercanas a La Ceiba en el Caribe hondureño y que tuvo que exiliarse en Guatemala producto de la persecución generalizada que imponía el régimen de Carías Andino. Sin embargo, una de las diferencias fundamentales que parece haber entre *Mamita Yunai* y *Prisión Verde* es que esta última no comparte los rasgos formales que permiten asociar el texto de Fallas con el género testimonial, esto es especialmente sensible en la forma en que ambos textos construyen al narrador. *Mamita Yunai* es narrado en primera persona desde una perspectiva en que el involucramiento del narrador es total con respecto a los elementos centrales de la trama, por el contrario, *Prisión Verde* –como se ha visto– tiene un narrador omnisciente que está por encima de las acciones textuales y que de forma constante interrumpe la narración con la intención de ir explicando pacientemente el *mundo* al lector, el narrador es por lo tanto un pedagogo. Esta característica de *Prisión Verde* la acerca decisivamente al realismo socialista, la que fuera la estética privilegiada en las artes comprometidas políticamente durante el periodo de la hegemonía estalinista. Es posible entonces clasificar a *Prisión Verde* como una novela realista socialista.

El último de los textos literarios que interesa incorporar en esta revisión de la novela bananera es el casi olvidado *Barro* de la hondureña Paca Navas de Miralda. Si se ha afirmado que *Mamita Yunai* es una novela testimonial y que *Prisión Verde* es una novela realista socialista, sería necesario a su vez clasificar *Barro* como una novela costumbrista por una serie diversa de razones. En términos temporales, las acciones narradas en *Barro* acontecen a

principios del siglo XX en Atlántida, uno de los departamentos de la región costera hondureña en el Caribe. Como se ha visto, en este espacio temporal la acumulación del capital frutero no había alcanzado los niveles de concentración a los que llegará en pocas décadas, por lo que aún la producción se encontraba distribuida entre algunos propietarios nacionales, otros de origen europeo –italianos y franceses– y las primeras inversiones del capital norteamericano. En otras palabras, Barro narra los antecedentes de lo que fuera la temporalidad tanto en *Mamita Yunai* como en *Prisión Verde*. Formalmente, *Barro* está estructurada a partir de breves capítulos que guardan cierto nivel de independencia los unos de los otros, por lo que pueden ser considerados como cuadros de costumbres de la vida en Nueva Armenia, la pequeña ciudad portuaria de la Atlántida. Este carácter fragmentario del texto es explicado por Navas de Miralda en el prefacio: “Valga la buena intención que ha guiado este esfuerzo, al ofrecer hoy al lector de América, *algo de lo nuestro*, tal un pequeño fragmento de paisaje físico y humano rescatado al Ayer, a despecho de las inclementes marejadas del tiempo y del olvido” (12). El narrador en el texto es omnisciente, pero a diferencia de *Prisión Verde*, éste no realiza ningún tipo de pedagogía mientras va ejecutando su relato, sino que se limita a un recuento *objetivo* y descomprometido de los sucesos que van articulando una trama por lo demás un poco vaga e imprecisa. No parece haber por lo tanto en *Barro*, una apuesta política detrás del ejercicio de escritura, sino más bien una suerte de etnología abstracta. Una de las escasas referencias críticas al texto está en el artículo de María Salvadora Ortiz titulado “La novela de plantación bananera centroamericana”: “En Honduras también tenemos a la novelista Paca Navas Miralda, con su novela *Barro*, cuya matriz semántica fundamental se despliega en sugerentes motivos de humano realismo, de pasiones violentas y de los tentáculos, como los llama la autora, que desarrollan y despliegan la siembra del banano en estas tierras” (53). Uno de los cuadros de costumbres o capítulos de *Barro*

lleva por título “Conato de Huelga” y como es de esperarse narra un intento de huelga en Nueva Armenia. Al contrario de lo que sucede en *Prisión Verde* donde el movimiento de los trabajadores surge *desde abajo*, en *Barro* la idea de organizar una huelga surge *desde arriba* y tiene por dirigentes a los *instruidos* licenciado Eusebio Urmeneta y el general Escobedo. Es claro en el texto que la perspectiva política de estos personajes no es de origen comunista, sino que más bien representa una suerte de socialismo humanista con características nacionalistas. La dirección de la huelga escribe una nota dirigida al superintendente míster Weit con dos peticiones fundamentales, una, el despido de un capataz de origen italiano que trata despóticamente a los trabajadores, otra, una reducción de las horas de trabajo y un aumento generalizado de los salarios. El rumor de la huelga va descendiendo sobre las masas trabajadoras instándolas a prepararse para iniciar el paro de labores el domingo siguiente. Es importante anotar que cuando estos cambios de escena ocurren, es decir, cuando se pasa de una conversación del licenciado con el general a una entre dos trabajadores, el texto cambia el registro lingüístico y también la grafía de las palabras: huelga se convierte en *güelga*. El narrador marca entonces de forma lingüística a las clases sociales involucradas. A pesar de cierta reticencia inicial –tienen temor de convertirse en marionetas de un juego político ajeno– los trabajadores deciden incorporarse al movimiento. El domingo por la mañana, ochocientos trabajadores se reúnen frente a las oficinas centrales de la Compañía y esperan conocer la posición de míster Weit (¿Wait?). Cuando éste sale a hablar con los proletarios les advierte en tono conciliador que no tiene la potestad de resolver allí mismo las demandas y que necesita más tiempo para poder tener una respuesta. Esta actitud de aletargamiento enfurece a los trabajadores quienes exigen que se les entregue el despótico capataz italiano. Los ánimos comienzan a subir y varios disparos anuncian la llegada del ejército que no tarda en reprimir y arrestar a los instruidos

dirigentes de la huelga. Así, al igual que *Prisión Verde*, *Barro* narra un intento infructuoso de huelga en las plantaciones bananeras, pero no como un caso ejemplarizante y pedagógico a partir del cual orientar la militancia política, sino más bien, como una escena más de la vida cotidiana de los pobladores de Nueva Armenia.

A pesar de que la relación entre literatura e historia es dialéctica, la mayoría de las veces el movimiento tiene como punto de origen la historia y como punto de llegada la literatura. En otras palabras, generalmente la literatura es un producto de las coordenadas históricas en que se genera un texto. Sin embargo, parece haber momentos excepcionales en que este movimiento se invierte y la literatura pasa a ser una pieza llena de significados en el futuro desarrollo de los sucesos históricos. En alguna medida y no de forma mecánica, ese parece ser el caso entre la literatura hondureña de tema bananero y la Gran Huelga Bananera de 1954. Como fuera analizado antes, tanto en *Prisión Verde* como en *Barro* hay una ficcionalización de un proceso de huelga, que en ambos casos culmina en una derrota para los trabajadores. No obstante, lo esencial no parece ser la derrota en sí, sino la capacidad de los textos literarios de anticipar por medio de representaciones el proceso que pocos años después irrumpiría en la vida nacional hondureña, incluso con un nivel de proyección centroamericano. Es casi como si hubiera existido en la realidad una suerte de sensibilidad flotante que no podía existir aún de forma histórica, la cual fue percibida y anticipada por la literatura antes de su aparición concreta.

El significado histórico-político de la Gran Huelga del 54 en Honduras es enorme: un proceso de aproximadamente dos meses al que se incorporaron alrededor de 35 mil trabajadores, sin lugar a dudas la huelga más grande de la historia centroamericana que fácilmente triplica cuantitativamente al proceso costarricense del 34. No debería haber grandes sorpresas al respecto de los números si se toma en cuenta que la UFCO era una gran fábrica destechada en medio de

las selvas tropicales centroamericanas que compraba una enorme cantidad de mano de obra a la que explotaba inmisericordemente. En el relato y análisis del proceso sigo de cerca el texto de Marvin Barahona titulado *El silencio quedó atrás: Testimonios de la huelga bananera de 1954* (1994). Se podría decir que la Gran Huelga del 54 fue una tormenta perfecta donde todos los elementos necesarios para un estallido social se combinaron efectivamente. Internamente, Honduras seguía indirectamente viviendo dentro del *cariato* —el estado de las cosas nacionales durante la prolongada dictadura de Tiburcio Carías Andino— lo que significaba que el dictador no permanecía sentado en la silla presidencial, pero los lineamientos generales de su política seguían siendo aplicados por su sucesor y antiguo protegido Juan Manuel Gálvez. Igualmente, la salida de Carías Andino del poder no había sido voluntaria, sino que se explica en gran medida por la política de *buen vecino*²⁶ de los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. Ya el poder del Norte no veía con buenos ojos a sus dictadores aliados en Centroamérica. En todo caso, pocos meses antes de las elecciones de 1954 —las primeras libres en más de 20 años— Carías Andino fue designado como candidato presidencial del Partido Nacional, lo que significaba que el dictador continuaba merodeando el poder. Externamente, Honduras recibía de forma directa la influencia de las transformaciones políticas que estaban ocurriendo en Guatemala durante la década de 1944 a 1954. Sobre esto señala Barahona: “En 1944 el gobierno guatemalteco había iniciado un proceso de reformas sociales que, una década más tarde, lo enfrentaría abiertamente con el gobierno de los Estados Unidos, pero que al mismo tiempo despertaría expectativas favorables en los movimientos populares de los países

26 Elizabeth Fonseca explica la caída de las dictaduras militares centroamericanas después de la II Guerra Mundial, a partir de dos razones fundamentales. Por un lado, una pugna interna liderada por la oligarquía agroexportadora, quién no veía más sus intereses representados por los militares en el poder; por otro lado, la influencia externa de la política norteamericana para la región, que para ese momento salía del conflicto bélico como el paladín de la democracia universal y giraba de una política del *big stick* a una del *buen vecino* mediante el liderazgo de Roosevelt.

centroamericanos” (42). Algunas de las reformas más significativas hechas durante esta década de la historia guatemalteca fueron: el Código de Trabajo, la libertad sindical, los pactos colectivos de trabajo y el reajuste equitativo de salarios, además de promulgarse una ley de Seguridad Social y hacer un aumento de casi el 50% en los salarios mínimos. También, el gobierno guatemalteco rompió relaciones diplomáticas con la España franquista y con Rafael Trujillo en República Dominicana y las estableció con la Unión Soviética. Sin embargo, la medida de mayor impacto, ya dentro del gobierno de Jacobo Árbenz (1951-1954), fue la Reforma Agraria que contemplaba una redistribución general de la propiedad sobre la tierra y la posibilidad de expropiar zonas que se encontraran ociosas. Fue justamente esta política la que precipitó la caída de Árbenz, por cuanto involucraba directamente a la UFCO. Barahona apunta lo siguiente:

La United Fruit Company era “el mayor terrateniente del país” y tenía el mayor número de tierras ociosas en Guatemala, aproximadamente 175 mil hectáreas, que jamás habían sido cultivadas. Entre febrero de 1953 y marzo de 1954, el gobierno de Árbenz expropió a la United Fruit Company 392,950.43 acres de tierra ociosa en sus posesiones del Atlántico y el Pacífico, compensándola con un millón 185 mil 115.70 quetzales (o dólares) en bonos de la Reforma Agraria. (43)

Lo que vendrá luego de la expropiación a la UFCO en Guatemala es conocido por todos y todas y es una de las páginas más negras del intervencionismo de los Estados Unidos en Latinoamérica. Bajo el auspicio del Departamento de Estado dirigido por John Foster Dulles – accionista de la UFCO– la CIA dirigirá un golpe de estado en contra del gobierno democrático

de Árbenz, usando como marioneta al coronel guatemalteco Carlos Castillo Armas quién se pondrá al frente de una invasión militar desde la frontera hondureña. Por sus esfuerzos en pro de la democracia la Universidad de Columbia en Nueva York le entregó un doctorado *honoris causa* al coronel golpista. De esta forma, Honduras en 1954 se veía inmersa en una tensión entre un estado de las cosas que se había agotado históricamente y una perspectiva de reforma a gran escala que era mostrada por el proceso guatemalteco. En gran medida, la huelga del 54 es la respuesta de las masas a esta tensión histórica. La Gran Huelga del 54 en Honduras fue realmente una explosión de democracia obrera. Para el día 3 de mayo todos los departamentos de trabajo y las fincas bananeras de la Tela Railroad Company –subsidiaria de la UFCO– en la división de El Progreso se encontraban con los “brazos caídos”. Todos los ferrocarriles, así como las comunicaciones terrestres, aéreas y portuarias fueron cortadas y de inmediato puestas bajo control obrero. Se celebraban asambleas diarias y se turnaban los oradores de todo signo para hacer llegar su mensaje a las masas insubordinadas. Se incorporaron al movimiento todas las gentes involucradas en la vida de las plantaciones, hombres, mujeres y niños. Se organizaron grupos de cacería y pesca para abastecer de alimentos a las cocinas de los campamentos donde cientos de voluntarios preparaban la alimentación colectiva. Rápidamente, la huelga se propagaría en un efecto dominó en al menos 16 departamentos del país. Para el 17 de mayo los comités de huelga de las cinco terminales de Tela Railroad Company constituyeron el Comité Central de Huelga (CCH), al tiempo que lo instalaban en la ciudad de El Progreso y era declarado la máxima autoridad del movimiento y el único representante autorizado para negociar con la UFCO. De este CCH surgirá una refundación del Partido Comunista Hondureño: la huelga hace resurgir entonces al comunismo de las cenizas a que había sido reducido durante el *cariato*. La posición de la UFCO frente la huelga fue básicamente la de esperar que el hambre hiciera

desaparecer el movimiento de los trabajadores y se negó de forma reiterada a reconocer cualquier tipo de autoridad al CCH, instancia a la que acusaba de ser un instrumento político en manos de los comunistas. El Gobierno por su parte, a pesar de ejecutar un amplio despliegue de fuerzas militares en la zonas bajo control obrero, se vio incapacitado para reprimir físicamente a los miles de huelguistas, es decir, el Gobierno reconoció que de iniciarse la violencia las posibilidades de sufrir una derrota eran inmensas.

Ya para mediados de mayo la huelga de los proletarios agrícolas de Caribe cobró un carácter nacional en la medida que se le fueron uniendo otros sectores de la industria, como las trabajadoras textiles de San Pedro Sula, mineros e incluso sectores industriales menores como las tabacaleras. La huelga dejó de ser así un movimiento exclusivo de desobediencia contra el capital transnacional y se convirtió en una práctica política de cuestionamiento de toda forma de propiedad. Ahora bien, la magnitud del movimiento contrastaba con la poca centralidad de su organización y fue precisamente esta debilidad la que comenzó a ser aprovechada por el gobierno y las transnacionales para debilitar el proceso. La poca consistencia ideológica y organizativa del CCH, donde coexistían elementos comunistas y otros que no lo eran, permitió cierto nivel de infiltración de los intereses de la UFCO que en determinado momento logró quebrar al CCH original y nombrar otro de mayor vulnerabilidad en sus ideas, con el que la Compañía se sentó a la mesa de negociación auspiciada por el Gobierno. A pesar de que la gran mayoría de las peticiones esbozadas al comienzo de la huelga no fueron aprobadas en la mesa de negociación y de que el poder obrero fue diluido en las instituciones del Estado hondureño, la huelga logró arrancarle a la UFCO la libertad sindical y un aumento generalizado de los salarios. En otras palabras, la clase trabajadora logró su reconocimiento como agente político (¡en 1954!), además de reducir el margen de expropiación económica al que se encontraba sometida. En las

conclusiones de su análisis de la Gran Huelga del 54, Barahona señala que la conquista del derecho de la libertad sindical terminó por enterrar definitivamente el *cariato* e impuso desde abajo un nuevo modelo en las relaciones entre empresarios y asalariados (entre burgueses y proletarios en el clásico vocabulario marxista) que modificó de forma significativa el modelo tradicional de dominación en Honduras. La huelga marca así un antes y un después en la vida política hondureña y es el proceso que abre el país a una nueva situación histórica. Barahona destaca también una importante dimensión cultural como un subproducto de la explosión de democracia obrera que devino un elemento aglutinador por medio del cual este sujeto colectivo proletario afirmaba su identidad, exigía un lugar en el mundo y comenzaba a formalizar su experiencia de emancipación:

La huelga de 1954 tuvo también una dimensión cultural que contribuyó a despertar en el pueblo hondureño potencialidades hasta ese momento insospechadas. La capacidad de organización, el espíritu de solidaridad, la autonomía política y, sin duda, la cultura popular, despertaron y se manifestaron de diversas maneras. La huelga puso a prueba la creatividad de los grupos sociales marginados del país, estimulando la originalidad, la expresividad y el entusiasmo popular. Poetas natos o improvisados, cantores aficionados, compositores, oradores y músicos de diversos estilos y capacidades, llegaban hasta la concentraciones para tributar su simpatía y apoyo a los obreros en huelga. (122)

No hay ninguna duda que las manifestaciones históricas centrales del comunismo centroamericano, durante esta segunda secuencia política descrita, tuvieron como sujeto a la clase trabajadora en posición proletaria, es decir, las masas trabajadoras de las plantaciones

bananeras, tanto en Costa Rica como en Honduras, no se limitaron a ser simples espectadoras del devenir histórico, sino que mediante su práctica concreta reclamaron su lugar en la vida de sus países. Este reclamo tuvo como forma privilegiada de manifestarse la huelga donde se combinaban las reivindicaciones de carácter económico –por sobre todo el aumento de los salarios– con las de carácter político –por sobre todo el derecho a la organización sindical. Queda claro entonces, que toda la legislación laboral en Centroamérica no fue una gratuidad entregada de forma voluntaria por el Estado, sino que fue el resultado de procesos de lucha, casi siempre mediados por la violencia. Tanto la huelga del 34 en Costa Rica, como la huelga del 54 en Honduras, fueron dinámicas que dividieron las aguas en las respectivas historias nacionales. Para el caso costarricense, la huelga implicó el hundimiento definitivo del liberalismo como proyecto nacional, así como el inicio de una confrontación por la hegemonía política que terminaría de forma trágica y violenta con la Guerra Civil del 48; para el caso hondureño, la huelga significó la destrucción del estado de cosas resultante de la dictadura de Carías Andino y la imposición desde abajo de una nueva modalidad en las relaciones de dominación. También, ambas huelgas significaron el surgimiento del comunismo como organismo en ambos países. Los textos literarios presentan a este sujeto proletario en dos formas distintas aunque interrelacionadas, casi como dos momentos de un mismo proceso. En el primero de estos momentos, el sujeto es Calero, un personaje vital, permanentemente disconforme con las estructuras de dominación a las que se encuentra sometido, que abomina su trabajo, pero que sin embargo lo realiza con una fuerza inusitada porque siente que su vitalidad es lo único que lo mantiene con vida. Irónico para con las falsas esperanzas de sus compañeros quienes todavía creen en la posibilidad de ganar estatus social siendo mercancía de la Compañía, lleno de sentido del humor y de deseo sexual insatisfecho, inocente aún en su maldad. En el segundo de estos momentos, el sujeto es Máximo,

donde la vitalidad no es solamente explosión, sino también templanza, paciencia, estrategia. Máximo que es reconocido por sus compañeros como el más valiente, el más lúcido y de momento el único capaz de sostener una verdad hasta las últimas consecuencias. Máximo es la conciencia de la totalidad nacida en medio de la miseria de las plantaciones. A ambos les espera la muerte, pero cada muerte es radicalmente distinta. En Calero, la muerte se despliega como pura tragedia, la naturaleza entierra su inocencia y no queda más que el triste sinsabor de la pura fatalidad. Máximo en cambio parece saber que la muerte es el precio a pagar por la conciencia lúcida, que tarde o temprano su *estar en la verdad* lo llevará a una confrontación necesaria en la que deberá entregar su último vestigio de propiedad –su propia vida– pero que su gesto inaugurará un camino infalible por el que sus hermanos y hermanas encontrarán la ruta de su libertad. La desaparición de Máximo equivale así a la promesa de un futuro en que los proletarios no estarán más escindidos de la naturaleza y el mundo, sino que su trabajo será la ejecución armoniosa de esta relación.

4.0 EL TERCER FANTASMA COMUNISTA: LA GUERRILLA ARMADA Y MESIÁNICA (NICARAGUA Y GUATEMALA)

En *Poemas para salvar a Cristo* de Jorge Cruz (heterónimo de Dalton en *Poemas Clandestinos*) se encuentra “Credo del Che”:

El Che Jesucristo

fue hecho prisionero

después de concluir su sermón en la montaña

(con fondo de tableteo de ametralladoras)

por rangers bolivianos y judíos

comandados por jefes yankees-romanos

Lo condenaron los escribas y fariseos revisionistas

cuyo portavoz fue Caifás Monje

mientras Poncio Barrientos trataba de lavarse las manos

hablando en inglés militar

sobre las espaldas del pueblo que mascaba hojas de coca

sin siquiera tener la alternativa de un Barrabás

(Judas Iscariote fue de los que desertaron de la guerrilla

y enseñaron el camino a los *rangers*)

Después le colocaron a Cristo Guevara

una corona de espinas y una túnica de loco

y le colocaron un rótulo del pescuezo en son de burla

INRI: Instigador Natural de la Rebelión de los Infelices

Luego lo hicieron cargar su cruz encima de su asma

y lo crucificaron con ráfagas de M-2

y le cortaron la cabeza y las manos

y quemaron todo lo demás para que la ceniza

desapareciera con el viento

En vista de lo cual no le ha quedado al Che otro camino

que el de resucitar

y quedarse a la izquierda de los hombres

exigiéndoles que apresuren el paso

por los siglos de los siglos

Amén (*Poesía completa III 575*)

Fue menos de un año el tiempo que Ernesto Guevara pasó en Guatemala durante el trágico 1954, pero durante este breve periodo acontecieron grandes cosas en su vida. Fue testigo de primera mano de como el intervencionismo norteamericano –en defensa de la United Fruit Company– fraguaba y ejecutaba un golpe de estado contra el primer proceso realmente democrático de la historia republicana guatemalteca, conoció allí a su primera esposa y fue

también en Centroamérica donde el Che tuvo contacto por primera vez con exiliados cubanos que habían participado en el asalto al Cuartel Moncada. Hay una frase famosa en la correspondencia del Che, que escribiera poco antes de entrar en Guatemala en 1953:

En el paso tuve la oportunidad de pasar por los dominios de la United Fruit, convenciéndome una vez más de lo terrible que son estos pulpos. He jurado ante una estampa del viejo y llorado camarada Stalin no descansar hasta ver aniquilados estos pulpos capitalistas. En Guatemala me perfeccionaré y lograré lo que me falta para ser un revolucionario auténtico... Tu sobrino, el de la salud de hierro, el estómago vacío y la luciente fe en el porvenir socialista. Chau. Chanco. (Anderson 128-129)

Luego de su salida como exiliado de Guatemala hacia México, donde conocería a los Castro, el resto es historia conocida: Ernesto Guevara se convertiría en el revolucionario más importante del siglo XX en Latinoamérica y sus acciones y su pensamiento cambiarían para siempre la forma de entender la política en la izquierda radical, no solamente en la región, sino a nivel mundial. Es la breve presencia de Guevara en Guatemala la que conecta el segundo capítulo de esta investigación, con el tercero, dedicado a la guerrilla comunista centroamericana. No deja de ser paradójico ese llanto filial de Guevara para con Stalin, por cuanto fueron su práctica y teorizaciones las que en gran medida permitieron superar el lastre que significaba la hegemonía estalinista en la política revolucionaria latinoamericana. Como señala Lowy:

La Revolución Cubana subvirtió claramente la problemática tradicional de la corriente marxista hasta entonces hegemónica en América Latina. Por un lado, demostró que la

lucha armada podía ser una manera eficaz de destruir un poder dictatorial y pro-imperialista y abrir camino hacia el socialismo. Por otro lado, demostró la posibilidad objetiva de una revolución combinando tareas democráticas y socialistas en un proceso revolucionario ininterrumpido. (*El marxismo en América Latina* 47)

Estas demostraciones históricas hechas por la Revolución Cubana no fueron desestimadas en Centroamérica donde la guerrilla fue la forma más importante de organización revolucionaria por al menos tres décadas, el 60, 70 y 80²⁷. Este tercer y último capítulo estará dedicado a estudiar las organizaciones guerrilleras centroamericanas, específicamente el caso del Frente Sandinista para la Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua y el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en Guatemala. En ambos casos, el mecanismo de análisis de estas experiencias será revisar los textos que se produjeron desde el interior de estas organizaciones y procurar articular la especificidad de estas escrituras con la generalidad del proceso histórico en que tuvieron lugar. Ahora bien, ¿cuáles textos en específico? Ya se había señalado previamente que la síntesis de las experiencias revolucionarias centroamericanas del siglo XX tuvo una forma literaria con una variedad de géneros donde destacan la poesía, la novela y el testimonio. Por ser estas formas literarias aquellas a las que la crítica cultural les ha dedicado mayor cantidad de tiempo, en este tercer capítulo quiero recuperar una serie general de textos que podrían ser clasificados de forma global como ensayos políticos y que padecen una suerte de olvido crítico, probablemente en virtud de cierta obsolescencia en el marco de la caída del socialismo real y de

27 No está demás recordar que la organización guerrillera no era para nada una novedad en el Istmo, pues César Augusto Sandino había estructurado de esta forma su ejército y así había derrotado militarmente la ocupación de los Estados Unidos en Nicaragua, a finales de los 20 y principios de los 30. Tampoco está demás recordar que la única otra revolución triunfante del siglo XX en Latinoamérica fue precisamente la nicaragüense en 1979 y que el movimiento que logra la derrota y expulsión de Somoza se organizó de forma guerrillera por largos años. La guerrilla pues tiene largas raíces en la historia Centroamericana.

la posmodernidad capitalista. En todo caso, no debe existir duda de que son textos centrales, si de lo que se trata es de reconstruir el pensamiento que animaba la práctica revolucionaria de estas guerrillas. En concreto, se estudiarán dos compilaciones de ensayos. La primera de ellas, de Carlos Fonseca Amador, fundador del FSLN titulada *Bajo la bandera del sandinismo* (1982), la segunda de Mario Payeras, uno de los fundadores del EGP, que lleva por título *Los fusiles de octubre* (1991). Además de estas compilaciones de ensayos, es necesario incorporar dos textos testimoniales sobre la participación de las mujeres en el conflicto armado que cierra el periodo de actividad comunista en el siglo revolucionario centroamericano. Al respecto de Nicaragua, se revisará el testimonio de Leticia Herrera llamado *Guerrillera, mujer y comandante de la Revolución Sandinista* (2013), y en el caso guatemalteco *Mujeres en la alborada* (1998) de Yolanda Colom. No obstante, antes de entrar propiamente en el análisis de los textos centroamericanos, es importante hacer algunas anotaciones generales sobre la forma cómo se teorizó la organización guerrillera en Latinoamérica. Con esta intención se examinarán algunos aspectos generales de dos libros fundamentales. El primero de ellos el clásico del Che Guevara *La guerra de guerrillas* (1961) y el segundo, el no menos clásico, *Revolución en la revolución* de Régis Debray (1966).

La guerra de guerrillas fue publicado en 1961 y es esencialmente un manual de guerra en el que Guevara intentó sistematizar y ordenar teóricamente las experiencias resultantes de la Revolución Cubana. Guevara considera que las aportaciones fundamentales de este proceso a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América son tres:

- 1) Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.

2) No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede **desarrollar condiciones subjetivas sobre la base de condiciones objetivas dadas.**

3) En la América subdesarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo. (13)

Los primeros dos puntos deben ser interpretados como una crítica al quietismo (pseudo) revolucionario que se sienta a esperar la revolución como un subproducto de la necesidad histórica. Sin embargo, Guevara aclara que el potencial desarrollo que pueda llevar adelante el foco con respecto a las condiciones subjetivas tiene como condición el agotamiento de las posibilidades de la lucha cívica. En otras palabras, un foco guerrillero es la estrategia correcta cuando el poder constituido opera en contra del derecho establecido por sí mismo. El tercer punto es casi una inversión de la idea de sujeto histórico proletario planteada por Marx, por cuanto centra la práctica revolucionaria en los campesinos como sujetos y en la posesión de la tierra como reivindicación fundamental. Sobre esto puntualiza el Che:

Todo esto indica que el guerrillero ejercerá su acción en lugares agrestes y poco poblados, y en estos parajes, la lucha del pueblo por sus reivindicaciones se sitúa preferentemente y, hasta casi exclusivamente, en el plano del cambio de la composición social de la tenencia de la tierra, es decir, el guerrillero es, ante todo un revolucionario agrario. Interpreta los deseos de la gran masa campesina de ser dueña de la tierra, dueña de sus medios de producción, de sus animales, de lo que constituye su vida y constituirá también su cementerio. (17)

Es indudable que esta trasposición de la ciudad al campo está forzosamente influenciada por las experiencias del comunismo asiático, por sobre todo la china y la vietnamita, y que se aleja de las versiones del comunismo más occidentalizado, ya sea del mismo Marx o incluso de la versión de partido proletario de los bolcheviques. Guevara define a la guerrilla como el núcleo armado o la vanguardia combatiente de las masas, por esto la condición indispensable para su existencia es el apoyo de la población residente del lugar donde la guerrilla opera. El guerrillero por su parte queda definido como un reformador social armado que encarna la protesta del pueblo contra un régimen social injusto, así, el guerrillero usa todas sus fuerzas para romper las instituciones que garantizan el *status quo*. La estrategia general de la guerrilla queda definida así: “Muerde y huye, espera, acecha, vuelve a morder y a huir y así sucesivamente, sin dar descanso al enemigo” (20). A pesar de esto, Guevara señala que la guerra de guerrillas es solamente una etapa dentro del proceso general de la guerra revolucionaria y que la victoria final solamente puede ser obtenida en el momento que la guerrilla deja de ser tal para convertirse en un ejército regular. El guerrillero es un general de sí mismo y por lo tanto su muerte es su propia responsabilidad, esto significa no solamente que está dispuesto a morir por un ideal, sino por sobre todo que está dispuesto a convertirlo en una realidad y por esto tiene una voluntad inflexible de conseguir su objetivo final, que no es otro que construir una sociedad nueva. En síntesis, *La guerra de guerrillas* intenta ser una generalización teórica de la experiencia cubana, escrita en discusión con el quietismo de los PCs latinoamericanos que esperaban de forma indefinida la maduración de las condiciones para una revolución, que define como sujeto revolucionario a los campesinos en procura de la tierra y donde el guerrillero encarna la conciencia más lúcida de esta lucha.

De forma similar al texto de Guevara, *Revolución en la revolución* de Régis Debray es un ensayo de 1966 que intenta ser una sistematización teórica de la experiencia cubana. Una de las primeras ideas presentadas por Debray es que la Revolución Cubana generó una nueva concepción de la guerra de guerrillas y que si bien es cierto se ha comprendido la dimensión estratégica del proceso –que la revolución socialista es la violencia organizada contra el ejército del Estado burgués– no se ha comprendido la dimensión táctica, por cuanto ha sido interpretada con categorías del pasado. Es decir, Debray considera que la guerra de guerrillas americana, ilustrada por la Revolución Cubana, no ha sido descrita correctamente y que los aspectos nuevos y específicos de la misma han quedado sepultados por el peso conceptual del pasado. A esto se refiere con la idea de liberar el presente del pasado. Es muy claro desde el inicio del texto que las tareas políticas quedan supeditadas a las tareas militares, para Debray, una línea política no es revolucionaria en tanto no logre expresarse a sí misma de forma coherente y precisa en el plano militar, por cuanto la pregunta esencial por responder es la siguiente: “¿cómo derribar el poder del Estado capitalista? Es decir, ¿cómo romper su esqueleto, el ejército, reforzado de día en día por las misiones militares norteamericanas?” (20). Según Debray, la Revolución Cubana respondió ya a esta pregunta: “. . . mediante la construcción más o menos lenta, a través de la guerra de guerrillas librada en las zonas rurales más propicias, de una *fuerza móvil estratégica*, núcleo del Ejército Popular y del futuro Estado Socialista” (20). Lo que queda planteado entonces es que el proceso cubano del 59 develó una nueva teoría de la revolución socialista – nueva con relación a la bolchevique de poder obrero– asentada fundamentalmente en aspectos militares, donde la primera tarea es la constitución de una fuerza militar móvil, que no es solamente el germen de un futuro ejército revolucionario, sino que es también el origen del

futuro Estado socialista. Por deducción entonces, el sujeto guerrillero es quien encarna la verdad histórica que será desplegada en la sociedad futura.

Debray piensa que el aporte de Cuba a Latinoamérica y el mundo en términos de política revolucionaria puede ser sintetizado en tres conclusiones esenciales. La primera de ellas: “Lo decisivo para el futuro es la apertura de focos militares y no de focos políticos” (103). Con esto lo que se propone es una nueva dialéctica de las tareas revolucionarias, donde el primer paso es la fundación de un foco armado que a través de su práctica va abriendo el espacio a una organización política. La versión anterior de las cosas implicaba primero la creación de una organización política que luego avanzaría hacia las tareas propiamente militares relativas a la toma del poder. Se invierte así, uno de los núcleos centrales del marxismo, por cuanto la violencia armada deja de ser un aspecto táctico para elevarse a la categoría de estrategia central de la lucha revolucionaria. Señala Debray: “En la mayor parte de los países en que se dan las condiciones de la lucha armada, comenzando por el foco militar es posible llegar al foco político, pero comenzando por el foco político es casi imposible llegar al foco militar” (103). La segunda: “Sin lucha armada no hay vanguardia definida. Donde quiera que no haya lucha armada, existiendo condiciones para ello, es que aún no existe vanguardia política” (108). Esta conclusión está directamente relacionada con el tema de las relaciones políticas entre La Habana y las organizaciones de izquierda del continente. La idea es que la Revolución Cubana apoyará decididamente a aquellas organizaciones que ocupan el puesto de vanguardia en la lucha revolucionaria de forma independiente a su origen o programa. Como queda claro por lo anteriormente expuesto, ser la vanguardia de la lucha revolucionaria significa ser una organización armada que enfrenta por medio de la violencia al Estado. Y la última de ellas: “No escapa a nadie que hoy, en la América Latina, la lucha contra el imperialismo es decisiva. Si es

decisiva, todo lo demás es secundario” (109). Para Debray, después de la Revolución Cubana la caracterización de cualquier organización política de izquierda solamente se puede hacer en referencia al imperialismo, por lo que la disyuntiva entre revolucionarios y reformistas quedaría en desuso. Así, el adjetivo de revolucionario solamente puede ser usado por aquéllos que mediante sus acciones concretas conspiran contra la intervención de los Estados Unidos en la región: “Una emboscada lograda, un torturador abatido, un lote de armas recuperado son las mejores respuestas a las veleidades reformistas que pueden surgir en tal o cual país de América” (109). Es claro así que la Revolución Cubana fue mucho más que un proceso de lucha por la liberación y la independencia nacional –aplazada al menos desde comienzos del XIX– en la medida que tuvo repercusiones internacionales inmensas, y que al respecto de Latinoamérica significó un nuevo balance en las fuerzas políticas, puesto que abrió un polo de referencia y de apoyo político-militar para las organizaciones revolucionarias que decidieran comenzar la lucha armada contra la intervención norteamericana en la región. Sin embargo, estos aspectos generales no deben invisibilizar el hecho concreto de que el proceso cubano desarrolló una nueva teoría de la revolución socialista, renovando así la perspectiva de la lucha comunista que se encontraba empantanada por la ortodoxia estéril del estalinismo. Una teoría de la revolución que enfatizaba por sobre todo la praxis como elemento esencial de la militancia política y que elevaba la violencia organizada de una tarea táctica a una estratégica. Finalmente, una teoría de la revolución que cambiaba el foco del sujeto desde el proletario organizado de la ciudad hacia el guerrillero –ambiguo en su definición de clase– en alianza con los sectores campesinos.

4.1 ÉPICA DE UNA VICTORIA REVOLUCIONARIA

No es posible comenzar a narrar la historia de la Revolución Sandinista sin al menos hacer una breve referencia a su inspiración mítica: el General de Hombres Libres, Augusto César Sandino. Ya se ha mencionado en otra parte, que esta investigación no intenta reconstruir la Historia (con mayúscula) del comunismo centroamericano, sino más bien su historia (con minúscula). Esta diferencia conceptual puede ser clarificada aún más recurriendo a otro idioma, como el inglés, en donde existen dos palabras distintas para nombrar ambos conceptos: *history* y *story*. Con estas definiciones en mente, habría entonces que señalar que la *history* del proceso nicaragüense a pesar de su enorme interés, puede parecer incluso pobre frente a su *story*, puesto que la Revolución Sandinista fue el acontecimiento revolucionario más y mejor narrado del siglo XX centroamericano. Es decir, fue como si a cada acción revolucionaria se le agregara siempre una palabra (literaria) revolucionaria y con cada una de éstas se fuese construyendo una épica, que inicia justamente en las montañas de Las Segovias a finales de los 30. En toda épica hay un poeta o varios, pero para presentar la figura de Sandino es necesario ir a Hora Cero (1957) de Ernesto Cardenal:

Había un nicaragüense en el extranjero
un “nica” de Niquinohomo,
trabajando en el Huasteca Petroleum Co., de Tampico
y tenía economizados cinco mil dólares.
Y no era ni militar ni político
y cogió tres mil dólares de los cinco mil

y se fue a Nicaragua a la revolución de Moncada.

Pero cuando llegó, Moncada estaba entregando las armas.

Pasó tres días, triste, en el Cerro del Común.

Triste, sin saber qué hacer.

Y no era político ni militar.

Pensó, y pensó, y se dijo por fin:

Alguien tiene que ser.

Y entonces escribió su primer manifiesto. (24)

Acaso no haya una forma totalmente certera de saber cuál es este primer manifiesto al que hace referencia Cardenal, sin embargo, es posible seguir el rastro en la compilación de textos de Sandino editada por Ayacucho en 1988 que lleva por título *Pensamiento Político*. En esta recopilación de escritos del General el primer manifiesto recogido data del 1 de julio de 1927 y se titula “Mi espada defenderá el decoro nacional y dará redención a los oprimidos”. Sandino dirige su manifiesto a los nicaragüenses, a los centroamericanos y a la raza indo-hispana e inmediatamente después se autodefine, dice sentir orgullo de tener sangre india y de venir del seno de los oprimidos. A la vez se autoreconoce el derecho de ser libre y de buscar la justicia “aunque para alcanzarla sea necesario constituir la a base de sangre” (42). Posteriormente, inicia una breve narración donde da cuenta de los sucesos históricos que justifican su alzamiento armado. La situación actual, en donde el gobierno es una marioneta de los intereses norteamericanos, es culpa del ala conservadora de la política nicaragüense, que con la intención de derrotar a sus enemigos liberales, pactó con los intereses norteamericanos violentando la soberanía nacional. La respuesta a la traición conservadora fue dirigida en primera instancia por

un movimiento armado de los liberales –en el que Sandino participó– dirigidos por el general Moncada, pero éste prefirió negociar con los marines que seguir la lucha hasta la expulsión del ejército invasor. Acá es cuando Sandino escribe el manifiesto, rompe con Moncada y decide seguir la lucha contra la ocupación:

El Gral. Moncada telegrafía a los americanos:

TODOS MIS HOMBRES ACEPTAN LA RENDICION

MENOS UNO.

Mr. Stimpson le pone un ultimátum.

“El pueblo no agradece nada...”

le manda a decir a Moncada.

Él reúne a sus hombres en el Chipote:

29 hombres (y con él 30) contra E.E.U.U.

MENOS UNO

(“Uno de Niquinohomo...”)

–¡Y con él 30!

“El que se mete a redentor muere crucificado”

le manda otra vez a decir Moncada.

Porque Moncada y Sandino eran vecinos;

Moncada de Masatepe y Sandino de Niquinohomo.

Y Sandino le contesta a Moncada:

“La muerte no tiene la menor importancia”.

Y a Stimpson: “Confío en el valor de mis hombres...”

Y a Stimpson, después de la primera derrota:

“El que cree que estamos vencidos
no conoce a mis hombres”.

Y no era militar ni político. (24)

Lo que sigue después de la ruptura con el liberalismo y de la escritura del manifiesto es historia conocida, los 30 hombres originales, que deciden en las montañas de Las Segovias iniciar una lucha de liberación nacional en contra del ejército más poderoso del mundo, se multiplican hasta formar un ejército guerrillero que logra derrotar militarmente la invasión norteamericana. Como parte de la negociación de fin del conflicto, Sandino se compromete a entregar las armas en el momento en que el último soldado norteamericano haya abandonado Nicaragua, sin embargo, toda la lucidez histórica de Sandino parece no haber sido suficiente para percatarse de lo que iba a suceder. La retirada física de los marines no significaba en sí misma que la influencia militar norteamericana desaparecería de la vida política nicaragüense, al contrario, el abandono de las operaciones militares en el terreno estaba precedido por el entrenamiento y abastecimiento de una fuerza represiva favorable a sus intereses que pasaría a la historia con el nombre de Guardia Nacional y cuyo primer Jefe Director sería Anastasio Somoza García. Una vez en control de las armas del nuevo Estado, no tardaría Somoza García en dar un golpe de estado en contra del presidente liberal Juan Bautista Sacasa y de organizar un complot para asesinar a Sandino. El 21 de febrero de 1934, el General de Hombres Libres es asesinado de forma cobarde por sicarios de Somoza. Un par de años más tarde, Somoza admitiría que la orden de ejecución provino directamente del embajador estadounidense. Con el asesinato de Sandino, Somoza limpiaba el terreno para inaugurar una dinastía dictatorial en Nicaragua que no

terminaría sino hasta la Revolución Sandinista de 1979. Con su muerte, Sandino se convierte en una figura mítica de la lucha y en un desafío al imperialismo norteamericano en plena expansión:

Venid gleba de morfinómanos, venid a asesinaros a nuestra propia tierra, que yo os espero a pie firme al frente de mis patriotas soldados, sin importarme el número de vosotros; pero tened presente que cuando esto suceda, con la destrucción de vuestra grandeza trepidará el Capitolio de Washington, enrojeciendo con nuestra sangre la esfera blanca que corona vuestra famosa *White House*, antro donde maquináis vuestros crímenes. (44)

A diferencia del resto de Centroamérica, donde las dictaduras militares de las primeras décadas del siglo XX se extinguirían hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, en Nicaragua, el régimen de Somoza García se mantuvo intacto hasta su asesinato en 1956 en manos del poeta Rigoberto López Pérez. Este *tiranicidio* muestra en gran medida la relación entre política y literatura en los acontecimientos vinculados a la Revolución Sandinista: la poesía muestra así su cara más letal. Antes de disparar en 4 oportunidades al dictador y antes de recibir más de 50 disparos de parte de sus guardaespaldas, López Pérez dejó escrito un poema que sintetiza el espíritu que pocos años después será recogido por Fonseca Amador en la fundación del FSLN en 1961. El título del texto es “Confesión de un soldado”:

Una bala me ha alcanzado
he caído al suelo con una oración,
estoy solo y abandonado

en el suelo hago esta confesión.

Es Nicaragua mi patria querida
es Nicaragua mi gran nación
es por ella que sangra mi herida,
que sangra la herida de mi corazón.

Por ti seguiría peleando
defendiéndola de ciudad en ciudad
hasta ver en tu cielo brillando,
brillando el sol de la libertad.

Las fuerzas me fallan, me siento morir.

Adiós oh patria mía,
bajo tu seno yo quiero sentir
que tu sol caliente mi tumba fría.

Ya que Dios ha dispuesto
que hasta aquí te haya servido,
otro hombre ocupará mi puesto
hasta dejar al enemigo vencido. (*Poesía latinoamericana*)

Es cierto que en estos tiempos de *indiferencia posmoderna* este tipo de gestos son la mayoría de las veces interpretados como una suerte de ingenuidad idealista; sin embargo, en el momento histórico en que el poeta armado López Pérez se autoinmola, su acción fue interpretada en su justo dramatismo y fue un ejemplo excepcional a seguir por las jóvenes generaciones de militantes, que ya bajo la influencia cubana, reorganizaron la resistencia contra la dictadura que continuaría aún por largos años, aunque ahora bajo el nuevo mandato de Anastasio Somoza Debayle. El mismo Fonseca Amador tiene un análisis político literario de este poema-testamento de López Pérez.

La importancia de Carlos Fonseca Amador como principal figura dirigente de la Revolución Sandinista y del FSLN es puntualizada por Matilde Zimmermann en su texto *Sandinista*, una de las más actualizadas y sistemáticas biografías críticas del líder nicaragüense:

For nearly twenty years, Fonseca had been the central ideological and strategic leader of the revolutionary movement in Nicaragua. The writings that defined the political ideology of the Frente Sandinista –programmatic documents, historical and social analyses, key speeches and manifestos– were almost without exception his work. Until his death, Carlos Fonseca also played a crucial role, even from prison or exile, in organizing the day-to-day work of the FSLN, recruiting to its ranks, expanding its political influence, and planning its military operations. (3)

Son precisamente esos escritos de Fonseca Amador los que me interesa recuperar como una de las expresiones más claras del pensamiento político desarrollado al interior de la

Revolución Sandinista antes de su victoria en 1979²⁸. Por lo que, es necesario revisar al menos tres de los ensayos de Fonseca Amador.

El primero lleva por título “La lucha por la transformación de Nicaragua” de 1960 y corresponde a los inicios de la actividad política sandinista; es además, una reproducción de una copia mecanografiada encontrada en los archivos de la Oficina de Seguridad Nacional (OSN) del régimen de Somoza. Como introducción, Fonseca Amador equipara la lucha contra la dictadura somocista a la transformación del sistema político y económico. Tal como señalara Lowy, los movimientos guerrilleros posteriores a la Revolución Cubana superaron el lastre estalinista de la idea de revolución por etapas al combinar las tareas democráticas con las socialistas. Para el caso concreto de Nicaragua, esto significaba que la destrucción de las instituciones de la dictadura debía implicar de suyo una nueva comprensión de las relaciones sociales de propiedad. A continuación, se hace una caracterización general de la estructura económica y política de Nicaragua, a la que se describe como una sociedad semicolonial y feudal. La semicolonialidad se debe a que la economía nicaragüense se articula en un circuito de acumulación de capital cuyo centro está en Washington. Una de las consecuencias centrales de esta dinámica es el monocultivo, debido a que la producción se destina a satisfacer las demandas de este mercado externo y no de las necesidades nacionales, por lo que, Nicaragua es obligada a importar de forma manufacturada los productos que consume. El rasgo feudal en Nicaragua se explica al tomar en cuenta que las mejores tierras del país están en manos de una oligarquía latifundista dirigida –como en una lógica de *primus inter pares*– por la familia Somoza, de modo que esta familia no solamente constituye una burocracia que administra el Estado, sino que es además la

28 Son quizás también esos textos el lugar desde el cual es posible pensar críticamente el devenir del FSLN, desde un ejército guerrillero de liberación nacional, a una organización política burocrática de centro izquierda que administra según intereses particulares el Estado nicaragüense contemporáneo.

mayor propietaria agraria del país. No hay forma de garantizar este orden de cosas sino a través de la violencia organizada como Guardia Nacional, un ejército creado durante la invasión norteamericana, donde son premiados como virtudes el servilismo y la criminalidad. En todo caso, el ejército representa a una minoría y por esto debe ser desplazado por la mayoría mediante una revolución que: “invierta y vuelva al revés todos los órdenes de la vida en Nicaragua” (6).

Para Fonseca Amador, uno de los problemas políticos de la Nicaragua de los 60 es que la oposición está dirigida por el Partido Conservador, una organización política que no tendría ninguna duda en apoyar la dictadura, si la caída de ésta significa una revolución social que liquide la explotación del pueblo. Esto significa que a pesar de las diferencias entre la dictadura *liberal* y los conservadores en lo que respecta a la administración del Estado, ambas facciones de las clases propietarias están interesadas en que las clases subalternas no logren su autodeterminación política. Se defiende así la idea de crear una fuerza política independiente capaz de arrebatar la oposición a los conservadores: “Existen en Nicaragua ciertos elementos históricos para desplazar a las derechas entreguistas de la hegemonía sobre la oposición y que las substituyan las fuerzas políticas que expresan los sentimientos y los anhelos de las masas populares oprimidas” (7). Por definición entonces, Carlos Fonseca siente que sus ideas políticas expresan las necesidades de los sectores explotados y oprimidos. El camino para desplazar a los conservadores es mediante golpes a la dictadura, golpes que no pueden ser de otra naturaleza que la violencia armada, puesto que la dictadura somocista no es para Fonseca un régimen de ley, sino uno de fuerza: “Es absurdo por consiguiente que el pueblo levante la ley contra la fuerza, el código contra la bayoneta” (7). Los golpes a la dictadura a través de la violencia armada provocarán la admiración y la simpatía del pueblo. El texto reconoce que esta conclusión es ahora nítida debido a la victoria del proceso cubano y que la lucha contra la actual dictadura no

es sino una continuación de la lucha librada por Sandino y su Ejército Defensor de la Soberanía Nacional (EDSN) contra los invasores yanquis. De esta forma, Fonseca Amador va estructurando una narrativa que vincula la necesidad de la actual lucha contra la dictadura de Somoza hijo, con los hechos de décadas atrás cuando Sandino luchaba en las montañas contra la ocupación norteamericana y va creando un horizonte de sentido histórico capaz de orientar las acciones políticas concretas del presente. Esta dinámica ha sido constatada múltiples veces por distintos investigadores, tal el caso de Beverley y Zimmerman: “What was needed Fonseca felt was not only a new kind of vanguard party but also a new ideology of armed national liberation struggle specific to Nicaragua’s cultural and political experience” (32). Es decir, Fonseca va tejiendo una narrativa histórica capaz de sustentar un conflicto armado en contra de la dictadura.

De igual manera que Guevara, Carlos Fonseca estima que la base popular de un ejército revolucionario en Nicaragua deben ser los campesinos, por tanto, el carácter de la guerra es uno esencialmente agrario que restituya a los pequeños y medianos propietarios rurales la tierra previamente usurpada por los terratenientes. Es la confianza de estos sectores campesinos la que debe ser ganada por los guerrilleros a través de pruebas constantes de honradez y sinceridad. El ejército defensor del pueblo, ocupa la posición de vanguardia, sin embargo, requiere de la ayuda de otras formas de lucha como la actividad clandestina, mediante la que se deben organizar mítines relámpagos, pinta de paredes, volante subversiva y otros. La huelga general de brazos caídos se vislumbra como mayor expresión de apoyo del pueblo en el momento en que el ejército guerrillero tenga la capacidad suficiente de proporcionar golpes decisivos a la Guardia Nacional de la dictadura. Las puertas legales, de existir alguna, deben ser aprovechadas para generar la mayor cantidad posible de denuncias contra el régimen y procurar así ganar simpatías entre las gentes. Según Fonseca Amador, la necesidad de vincular lucha popular con acciones armadas

guerrilleras es fundamental para evitar el aislamiento, como le aconteciera a las fuerzas de Sandino:

Ocurrió que, dado el momento histórico que vivía tanto Nicaragua como el resto de América Latina, los diversos sectores del pueblo carecían de la madurez suficiente para comprender la responsabilidad que les cabía en la lucha antiimperialista y la pelea se centró en las montañas, dando maravilloso resultado la táctica guerrillera. Y aunque los sandinistas dieron un magnífico ejemplo de patriotismo y sentaron un brillante precedente, no lograron tomar el poder. (10)

Es claro entonces que la filiación de Carlos Fonseca con el sandinismo de principios de siglo no significa que asuma todo su legado de forma acrítica, el nuevo sandinismo debe ser por tanto una superación del anterior. Otros dos aspectos de importancia que se cubren en este ensayo del 60 son el terrorismo y la moralidad revolucionaria. Respecto al primero, Fonseca señala que los actos terroristas aislados no podrán ser nunca considerados como la base de la lucha contra la dictadura, puesto que la zozobra de las bombas no derrocará al régimen. Asimismo, apunta que el terror como sistema solamente es empleado por las fuerzas reaccionarias, lo que significa entonces, que las fuerzas guerrilleras pueden realizar actos de terrorismo siempre y cuando estos mismos sirvan para impulsar y garantizar una acción armada específica. En otras palabras, el terrorismo es lícito como táctica, pero es necesario cuidarse de alzarlo como una estrategia permanente: “En una palabra, las bombas y el sabotaje deben emplearse cuando sea indispensable en la obtención de una victoria armada” (12). Con relación a la moral revolucionaria, el ejército sandinista debe distinguirse de la Guardia Nacional de la

dictadura. A diferencia de los soldados somocistas, los guerrilleros no se proponen el exterminio físico de todos los hombres de la Guardia y solamente disparan durante el combate. De la misma forma, la guerrilla respeta la vida de los soldados somocistas con excepción de aquellos que consideran culpables de crímenes, quienes serán ajusticiados. También, el guerrillero debe respetar los bienes de los prisioneros sin saqueo ni robo. Esta serie de lineamientos morales dirigidos a los guerrilleros parecen tener la función de que su comportamiento se vuelva un modelo crítico para los soldados que defienden el régimen de Somoza –la mayoría hombres desorientados, según Fonseca Amador– y así erosionar la cohesión ideológica interna de la Guardia Nacional.

El último elemento que me interesa recuperar de este primer ensayo atañe a la forma en cómo Carlos Fonseca piensa una plataforma política desde la cual disputar el poder a la dictadura. La formulación es esencialmente la de un Frente Amplio policlasista y poli-ideológico donde puedan confluir todos los sectores interesados en desplazar a Somoza del poder. Esta apertura a cualquier corriente política es pensada como un antídoto frente a cualquier tipo de sectarismo ideológico: “Hay que estar claro de que no se precisa sustentar determinada ideología, filosofía o creencia para ser partidario de la transformación radical del sistema económico y político que impera en Nicaragua. La transformación de Nicaragua no es cuestión de ideología sino cuestión de amar a nuestro pueblo y ansiar fervorosamente su mejoramiento” (15).

En este temprano ensayo, Fonseca Amador formula su pensamiento sobre la práctica revolucionaria sandinista en su lucha contra la dictadura, donde es posible observar la profunda influencia en su pensamiento de los sucesos cubanos del 59. Sin embargo, la filiación no se convierte en calco, ni del pensamiento guevarista ni del marxismo en general, al contrario,

Carlos Fonseca aplica creativamente las nociones revolucionarias de su época a las circunstancias históricas específicas de la Nicaragua somocista.

El segundo ensayo, “Síntesis de algunos problemas actuales”, es ya un texto tardío de 1975, escrito apenas un año antes de la muerte de Fonseca Amador en combate en la zona selvática de Waslala en el Atlántico Norte de Nicaragua. Sin embargo, antes de entrar en las observaciones propiamente textuales, es necesario dar cuenta, aunque sea de forma panorámica, del devenir de los sucesos históricos de la Revolución Sandinista en este periodo de 15 años existente entre la escritura de ambos ensayos.

Tomo como fuente ahora otro documento: la crónica política de Claribel Alegría y D.J. Flakoll titulada *Nicaragua: la revolución sandinista* (1982). La fundación del FSLN ocurre en Tegucigalpa a mediados de 1961 a partir de una confluencia de diversos sectores radicalizados provenientes del movimiento estudiantil, del activismo en el exilio, de gérmenes guerrilleros fallidos e incluso de algunos participantes en las acciones del ejército de Sandino. Ya para 1963 inician las primeras penetraciones de grupos guerrilleros en territorio nicaragüense desde la frontera hondureña, así como se organizan las primeras células de guerrilla urbana en Managua y León. Para 1966 y luego de un nuevo exilio, durante el cual permanece en Guatemala y México, Fonseca Amador regresa a Nicaragua, cuando se estrecha la colaboración militar del gobierno de los Estados Unidos con la Guardia Nacional, en el marco de un operativo anticomunista en la región. Pasarán apenas unos meses para que Anastasio Somoza Debayle logre la presidencia en 1967 mediante un proceso fraudulento marcado por una dura represión política. Es en 1967 que el FSLN sufre una de sus derrotas militares más importantes durante la operación Pancasán, una táctica militar que consistía en la implantación de una base guerrillera en la cordillera Dariense, aproximadamente cincuenta kilómetros al este de Matagalpa. Para llevar adelante esta operación,

el FSLN había destacado a algunos de sus más experimentados cuadros políticos, algunos de ellos miembros fundadores de la organización. No obstante, algunos errores logísticos alertaron a la Guardia Nacional que inició tareas de exterminio con numerosas patrullas armadas con fusiles de calibre pesado y colaboración aérea. Durante el intercambio de fuego pierde la vida Silvio Mayorga, uno de los miembros fundadores, mientras que Carlos Fonseca Amador logra replegarse a duras penas con una columna de la que sobrevivirían la mitad de sus miembros. La derrota en Pancasán provocó que el FSLN tuviera que asumir durante meses una disposición defensiva, que comienza a modificarse con la magnitud simbólica de las muertes de Julio Buitrago y Leonel Rugama.

Buitrago era miembro de la Dirección Nacional del FSLN y fue asesinado en 1969, cuando un operativo de la Guardia Nacional en Managua detectó una casa de seguridad a la que fueron enviados alrededor de 300 hombres, además de tanques y un helicóptero artillado. Después de evacuar la casa, donde se encontraba en compañía de varios otros miembros de la resistencia e incluso de niños, Buitrago inició una batalla solitaria contra el ejército somocista armado de una ametralladora israelí de calibre 9 milímetros. La lucha duró aproximadamente 3 horas y fue transmitida en vivo por un canal de televisión pública. El caso de Rugama es similar. Poeta, militante sandinista y asalta bancos revolucionario, es hallado por la Guardia Nacional en 1970 luego de un asalto bancario en Managua. Cuenta la historia, que al momento de llegar el ejército a la casa de seguridad donde está Rugama con otros tres militantes, uno de los militares les exige la rendición, a lo que el poeta responde: “Que se rinda tu madre” (Ramírez, *Adiós muchachos* 52) y comienza a disparar ráfagas de ametralladora. Nuevamente, son desplegados cientos de efectivos de la Guardia Nacional, junto a tanques y helicópteros y se inicia una batalla que tarda alrededor de dos horas. El resultado es la casa de seguridad destruida y los militantes

sandinistas muertos, incluido claro está Rugama. Como señalase anteriormente, muchos de los episodios simbólicos de la lucha sandinista fueron registrados de forma literaria, justamente este es el caso de la muerte de Buitrago a la que Rugama, apenas unos meses antes de su propia muerte en circunstancias similares, le dedica un poema elegíaco:

Nunca contestó nadie
porque los héroes no dijeron
que morían por la patria
sino que murieron
en julio nació Julio
seis más nueve quince
de seis y nueve sesenta y nueve
nació matando al hambre (aunque sea antipoético)
nació peleando solo
contra trescientos
es el único que nació en el mundo
superando a Leónidas
a Leónidas el de las Termópilas.

*“VIAJERO VE Y DI A ESPARTA QUE MORIMOS
POR CUMPLIR SUS SAGRADAS LEYES”*

ESO ESTA EN LA CASA

DONDE NACIO JULIO

lo único que está en español
pues sí
nació sin camisa
y cantando mientras disparaba su M-3
nació cuando trataban de matarlo
con guardias
con tanques
con aviones
nació cuando no pudieron matarlo
y esto cuéntenselo a todo el mundo
y esto cuéntenselo a todo el mundo
platíquenlo duro
platíquenlo duro siempre
duro siempre
con la tranca en la mano
con el machete en la mano
con la escopeta en la mano.
¡Ya platicamos!

AHORA VAMOS A VIVIR COMO LOS SANTOS. (*Poemas* 19)

También antes de su muerte, Rugama logró escribir un poema con su propio epitafio:

Leonel Rugama
gozó de la tierra prometida
en el mes más crudo de la siembra
sin más alternativa que la lucha,
muy cerca de la muerte,
pero no del final. (“Poemas” 146)

Sobre la importancia político-simbólica de las acciones de Buitrago y Rugama, Alegría y Flakoll apuntan:

Pese al reducido número de sus miembros y pese a las bajas que sufrieron sus filas después del movimiento guerrillero en Pancasán, fueron episodios como éste, de heroísmo disciplinado y desafío audaz, los que poco a poco, a través de los años, forjaron en la mente pública la imagen del FSLN como la de una fuerza tenaz, determinada a ponerle fin a la tiranía. (198)

Para 1970, es posible afirmar que el FSLN ha llegado a su mayoría de edad política, lo que significa que ha logrado desarrollar un programa coherente, adaptado a la situación histórica específica de la Nicaragua somocista, y que tiene una estructura política claramente definida. Es en este momento que comienza una acumulación de fuerzas que se mantendrá en crecimiento hasta el golpe final. Gran parte de este crecimiento estuvo en función de crear redes

organizativas intermedias, que sin necesidad de responder directamente a la dirección sandinista, fueron espacios más o menos independientes en los que la política sandinista podía circular y ampliar sus niveles de influencia. A su vez, muchos de estos espacios se convirtieron en los canales de comunicación entre la dirección sandinista –clandestina, presa o en el exilio– con las masas nicaragüenses. Justamente, y esto fue un aspecto innovador dentro del proceso nicaragüense, algunos de los espacios más significativos tenían forma de comunidades eclesiales de base influenciadas por la teología de la liberación.

Una de las operaciones esenciales de los sandinistas dentro de este periodo de acumulación de fuerzas, que en cierta medida revierte la situación defensiva anterior y vuelve a situar a la organización en términos ofensivos, tuvo lugar el día 27 de diciembre de 1974. Ese día un comando guerrillero interrumpe una fiesta que se realizaba en uno de los barrios más elitistas de Managua, donde se encontraba congregada toda una larga serie de personalidades internacionales y nacionales vinculadas al régimen de Somoza, incluyendo al embajador de los Estados Unidos en Nicaragua y al embajador de Nicaragua en Estados Unidos. Esta operación de secuestro y rescate es representada en la escena final de la primera novela de Gioconda Belli. *La mujer habitada* (1988) es la historia de Lavinia, una arquitecta formada en el extranjero y perteneciente a los sectores enriquecidos de Nicaragua, que por distintas circunstancias, algunas de naturaleza objetiva y otras subjetivas, termina vinculada a la guerrilla urbana sandinista y participa de la acción del 27 de diciembre. Su selección como participante se explica en tanto fue la profesional que diseñó los planos de la casa que sería el escenario de los acontecimientos. En determinado momento durante el transcurso del secuestro, una vez que el comando ha logrado penetrar en la casa y la situación es ya más o menos segura, Lavinia descubre que el anfitrión se encuentra escondido y armado en un recinto secreto que ella misma había incorporado como

parte de la propiedad, consciente de que solamente ella puede solucionar el problema y neutralizar el potencial peligro, enfrenta al personaje, lo logra liquidar y asegurar la operación, pero a costa de su propia vida. Lavinia se convierte así en una mártir más, esta vez mujer, de la Revolución Sandinista:

Lavinia sintió en el tumulto de sus venas, la fuerza de todas las rebeliones, la raíz, la tierra violenta de aquel país arisco e indomable, apretándole las entrañas, dominando sobre la visión del muchacho, la visión de sí misma proyectada en aquellos ojos adolescentes, en el amor y el odio, en el bíblico "no matarás". Supo entonces que debía cerrar el último trazo de todos los círculos, romper el vestigio final de las contradicciones, tomar partido de una vez y para siempre. Se desplazó veloz. Se situó frente a frente al hombre fornido, que la apuntaba y apretó sus dedos –agarrotados y duros– sobre el gatillo. (395-396)

En la *vida real* la operación del 27 de diciembre de 1974 fue un éxito que obligó a Somoza a cumplir con todas las demandas sandinistas, que comprendían la difusión por radio nacional de dos comunicados de denuncia, la liberación de 13 presos políticos incluyendo al actual presidente de Nicaragua Daniel Ortega, un millón de dólares en efectivo y un salvoconducto para que el comando pudiera abandonar Nicaragua en dirección a La Habana.

Terminada esta digresión histórico-literaria sobre los eventos y dinámicas más destacadas que trascurren en el periodo de tiempo que separa los dos primeros ensayos de Fonseca Amador que acá se estudian, es necesario ahora regresar al segundo de ellos, fechado el 3 de noviembre de 1975: “Síntesis de algunos problemas actuales”. Fonseca Amador comprende este ensayo

como un intento de organizar sintéticamente algunos de los aspectos más destacados de la práctica sandinista actual. El primero es la constatación de la superioridad moral del FSLN frente a la dictadura somocista. Según el líder sandinista, en toda sociedad dividida en clases sociales, la verdad moral está siempre del lado de los explotados en su lucha contra los explotadores, esto significa que la causa que tiene necesidad de defender la dictadura es infinitamente más débil que la causa defendida por la guerrilla. En términos concretos, esto se corrobora en el hecho de que 40 años de sostenida represión ha sido incapaz de frenar el ascenso del movimiento popular. Es esta superioridad moral la que explica, por ejemplo, las acciones del 27 de diciembre, cuando un grupo de doce militantes pobremente armados logra reducir a la impotencia a una fuerza económica y militar enorme que cuenta con miles de soldados, cañones, tanques, aviones y otros recursos bélicos. Incluso, en determinados momentos, la superioridad moral del sandinismo ha sido reconocida por medios de comunicación en manos de las clases hegemónicas de países que se han mantenido al tanto del desarrollo de los sucesos nicaragüenses, tal sería el caso del New York Times en los Estados Unidos y La Nación en Costa Rica.

Hay toda una sección del ensayo dedicada a precisar la ubicación ideológica del sandinismo y para hacerlo, Carlos Fonseca delimita los polos derechos e izquierdos del movimiento. A la derecha del sandinismo está la penetración antipopular, es decir, la posibilidad de que sectores no pertenecientes a las clases subalternas ingresen dentro de las filas del grupo y que esto implique una suerte de infiltración ideológica. Básicamente, se hace referencia a los sectores de origen burgués que se oponen de la dictadura y que se consideran a sí mismos *sandinistas democráticos*, o sea, no marxistas. El antídoto contra la penetración antipopular es seguir nutriendo las filas sandinistas con militantes provenientes del pueblo explotado. A la izquierda del sandinismo está el radicalismo: “Por su lado el radicalismo, que es estéril como

método, se inclina sólo por lo máximo, renunciando a la actividad intermedia, que muchas veces es ineludible para alcanzar lo máximo; de modo que si se renuncia como regla a lo intermedio, lo que ocurre es que tampoco se llega a lo máximo” (78). La tendencia del radicalismo a eludir las tareas intermedias soslaya la necesidad del trabajo paciente, de la vinculación cotidiana con las masas y de la selección de las mejores personas que se hayan dispersas dentro de la multitud. Sin embargo, hay un aspecto positivo del radicalismo y es cierto celo subyacente por guardar un ritmo revolucionario dentro del movimiento. El sandinismo queda definido entonces en términos ideológicos como una corriente profundamente popular, antiburguesa, que sostiene la necesidad de un trabajo paciente y extenso dentro de las masas explotadas, por cuanto entiende este trabajo como la única garantía sobre la cual levantar una sociedad diferente y mejor.

Frente al imperialismo, Carlos Fonseca sostiene la necesidad de la prudencia en un contexto en que no hay una ocupación directa –como resultado de la lucha sandinista original– y cuando es evidente la inferioridad militar de la guerrilla. Sin embargo, debido a la creciente intervención norteamericana puede llegar a ser necesario golpear directamente algunos de los intereses económicos de los Estados Unidos en el país. Fonseca descarta en lo inmediato una invasión con desembarco masivo de tropas, aunque no a un mediano plazo, según la situación revolucionaria vaya evolucionando. En este ensayo además, el dirigente sandinista comienza a reflexionar sobre las discusiones tendenciales a la interna del movimiento, discusiones, que como se verá más adelante, terminan por convertirse en una lucha fraccional por la dirección. Lo primero que se enfatiza es la larga experiencia de unidad que ha caracterizado al FSLN y cómo esta tradición unitaria en gran medida explica la fuerza de la organización. A pesar de esto, siempre existe la necesidad de garantizar un espíritu crítico que contribuya al fortalecimiento y continuidad del sandinismo. Con esto en mente, Fonseca Amador insiste en la necesidad de

desarrollar un estilo de discusión interna donde se privilegie la persuasión y no la polémica: “En la discusión interna cada uno debería tener presente que lo que conviene a los intereses del movimiento, de la clase y de la nación, es convencer y no vencer a la otra parte” (89). Al respecto del centralismo y la democracia, se subraya la condición de clandestinidad del FSLN, pero se insiste en la necesidad de que los métodos clandestinos no limiten excesivamente la vida democrática de la organización. La meta es entonces un balance entre el ultracentralismo y el ultrademocratismo. Una cuestión importante introducida en este ensayo es la pregunta sobre el qué hacer con Somoza en caso de asumir el poder y hacerlo prisionero, para responder a la pregunta, Fonseca considera las experiencias cubanas y dominicanas. En la primera había un acuerdo entre sectores militares del régimen y el movimiento revolucionario para evitar la fuga de Batista y que éste fuera juzgado públicamente en La Habana. Como se sabe, los militares ayudaron a escapar al dictador, lo que en cierta forma fue propicio para la revolución, pues fue un elemento más que facilitó liquidar el antiguo ejército. En el caso dominicano, la CIA en alianza con sectores opositores ejecuta a Trujillo como una medida preventiva anticomunista. Para el caso nicaragüense, Fonseca Amador señala la necesidad de la eliminación física de Somoza, así como de los sectores centrales de su dirigencia. A su vez, piensa la ejecución no solamente como un acto de justicia, sino también como un mecanismo de radicalización de las más amplias masas populares.

El último de los ensayos de Carlos Fonseca Amador que analizaré es a su vez el último que registrado en la compilación *Bajo la bandera del sandinismo* y está fechado 8 de octubre de 1976, es decir, menos de un mes antes de su muerte. Para este momento, era ya claro que la lucha tendencial iba a fraccionar la dirección del FSLN. También se consigna que fue escrito en la cordillera segoviana, el lugar mítico donde Sandino comenzara la lucha contra la ocupación

militar norteamericana hace casi 50 años. El texto está dividido en 36 numerales breves. En los primeros numerales se comienza a elaborar un balance general de la situación histórico-política nicaragüense durante el siglo XX, así como se valoran algunos otros aspectos específicos de la militancia sandinista. Sobre estos últimos, y en un intento por sintetizar quince años de experiencias revolucionarias, desde la fundación del FSLN en 1961 hasta el momento inmediato de esta escritura, Fonseca enfatiza que el balance de la actividad es necesariamente positivo y que la prueba factual de ello es justamente el tipo de subjetividad revolucionaria que ha producido el sandinismo: “¿Qué manifiesta mejor que nada el balance positivo alcanzado? Lo manifiesta el acero que tocamos en el militante clandestino urbano y en el militante de la guerrilla rural” (108). Es perfectamente claro a su vez que Fonseca Amador está debatiendo en su ensayo con otra fracción sandinista y que uno de los núcleos de la discusión es determinar el espacio geográfico en donde se deben concentrar las fuerzas, ya sea en la montaña o en las ciudades. Es sabido, aunque sobre esto se avanzará más adelante, que la fraccionalización de la dirección sandinista ocurre por diferencias de naturaleza estratégica. Otra de las observaciones elaboradas en este texto es la de una cierta preocupación por la formación política de los militantes del movimiento. El dirigente sandinista explica que hay cierta tendencia dentro de la organización a subestimar los aspectos políticos del proceso y a pensar en éste solamente desde un ángulo militar. Esta dinámica en cierta forma se explica por el atraso de la cultura política nicaragüense, muy fogueada en aspectos prácticos, pero con enormes deudas de carácter teórico y formativo. En esto, Fonseca Amador asume el rol del pedagogo revolucionario y comienza a explicar pacientemente la necesidad de observar y estudiar otros procesos históricos como una forma de ampliar los horizontes de la propia práctica.

A partir del numeral 23, Carlos Fonseca comienza a desplegar su argumento central: la necesidad de focalizar la práctica revolucionaria en las montañas en forma de guerrilla rural. Para explicarlo hace varias justificaciones; la primera de ellas de naturaleza económica, en la medida que Nicaragua es un país fundamentalmente agrícola y por tanto la mayoría de su población es campesina. También se anota que al menos desde 1971 ha habido un éxito relativo al insertar cuadros urbanos en núcleos preguerrilleros residentes en las montañas, y que como resultado las redes de abastecimiento e información han crecido dentro de los sectores campesinos. Este tipo de experiencias son narradas de forma testimonial en el conocido texto de Omar Cabezas *La montaña es más que una enorme estepa verde* (1984). Precisamente, Cabezas era un cuadro estudiantil del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) –una de las organizaciones intermedias del sandinismo– seleccionado por la dirección para hacer una experiencia en las montañas. A pesar del optimismo de Carlos Fonseca, Cabezas no se consolida como guerrillero rural y debe abandonar la montaña. Se ha visto con anterioridad que uno de los legados de Fonseca como ideólogo fue crear un discurso en el que se proyectaba la práctica sandinista post Revolución Cubana como una continuación de la experiencia de Sandino a finales de los 20 y principios de los 30. Fonseca Amador continúa insistiendo en esta narrativa como un punto de apoyo para justificar la necesidad de concentrar las fuerzas en la montaña, por cuanto en las ciudades, la imagen de Sandino forma parte del pasado, mientras que en el campo goza aún de actualidad. Justamente, en el texto de Cabezas se relata uno de estos encuentros entre el estudiante intelectualizado urbano y un campesino simpatizante de la guerrilla quien colaborara con el EDSN. Es decir, en este pasaje de *La montaña*, el presente se encuentra con el pasado para formar una unidad de sentido: se materializa así el discurso de Carlos Fonseca.

Aquel viejito, don Bacho, era una página de la historia. Me contaba Salinas Pinelí que cuando llegó por primera vez donde don Bacho en nombre del Frente, el viejito se alegró de entrada: "ves", dijo, "ves, ¡yo sabía que iban a volver a pasar! y es que yo les tengo unas cosas enterradas a ustedes que dejaron en vez pasada", "¿y qué es?", le preguntó Augusto, "una cuestión de los machos que tengo allí, que ustedes dejaron la última vez que pasaron". Y buscó debajo de un tronco y desenterró un pequeño salveque militar, un salveque del tiempo de la ocupación yanqui que vos lo agarrabas con la mano y se te deshacía, y dentro del salveque un montón de tiros de Enfield. ¿Te das cuenta?... El viejito los tenía guardados. ¿Te das cuenta?... El viejito los tenía guardados y todos los días los sacaba a asolear, porque él sabía que algún día iban a pasar de nuevo los sandinistas. (144)

También, en este ensayo, la montaña es pensada como un espacio en el que es posible acelerar la formación de cuadros revolucionarios: "La montaña ofrece la ventaja de que la dureza material pone a prueba en cosa de días la calidad humana y revolucionaria del combatiente, cosa que en la ciudad requiere un tiempo mucho más largo" (118). El último de los temas que es abordado por Carlos Fonseca es la relación entre partido y guerrilla. Al respecto de esto, remite al texto de Debray que fuera presentado previamente y, más específicamente, a la idea de que todo partido revolucionario es el resultado del combate y no al contrario. Siguiendo esta lógica, no es posible aún afirmar que el FSLN sea propiamente un partido revolucionario con comité central, congresos, periódicos y revistas teóricas, sino que es más bien, un embrión de partido emergido del combate. Justamente por esto, es necesario trabajar toda una serie de aspectos que han sido descuidados, tales como una mejor relación entre el estudio político y el militar, lograr

una mayor vinculación con las masas explotadas, prevenir el divisionismo ideológico y politizar aún más espacios de la práctica revolucionaria con tendencia al *espontaneísmo*. Es evidente así, que en este último ensayo subyace un llamado a la unidad dentro del FSLN, así como una defensa del foco guerrillero de inspiración guevarista como la estrategia general para orientar la práctica revolucionaria en la Nicaragua de finales de los 70.

Como se ha dicho, a pocas semanas de la escritura de este texto, Carlos Fonseca Amador muere durante un enfrentamiento armado contra la Guardia Nacional en la zona de Waslala. No vivirá para ver al FSLN derrotar a Somoza y tomar el poder. Ya con la muerte del fundador y cuadro más destacado, las divisiones internas del FSLN terminan por cristalizarse y la organización se escinde en tres fracciones: el FSLN Guerra Popular Prolongada, el FSLN Proletario y el FSLN Insurreccional o Tercerista. Para caracterizar estas tres corrientes y al sandinismo como ideología política en general, es necesario revisar aunque sea brevemente uno de los textos académicos clásicos sobre la Revolución Sandinista: *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution* (1986) de Donald C. Hodges.

Hodges distingue cuatro momentos esenciales en el desarrollo de la estrategia revolucionaria del FSLN, momentos que a su vez buscan una articulación con la experiencia histórica de Sandino al frente del EDSN. Por esto, el sandinismo fue siempre el resultado de una combinación entre un elemento foráneo y uno nacional. El primer momento corresponde a la conjunción hecha por Carlos Fonseca Amador del pensamiento guevarista con la práctica de sandinista. El segundo es la asimilación de la experiencia de Vietnam, fundada conceptualmente en ideas maoístas como la *guerra popular prolongada*. Dentro del sandinismo, esta asimilación fue expuesta fundamentalmente por Ricardo Morales y Tomás Borge. El tercer momento es casi un regreso al modelo estratégico leninista de organización proletaria y resistencia popular que,

para el caso nicaragüense, fuera especialmente influenciado por la potencia del movimiento popular y de trabajadores durante el gobierno de Allende en Chile. Esta perspectiva fue desarrollada por Jaime Wheelock y Luis Carrión. Finalmente, otro regreso conceptual, pero esta vez al proceso cubano, con énfasis en el pensamiento castrista y no en el guevarista. El artífice de esta estrategia sería Humberto Ortega. Incluso Hodges considera que es posible organizar temporalmente el desarrollo y articulación de estas distintas perspectivas estratégicas:

From 1961 to the end of 1967 the FSLN relied mainly on Guevara's manual of guerrilla warfare. From 1968 to the middle of 1977 it followed a different course of prolonged guerrilla war, although by October 1975 this new strategy was giving way to a proletarian strategy of popular resistance. From approximately May 1977 to the victory over Somoza in July 1979, the prevailing strategy was insurrectional. (218)

El FSLN Guerra Popular Prolongada (GPP) es el resultado de un balance crítico de la experiencia foquista de casi una década, desde la fundación de la organización hasta finales de los 60. Parte de las críticas que se apuntaban sobre la experiencia original del foco guerrillero era que se había demostrado incapaz de crear realmente una organización revolucionaria vinculada a las masas campesinas, incapaz también de combinar el trabajo conspirativo con el político y en última instancia existía una sobrevaloración de los aspectos militares. Con la intención de contrarrestar estos errores comenzó a circular la idea de una necesidad de acumulación de fuerzas que permitiera ir construyendo una organización nacional, distribuida en comités locales y que incluso interpelara a la solidaridad internacional. Uno de los métodos para desarrollar esta idea fue la creación de espacios intermedios, que sin ser orgánicos, permitieran cierta fluidez de

la política sandinista. Sin embargo, y a pesar de este énfasis en la necesidad de una amplia organización nacional, los dirigentes detrás de la tendencia GPP insistían en que el núcleo de vanguardia debía ser constituido en las montañas. Es claro, por el análisis anterior de los ensayos de Carlos Fonseca Amador, que esta fue la tendencia que éste defendiera.

A su vez, el FSLN Proletario puede ser comprendido como el surgimiento de una fracción crítica al GPP, por sobre todo en su orientación foquista y en la preponderancia que otorgaba a la ubicación geográfica de la práctica revolucionaria en las montañas. Al contrario, la tendencia proletaria insistía en la necesidad de concentrar la actividad en las ciudades y de iniciar un proceso de organización de los trabajadores al interior de los centros de producción. En la crítica del FSLN Proletario a la dirección histórica del sandinismo subyace un análisis de la situación nacional a partir de una caracterización de las clases sociales. En un análisis de Jaime Wheelock de 1979, recogido por Hodges, el primero señala que la creación del Mercado Común Centroamericano, ya para 1975, había generado un nuevo sector de proletariado agrícola que llegaba a las 250 mil personas, así como otro sector industrial que alcanzaba las 60 mil personas, y que el frente urbano sandinista había fallado en motivar y organizar a esta masa de trabajadores. También en el análisis de Wheelock se revisa el origen del FSLN, que se caracteriza como una organización nacida en círculos estudiantiles pequeñoburgueses entrenados a organizar a las masas campesinas. Precisamente, es este carácter el que habría que transformar para así convertir el sandinismo en estructura política del proletariado urbano y agrícola. En términos de actividad concreta, el FSLN Proletario volcó sus esfuerzos en la creación de sindicatos sandinistas, así como en la creación de un partido de orientación leninista que debía ser la vanguardia política. Estratégicamente, la idea era impulsar una huelga general que fuera apoyada por levantamientos locales y acciones armadas.

La última de las tendencias dentro del sandinismo fue el FSLN Insurreccional, que intentaba combinar la idea de una guerra popular prolongada en el campo con acciones masivas de resistencia popular en las ciudades. En términos sociales y de clase, los terceristas representaron una apertura a los sectores medios de la sociedad nicaragüense y políticamente abrieron el sandinismo a la participación de sectores de origen burgués opositores a la dictadura. Siguiendo un documento de abril de 1978, Hodges destaca dos tesis fundamentales en la estrategia del FSLN Insurreccional. La primera de ellas señalaba que las actuales fuerzas populares eran incapaces de disolver la dictadura y que por lo tanto era necesario establecer una alianza política con la burguesía opositora. El mecanismo utilizado para lograr esta alianza fue el “Grupo de los 12”, una plataforma interclases que buscaba apaciguar los temores que podrían surgir al respecto de un futuro gobierno de orientación marxista. La segunda tesis apuntaba que el único método para liquidar a Somoza era una continua y generalizada ofensiva que combinara todos los métodos de lucha. En términos de programa político, la tendencia insurreccional se limitaba a nombrar la necesidad de eliminar a la dictadura y que esta fuera substituida por un gobierno democrático. Es decir, se excluían del programa político los aspectos de naturaleza socialista. Como se sabe, es el FSLN Insurreccional la tendencia que gana la lucha por la dirección del sandinismo y la que conduce el proceso al menos desde mediados de 1978 hasta la victoria en 1979. Son también los terceristas quienes llevan adelante la transición post-revolucionaria.

Antes de cerrar con Hodges y la caracterización que hace de las corrientes del FSLN que se consolidan en los alrededores de la muerte de Fonseca Amador, es importante registrar la definición general de sandinismo realizada por el académico norteamericano. Según Hodges, el sandinismo debe ser comprendido como una mezcla heterogénea de diversas ideologías

revolucionarias y a su vez señala que el programa sandinista nunca fue realmente marxista, en tanto no sustentaba como contradicción fundamental la del capitalismo versus el comunismo, sino más bien, la de dictadura frente a democracia. De la misma forma, los objetivos políticos del FSLN eran de naturaleza fundamentalmente democrática: la caída de la dictadura, la instalación de un gobierno democrático que representara a todas las clases sociales, la creación de un ejército popular que sustituyera el elitismo de la Guardia Nacional, una política exterior independiente y no alineada, apoyo a las causas populares de Centroamérica y El Caribe, expropiación de las propiedades de Somoza y su círculo más inmediato y la aplicación de un programa de reconstrucción económica. En síntesis:

What, then, is Sandinismo? It is an amalgam of Marxist theory and Sandino's revolutionary legacy under the auspices of the new Marxism. Like the new Marxism, Sandinismo has three principal dimensions: it offers an explanation of historical events; it arouses people to act with emotional appeals; and it serves as a guide to action. Marx's principles of scientific socialism hold sway in the area of historical explanation. Sandino's patriotic ideas and example prevail in matters of ideology. Sandinista practice is shaped by both of these components. (196)

Después de explicar las distintas tendencias sandinistas que operaban en los últimos años previos a la toma del poder, es preciso regresar a la narración de los sucesos revolucionarios posteriores a la muerte de Carlos Fonseca Amador y previos a la entrada victoriosa en Managua el 19 de julio de 1979. Con esta intención, sigo de cerca el testimonio de Leticia Herrera titulado *Guerrillera, mujer y comandante de la Revolución Sandinista* (2013). Leticia Herrera fue uno de

los cuadros políticos centrales del FSLN, participante en las acciones del exitoso secuestro del 27 de diciembre de 1974, y que después de la consolidación de la ruptura en la dirección del sandinismo pasa a formar parte de la tendencia Insurreccional. La primera ciudad que se libera del dominio somocista fue León, al nororiente de Managua ya a mediados de 1979, esta acción de combate por la ciudad tarda aproximadamente un mes y puede ser considerada como el inicio de la estrategia de insurrección general que venía siendo propagada por los terceristas. Un dato central que aporta Herrera es que una parte hegemónica de la dirección sandinista al frente de la sublevación en León estaba conformada por mujeres. Sobre las características de la batalla en León, apunta Herrera:

Las luchas muy encarnizadas, porque a León, Somoza había desplazado lo mejor que tenía de la guardia, que eran las Brigadas Especiales contra Insurgentes, cuyas siglas en inglés le decían EEBI. Ahí estaba lo mejorcito de la guardia, y eso mejorcito de la guardia respondía directamente a la dirección del Chiguín del hijo de Somoza, eran brigadas de asesinos, despiadados cuando aún sin guerra les mandaban a reprimir a la población civil. (261)

La táctica desarrollada por los sandinistas para intentar tomar León consistía en definir al menos cinco puntos estratégicos de los que había que desplazar a la Guardia Nacional. Las fuerzas guerrilleras se dividían en escuadras de combate formadas por un número variable de entre 6 y 8 militantes: “Al frente de cada escuadra teníamos al compañero que nosotros habíamos visualizado, como el de más empuje, más arraigo, más don de mando, y más audaz, más valiente” (262). También cierto número de escuadras tenían un responsable general, por ejemplo,

Herrera estaba a cargo de aproximadamente 50 militantes, organizados en 8 escuadras. Al reflexionar sobre el hecho de que el Estado Mayor estaba formado esencialmente por mujeres, Herrera desarrolla una serie de comentarios sobre la condición de la mujer y sobre la condición de la mujer guerrillera, que es importante destacar, con la intención de visualizar como éstas se comprendían a sí mismas en medio de la práctica revolucionaria:

L.: Ya te voy a explicar por qué. Porque a las mujeres nos dicen el sexo débil, nos dicen que somos mucho más frágiles que el hombre, y creo que sí somos frágiles, pero físicamente. Pero mental y psicológica, y hasta emocionalmente somos mucho más fuertes que los hombres. Y la mujer, cuando tiene mando, cuando la mujer ya se ha posicionado y ha interiorizado una función que es de dirección, la mujer es más audaz, es más arriesgada, es más decidida, es más enérgica y es más fuerte. (277-278)

Es evidente que estas ideas de Herrera son la expresión de la forma específica de cómo ella misma percibió su proceso subjetivo como militante y dirigente sandinista. Ahora bien, esto no significa que la emancipación política de la mujer dentro de la Revolución Sandinista fuera tan solo un discurso ideológico, puesto que es posible registrar factualmente la participación de las mujeres dentro de ámbitos organizativos, que en otras experiencias revolucionarias fueran ocupados exclusivamente por hombres. Quizás justamente la toma de León sea el momento cúlpe de la participación y dirección de las mujeres dentro de la historia revolucionaria nicaragüense. Como se apuntara anteriormente, Leticia Herrera fue una de las tres mujeres participantes durante la operación de secuestro del 27 de diciembre de 1974, y es esta acción la que para Herrera determina propiamente el ingreso histórico-simbólico de las mujeres dentro de

la revolución. En otras palabras, según Herrera la participación de tres mujeres como parte del comando marca un antes y un después en relación a la agencia femenina dentro del proceso. Se ha visto también previamente, cómo queda narrado en el texto de Belli el momento en que Chema Castillo –el dueño real de la casa– sale disparando y como Lavinia, una arquitecta de origen aristocrático, es quien repele el ataque a costa de su propia vida, simultáneamente garantizando así el éxito de la operación. Quizás, sea significativo comparar la narración de Belli con la narración testimonial de Herrera sobre el mismo acontecimiento. Cuenta Herrera:

Pero cuando ya hemos sacado a toda la gente, yo calculo que eso fue en 15, 20 minutos lo más, entonces repasamos. Los que conocen exactamente a Chema Castillo eran los que más llegaban a su casa, y eran Joaquín y Javier, porque eran compañeros de estudio de las hijas. Entonces Joaquín deduce que debe estar encerrado en el cuarto principal. Se va y empieza a decirle que salga, que se entregue. Chema sale, pero él sale disparando. Sale disparando, y los que estaban más próximos eran Eleonora Rocha y Alberto. Pero claro, cuando él sale disparando, Joaquín también está listo, y Joaquín también anda una escopeta. Entonces, fue un intercambio entre los dos, pero Joaquín fue más rápido que él, y como consecuencia cae abatido Chema. (159-160)

El primer aspecto que salta a la vista luego de comparar ambos fragmentos es que efectivamente Gioconda Belli utiliza elementos de la Historia para construir su historia. Probablemente, el más determinante sea el hecho de que en ambas narrativas hay personajes que tienen un conocimiento específico de la estructura de la casa, y que este conocimiento es el que los guía en dirección del escondite de Chema Castillo, el anfitrión de la fiesta. Sin embargo, es

justamente acá donde se traza la diferencia sustancial entre ambos textos. Para el caso de *La mujer habitada*, quien enfrenta a disparos al dueño de la casa es Lavinia, mientras que en el testimonio de Herrera, quien lo hace es Joaquín. Es decir, Gioconda Belli intencionalmente invierte el sexo de los personajes, al convertir al Joaquín real en la Lavinia ficticia, y además hace de Lavinia una mártir, cosa que no corresponde con los hechos históricos, pues el comando no sufre bajas durante la operación y todos los participantes salen sanos y salvos hacia un exilio temporal en La Habana. La pregunta, pues, es obvia ¿cómo interpretar esta transformación literaria de los acontecimientos históricos? La respuesta pareciera ser que frente al enorme peso simbólico del panteón de mártires sandinistas hombres –Sandino, López Pérez, Julio Buitrago, Leonel Rugama y el mismo Fonseca Amador– existía la necesidad de crear una imagen en la que el sacrificio revolucionario máximo, patria libre o morir según los sandinistas, fuese realizado por una mujer. Se intentaba de esta forma complementar por medio de la ficción un vacío del universo simbólico real. No deja además de ser significativo el hecho de que Belli construya este personaje mártir como protagonista de las acciones del 27 de diciembre, fecha en la que Herrera consigna el ingreso *oficial* de las mujeres como agentes revolucionarias dentro del sandinismo.

Después de la batalla de León y ya la ciudad bajo control sandinista, Somoza abandona el país, lo que abre las puertas de la capital a los revolucionarios. Después de casi 20 años de lucha ininterrumpida, los sandinistas logran liquidar a la dictadura y hacerse con el poder del Estado. Sería, junto con la experiencia cubana, la única otra revolución victoriosa del siglo XX latinoamericano. Será Sergio Ramírez, miembro del Grupo de los 12 y también miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, quien narre la entrada triunfal en Managua:

El mediodía del 20 de julio de 1979, las columnas guerrilleras entraron en triunfo a la Plaza de la República en Managua. En un formidable desorden, los combatientes llegaban a pie, en camiones militares, en autobuses requisados, subidos sobre el lomo de las decrepitas tanquetas arrebatadas a las tropas de la dictadura, y se revolvían con la multitud que estaba allí esperándolos para celebrar con ellos la gran fiesta de sus vidas. El presidente títere Urcuyo Maliaños se había fugado tras los pasos del último Somoza, que se llevó al destierro las osamentas de su padre y de su hermano, y se había esfumado la Guardia Nacional, hija de la intervención norteamericana, los últimos oficiales en huir asaltando a punta de pistola a los aviones de la Cruz Roja, y los últimos soldados que quedaban en los cuarteles del Batallón Presidencial en la Loma de Tiscapa, dejando en reguero sus uniforme, cananas, cantimploras y fusiles . . . Los cinco miembros de la Junta de Gobierno que sustituíamos a Somoza entramos por un costado de la plaza subidos a la cisterna de un camión de bomberos que dejaba oír hasta el aturdimiento su sirena, mientras los guerrilleros convertidos en nuestros escoltas improvisados disparaban al aire, desde los estribos las barandas del camión, ráfagas nutridas de sus fusiles Galil – orgullosos de su conquista, pues eran los fusiles israelitas de la guardia pretoriana de Somoza–, y las descargas cerradas se multiplicaban por todos los ámbitos de la plaza como si los tiros que habían sobrado quisieran ser agotados de una vez; sonaban las campanas rotas de la vieja catedral resquebrajada por el terremoto de 1972, y gritos de alegría, aplausos en cascadas, consignas en coros, lágrimas que bañaban los rostros y risas como resplandores en los rostros bañados en lágrimas, una música de marimba que venía de los altoparlantes de una camioneta de anuncios callejeros que no podía abrirse paso entre las banderas, las pancartas, las sombrillas de colores, racimos de gente subida

en los árboles del Parque Central vecino, en las cornisas y en las torres de la catedral, en las azoteas del Palacio Nacional. (*Adiós muchachos* 69-70)

La revolución deviene así una fiesta, ese momento mágico de comunión de las conciencias, cuando todo parece posible y donde las lágrimas se confunden con las risas, en medio de la felicidad colectiva. Sin lugar a dudas, el día más importante en las vidas de todos aquellos que participaron en la destrucción de la dictadura y así obtuvieron su libertad. Se hace necesario ahora dejar a las masas nicaragüenses en medio de su *formidable desorden* de liberación nacional y acercar la mirada al último de los países centroamericanos pendiente de analizar: Guatemala.

4.2 LA GUERRILLA SE ENCUENTRA AL NAGUAL

Sin lugar a dudas, Guatemala es uno de los países centrales de la historia centroamericana. Antigua capital de la región durante la colonia española, es el país centroamericano más poblado y cuyo producto interno bruto es el más elevado; asimismo, el país con mayor porcentaje de población indígena, no solo del Istmo, sino también de toda Latinoamérica. Fue igualmente en Guatemala donde tuvo origen la civilización maya, una de las sociedades precolombinas más sofisticadas y cuyos restos arqueológicos aún hoy día se levantan monumentales en medio de las selvas del Petén. Lamentablemente, fue además en Guatemala donde se desarrolló el conflicto político armado más dramático de la segunda mitad del siglo XX en Latinoamérica con un saldo de muertos que se calcula alrededor de las 200 mil personas, una

cifra equivalente más o menos a la suma de todas las víctimas de la guerra contra el comunismo que desangrase a la región hasta hace pocos años. Es evidente entonces que escribir sobre Guatemala no es un gesto menor y que fue justamente en sus límites territoriales donde se escribió una de las páginas más importantes y trágicas del comunismo centroamericano y latinoamericano. El camino que he determinado tomar para narrar los acontecimientos revolucionarios guatemaltecos es seguir los pasos de Mario Payeras, miembro de la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), quien además de guerrillero fuera poeta y narrador. Sin embargo, no es la faceta más literaria de Payeras la que tendrá mayor consideración en este análisis, sino más bien, sus ensayos políticos, que son la mayoría de las veces un intento de balance crítico de las experiencias revolucionarias guatemaltecas.

Los días de la selva (1981) (LDS) de Mario Payeras es un texto de naturaleza testimonial que narra las aventuras y desventuras de la implantación del primer núcleo guerrillero del EGP en las selvas de la región de Ixcán, en la frontera México-Guatemalteca. Temporalmente, LDS narra los sucesos desde inicios de 1972 hasta 1978, fecha en que Payeras abandona de manera definitiva la montaña. El día 19 de enero de 1972 un pequeño grupo guerrillero de quince militantes ingresa en las selvas guatemaltecas con la idea de construir una organización guerrillera. No sería éste el primer intento de implantación foquista en Guatemala posterior a la Revolución Cubana, puesto que durante la década del 60 habían existido una variedad de iniciativas que terminarían por fracasar una tras otra, quizás, de estas experiencias la de mayor importancia fue la dirigida por Marco Antonio Yon Sosa, un militar rebelde guatemalteco formado en la Escuela de las Américas, quien estuviera al frente del Movimiento Revolucionario 13 de noviembre y que en un intento de repliegue a la frontera mexicana en 1970 fuera capturado y ejecutado. Sobre esta *prehistoria* de la guerrilla guatemalteca apunta lo siguiente Jorge Luján

Muñoz: “Los inicios fueron modestos: algunas acciones urbanas de terrorismo, secuestros selectivos para obtener fondos y atemorizar a la oligarquía, y la formación del primer frente militar rural, para el que seleccionaron la Sierra de las Minas, al nororiente del país” (330).

Las primeras tareas del germen del EGP, ya en territorio guatemalteco, son descritas así por Payeras: “Los planes originales contemplaban la exploración previa de la zona, la apertura de picas de penetración y la construcción de la base social mínima para apoyar el esfuerzo de guerra, utilizando como retaguardia los ranchos fronterizos” (17). Una vez construidos los ranchos fronterizos que debían servir como retaguardia y luego de una exploración de algunas semanas por la selva, el núcleo guerrillero decide iniciar las hostilidades, aunque con un carácter meramente defensivo, algo así como el “muerte y huye” de Guevara. Las acciones tuvieron básicamente tres momentos: tomar una pista de aterrizaje y sus bodegas de abastecimiento, destruir dos avionetas –cuyos dueños estaban parcialmente ligados al asesinato de Yon Sosa– y huir en lanchas decomisadas río abajo. Como era de esperarse, a raíz de estos sucesos el ejército guatemalteco inició una operación aérea con la intención de ubicar y neutralizar a la guerrilla, al menos durante un primer momento. La represión falló en sus objetivos y permitió al foco continuar su desplazamiento por la selva. Uno de los pasajes con mayor carga simbólica en el texto es cuando la columna guerrillera se encuentra con la primera población perdida en la inmensidad de la selva. Al desconocer cuál será la reacción de las gentes, una pequeña unidad de vanguardia se dirige a la comunidad y establece un diálogo con sus habitantes, mientras el resto de la columna espera pacientemente a la vera del camino el resultado de la entrevista:

Esperamos largo rato, escuchando los latidos de nuestro corazón. Entonces oímos en dirección de la aldea el canto de un gallo. Era la primera vez, en meses, que llegaba a

nuestros oídos aquel grato clarín. Todos nos cruzamos una mirada que tenía al mismo tiempo algo de aflicción y de júbilo. Ahí estaban, por fin, los pobres de nuestro país; pero ignorábamos cuál iba a ser su respuesta. (34)

Lo que la narración de Payeras pareciera sugerir es que la transformación radical de la sociedad guatemalteca implica un tránsito del sujeto que necesariamente debe comenzar en la pura naturaleza objetiva e impenetrable para desde allí avanzar lentamente hacia los núcleos poblacionales más alejados del centro del Estado y por tanto más cercanos a la indiferenciación con la selva. La guerrilla deviene así un espacio que posibilita al sujeto un regreso a la matriz original de la naturaleza como totalidad, desde la que se restaura el vínculo comunitario roto en el capitalismo y por lo tanto se funda una nueva subjetividad que debe ser compartida con los pobres en forma de *buen mensaje*. Precisamente, la escena del encuentro entre la guerrilla y los pobres finaliza con la promesa solemne de parte de los comunistas de vencer. La verdad revolucionaria entonces no se funda en una idea racional ilustrada de igualdad social, sino más bien en una experiencia cuasi mágica de común unión con la naturaleza y con los otros seres humanos. Sin embargo, este encuentro con la verdad revolucionaria no implica una suerte de pacificación interior del sujeto consigo mismo y con la realidad. Al contrario, ser realmente consecuente con ella significa siempre cierto nivel de cercanía con el morir y con el matar. Es casi, como si el vínculo entre militantes no pudiese ser constituido realmente sino a través del sacrificio de una vida. Esto es exactamente lo que termina por suceder con Mincho, un joven originario de la región oriental de Guatemala que se había incorporado a la guerrilla algunos meses después del primer ingreso en la selva. El eje de los problemas de Mincho parece haber sido su incapacidad de disolver su propia individualidad en el ser colectivo de la columna

guerrillera. Luego de una serie de inconvenientes relativos a la deficitaria alimentación, Mincho se entrega al escepticismo y la desconfianza: “Cuando el hambre fue crítica para todos, no tuvo pudor en confesar su escepticismo cada vez que habló de mejorar nuestra apretada perspectiva de entonces. Dudaba del apoyo popular y renegaba de las modestas contribuciones iniciales de los aldeanos. En los momentos duros era fuente de desmoralización, y al cabo se convirtió en un problema” (69). La situación se vuelve crítica cuando la guerrilla comienza a sospechar una desertión. Finalmente, el desenlace es fatal. Debido a la vulnerabilidad e infancia del núcleo recién fundado y a la constatación del hecho de que un potencial abandono de Micho representaría una amenaza a la seguridad del resto de militantes, por cuanto sus posibilidades de resistir a la tortura eran escasas o nulas, el resto de militantes vota por su eliminación física:

Quién había sido incapaz de sobreponerse a las privaciones del monte, seguramente sucumbiría también ante la tortura. Lo fusilamos en abril, una mañana en que cantaban muchos pájaros. . . Al volver a nuestros puestos, un silencio significativo se hizo en el campamento. La guerrilla había alcanzado la madurez. Probablemente, a partir de entonces, todos fuimos mejores. (71)

Ya para 1974 comienza el movimiento de la guerrilla desde las zonas selváticas de Ixcán hacia el altiplano en el oeste guatemalteco, es por lo tanto, un desplazamiento al interior de las comunidades indígenas y el inicio de lo que será una de las dialécticas más importantes de la revolución centroamericana, la del foco guerrillero con el mundo maya. Los primeros intercambios entre la guerrilla y las comunidades indígenas fueron más bien confusos y una evidencia contundente de las diferencias culturales que los separaban. Payeras insiste en que

muchos errores fueron cometidos por parte de la dirección en estos primeros acercamientos debido fundamentalmente a la incomprensión de la relación real entre economía y guerra, así como también de la doble condición indígena de explotado y oprimido. En otras palabras, la posibilidad de incorporar el mundo indígena a la práctica revolucionaria pasaba por comprender la forma específica de su economía, así como la distinta dimensión cultural que sustentaba su cosmovisión. Pronto la guerrilla logró los primeros reclutas nativos y su lenta articulación política con las sociedades del altiplano:

A partir de entonces nuestras tareas se multiplicaron con rapidez. La noticia de que se estaba formando un ejército de pobres en las montañas del Quiché se propagó por la zona, y en muchas aldeas reclamaban nuestra presencia. Los campamentos tomaban por algunos días el aspecto de animadas ferias de la región, poblándose de hombres que llegaban con el algodón de lana y la violineta a escuchar la palabra de la revolución. Al llegar a algún punto confuso sobre la propiedad de la tierra o sobre los impuestos en la nueva sociedad, armaban en dialecto la discusión con el intérprete y sólo se callaban cuando el punto quedaba debidamente aclarado. Para tratar de mantener la compartimentación en estos campamentos multitudinarios había que realizar verdaderos milagros. A pesar de que el secreto de la guerrilla era conocido en toda la comarca, el enemigo nunca llegó a enterarse. Las fronteras étnicas impidieron que se filtrara la información. Una semana después se marchaban con todo un mundo nuevo en el pensamiento y nosotros nos quedábamos con el idioma lleno de las palabras más antiguas de Guatemala. (117)

Es inevitable notar las similitudes de esta imagen de Payeras –donde la multitud se reúne para escuchar las palabras revolucionarias, donde el éxito de la actividad se garantiza a partir de milagros organizativos, donde las masas regresan a sus mundos cotidianos inundadas por las buenas nuevas– con el sermón de la montaña del Jesús evangélico. La guerrilla cobra así una dimensión mesiánica. Esta lógica encarnada en la subjetividad guerrillera a través de la narración de Payeras ya había sido observada por Sergio Tischler Visquerra en su estudio dedicado a LDS. Para ejemplificar esto, Tischler Visquerra evoca un pasaje de LDS en que el núcleo guerrillero original aún se encuentra aislado en medio de la selva enfrentando condiciones realmente adversas, que solamente pueden ser sobrellevadas a partir de la idea de que el futuro de todo el pueblo guatemalteco depende de ese ejercicio de voluntad revolucionaria. El sacrificio voluntario del revolucionario es pues la redención de todo un pueblo. Apunta Tischler Visquerra: “Su relato está iluminado por una perspectiva utópica y revolucionaria, pero también por el rayo de luz mesiánico. Ese será un componente, no del todo explícito y consciente, del modelo de la guerra popular revolucionaria en Guatemala, y en gran parte de América Latina” (64). Esta última idea es esencial, pues enfatiza el hecho de que este remanente mesiánico es rastreable en una mayoría importante de las organizaciones guerrilleras latinoamericanas post Revolución Cubana.

Para 1975 el grupo guerrillero fundacional había logrado reproducirse y dar lugar a tres otras columnas, que sin embargo no sumaban aún de conjunto 50 militantes. Se había logrado un avance significativo en la construcción de una red de suministros y colaboradores, pero en términos generales el EGP seguía siendo una organización débil, incapaz de situarse en cualquier posición ofensiva con respecto a las fuerzas represivas guatemaltecas. Esta caracterización determinó una estrategia consistente en desatar actividades militares en la montaña contra objetivos específicos, pero con un perfil limitado. Para llevar adelante estas operaciones la

guerrilla se dividió y no operó de forma conjunta, la idea pues era dar inicio a las hostilidades, pero intentando no hacer despertar al monstruo del ejército. La acción específica en la que participa Payeras fue el ajusticiamiento del *tigre de Ixcán*, una suerte de señor feudal propietario de haciendas cafetaleras que dirigía un régimen de terror y explotación extrema en sus tierras. Después de una larga marcha y una importante cantidad de vicisitudes, el grupo guerrillero ingresa en las propiedades del *tigre* y aprovechando el movimiento de un día de pago ejecuta públicamente al terrateniente. Pasado el estupor inicial y mientras uno de los miembros del EGP procura explicar en lengua indígena las razones del ajusticiamiento, se desata un clamor aprobatorio: “Al llegar a las vivas, un clamor ancestral, salido de gargantas habituadas a callar y a gemir desde la llegada de los castellanos, coreó la voluntad proclamada a gritos de que vivieran los pobres y murieran los ricos” (131). La ejecución del *tigre de Ixcán* significó el inicio de la operación contrainsurgente más importante hasta ese momento de la historia guatemalteca.

Una de las prácticas fundamentales en la estrategia contrainsurgente del ejército guatemalteco era cortar las vías de suministro y colaboración que se habían establecido entre la guerrilla y las comunidades pobres, tanto del altiplano como de las regiones selváticas. La forma elemental de realizar el corte en la colaboración era someter al terror militar a los habitantes sospechosos de tener nexos con la guerrilla. De esta forma, las posibilidades de sobrevivencia material de la guerrilla se reducían al mínimo, pues quedaba separada de cualquier ecosistema social y en medio de la naturaleza, donde el ejército dirigía operaciones de cacería. Precisamente, LDS termina con la narración de la tragedia de Fonseca, un colaborador ixil del altiplano, cuya historia ejemplifica con brutalidad las complejas relaciones socio-políticas entre la guerrilla, las comunidades y el ejército en un contexto de terror de Estado generalizado.

Fonseca era un colaborador en las tareas de organización que intentaba hacer el EGP al interior de las comunidades indígenas del altiplano. Su historia de vida no difería esencialmente de la del resto de los miembros de su grupo étnico: explotación laboral desde la niñez, subalimentación, analfabetismo. Ya en su juventud entra en contacto con la guerrilla donde aprende a leer y a escribir, a la vez que participa en las escuelas de formación política. A los 18 años se convierte en el organizador más importante de un pueblo maya con siglos de existencia. En febrero de 1976 Fonseca es apresado por una unidad del ejército en Chajul. Es sometido a torturas brutales, pero resiste sin delatar información durante 3 días, al cuarto día su voluntad comienza a resquebrajarse y el oficial a cargo del procedimiento logra comenzar a extraerle información. Con la información obtenida, el ejército guatemalteco logra golpear militarmente en distintas oportunidades a la guerrilla que ya estaba informada de la captura de Fonseca. Finalmente, Fonseca cambia de bando y encabeza, descalzo y con el uniforme del ejército, unidades de rastreo contrainsurgente. Sin embargo, meses después, Fonseca logra burlar los controles del ejército y escapa del campamento en dirección de la casa de un colaborador de la guerrilla, a la vez que decide entregarse a un organismo local del EGP y aceptar la pena que le fuera dictada. Fonseca es sentenciado a morir y ejecutado por la guerrilla que: “. . . sentía un nudo en la garganta” (168).

La muerte de Fonseca hace reflexionar a Payeras sobre el significado de la militancia revolucionaria y la intenta explicar por medio de una parábola con la que se cierra el texto:

Recordamos un puente remoto, allá en la sierra, a donde alguna vez fuimos a traer carga. Era un tronco inmensamente largo y muy delgado, tendido sobre un torrente vertiginoso. La lluvia perenne y la turbulencia de la corriente salpicaban el tronco y éste se mantenía

liso y resbaloso. Para recoger la carga había que cruzarlo y regresar después, con un quintal a la espalda. A mitad del obstáculo, avanzando despacio, tratando de afirmar el pie a cada paso que se daba, el fluir incesante del agua bajo los pies provocaba vértigo. Quien a mitad del puente vacilaba, permanecía inmóvil, incapaz de volver sobre sus pasos ni avanzar hacia la orilla opuesta. El gran secreto era cruzar despacio, pero sin detenerse. (169)

La militancia revolucionaria envuelve entonces para Payeras la necesidad de *quemar las naves*: la necesidad de establecer un corte radical en la propia vida, después del cual la única posibilidad es continuar avanzado hacia un futuro ignoto, puesto que deja de existir la opción de regresar a lo que se era en el pasado. Algo así como el *deja todo y sígueme* evangélico.

De la misma forma en que se trabajaron los textos de Carlos Fonseca Amador, la idea acá es revisar al menos uno de los textos tempranos de Payeras y al menos uno de los tardíos²⁹. LDS cumple precisamente con ser la primera publicación del guerrillero guatemalteco en 1981. En relación al texto tardío, ya se mencionó la intención de analizar algunos de los ensayos militares compilados en *Los fusiles de octubre* (LFO), libro publicado en México en 1991. Es central anotar que una de las diferencias fundamentales entre LDS y LFO es la decisión de Payeras de romper con el EGP en 1984 y crear una nueva organización política. De esta manera, LDS pertenece a la etapa en que Payeras era dirigente del EGP y para la escritura de LFO éste ya había abandonado la dirección de la guerrilla. Es posible observar una justificación de la ruptura de Payeras con el EGP en el prólogo de otro de sus libros de carácter testimonial: *El trueno en la ciudad* de 1987. Payeras señala que las razones de la ruptura pueden resumirse: “. . . en la

29 Con esta medida se intenta constatar el devenir en el pensamiento de estos dirigentes guerrilleros.

necesidad de construir el instrumento político que, con apremio, exige ya de los militantes la complejidad de la lucha revolucionaria en nuestra patria: el partido de nuevo tipo, clasista, marxista, de combate” (10). Es decir, lo queda planteado en el texto es la necesidad de abandonar las formas organizativas guerrilleras y regresar a un modelo partidario leninista. También, Payeras explica la necesidad de abandonar el EGP con argumentos relativos al uso de la violencia: “. . . la guerra no es sino la continuación de la política por otros medios, que la violencia sólo se justifica cuando es todo un pueblo quien recurre a ella, como salida extrema, para abrirle camino al torrente transformador que porta en las entrañas” (10). Es claro entonces que en las ideas expuestas en este prólogo subyace una crítica a las formas en como la guerrilla hizo uso de la violencia revolucionaria. Precisamente sobre esto insiste Payeras:

Nuestra acción no puede preferenciar el despliegue de operaciones ejemplares, consideradas suficientes por ellas mismas para convocar al pueblo a la lucha revolucionaria, sustituyendo con ellas el trabajo de hormiga, tenaz y anónimo casi siempre, que es preciso efectuar en el seno de las masas para proporcionarles el arsenal necesario. (11)

La ruptura de Payeras con el EGP se funda así parcialmente en una crítica del *substituismo* guerrillero, es decir, en la idea extendida dentro de las guerrillas de origen guevarista de que una serie de acciones aisladas pero ejemplarizantes pueden ser *la levadura que fermenta la masa*, o dicho de una forma menos evangélica, que las acciones de una vanguardia armada incomunicada de los frentes de intervención de masas pueden ser un catalizador en la lucha revolucionaria nacional. Es una lógica de sustitución por cuanto presupone la posibilidad

de reemplazar a los sujetos explotados y oprimidos de su propia lucha de autoliberación. Por esto justamente es también una lógica mesiánica, puesto que los *pecados* de la multitud son *redimidos* por un pequeño grupo de rebeldes que los cargan sobre sus espaldas. Es sabido que el *substituismo* de las guerrillas significó la mayoría de las veces un aislamiento real de las masas cuyos intereses decían representar, lo que a la larga significó un debilidad político militar que fue aprovechada por los ejércitos latinoamericanos, en el marco de los regímenes de seguridad nacional, para lograr su liquidación física. Una de las formas concretas, señalada por Payeras, en que la guerrilla realizaba la substitución de tareas era mediante la eliminación física de cuadros del gobierno militar –como por ejemplo el *tigre de Ixcán*– lo que en última instancia degeneraba en una lucha desigual entre aparatos militares. Al contrario de esto y desde una óptica de balance crítico, la tarea de los revolucionarios debe ser:

. . . proporcionarle al gran protagonista los instrumentos que siempre le harán falta – puesto que no aparecen espontáneamente–, para desarrollar sus luchas de manera organizada y para conducir las, de acuerdo al balance de fuerzas, hacia formas superiores, cada vez más eficaces. Tales instrumentos son la formulación del programa, la elaboración de la táctica, la construcción de las alianzas, la organización de los instrumentos militares que requiera el desenlace de la lucha y la dirección del proceso en su conjunto. (11)

Lastimosamente, este regreso de Payeras a los fundamentos del leninismo, aunque teóricamente significativo, no fue eficaz en términos prácticos en medio del reflujo político de la Guatemala de los 90, y la organización que intentó construir desde el exilio en México –*Octubre*

Revolucionario– nunca llegó realmente a consolidarse. El revolucionario guatemalteco moriría aislado en el sur de México y sus restos acompañarían los de otros comandantes guerrilleros, que al igual que Payeras, intentaron transformar por medio de las armas a Guatemala.

Clarificadas las razones por las que Payeras rompe con el EGP, que a su vez marcan la distancia ideológica entre LDS y LFO, es necesario entrar de lleno en el primer ensayo de LFO titulado “Estrategia Guerrillera y Contrainsurgencia (1970-1984)”. Uno de los primeros argumentos presentados en el texto es la idea de que el año 1981 marca un antes y un después en el desenvolvimiento de la lucha revolucionaria en Guatemala, que para ese momento tenía cada vez más un carácter de guerra civil. Al intentar explicar las particularidades de este momento decisivo, Payeras hace los siguientes apuntes: “Es decir, el teatro de operaciones ha quedado conformado como totalidad, y el desenlace de la situación en su conjunto depende a partir de ese momento del resultado propiamente militar del enfrentamiento” (11). Para llegar a esta caracterización, Payeras utiliza el concepto de Engels de *situación estratégica de guerra*, desarrollado a propósito de la guerra civil estadounidense, que implica esencialmente que los factores políticos pasan a depender de los factores militares. De esta forma, en concreto lo que se señala es que para 1981 en Guatemala la lucha de clases ha desembocado en un problema de naturaleza bélica, por tanto, el factor militar es esencial al momento de hacer un balance de la situación. Hecha esta indicación sobre las condiciones generales en que se desarrolla el conflicto guatemalteco, Payeras comienza a precisar las estrategias de los agentes armados que luchan por la hegemonía política.

Según el texto, habría al menos dos generaciones guerrilleras en Guatemala, una primera que se desarrolló durante la década de los 60 –que fuera precisada con anterioridad y quedara conceptualizada como una suerte de *prehistoria*– y la segunda que inicia justamente con la

incursión del primer núcleo del EGP en 1972 y cuyo devenir es el objeto de la narración en LDS. Como parte de esta segunda generación guerrillera habría también que incorporar a la Organización del Pueblo en Armas (ORPA) que fuera el resultado de la reorganización de las secciones occidentales de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) el núcleo guerrillero dirigido por Luis Augusto Turcios Lima en la década anterior. Por su parte las mismas FAR (años después de la muerte de Turcios Lima) logran cierto nivel de reestructuración en la zona del Petén en las inmediaciones de los ríos La Pasión y Usumacinta. De esta forma, para inicios de los 80 ya existían tres organizaciones guerrilleras operando en distintas regiones del territorio guatemalteco: EGP, ORPA y FAR. Hay que recordar que pocos años después estas tres organizaciones guerrilleras junto con el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT) conformarían la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URGN), instancia política que firmaría los acuerdos de paz con el gobierno guatemalteco en los 90. Payeras piensa que la segunda generación guerrillera representa una superación dialéctica del modelo anterior, debido al desarrollo de cuatro nuevas concepciones y la organización que mejor sintetizaría esta superación es el EGP. Las nuevas concepciones son las siguientes:

1) La lucha armada guerrillera requiere de una organización que resuelva la contradicción entre lo político y lo militar, entre el partido y la guerrilla.

2) La fuerza motriz de la revolución guatemalteca es el campesinado pobre indígena.

3) La implantación de los focos guerrilleros debe hacerse en lugares donde la presencia militar del enemigo sea débil.

4) Se debe dejar atrás el modelo según el cual la guerrilla rural era abastecida por aparatos urbanos de retaguardia, por cuanto esta situación hace sumamente vulnerables las distintas líneas logísticas.

Payeras destaca una relación especial entre la segunda y la tercera concepción: “. . . las nuevas áreas de implantación representan una nueva síntesis sociogeográfica que ahora le permite a las fuerzas revolucionarias incorporar como base del proyecto al campesinado pobre indígena, aprovechando a la vez las formidables ventajas militares que ofrece los sistemas montañosos del occidente y del nor-occidente” (14). Ya se había apuntado antes que una de las particularidades del EGP al respecto de otras formas guerrilleras en Latinoamérica fue el hecho de que lograra un nivel importante de infiltración dentro de las comunidades indígenas del altiplano, infiltración que explica en gran medida la brutalidad del terrorismo de estado que fuera aplicado en Guatemala contra estos grupos. Ahora bien, de la factualidad de esta articulación contradictoria entre guerrilla y comunidades indígenas no se sigue mecánicamente que los habitantes del altiplano guatemalteco de conjunto hayan suscrito el marxismo como horizonte último de explicación del mundo –como en alguna medida hubiera deseado la dirigencia guerrillera– sino más bien, habría que hablar de cierto nivel de simpatía con las ideas generales de liberación y autodeterminación que eran predicadas por el EGP y las otras organizaciones guerrilleras. Consecuentemente, en la simpatía y la colaboración concreta con la guerrilla no participaban de forma orgánica todos los miembros de estas comunidades. Esta lógica determinó en última instancia que sectores importantes del campesinado pobre indígena del altiplano quedara en la mitad de un fuego cruzado entre el ejército guatemalteco y las distintas organizaciones guerrilleras. Sin embargo, esta constatación positiva no implica de ninguna forma que acá se suscriba una versión centroamericana de la *teoría de los dos demonios*, o de cualquier idea que intente homologar el carácter de la violencia guerrillera con respecto al terror de estado practicado por los distintos gobiernos militares de Guatemala. De lo que se trata es de señalar que indefectiblemente en la práctica guerrillera se trasvasaba una dosis significativa de

colonialismo, en la medida que la guerrilla presuponía que la única forma real de libertad para las comunidades indígenas pasaba porque asimilaran sus ideas marxistas revolucionarias. Es claro entonces que lo excluido en ambos esquemas de pensamiento, tanto en el de la guerrilla como en el del ejército, es la posibilidad de reconocer la epistemología indígena como una forma válida de estar en el mundo. Quizás es justamente esa incapacidad la que obliga al sujeto indígena al hermetismo en relación a su verdadero pensamiento, idea que recorre precisamente el testimonio de Rigoberta Menchú, que podría ser considerado como el producto cultural más significativo de la dialéctica entre la guerrilla y las sociedades del altiplano guatemalteco:

Nosotros los indígenas hemos ocultado nuestra identidad, hemos guardado muchos secretos, por eso somos discriminados. Para nosotros es bastante difícil muchas veces decir algo que se relaciona con uno mismo porque uno sabe que tiene que ocultar esto hasta que garantice que va a seguir como una cultura indígena, que nadie nos puede quitar. Por eso no puedo explicar el nahual pero hay ciertas cosas que puedo decir a grandes rasgos. (41)

En resumen, la declaratoria de las comunidades indígenas como sujeto histórico de la revolución guatemalteca por parte del EGP, si bien es cierto significa cierto desplazamiento del eurocentrismo propio del marxismo, no representa necesariamente una apertura horizontal en términos ideológicos, pues la guerrilla continúa pensándose a sí misma como la única portadora auténtica de la *verdad* histórica. A la guerrilla no le interesan los *secretos* de las comunidades indígenas porque los considera supersticiones premodernas.

Más adelante en el ensayo, Payeras intenta sistematizar teóricamente lo que fuera el desarrollo histórico específico de la guerrilla, es decir, propone la práctica concreta del EGP como modelo de construcción de guerrillas. De esta manera, el desarrollo de la práctica guerrillera inicia por la implantación del foco, luego se avanza hacia una generalización de la guerra de guerrillas que debe derivar en la posibilidad de disputar las masas al poder hegemónico, finalmente esta disputa debe abrir espacio para la consolidación territorial de un nuevo poder local. A su vez, cada etapa se divide en distintas fases, según las tareas necesarias para cambiar la correlación de fuerzas que existe: “propaganda armada, autodefensa, hostigamiento o aniquilamiento de la fuerza viva enemiga, construcción de poder local revolucionario. . .” (14). Durante el periodo de tiempo comprendido entre 1972 y 1979 –etapa de implantación– la tarea fundamental de la guerrilla fue vincular en términos políticos y organizativos al sector que pensaba era la base social del proyecto revolucionario. Una cantidad importante de este trabajo tenía un carácter clandestino, aunque con algunas apariciones públicas que se juzgaban necesarias. Esta incorporación de los indígenas del altiplano –semi-campesinos, semi-proletarios– determina en el pensamiento de Payeras, la aparición de una nueva categoría político militar que es la *base de apoyo*. Mediante la adquisición de ésta se logró un acelerado desarrollo de la guerrilla en las zonas selváticas y montañosas de la Sierra de los Cuchumatanes, por cuanto la base de apoyo resolvía necesidades básicas como la información, el suministro y el reclutamiento militar. Sobre la facción urbana y suburbana del EGP, el ensayo señala que éstas no desarrollaron una estrategia real de cooptación de apoyo popular, sino que sustentaron su actividad en los propios recursos internos y en la capacidad conspirativa de sus miembros. Esta suerte de aislamiento terminó creando un aparato político-militar relativamente autosuficiente

que de forma práctica substituyó a las masas como protagonistas de su propio destino político y esto a su vez determinó que se alimentara y reprodujera a sí mismo:

El vínculo con las masas tenía lugar en el nivel del reclutamiento individual, o en calidad de colaboración, y en el nivel de la propaganda armada y escrita. La acción militar en ambos planos estratégicos *se despliega sobre la base del aparatismo*, teniendo como objeto el sabotaje y el ataque al poder local enemigo, en el llano, y las acciones ejemplares y las recuperaciones económicas, en la ciudad. (17)

Así las cosas, la diferencia fundamental entre la práctica guerrillera en las montañas con respecto a la de las zonas urbanas y suburbanas, es que la primera sí logra una vinculación efectiva con sus bases sociales, mientras que la segunda sustenta su actividad al margen de la vida cotidiana de las masas. Payeras sostiene que esta es la razón por la que la línea política de intervención urbana y suburbana se vuelve contradictoria, por cuanto las acciones ejemplares sostenidas exclusivamente en el aparato agudizan el ambiente represivo por parte del Estado, lo que inhibe el desarrollo de la lucha política de masas: las masas pasan a ser testigos mudos del enfrentamiento militar entre dos fuerzas con las que no se identifican.

El texto abre una nueva etapa histórica en 1979 extendida hasta 1981, que equivale a la generalización de la guerra de guerrillas. En esta etapa, la tarea revolucionaria fundamental es: “. . . pasar al ataque de la fuerza viva enemiga, conducir el movimiento de masas y hacerlo coherente con la acción militar, construir la alianza con las fuerzas democráticas, abrir el frente político-diplomático y darle expresión orgánica y práctica a la unidad de las fuerzas revolucionarias” (18). En esta designación de las tareas de la etapa no deja de resonar el eco de la

Revolución Sandinista y de la estrategia de la Tendencia Insurreccional. En esta etapa, la organización de las estructuras se empieza a especializar en el EGP y se comienzan a crear frentes guerrilleros –similares a los creados por los sandinistas– que se delimitan los unos de los otros en relación al territorio en que se movilizan, así como en sus bases de apoyo. Ya para 1979 y 1980 se activan definitivamente y con capacidad ofensiva los frentes guerrilleros de la ORPA en la Sierra Madre, desde San Marcos hasta Chimaltenango, así como las FAR, fundamentalmente en la zona del Petén. La ofensiva guerrillera es descrita por Payeras en los siguientes términos: “El ataque a la fuerza viva enemiga tiene lugar entonces en las tres cuartas partes del territorio nacional. Son operaciones de hostigamiento, a nivel de escuadra o pelotón, basadas en infantería que cuenta con fusilería y explosivos, y que generalmente se producen sobre las vías de comunicación” (19). En esta etapa también, en cierta sintonía con el triunfo sandinista, el movimiento popular urbano tiene un crecimiento importante, con luchas de carácter económico y político en zonas centrales de la producción. En general, las formas de lucha del movimiento son: el paro laboral, la ocupación de centros de trabajo, las marchas, así como la ocupación de embajadas y edificios gubernamentales. Fue precisamente durante este periodo histórico que ocurriera la matanza en la embajada española en Ciudad Guatemala el día 31 de enero de 1980, con el resultado de 37 personas muertas, incluidos miembros de la delegación diplomática española, políticos guatemaltecos, estudiantes y militantes indígenas campesinos, entre estos últimos el padre de Rigoberta Menchú. La confluencia de estos dos factores, de la generalización de la guerra de guerrillas con el ascenso del movimiento popular, obligó a las distintas organizaciones revolucionarias a buscar la unidad operativa y por la tanto la formulación de una estrategia conjunta que sería *la guerra popular revolucionaria*. El programa político mínimo de esta unificación tenía dos puntos fundamentales: “El proyecto político

inmediato de este frente revolucionario es el derrocamiento del gobierno de turno y la instauración de un gobierno revolucionario, popular y democrático” (20). Nuevamente, el programa de lo que llegaría a ser la URGN –fundada en el 82– tiene similitudes importantes con el programa sandinista, sobre todo en el énfasis en el carácter democrático y no socialista de la revolución.

Ya para la primera mitad de 1981 el EGP se planteaba entrar en una nueva etapa de desarrollo: la de disputa de masas, territorio y poder local. Para realizar esto era necesario ejecutar dos tareas, una de carácter militar y otra de carácter político. La primera de ellas consistía en implementar formas insurreccionales de lucha en la ciudad, así como hacer avanzar los frentes guerrilleros de la montaña, de unidades de combate irregular a fuerzas militares regulares capaces de liberar y defender territorios concretos, a su vez, este territorio liberado debía funcionar como la retaguardia de estas mismas fuerzas militares regulares. La tarea política consistía en la construcción de un frente nacional de oposición que: “. . . convirtiera al movimiento revolucionario en una alternativa interna de poder y que el plano externo le conquistara la calidad de la beligerancia” (20). Durante el primer semestre de 1981, el movimiento revolucionario guatemalteco logra saltos de calidad importantes y en gran medida logra cambiar el balance de fuerzas y ponerse a la ofensiva. Se profundizaron las emboscadas y el hostigamiento, a la vez que el ejército guatemalteco era objeto de un ataque militar sistemático. Incluso en este momento histórico peligró el control por parte del Estado guatemalteco de trechos significativos de la Ruta Panamericana, lo que hubiese significado el bloqueo de la capital. Sin embargo, para el segundo semestre de 1981 comienza una contraofensiva general del ejército que tiene como epicentro la capital.

Hasta este momento del ensayo, lo que ha hecho Payeras es describir el despliegue estratégico de la guerrilla, a partir de ahora, lo que iniciará es la descripción del despliegue estratégico de la contrainsurgencia. El ensayo también divide el desarrollo de la estrategia del ejército guatemalteco en etapas. La primera de ellas transcurre entre 1974 y 1978 y puede ser considerada como un periodo de construcción del aparato contrainsurgente. Con esta intención, cuadros militares son enviados a distintos centros de entrenamiento auspiciados por gobiernos como el de los Estados Unidos, Israel, Argentina o Chile. También se levantan infraestructuras en zonas clave y se comienzan a modernizar y a adaptar las herramientas militares –armas, transportes, comunicaciones– a la situación geográfica específica de Guatemala. La segunda etapa inicia en 1978 y se extiende hasta 1980 con el objetivo central de: “. . . desorganizar y neutralizar a las fuerzas populares y democráticas, para debilitar y aislar a las fuerzas revolucionarias, privándolas de sus aliados naturales en el interior del país” (23). Es en este momento del despliegue estratégico contrainsurgente que se comienza a poner en práctica el genocidio como política de Estado: en mayo de 1978 en Panzós, un pequeño pueblo de mayoría indígena en el departamento de Alta Verapaz, son exterminados 100 indígenas de origen kekchí. Asimismo, en los centros urbanos, empieza el asesinato y secuestro selectivo de todos los líderes y activistas de las organizaciones populares y de los partidos democráticos. Como se apuntara, a partir del segundo semestre de 1981, el ejército inicia una contraofensiva general. Para Payeras, el propósito de la misma es: “. . . impedir los objetivos de las fuerzas revolucionarias, consistentes en crear las condiciones para la liberación de territorio en áreas determinadas del país” (23). Precisamente, en el último trimestre de 1981 se inicia la parte más brutal de la ofensiva del ejército guatemalteco con el intento de desarticular los frentes del altiplano, zona donde se concentraba el grueso de las fuerzas guerrilleras y sus bases de apoyo más

desarrolladas. Esta estrategia militar ha pasado a la historia como *quitar el agua al pez*, siendo el pez la guerrilla y el agua las comunidades indígenas del altiplano. Payeras la describe en los siguientes términos:

Para lograr su objetivo emplea a fondo a sus fuerzas militares contra la base de apoyo y contra la población en general, exterminándola en masa o selectivamente, obligándola a refugiarse en las montañas, forzándola a desplazarse del teatro de operaciones e incluso fuera del país y haciendo que quienes permanecen en las localidades se incorporen mediante el terror a patrullas civiles o se reconcentren en los llamados Polos de Desarrollo. (24)

Quizás una de las representaciones más significativas de la brutalidad del ejército guatemalteco en su represión de las comunidades indígenas sea el polémico capítulo XXIII del testimonio de Menchú, donde se narran las múltiples torturas y el asesinato de su hermano y de otros indígenas acusados de colaboración, durante una sesión pública de castigo ejemplarizante:

El capitán se concentró en explicar cada una de las torturas. Esto es perforación de agujas, decía. Esto es quemazón con alambres. Así explicaba cada una de las torturas y de los torturados . . . El caso de mi hermanito, estaba cortado en diferentes partes del cuerpo. Estaba rasurado de la cabeza y también cortado de la cabeza. No tenía uñas. No llevaba la planta de los pies . . . Entonces los pusieron en orden y les echaron gasolina. Y el ejército se encargó de prenderles fuego a cada uno de ellos. Muchos pedían auxilio. Parecían que estaban medio muertos cuando estaban allí colocados, pero cuando empezaron a arder los

cuerpos, empezaron a pedir auxilio. Unos gritaron todavía, muchos brincaron pero no les salía la voz. Claro, inmediatamente se les tapó la respiración. (203-204)

En 1983 tiene lugar la penúltima fase de la estrategia contrainsurgente que tiene como propósito: “. . . cumplir la búsqueda y destrucción de las unidades militares revolucionarias, incluyendo sus campamentos y puestos de mando” (24). Payeras destaca que este objetivo no logra ser consumado por el ejército, pues las distintas unidades guerrilleras logran resistir, aunque en una posición defensiva. En 1984, sin haber terminado con la fase precedente, comienza un proceso de legitimación institucional y de restauración de las relaciones internacionales, es decir, el Estado luego de devenir un aparato de terror intenta volver a la normalidad institucional. Al terminar la caracterización de los agentes en conflicto –la guerrilla versus la contrainsurgencia– Payeras especifica la estrecha dialéctica entre ambos:

En síntesis, al carácter político-militar de la estrategia revolucionaria, el enemigo opone una guerra que intenta combinar la acción militar con reformas políticas y económicas; a la concepción de los tres planos estratégicos opone ofensivas de envergadura nacional, planificadas en fases y articuladas en campañas con desarrollo sucesivo; a la estructuración guerrillera por frentes opone contramodelos estructurales y operacionales de dislocación y redislocación; al poder local revolucionario que deviene masivo, opone el genocidio, la tierra arrasada, las patrullas civiles, las aldeas modelo y los planes locales de reformismo socio-económico; a los intentos de formar una amplia unidad revolucionaria, popular y democrática opone el estado de sitio, las pseudo aperturas políticas o los eventos electorales; a la solidaridad internacional opone la cooperación

militar y el respaldo político diplomático del imperialismo y sus aliados internacionales, y le disputa el terreno a la revolución en las alianzas recomponiendo sus relaciones. (27)

Los últimos apartados del ensayo están dedicados a sintetizar en forma de balance crítico la multiplicidad de aspectos tratados con anterioridad, por un tema de orden, se organizarán las conclusiones en forma de enumeración.

1) Las fuerzas revolucionarias no fueron capaces de hacer frente a la ofensiva contrainsurgente del ejército guatemalteco, lo que determinó un desplazamiento del factor militar como eje de la lucha de clases.

2) Según datos de la Conferencia Episcopal de 1982, recogidos por Payeras, luego de 2 años de ofensiva contrainsurgente los resultados son los siguientes: 35 mil muertos, 900 mil personas agrupadas en patrullas civiles, 18 mil habitantes reconcentrados en aldeas modelo, 46 mil refugiados en México y 1 millón 200 mil desplazados internos. Se sabe, que los datos crecieron de forma significativa con los años y el Informe de Recuperación de la Memoria Histórica³⁰ señala cerca de 200 mil muertos y 45 mil desaparecidos.

3) Una de las limitaciones fundamentales de las fuerzas revolucionarias fue no superar el punto de vista foquista. En término políticos esto significó seguir presuponiendo que: “. . . un puñado de revolucionarios, dispuestos a tomar las armas, es capaz, si se guía por determinados principios del arte militar irregular, de construir formaciones guerrilleras suficientes para derrotar al ejército enemigo, generando con su acción el surgimiento o el desarrollo de las condiciones subjetivas que son necesarias para el triunfo de la revolución” (29).

30 En: <http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/guatemala/informeREMHI.htm>

Es claro acá, que la crítica de Payeras va dirigida a algunos de los principios del guevarismo. Sobre la debilidad militar del foquismo, Payeras es enfático:

En el plano militar, el foquismo se caracteriza por la visión voluntarista y simplista que hace énfasis en el arte operativo en detrimento de la táctica y más aún de la estrategia; que subestima el problema de las estructuras militares y considera que los órganos de conducción estratégica son superfluos, afirmándose en el empirismo y desestimando el papel de la doctrina, de la ciencia militar y de la técnica en la guerra; que no se percató de su ignorancia acerca de su adversario y considera que en base voluntad y decisión se pueden suplir los factores de que imprescindiblemente requiere la guerra como arte. (30)

4) El verdadero salto de cantidad en cualidad de la lucha revolucionaria guatemalteca se realizó en los factores propiamente políticos lo que creó la apariencia de una alternativa al poder.

5) El hecho de que la revolución guatemalteca tomara la forma de guerra significó que la debilidad militar de la guerrilla fuera determinante.

A partir de este diagnóstico político se vuelve más transparente la decisión de Payeras de abandonar el EGP y buscar nuevos horizontes organizativos. Para el guatemalteco, ya en 1984 era claro que la estrategia esencialmente militar con la que se habían construido las distintas instancias guerrilleras había determinado que el proceso revolucionario en sí tomara la forma de una guerra más bien clásica, y esto significaba en los hechos que la posibilidad de tomar el poder del Estado pasaba por derrotar físicamente al ejército, situación que como se viera, no era realista. De alguna forma, este callejón sin salida se explicaba en el fallido intento de la guerrilla de involucrar decisivamente a las masas guatemaltecas a su favor.

Mujeres en la alborada (1998) es un testimonio de Yolanda Colom publicado en 1993 que narra sus experiencias como militante del EGP entre 1973 y 1978, es decir, temporalmente cubre casi el mismo transcurso que *Los Días de la Selva*. No viene al caso a esta altura del capítulo recorrer de forma pormenorizada el texto en sus líneas macrohistóricas, como se hiciera con la textualidad de Payeras, sino que pareciera más ilustrativo usar el testimonio de Colom como un mecanismo de recuperación de elementos microhistóricos relativos a la praxis guerrillera, así como una forma de observar algunas características específicas de la participación de las mujeres en la lucha revolucionaria guatemalteca.

“Lenguas, sangres y orígenes” es uno de los capítulos intermedios del libro de Colom y narra algunos de los problemas de socialización y convivencia surgidos al interior del núcleo guerrillero en las montañas debido a las diferencias de naturaleza étnica, sexual y de clase. La temporalidad de la narración es mediados de los 70, esa zona gris de la construcción del EGP, entre la acumulación de fuerzas en secreto y las primeras apariciones públicas. Al respecto de la relación entre indígenas y mestizos (o ladinos, para usar el término culturalmente guatemalteco) Colom –quien es una ladina educada de la capital– señala que su proceso educativo no fue necesariamente distinto del resto. A pesar de que su familia le enseñara a respetar a los indígenas, de conjunto su socialización tendía a comprenderlos como personas menos inteligentes y necesitadas de protección y conducción. No fue sino hasta su ingreso en el destacamento de la montaña que tuvo la oportunidad de convivir y trabajar junto a ellos. Una de las problemáticas centrales de origen étnico era la desconfianza de los militantes indígenas para con los ladinos, que se originaba en la doble condición de los primeros, tanto como explotados, como oprimidos. Esta situación generaba una suerte de dilema en relación a cuáles diferencias priorizar por parte de los indígenas, en otras palabras, un ladino de origen intelectual en la

montaña podría ser categorizado como un opresor, pero no como un explotador. Esta ininteligibilidad en las relaciones sociales era parte de la cotidianidad del campamento. También entre los militantes indígenas del EGP había diferencias generacionales que determinaban aspectos generales de la personalidad. A los mayores, parecía serles más difícil entrar en la lógica de confrontación de la crítica y la autocrítica, y en ocasiones tenían reparos de origen religioso en la aplicación de la violencia en combate. Sin embargo, eran también los mayores quienes tenían un mayor grado de confluencia con las comunidades, lo que les permitía persuadirlas de la necesidad de luchar. Los jóvenes, al contrario, parecían tener una tendencia natural a establecer relaciones horizontales con los ladinos, así como una carencia de raigambre religiosa. Su debilidad era justamente el poco conocimiento que tenían de sus culturas y comunidades. En ocasiones, surgían problemas vinculados a la pertenencia a distintos grupos étnicos, pues como se sabe, en Guatemala existen al menos 22 etnias indígenas, cada una con una lengua específica. En su mayoría, los problemas nacían del hecho de establecer una lealtad interétnica por encima de la lealtad a la organización revolucionaria. Yolanda Colom narra que hasta la forma misma de hablar por momentos se convertía en un abismo cultural: “Los compañeros indígenas hablaban suave y quedo; eran parcos y modestos al expresarse, aun cuando hubieran tenido una actuación valiente o destacada. No resaltaban su individualidad” (128). Al contrario, al expresarse, los ladinos tenían una tendencia a la exaltación personal: “En cambio, numerosos compañeros ladinos dramatizaban cuando informaban o se expresaban verbalmente; adornaban los acontecimientos, eran repetitivos o exageraban los hechos para resaltar peligros, dificultades y desempeños propios” (129).

Desde la perspectiva de las mujeres, el texto indica que una de las dificultades esenciales era el tener que lidiar con el machismo y conducta patriarcal propia de los militantes de origen

campesino. Una de las manifestaciones de este comportamiento era la subestimación y recelo al respecto del desempeño de las compañeras del campamento. Colom reconoce que a pesar de que estos problemas eran abordados de forma colectiva y la participación de las mujeres era impulsada por la dirección, en la práctica existían remanentes patriarcales: “Las costumbres del pensamiento sedimentadas por años y generaciones, mostraban ser más tenaces que nuestras ejecuciones, que nuestras certezas recién adquiridas y que nuestros ideales comunes por una sociedad nueva” (130). Dentro del núcleo guerrillero existían militantes indígenas que provenían de comunidades donde la poligamia era practicada e incluso una marca de prestigio social. Otros, venían de comunidades en que se practicaba la compra y venta de mujeres para el matrimonio. A su vez, para muchos miembros ladinos de la capital o la costa la prostitución era la forma *normal* de las relaciones sexuales entre géneros y ser conocedor en ella era también una marca de masculinidad. Finalmente, existían guerrilleros venidos de comunidades en las que ni siquiera existía el concepto de prostitución o pornografía. Al respecto de todas estas contradicciones Colom se pregunta:

¿Correspondía darle a la transformación en esta dimensión –donde más que la razón, entran en juego los instintos, los sentimientos y las costumbres generacionales–, el mismo énfasis que a lo referente a la conciencia de clase, al espíritu combativo frente al adversario, a la actitud de servicio hacia pueblo, a la entrega ilimitada que la pertenencia al destacamento exigía? Sencillamente era imposible. Humana, cultural y políticamente estaba fuera de nuestro alcance. Los ritmos de la conciencia no dan para tanto. Lo que se lograba al pretenderlo era abrumar y confundir. De hecho era ponernos una camisa de

fuerza. Por experiencia y conservadurismo lo intentamos al principio, asumiendo como cultura y moral deseables las de unos pocos. (132)

Es significativa la forma en que Colom decide asumir toda esta serie de contradicciones. Por un lado, descarta la posibilidad de resolverlas prácticamente dentro de las limitaciones espacio temporales de un núcleo guerrillero en medio de la inmensidad selvática guatemalteca, por otro lado, señala la posibilidad de que las formas culturales y morales *prescritas* en las prácticas revolucionarias vinculadas al marxismo no sean las únicas posibles o deseables.

Según Colom, tarde o temprano se establecían relaciones sexuales y afectivas (heterosexuales, el texto no menciona ningún aspecto homosexual, probablemente aún tabú dentro de una guerrilla centroamericana a mediados de los 70) entre los miembros de la guerrilla. En los hechos, Colom sería compañera de Payeras durante largos años y a su muerte se convertiría en la editora de sus libros. Estas relaciones contaban con un pequeño margen de privacidad, por cuanto debían ser informadas al resto de la colectividad y a los organismos pertinentes. El embarazo estaba prohibido y para prevenirlo se hacían escuelas de formación sexual y se distribuían anticonceptivos. La ausencia de una privacidad real se convertía en ocasiones en un problema para las parejas que pretendían mantener relaciones sexuales:

Las parejas, por ejemplo, raramente podíamos acomodarnos solas en algún lugar, o éste tenía tan próximos a los demás que resultaba simbólica nuestra privacidad. Y no pocas veces, durante días y semanas, dormíamos en champas colectivas muy juntos unos de otros porque era la única manera de soportar el frío; o porque el terreno nos obligaba a

ello. De manera que amores, discusiones personales, estados de ánimo, eran presenciados por la colectividad. (135)

4.3 LO QUE NO AVANZA, RETROCEDE

Es necesario ahora regresar a Nicaragua para repasar, aunque sea sucintamente, esos 11 años transcurridos desde el *formidable desorden* de liberación nacional en 1979 hasta la entrega del poder por parte de los sandinistas a Violeta Chamorro en 1990. Con este gesto de respeto y de regreso a las instituciones de la democracia liberal es que se cierra entonces el *siglo revolucionario centroamericano*.

Una de las primeras contradicciones surgidas en el proceso nicaragüense post 1979 tenía relación con su carácter político. ¿La revolución debía avanzar hacia el socialismo o debía detenerse al destruir la dictadura y construir una sociedad democrática con una economía de mercado? Esta pregunta era de naturaleza urgente puesto que los sucesos revolucionarios y las condiciones históricas específicas de Nicaragua habían determinado que la destrucción de la dictadura era equivalente a la destrucción del Estado en sí. Frente a esta disyuntiva, tanto la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, como la dirección sandinista se convirtieron en espacios de mediación entre las clases y sus intereses. Contrario a cualquier mitología foquista, el triunfo de la Revolución Sandinista solamente es explicable como la conjunción entre una dirección político militar –legitimada por casi 20 años de lucha continua contra la dictadura– y una insurrección popular masiva que significó a su vez una explosión de democracia de base. Sobre esto último, señala Ramírez Mercado lo siguiente en relación a los primeros meses posteriores a la toma del poder:

. . . cuando no teníamos ni ejército regular, ni policía, cuando muchos ministerios y entidades estatales estaban aún sin cabeza . . . las columnas guerrilleras ejercían múltiples funciones en los lugares donde se habían asentado, y sus jefes no solo tomaban medidas de reforma agraria, sino que también juzgaban, celebraban matrimonios, establecían listas de precios y castigaban la usura y el agiotismo. (*Las armas del futuro* 174)

Esta dinámica de democracia directa fue vista con recelo por parte de los sectores propietarios que los sandinistas habían incorporado a la Junta de Gobierno y aún por algunos sectores propios del FSLN que abogaban por la necesidad de centralizar las funciones estatales y delimitar las potestades políticas de las masas. No tardarían pues en aparecer el Ejército Popular Sandinista (EPS) y la Policía Sandinista (PS). Este movimiento político ideológico de la dirigencia sandinista en la dirección de la democracia liberal representativa es explicable también si se toman en cuenta los múltiples acuerdos interclase que se habían establecido con distintas instancias exteriores en el momento de buscar la legitimidad internacional. Quizás uno de los momentos fundamentales en esta oscilación política de los sandinistas fue el desarme de todas aquellas organizaciones y milicias populares revolucionarias independientes que observaban con desconfianza la presencia de capitalistas en la Junta de Gobierno. Dos casos son los paradigmáticos. El primero de ellos fue la represión del Movimiento de Acción Popular (MAP) de origen maoísta, al que el sandinismo le clausura sus medios de prensa, así como lo obligara a la disolución de sus Milicias Populares Antisomocistas (MILPAS). El segundo, corresponde a la también represión ejercida en contra de la Brigada Simón Bolívar (BRS), una suerte de reedición de las brigadas internacionales que combatieran en la Guerra Civil Española, compuesta por

militantes nicaragüenses y latinoamericanos influenciados por el trotskismo. Ya para agosto de 1979 la dirigencia del FSLN decretaría su ilegalidad y comenzaría una campaña de deportación de los militantes de la BRS que no fueran nicaragüenses. Muchos de estos compartirían la cárcel con presos afines al somocismo. Sin embargo, y a pesar de estos gestos que intentaban ser tranquilizadores, la alianza política entre la dirección sandinista y los miembros propietarios de la Junta de Gobierno no tardaría en desaparecer. Para mediados de 1980 dos de sus miembros, Alfonso Robelo y Violeta Chamorro habían renunciado bajo el argumento velado de que la concentración de poder real que existía en la figura de Daniel Ortega rompía las bases de la unidad nacional. Es también en este mismo periodo, justo después de la Cruzada Nacional de Alfabetización, que la dirección sandinista toma la decisión de aplazar las elecciones y la formación de una Asamblea Constituyente al menos hasta 1985. Esta decisión significó un letal error de táctica política, pues sectores importantes de la sociedad nicaragüense vieron en ella un nuevo aplazamiento de las libertades democráticas a las que aspiraban luego de décadas de dictadura.

El inicio de las hostilidades por parte de Estados Unidos en contra de Nicaragua data de 1981, durante la administración de Ronald Reagan, y se justificaba en la concepción de que la Revolución Sandinista se había convertido en un factor de polarización política en Centroamérica, donde había procesos abiertos de lucha revolucionaria en Guatemala y en El Salvador. Este comienzo de las actividades militares de la contrarrevolución es descrito por Carlos Figueroa Ibarra:

En diciembre de 1981 la CIA recibió instrucciones y 19 millones para operar en Nicaragua. En el verano de 1982 las fuerzas irregulares, con santuario en Honduras y

parcialmente en Costa Rica operaban libremente. A fines de este año Estados Unidos construyó siete pistas y dos bases militares en Honduras, activó los grupos de oposición en el interior con poco éxito y luego de la invasión exitosa de Granada (octubre de 1983) inició el minado de puertos nicaragüenses (abril, mayo de 1984). (69)

Si bien es cierto la Contra (el ejército paramilitar creado por Estados Unidos para luchar contra el gobierno sandinista) llegó en determinados momentos, en los alrededores de 1983, a convertirse en una enorme fuerza militar con alrededor de 15 mil efectivos, con capacidad de reclutamiento en sectores campesinos e indígenas, nunca llegaría a convertirse en una amenaza real al poder militar de los sandinistas, quienes mediante la implementación del Servicio Militar Patriótico y de otras medidas de naturaleza semejante lograría contener los avances de la misma. Las elecciones de 1984 en las que triunfara el FSLN con más del 65% de los votos usando la fórmula Daniel Ortega - Sergio Ramírez supondría una nueva oleada de sucesos dentro del proceso nicaragüense. A pesar de que el abultado triunfo sandinista implicaba el respaldo popular a la revolución, el boicot por parte de la oposición aglutinada en la Coordinadora Democrática Nicaragüense y la negación a reconocer el resultado por parte de Estados Unidos – que iniciaría una serie de medidas económicas represivas– ensombrecería a la larga la victoria electoral. Todos los efectos de la guerra y del intervencionismo norteamericano se dejaron sentir profundamente en la economía en forma de desabastecimiento, inflación y pobreza generalizada. Los datos inflacionarios aportados por Figueroa Ibarra son dramáticos: “Por ejemplo, la tasa de inflación en 1984 era del 345% en relación al año anterior y llegaría a adquirir niveles verdaderamente catastróficos pues en 1986 subió al 747%, en 1987 al 1.347% y en 1988 al 3.602%” (71). Fue en gran medida la combinación de estas dos situaciones, la necesidad de

acabar el enfrentamiento interno y la obligación de mejorar las condiciones materiales de vida de las masas, lo que obligó a los sandinistas a aceptar los acuerdos trazados en Esquipulas II en 1987 y consecuentemente sentarse a negociar con la Contra. Para 1989, los datos de 8 años de guerra interna eran también dramáticos: 29 mil muertos y al menos 28 mil heridos y mutilados.

El año de 1990 es el último del que se ocupa este recorrido por las narrativas comunistas centroamericanas. Hay convocatoria a elecciones en Nicaragua. Dos fuerzas políticas se miden en el terreno de la democracia representativa por el control del Gobierno y por la capacidad de dirigir el Estado: los sandinistas nuevamente tendrían como candidato a Daniel Ortega y una amplia masa de oposición se aglutinaría alrededor de la Unión Nacional Opositora (UNO) encabezada por Violeta Chamorro, viuda del dirigente y periodista Pedro Joaquín Chamorro, asesinado hacia el final de la dictadura somocista. A pesar de la situación desesperada de desabastecimiento y guerra que transcurría en Nicaragua al menos desde 1981, la dirigencia sandinista confiaba en la victoria electoral basada en un supuesto respaldo incondicional de los pobres. Esta confianza se sostenía también en las multitudinarias concentraciones previas a las elecciones. El acto de cierre de campaña de los sandinistas es narrado por Sergio Ramírez en *Adiós Muchachos* (2011):

El 21 de febrero de 1990, aniversario de asesinato de Sandino, celebramos nuestra concentración de cierre de campaña en la plaza junto al Lago de Managua. Nunca antes se había reunido en el país una multitud semejante, y aquella prueba de fuerza terminó de convencernos de nuestra victoria. Tal como estaba apuntado en el guión, Daniel y yo caminamos hasta el extremo del muelle que desde la tarima entraba en la multitud, y allí,

entre gritos y aplausos que se perdían en la distancia, chocamos la mano como señal inequívoca de que el triunfo estaba asegurado. (275)

Lo que los sandinistas no lograban ver a través de la conglomeración de gentes era el desgaste de años y la desesperada necesidad de las masas populares de que la guerra acabara y de que se suspendiera definitivamente el Servicio Militar Patriótico de carácter obligatorio para todos los jóvenes de entre 17 y 25 años. Como reconoce el mismo Ramírez Mercado: “Al final de cuentas, fue el peso de la guerra lo que marcó la derrota de 1990” (275).

En *Repetir Lenin* (2004), Žižek presenta una serie de ideas que podrían ser útiles al momento de tratar de esclarecer algunos rasgos generales de la Revolución Sandinista y explicar parcialmente su derrota, aunque es necesario aclarar que la discusión que Žižek está planteando es relativa a algunos de los textos escritos por Lenin en el periodo entre revoluciones (febrero y octubre de 1917). Lo que señala Žižek es que si se analizan estos textos, es posible observar la insistencia de Lenin en que la situación política rusa de este periodo tiene una condición paradójica:

Este desajuste es el desajuste entre la revolución en tanto que explosión imaginaria de libertad en pleno entusiasmo sublime, en tanto que momento mágico de solidaridad universal cuando *todo parece posible*, y el duro *trabajo* de reconstrucción social que hay que realizar si esta explosión entusiasta pretende dejar huellas en la inercia del propio edificio social. (10)

Zizek piensa que la conciencia de este desajuste y una propuesta para resolverlo son parte de los aportes decisivos de Lenin a la teoría revolucionaria:

. . . la lección fundamental de *materialismo* revolucionario que nos da [Lenin] es que la revolución debe golpear dos veces, y por motivos esenciales. El desajuste no es simplemente el desajuste entre forma y contenido, dado que en lo que falla la *primera revolución* no es en el contenido, sino en *la forma misma*: sigue atascada en la vieja forma, en la idea que la libertad y la justicia se pueden lograr simplemente haciendo uso del aparato estatal ya existente y de sus mecanismos democráticos. (11)

Estos dos momentos, la revolución como explosión imaginaria de libertad y el duro trabajo de reconstrucción social, son plenamente identificables en el proceso nicaragüense, incluso podría intentarse ubicarlos temporalmente. El primero de ellos, la etapa propiamente insurreccional correspondería al menos desde mayo de 1977 hasta julio de 1979, el segundo, la guerra civil y la crisis económica, desde diciembre de 1981 hasta febrero de 1990. Ahora bien, dentro de este marco conceptual, el gran problema de la Revolución Sandinista es que tan solo fue capaz de golpear una vez, es decir, tuvo la capacidad de destruir el régimen de Somoza, pero fue incapaz de construir nuevas formas de organización política de la sociedad. Incapaz por al menos dos razones fundamentales, una de naturaleza interna y otra de naturaleza externa. La causa externa de la derrota revolucionaria es casi obvia, el país más poderoso y rico del mundo utilizó todos los mecanismos a su alcance, tanto militares como económicos, con la intención de evitar que en Nicaragua surgiera un tipo de sociedad nueva que hubiera desestabilizado al resto de la región con un ejemplo de independencia y emancipación. Incluso en 1989, Estados Unidos

dirigió una invasión armada en Panamá con la intención de derrocar a Manuel Antonio Noriega – un antiguo colaborador entrenado por la CIA– que a todas luces debía ser interpretada como una reafirmación de su intención de intervenir, por medio de la violencia militar, cualquier intento político que no fuera acorde con sus intereses generales en Centroamérica. La causa interna es responsabilidad de la dirección sandinista. Por un tema casi de inercia histórica, toda la etapa insurreccional de la revolución significó el crecimiento acelerado de lo que anteriormente fuera llamado democracia de base. Dicho de otro modo, la incorporación de sectores de masas a la lucha revolucionaria –hecho decisivo fundamental del triunfo– implicaba de suyo el surgimiento de una conciencia colectiva revolucionaria que se desplegaba en la realidad a partir de formas de democracia directa. Eran estas formas y esta conciencia los potenciales cimientos de una forma política distinta que no podía dejar de ser socialista. Sin embargo, a este movimiento espontáneo de las masas en dirección de la democracia directa y de las medidas anticapitalistas, la dirección sandinista le opuso la centralización del Estado y el privilegio a los pactos hechos con los sectores empresariales y propietarios. No debe sorprender del todo entonces que en 1990 amplios sectores dejaran de sentirse representados por la fórmula electoral de los sandinistas.

En síntesis, si bien es cierto que la Revolución Sandinista significa un fracaso desde una perspectiva comunista, es cierto también que logró una conquista enorme: la soberanía, la independencia y la autodeterminación de Nicaragua.

5.0 CONCLUSIONES

Uno de los elementos más determinantes de nuestra época es la ruptura de la continuidad histórica entre las experiencias de lucha del presente con respecto a las experiencias de lucha del pasado, por sobre todo en relación al pasado más inmediato, ese que quedara contenido dentro de los 75 años conceptualizados acá como *el pequeño siglo XX*, espacio temporal que fuese testigo a su vez de los primeros intentos sistemáticos de superación de las clases sociales que dividen aún a la humanidad. Como resultado de esta ruptura, dos ideas relacionadas han ocupado el horizonte de la actividad humana colectiva. La primera de ellas, sostiene que el capitalismo en su vertiente más liberal enfocada en el libre mercado es la forma final de organización política humana y por tanto significa el fin de la historia (Fukuyama). La segunda de ellas, tiende a archivar la idea de revolución dentro del capítulo “totalitarismos” de la historia humana y por tanto condena como autoritario en potencia cualquier intento de transformación política de la actual configuración del poder mundial. Frente a la realidad social inmediata, el único camino posible para el sujeto es la aceptación pasiva del *status quo* y la naturalización del capitalismo y la democracia liberal como las únicas formas posibles de organizar la actividad humana general.

En contraposición a estas formas hegemónicas de la ideología en el capitalismo tardío, esta escritura e investigación se comprende a sí misma como un intento de recuperación de la conciencia del movimiento histórico, cuya primera y fundante afirmación es que los seres humanos tenemos la capacidad de modificar todo aquello que hemos creado, por tanto, podemos

decidir colectivamente –una vez más– intentar transformar las terribles condiciones de nuestro presente y superar el capitalismo y la búsqueda desesperada de una mayor tasa de ganancia como ejes de las formas de organización de nuestras sociedades. El capitalismo no es una ley de la naturaleza, como lo es la gravedad o la muerte, sino un constructo histórico humano que es susceptible de transformación y superación. La necesidad de vivir en una sociedad distinta a la impuesta por el orden capitalista global, apenas admite discusión y es especialmente clara en su expresión numérica. Los datos son recogidos por Badiou en *El siglo*:

2. Las tres personas más ricas del mundo poseen una fortuna total superior al producto interno bruto conjunto de los 48 países más pobres del mundo³¹. 3. Supongamos que se quiera dar a toda la población del mundo un acceso cuantificable a los alimentos, a saber, 2.700 calorías diarias, así como al agua potable y a los recursos sanitarios básicos; la suma total necesaria equivaldría más o menos a lo que los habitantes de Europa y Estados Unidos gastan anualmente en perfumes. 4. Si tomamos el 20% más pobre y el 20% más rico de la población mundial, en 1960 la franja superior tenía un ingreso treinta veces más alto que el de la franja inferior. En 1995, ese ingreso era ochenta y dos veces más elevado. (48)

Encontrar datos más actualizados es una tarea sencilla y no hace falta más que recurrir a las estadísticas proporcionadas³² por los organismos internacionales como la Organización de las Naciones Unidas. No obstante, los números proporcionados son suficientes para afirmar que las razones estructurales que explican el impulso revolucionario del siglo XX no han cambiado y

31 A excepción de Costa Rica, toda Centroamérica quedaría incluida en esta categoría.

32 <http://www.globalissues.org/article/26/poverty-facts-and-stats>

más bien se han profundizado de manera cada vez más dramática. Lejos está la utopía liberal de una sociedad estabilizada socialmente a través de los mecanismos autorregulatorios del mercado, y a pesar de las promesas vacías de los políticos y tecnócratas, el siglo XXI se muestra una vez más como un periodo de guerras, crisis y revoluciones, exactamente las mismas dinámicas a las que Badiou aludiera al caracterizar el siglo XX. Basta mencionar una limitada cantidad de eventos históricos para ejemplificar lo señalado. Escasamente 10 años después de la caída del *socialismo real*, Latinoamérica se vio sacudida por una violenta serie de rebeliones populares en contra de las consecuencias del neoliberalismo que barrieron gobiernos y reconfiguraron la política de la región hasta nuestros días. Las intervenciones militares de los Estados Unidos, ahora en calidad de única superpotencia, se han multiplicado y mantiene al menos tres frentes bélicos en Irak, Afganistán y Siria, lo que consecuentemente ha llevado a la desestabilización extrema de estas regiones y a la aparición de formas políticas radicalizadas, ultrarreaccionarias y brutales como el Estado Islámico. En 2008 y en contraposición a todos los dogmas de la economía hegemónica, estalló en Wall Street la peor crisis económica desde la década de los 30 y las consecuencias de ésta se siguen sintiendo globalmente en forma de recesión y desempleo masivo. Esta misma crisis hizo que el fantasma de la movilización social reapareciera en los Estados Unidos, luego de su largo letargo desde los 60 y mediados de los 70. Sin que nadie lo esperara y de la misma forma en que arde una hoguera en medio del desierto, el norte de África se incendió revolucionariamente y regímenes dictatoriales y obsoletos cayeron como fichas de dominó bajo el impulso de la movilización de masas. Las consecuencias del desequilibrio global llegarían también al corazón de Europa y a la considerada cuna de la civilización occidental en forma de severas políticas de austeridad, control del gasto estatal y privatizaciones, que han desatado una severa crisis social en Grecia y la aparición por primera vez en la Europa post

Guerra Fría de un gobierno nacional a la izquierda de la socialdemocracia. Finalmente, el más temido de los fantasmas “de esa perpetua y secreta guerra civil que llamamos Estados Unidos (Badiou:11)” –la lucha violenta en contra del racismo estructural– ha reaparecido con una inusitada fuerza y las consecuencias de esta reaparición son aún inciertas, pero de trascendental importancia en el futuro del país más rico y poderoso del planeta, pero a su vez uno corroído desde adentro por la opresión y la segregación racial, por sobre todo en contra de la comunidad negra.

Son todas estas circunstancias y otras más, las que parecen determinar un resurgir de la idea comunista en general y del marxismo en particular, como lo reconoce incluso la revista *TIME* en Marzo de 2013 con un artículo titulado “Marx Revenge: How Class Struggle is Shaping the World”:

Marx theorized that the capitalist system would inevitable impoverish the masses as the world's wealth became concentrated in the hands of a greedy few, causing economic crises and heightened conflict between the rich and working class . . . A growing dossier of evidence suggests that he may have been right. It is sadly all too easy to find statistics that show the rich are getting richer while the middle class and poor are not. (D'Amato 3)

Sin embargo, y en esto es necesario ser absolutamente claro y enfático, el resurgir de la idea comunista en general y del marxismo en particular no es ni de cerca un debate ni una práctica homogénea y unívoca, al contrario, es una dinámica llena de confrontaciones, debates y desacuerdos. Quizás sea oportuno recordar de la idea de Derrida relativa a la multiplicidad de fantasmas que recorren la figura histórica de Marx: “Los espectros de Marx. ¿Por qué este

plural? ¿Es que hay más de uno? Más de uno puede significar multitud, cuando no masas, la horda o la sociedad, o también alguna población de fantasmas con o sin pueblo, alguna comunidad con o sin jefe –pero también el menos de uno de la dispersión pura y simple– (17)”. En cierta forma, es alrededor de estas dos tendencias, la multitud plural y la dispersión pura y simple, que se mueve el legado teórico y práctico del marxismo. Una tercera tendencia que implicaría necesariamente la centralización de lo plural, en un intento por evitar la llana dispersión, y que no podría tener otra forma que la de una nueva Internacional Comunista, es aún un escenario incierto y su perspectiva supera los objetivos generales de esta investigación.

Ciertamente, es fundante en esta investigación la idea de que cualquier intento por repensar el comunismo como una alternativa al orden capitalista global pasa necesariamente por una reconstrucción y por una evaluación de las experiencias de lucha del siglo anterior. En otras palabras, antes de pensar las perspectivas actuales de prácticas de emancipación política sustentadas en la tradición comunista, es necesario hacer un balance crítico de lo que fuesen sus expresiones históricas concretas. Sin embargo, este ejercicio crítico no es posible realizarlo en un ambiente aséptico –como en un laboratorio– por fuera de las determinaciones materiales e ideológicas de nuestro contexto determinado, y por ende su misma formulación tiene necesariamente las características de un debate o de una confrontación: repensar el comunismo en la actualidad significa por sobre todo la constitución de una narrativa a contracorriente de las versiones históricas oficiales auspiciadas por el Estado y sus mecanismos ideológicos, que permita a las nuevas generaciones comprender que sus inquietudes y malestares presentes no son novedades en el transcurso de las sociedades humanas y que existe todo un archivo lleno de lecciones por aprender y por superar. Su malestar tiene pues una historia.

En *La historia como campo de batalla* (2012), Enzo Traverso regresa a Walter Benjamin y enfatiza la necesidad de modificar la perspectiva histórica hegemónica y por tanto reconstruir el pasado desde el punto de vista de los vencidos. La primera implicación de esta modificación sería sustituir la relación mecánica entre presente y pasado, que considera al segundo como experiencia definitivamente archivada, por una relación dialéctica en que la que el *Otrora* encuentra el *Ahora* (27). Este encuentro que no es temporal, sino figurativo y por tanto se condensa en forma de *imagen-aura*, abre la historia y consecuentemente la posibilidad de que el pasado inacabado pueda ser reactivado en el presente: “Entonces, es posible que de *la imagen de los ancestros sometidos* saque su fuerza una promesa de liberación inscrita en los combates del tiempo actual . . . escribir la historia significa entrar en resonancia con la memoria de los vencidos, cuyo recuerdo se perpetúa como *una promesa de redención insatisfecha*” (28).

Para el caso centroamericano –y esta es una de mis tesis centrales– escribir la historia de los vencidos significa necesariamente reconstituir su *story* y por esto mismo la literatura es esencial, sino indispensable. La literatura comunista centroamericana es la contra-historia de las versiones oficiales del Estado y por tanto es el lugar donde habitan todos los fantasmas irredentos de nuestro catastrófico pasado. Los miles de muertos de *el pequeño siglo XX centroamericano* habitan como imágenes las páginas literarias y aguardan allí su redención definitiva, por lo que dejar constancia de esta presencia y elaborarla en forma narrativa es una de las aspiraciones esenciales de esta escritura: Mármol, Dalton, las mujeres molinistas, Isabel, Martí, Sandino, Ama, Calero, Lyra, Estefanía, Luján, López, Buitrago, Fonseca, Lavinia, Payeras y los miles de muertos anónimos por ser indígenas, son fantasmas –presencias del nagual– que pueblan nuestra consciencia y que exigen su lugar en la realidad. La verdad es que no seremos

libres, sino que continuaremos como espíritus atormentados, en tanto no logremos la reconciliación definitiva con todos estos habitantes de nuestra historia (story).

5.1 REVOLUCIÓN DESDE ABAJO

El primer fantasma de esta historia es una fallida revolución *desde abajo*. Esta distinción es esencial para comprender el 32 salvadoreño pues da cuenta de su característica más determinante: no fue el resultado de la conspiración de un grupo reducido de militantes comunistas que lograron confundir a los campesinos indígenas del Occidente y por tanto los condujeron irresponsablemente a su muerte. Esta versión de la historia convierte a los rebeldes de Occidente en simples espectadores pasivos de la sociedad, capaces de acciones solamente si son orientados por un grupo especial de intelectuales iluminados. El mismo Mármol en reiteradas ocasiones insiste que la rebelión finalmente se desarrolló de forma independiente de la orientación política que los comunistas sostenían sobre el proceso. Esto expresa que los sucesos del 32 fueron la reacción violenta de un importante sector del campesinado indígena – fragmentariamente proletarizado– en contra de las condiciones de expropiación de tierras, explotación económica y de opresión racial a la que se veían sometidos por parte del Estado salvadoreño. La rebelión fue, aunque parcialmente inconsciente, un cuestionamiento político de las verdades sobre las que se asentaba el edificio social de esta república centroamericana. Sin esta conclusión es imposible explicar por qué los sucesos del 32 permanecieron en la consciencia colectiva en forma de silencio y no comenzaron a ser elaborados y recuperados hasta que una nueva oleada de radicalización apareciera en el mapa político latinoamericano en los 60. El

silencio y la tachadura histórica se explican por dos razones elementales. La primera de ellas fue la eliminación física de una mayoría abrumadora de los participantes en la rebelión, no hay que olvidar el hecho de que contemporáneamente tenemos acceso al testimonio de Mármol porque éste logró sobrevivir a la represión a pesar de haber sido fusilado. La segunda de ellas es más sutil. El Estado, a pesar de no ser una entidad biológica natural sino una construcción humana concreta, tiene una tendencia general a la búsqueda de su propia sobrevivencia y por lo tanto tiene como uno de sus propósitos centrales crear las condiciones que posibilitan su reproducción y su continuidad en el tiempo. Uno de los mecanismos más efectivos para garantizar su estabilidad es neutralizar física e ideológicamente todas aquellas dinámicas en su interior que ponen en riesgo su existencia misma. De estas dinámicas, sin lugar a dudas, las tendencias revolucionarias son las más peligrosas por cuanto tienen como origen un cuestionamiento a la autoridad social y pronostican la necesidad de encontrar formas de convivencia social más sofisticadas y elaboradas, donde las necesidades de los miembros de la comunidad sean realmente satisfechas. Es por esto, que luego de la eliminación física del brote revolucionario se hace necesaria una narrativa que haga coherente lo que de otra forma es un sinsentido: la masacre de 30 mil seres humanos. Esta narrativa –que fuera la expuesta con anterioridad: una conspiración de comunistas– se alternó con un silenciamiento de todo acto de memoria individual o colectiva que pretendiese construir una contra-narración o una narrativa que contradijera la oficialmente sancionada por el Estado. En ocasiones el mejor silencio tiene forma de mentira. Es por esto que a pesar de ser el 32 salvadoreño el origen del comunismo centroamericano, su incorporación lógica en la contra-narrativa que es la literatura comunista centroamericana no pudo ser posible sino hasta décadas después. Mi organización temporal de los textos lo que pretende entonces es restituir la forma *real* que tuvo el movimiento comunista

centroamericano. Sin esta restitución, los hechos y los textos aparecen inconexos y determinados por circunstancias absolutamente fortuitas, lo que implica la imposibilidad de encontrar sentido alguno en el devenir. Esta es precisamente otra de las tesis fundamentales de esta investigación: es posible rastrear un sentido y una voluntad colectiva que conecta todos los acontecimientos narrados por los textos comunistas acá estudiados.

No obstante, el negar que los comunistas dirigieran conscientemente la rebelión en contra del Estado salvadoreño no significa afirmar –como lo hace un grupo importante de investigadores– que los sucesos del 32 fueron impermeables al comunismo como teoría y como práctica y que la explicación última de lo acontecido debe rastrearse exclusivamente en elementos de identidad indígena. La forma misma de la revuelta, con ataques coordinados en contra de las instituciones y personas que encarnaban el poder estatal solamente es explicable como lucha de clases: explotados contra explotadores, oprimidos contra opresores. Hay que recordar que el comunismo no es primariamente un ideal, sino el nombre que tiene el movimiento de quienes reaccionan a los antagonismos sociales. Esta es la verdad que sostiene el *Miguel Mármol* una y otra vez, a saber, que la explicación última de la rebelión del 32 debe rastrearse en las que fuesen las condiciones materiales de la sociedad salvadoreña de la época y en particular en las que fuesen las condiciones materiales de vida de las masas campesinas del Occidente salvadoreño: pobreza extrema, jornadas laborales agotadoras, expropiación de tierras, racismo, un sistema electoral corrupto y sistemática represión política. Lo que *Miguel Mármol* señala entonces es que los sucesos del 32 fueron la respuesta desesperada de miles de campesinos indígenas en contra de un estado de las cosas que amenazaba directamente su sobrevivencia física. Esta verdad enfatizada por el *Miguel Mármol* es intraducible al lenguaje estatal, puesto que su traducción implicaría la admisión por parte de éste de su caducidad

histórica y de la necesidad de una nueva forma política. Por esto la respuesta del Estado fue primero las ametralladoras y luego una narrativa ideológica. Lo desconcertante es que este núcleo fundamental del *Miguel Mármol* haya sido de forma sistemática ignorado tanto por la crítica literaria como por la histórica y que los ejes de discusión hayan sido la pureza testimonial del texto o la polémica al respecto del rol concreto que los comunistas tuvieron en la insurrección. En ambas discusiones predominantes queda excluida la voluntad explícita del texto –hacer un balance crítico de la experiencia que permita a las nuevas generaciones aprender lecciones del pasado– pero aún más grave es que como resultado de ambos enfoques la agencia de los campesinos indígenas en su lucha contra el Estado salvadoreño queda reducida a la categoría de víctimas de las mentiras comunistas o a la de sujetos atemporales siempre en búsqueda de una identidad perdida y por tanto incapaces de acciones circunscritas en la modernidad. Consecuentemente, en ambas formulaciones queda excluida la posibilidad de una revolución *desde abajo*, es decir, de un movimiento político que organizado desde las bases avance hacia un cuestionamiento práctico del Estado y sus instituciones. De allí la necesidad de buscar constantemente un agente externo que explique los sucesos.

El fantasma del 32 fue también una interrupción en las vidas particulares de quienes lo vivieron, quizás el caso más dramático sea el *resurrecto* Mármol que regresa del más allá para *enderezar* la verdad subvertida por el Estado. Sin embargo, es necesario recordar el poema de Dalton y la idea de que la muerte se expande como plaga del *Éxodo* a través de toda la colectividad, y donde la muerte reina el amor se vuelve imposible, tal como sucede en *Cenizas de Izalco*. El amor imposible entre Frank e Isabel puede ser interpretado como la imposibilidad de consolidar dentro de un todo coherente y armónico impulsos contradictorios y por tanto la imposibilidad de los sujetos de avanzar hacia una situación en la que sus verdaderos deseos

puedan ser realizados. ¿No es acaso esta conclusión aplicable a todo el edificio social salvadoreño? ¿No fue acaso el 32 un intento fallido por armonizar dentro de un todo coherente los elementos dispersos y contradictorios que constituían la nación? El fallo significó una de las historias de represión política más violentas en una región ya de por sí acostumbrada a la violencia política y como consecuencia de ella la muerte devino esa suerte de sustancia gelatinosa descrita por Dalton que contamina toda nueva vida, todo nuevo comienzo. Todas estas lecciones, todas estas experiencias, todas estas conclusiones... ¿Son acaso totalmente anacrónicas y pertenecientes a un momento histórico superado y por tanto inútiles? Me parece que cualquier mirada por superficial que sea a la actualidad salvadoreña –una de las sociedades más violentas del planeta, con tasas altísimas de pobreza y desigualdad social– evidencia que las condiciones materiales que explican la insurrección del 32 se encuentran aún presentes en la actual configuración del Estado y que los miles de muertos con los que inicia el movimiento comunista centroamericano son aún fantasmas que esperan impacientemente su redención.

5.2 HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA

El segundo fantasma de esta historia, como todo buen espectro o aparición, tiene el don de la *bilocación* o la capacidad de aparecer en dos lugares (aunque en este caso no simultáneamente) y su nombre es *huelga general revolucionaria*. Rosa Luxemburgo fue la primera marxista en formalizar el concepto en un ensayo de 1906, que intentaba ser una generalización teórica de la experiencia rusa de 1905. Una de sus ideas centrales es que la huelga

general no es el resultado de tácticas premeditadas de los socialdemócratas³³, sino un fenómeno histórico producto de las contradicciones internas del capitalismo: “The mass strike is the first natural, impulsive form of every great revolutionary struggle of the proletariat and the more highly developed the antagonism is between capital and labour, the more effective and decisive must mass strikes become” (1). La huelga general como primer impulso natural de la clase trabajadora en aquellos *lugares* donde la contradicción entre trabajo y capital está más desarrollada, es una idea absolutamente necesaria para comprender lo acontecido tanto en Costa Rica en 1934 como en Honduras en 1954, puesto que permite trazar dos conclusiones esenciales e interrelacionadas al respecto de estos procesos. Efectivamente, ambas huelgas generales al interior de las plantaciones no fueron el producto de tácticas premeditadas de los comunistas que intervenían en ellas, sino el desenvolvimiento natural de la lucha de clases en medio del *lugar* creado por la expansión geográfica del capital norteamericano en Centroamérica a principios del siglo XX. Precisamente, una de las características fundamentales de la vida al interior de las plantaciones de la UFCO –vida que ha sido largamente ejemplificada a través de la literatura– fue la de una explosiva contradicción entre capital y trabajo, explicable en parte por los volúmenes de producción y por la inflexibilidad de la compañía en reducir sus tasas de ganancia y garantizar condiciones de vida mínimas para los trabajadores y sus familias. Fue este antagonismo entre capital y trabajo lo que obligase al proletariado agrícola centroamericano a entablar una lucha contra la UFCO por su sobrevivencia física y fue también esta aguda contradicción la que explica en gran medida que ambas huelgas alcanzaran una dimensión nacional y revolucionaria.

33 En 1906 socialdemócratas y comunistas representaban aún dos tendencias conflictivas dentro de las organizaciones socialistas europeas.

En “Para una crítica de la violencia”, Benjamin distingue dos tipos fundamentales de huelga. La primera de ellas corresponde a la huelga general política, que tiene como base de todas sus concepciones el reforzamiento del Estado, por cuanto luego de concesiones exteriores y de modificaciones en las condiciones laborales, supone un regreso al estadio previo a la suspensión del trabajo. El objetivo es por tanto una extensión del derecho garantizado por el conjunto de instituciones existentes. Al contrario, la huelga general revolucionaria se sostiene en “la decisión de retomar sólo un trabajo enteramente cambiado, un trabajo no impuesto por el Estado” (37). En consecuencia, este segundo tipo de huelga tiene potencialmente la capacidad de fundar un nuevo derecho, uno que no pertenezca al dominio estatal. Tanto el proceso costarricense como el hondureño parecen haber sido una sucesión dialéctica de ambas formas de huelga. Originalmente, estos movimientos se constituyeron como una negativa de los trabajadores de continuar sus labores en las condiciones preestablecidas por la UFCO y en demanda de modificaciones concretas: aumento de salarios, derecho a la organización sindical. Sin embargo, las características particulares del *lugar* donde se desarrollaron las huelgas –un enclave económico del capital internacional que funcionaba parcialmente en forma de Estado– y su estratégica posición respecto a la configuración político-económica de los Estados centroamericanos –las plantaciones conectaban a Centroamérica con el mercado mundial– determinó que sucediese un salto de cantidad en cualidad y consecuentemente el reclamo por una extensión en el régimen del derecho prevalente devino un cuestionamiento general de las relaciones de propiedad y por tanto se puso en peligro la existencia del *status quo*. Esto explica porque a pesar de la derrota física y política de ambas huelgas, fuese imposible regresar al estado anterior de las cosas y que la configuración misma del Estado tuviera que sufrir cambios fundamentales con la intención de sobrevivir y adaptarse a las nuevas condiciones.

Como se constatará, especialmente a través de los textos de Fallas y Amaya Amador, la literatura de tema bananero en Centroamérica no tuvo como eje constituir una narración de los procesos nacionales de huelga en sí, sino más bien, se enfocó en las que eran las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias dentro de las plantaciones de la UFCO. ¿Por qué esta focalización en la vida ordinaria y no en los sucesos extraordinarios relativos a la lucha contra la explotación? Una pista para responder a esta pregunta se encuentra en el poema citado de Neruda, específicamente en la primera línea: “No te conozco. En las páginas de Fallas leí tu vida . . .” (434). Si hubiese que pensar en la configuración específica que atraviesa a esta textualidad sería necesario constatar este énfasis en la lectura como uno de sus elementos centrales. Ahora bien, no se trata de la lectura como ocio creativo o como ejercicio etnográfico, sino que se trata de la lectura como interpelación política al sujeto que lee. Por lo tanto, una de las intencionalidades que anima al ciclo de literatura bananera centroamericana es la de convertir a los textos en mecanismos de *des-ideologización*, que mediante el recuento de las terribles condiciones de vida y trabajo en la UFCO, fuercen al lector a reconocer lo que se oculta en las versiones estatales al respecto de la economía de enclave y por tanto lo obliguen a tomar partido. El lector ideal de estos textos es de esta manera aquél o aquella que dice con Neruda: “Cambiaremos la vida para que tu linaje sobreviva y construya su luz organizada” (434). Es quizás en Fallas donde mejor y más claramente se elabora esta comprensión de la lectura como dispositivo que permite *quitarse la venda de los ojos*.

La naturaleza atraviesa como presencia a toda esta textualidad. De entrada habría que apuntar lo evidente: la naturaleza es omnipresente en esta literatura porque las acciones se desarrollan en medio de las selvas tropicales de Centroamérica, espacios que aún hoy operan como la *otredad* en relación a las sociedades humanas ístmicas y sus ciudades. Y esta *otredad* es

amenazante por cuanto nosotros los homínidos descendemos posiciones en la cadena alimenticia según nos adentramos en ella. La selva es el lugar del *nagual* y esto aterroriza nuestra percepción cotidiana. La primera aparición de la naturaleza en esta serie textual tiene forma de conflicto y se desarrolla dentro de la compilación de cuentos de Lyra. Es conflicto en la medida que Lyra introduce la teoría de la evolución dentro de la literatura como mecanismo de crítica a las imperantes concepciones ingenuas e idealizantes, propias de una mayoría abrumadora de la literatura *liberal* centroamericana precedente, que perciben la naturaleza como un lugar puro, exento de contradicciones y que promueven un regreso a lo que se considera el estado natural del ser humano. Sin embargo, se debe ser cuidadoso conceptualmente porque la recepción que hace Lyra de la teoría de la evolución no es darwinismo social, sino que se acerca a la recepción que el mismo Marx hiciera de ésta y que es explicada por Trotsky:

Whoever has come to understand that evolution proceeds through the struggle of antagonistic forces; that a slow accumulation of changes at a certain moment explodes the old shell and brings about catastrophe, revolution; whoever has learned finally to apply the general laws of evolution to thinking itself, he is a dialectician, as distinguished from vulgar evolutionist. Dialectic training of the mind demands approaching all problems as *processes* and not as motionless categories. Whereas vulgar evolutionist, who limit themselves generally to recognizing evolution in only certain spheres, content themselves in all other questions with the banalities of “common sense”. (D’ Amato 33)

Lo que hace Lyra es introducir en sus cuentos una concepción de la naturaleza como movimiento, cuya forma misma es el resultado de la lenta acumulación conflictiva entre fuerzas

antagónicas operando en su interior, las cuales, en ciertos momentos extraordinarios, cuando el depósito de contradicciones cuantitativas se acelera en el tiempo, saltan en una explosión cualitativa que modifica el aspecto previo de la realidad y la abre a nuevas formas y procesos. Hay por tanto en la textos de Lyra una filosofía de la naturaleza. La implicación más inmediata de esta concepción de lo natural puede ser formulada como pregunta: si el movimiento conflictivo es la característica más determinante de la naturaleza, ¿por qué debería ser distinto en las sociedades humanas que son formaciones naturales a fin de cuentas? y ¿cuáles serían entonces las fuerzas antagónicas en conflicto dentro de las plantaciones de la UFCO?

La segunda aparición de la naturaleza en el ciclo de la novela del banano centroamericana es como presencia opresiva y amenazante, siempre exterior al ser humano. Esta dinámica es especialmente clara en *Mamita Yunai*, aunque también aparece en *Prisión Verde*, en ambos textos, de una forma u otra, los protagonistas se hayan siempre escindidos de su contexto natural y esta escisión los hace generalizar la relación opresiva que genera la UFCO, como una relación del sujeto con la totalidad. Sin embargo, esta escisión no es ontológica, es decir, no pertenece al ser de la realidad, sino que es histórica y susceptible de explicación: los trabajadores-personajes de las plantaciones bananeras perciben la naturaleza siempre como opresión y amenaza porque su trabajo es *trabajo alienado*. Marx explica la alienación del trabajo como resultado del hecho económico de que la actividad del trabajador no está dirigida hacia la satisfacción de sus necesidades, sino que se constituye tan solo en un medio para satisfacer otras necesidades, esto por cuanto no realiza un trabajo que le es propio, sino uno que le pertenece a otra persona y en tanto, mientras trabaja, el trabajador no se pertenece a sí mismo. Una consecuencia inmediata de esta lógica económica es que el trabajador perciba siempre su trabajo como externo, como *trabajo forzado* y solamente se sienta propietario de sí mismo en sus horas de ocio. La alienación

del trabajo fragmenta al sujeto al respecto de los objetos y del mundo objetivo que produce, por cuanto no le pertenece, así como de su propio trabajo como actividad, por ser éste esencialmente *vida vendida* en forma de tiempo a un otro externo. También, Marx comprende la naturaleza como el cuerpo inorgánico del ser humano o el cuerpo humano general que excluye al cuerpo humano individual: “Decir que el hombre *vive* de la naturaleza significa que la naturaleza es su *cuerpo*, con el cual debe permanecer en continuo intercambio para no morir” (*Manuscritos Económico Filosóficos* 110). Este intercambio tiene dos formas fundamentales, como medio directo de vida y como el objeto material y el instrumento de su actividad vital (110). Consecuentemente, los proletarios centroamericanos perciben la naturaleza como una entidad hostil y externa en la medida que su intercambio con ella está mediatizado por la dependencia que se ven obligados a mantener con la UFCO. Esta entidad impide, a través del salario, una relación directa entre el cuerpo individual y el cuerpo inorgánico de los trabajadores, a la vez que mediante la propiedad privada se adueña legalmente de los materiales necesarios para trabajar, así como de los objetos que este mismo trabajo produce.

Es posible señalar así que el segundo fantasma comunista centroamericano –la huelga general revolucionaria– fue mucho más que un movimiento de reivindicaciones políticas y económicas mínimas, sino que en su misma formulación práctica se encontraba el germen de una voluntad por superar la alienación que los trabajadores percibían al respecto de los productos de su trabajo, de su propia actividad, los unos de los otros y de la naturaleza misma. Una voluntad por superar la fragmentación entre mundo objetivo y subjetivo, una voluntad entonces de totalidad.

5.3 INSTIGADORES CONSCIENTES Y ORGANIZADOS

El tercer fantasma de esta historia es el sujeto que deviene *instigador natural de la rebelión de los infelices*. En palabras de Guevara:

Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad. Quizás sea uno de los grandes dramas del dirigente; éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos, a las causas más sagradas y hacerlo único, indivisible. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita. (“El socialismo y el hombre en Cuba”)

Este nuevo sujeto guiado por profundos sentimientos de amor, de espíritu apasionado y de cabeza fría, que nunca descansa y sin más amigos que sus camaradas de lucha es el correlato subjetivo de lo que puede ser descrito como una *nueva teoría de la revolución* y por tanto una *nueva teoría de la organización revolucionaria*. Como fuese señalado, la guerrilla se constituyó, en gran medida, como la negación de las nociones teóricas que imperaban en la práctica política de los partidos comunistas latinoamericanos. De estas nociones, quizás la que más significativamente desafiara la guerrilla fue la de revolución por etapas, la cual insistía en la necesidad de atravesar primero una fase democrática, dirigida por las burguesías nacionales contra el imperialismo, que eventualmente abriría las puertas a la clase trabajadora y su

revolución socialista. Lo que el estalinismo no quería o no podía ver era que la forma institucional misma de las naciones de la periferia semicolonial era resultado de la expansión del capitalismo como sistema global, y no resultado del atraso histórico particular de las burguesías al respecto de la constitución de su propio Estado: las clases dominantes de los países pobres no tenían la más mínima intención de desafiar el poder político, económico y militar del imperialismo y se conformaban con recibir una parte de las ganancias producto de la circulación del capital. Esta situación significaba una parálisis en el movimiento de masas debido a que el estalinismo insistía una y otra vez en que las *condiciones objetivas* de la revolución socialista no existían aún. Esta parálisis era especialmente grave en países como Cuba o Nicaragua que padecían por años de regímenes dictatoriales con poca o ninguna apertura democrática. La contradicción tenía que resolverse y la Revolución Cubana fue la primera en ofrecer una alternativa real a la hegemonía estalinista. La alternativa guerrillera estaba fundamentada en una visión *voluntarista* del proceso revolucionario cuya primera fase consistía en la fundación de una unidad armada móvil capaz de iniciar hostilidades militares en contra del ejército estatal, la perspectiva era que la lucha armada de una pequeña vanguardia política modificaría las circunstancias subjetivas (la conciencia de las masas) quienes tomarían partido en contra del Estado y en apoyo de la guerrilla. Los campesinos pobres y desprovistos de tierra eran los sectores de masas que la guerrilla pretendía prioritariamente despertar por medio de su ejemplo impecable. El guerrillero se convertía de esta manera en un reformador agrario que mediante la violencia organizada intentaba destruir el ordenamiento político-jurídico que sostenía en el tiempo una injusta distribución de la tierra. En el caso centroamericano, el modelo guerrillero de inspiración guevarista cosechó una victoria parcial en Nicaragua y una derrota aplastante con miles de muertos en Guatemala.

Los textos de la Revolución Sandinista, si son organizados correctamente en un marco histórico coherente, revelan la narrativa de naturaleza épica más significativa y consistente de la historia cultural centroamericana. La épica inicia en medio de la naturaleza y la guerra, con la negativa de un sujeto de aceptar las condiciones políticas que impone la expansión geográfica del capital norteamericano, negativa que significa de suyo la necesidad de organizar la violencia de *los infelices*, el matar y el morir, contra el aparato militar más desarrollado de la evolución social humana. El David colonial emprende la guerra de guerrillas contra el Goliat colonizador. Los resultados son desiguales, el colonizador se retira derrotado militarmente, pero reemplaza su estrategia previa de confrontación directa, por una en que los nicaragüenses se enfrentarán los unos contra los otros. Sandino es finalmente asesinado y el poder ocupado por una dinastía dictatorial y, sin embargo, la muerte del *instigador* no significa su desaparición: Sandino deviene espectro y se instala en el inconsciente político colectivo de Nicaragua y desde allí espera su redención.

Carlos Fonseca Amador, otro *instigador*, percibe esta presencia de Sandino como fantasma en la realidad política nicaragüense y la comienza a elaborar organizativa y narrativamente. El guerrillero identifica así un ritmo en el movimiento histórico de Nicaragua y propone un horizonte de sentido desde el cual orientar la práctica política de las masas. La narrativa no era especialmente compleja o elaborada: la lucha iniciada por Sandino en las montañas de las Segovias no ha terminado aún, Nicaragua no será un país libre en tanto el Estado fundado por la ocupación norteamericana no desaparezca y nuestro deber político es garantizar esta desaparición. Fonseca Amador hace de Sandino una *imagen-aura* a través de la cual el presente se encuentra con el pasado y asume la vigencia vengadora que tiene con él.

Los ensayos políticos de Fonseca Amador son precisamente el lugar desde el cual esta narrativa es elaborada y donde las consecuencias organizativas de la misma son explicadas y establecidas. La narrativa entonces se hace cuerpo en el Frente Sandinista para la Liberación Nacional y por tanto estos textos tienen una dimensión que solamente puede ser explicada como praxis:

Marx subraya el carácter real, objetivo, de la praxis en cuanto transforma el mundo exterior que es independiente de su conciencia y de su existencia. El objeto de la actividad práctica es la naturaleza, la sociedad o los hombres reales. El fin de esa actividad es la transformación real, objetiva, del mundo natural o social para satisfacer determinada necesidad humana. Y el resultado es una nueva realidad, que subsiste independientemente del sujeto o de los sujetos concretos que la engendraron con su actividad subjetiva, pero que, en definitiva, solo existe por el hombre y para el hombre, como ser social. (Sánchez Vázquez 271)

Los ensayos políticos de Fonseca Amador son praxis porque su objeto es la sociedad nicaragüense en medio de la dictadura somocista y el fin de esta escritura es la transformación real, objetiva, de la forma institucional de esta misma sociedad, es decir, la destrucción del Estado de la dictadura y de la violencia organizada que garantiza su existencia, la Guardia Nacional. Esta transformación es prerequisite fundamental para una nueva forma de organización político-social que represente los intereses generales de las masas nicaragüenses y no los intereses particulares de un grupo que se enriquece al empobrecer al resto de la población. Además, estos textos son praxis porque efectivamente contribuyeron en la constitución de una

nueva realidad social, la sociedad revolucionaria nicaragüense post dictadura, que existió de forma independiente del mismo Carlos Fonseca, *instigador* que la concibiera mediante su actividad subjetiva, tanto como político, como ensayista revolucionario.

Al respecto de Guatemala, lo primero por señalar es que el Estado cometió un genocidio en contra de sus comunidades indígenas, una mayoría abrumadora de la población. La sola constatación de este hecho, sitúa los sucesos guatemaltecos como un capítulo aparte de la historia latinoamericana de *la guerra contra el comunismo*. Los muertos de Guatemala sola, fácilmente superan la suma de la totalidad de muertos producto del ascenso revolucionario que recorriera la Latinoamérica post Revolución Cubana. Ninguna nación de la región tiene tantos fantasmas en su conciencia y los fantasmas de este pasado se encuentran con los fantasmas de otros pasados. Bartolomé de las Casas narra en el siglo XVI una escena guatemalteca que parece tener cualidades cíclicas:

Desde que los indios vieron que con tanta humildad, ofertas y paciencia y sufrimiento no podían quebrantar ni ablandar corazones tan inhumanos y bestiales, y que tan sin apariencia ni color de razón, y tan contra ella los hacían pedazos, viendo que así como así habían de morir, acordaron de convocarse y juntarse todos y morir en la guerra, vengándose como pudiesen de tan crueles e infernales enemigos, puesto que bien sabían que siendo no sólo inermes, pero desnudos, a pie y flacos, contra gente tan feroz, a caballo y tan armada, no podían prevalecer sino al cabo ser destruidos. (117)

Evidentemente, no existe tan solo una historia reciente de Guatemala, sino dos, y lo que la otra versión relata es la historia de una guerra civil motivada por la infiltración de los

comunistas dentro de las comunidades indígenas, presencia que debía ser extirpada como una infección del cuerpo social, con la intención de que el Estado, sostén de las libertades, sobreviviera y pudiera seguir garantizando un régimen de derecho. Nuevamente, la versión de los vencedores insiste en interpretar la movilización social como resultado de la influencia de un agente externo. Las comunidades indígenas eran pues felices y plenas hasta que llegaron los comunistas y lo arruinaron todo.

A Mario Payeras le corresponde la responsabilidad de haber escrito una parte central de la historia de los vencidos guatemaltecos, no solamente desde una forma literaria-testimonial, sino también desde una perspectiva teórica desplegada en sus ensayos políticos. Esta razón sola hace de estos textos material esencial para comprender los sucesos revolucionarios en la que fuera la capital centroamericana. Sin embargo, mi criterio es que los textos de Payeras son indispensables porque en ellos se encuentra una crítica a la guerrilla como modelo organizativo de la práctica revolucionaria. Las circunstancias históricas, específicamente el hecho de que la guerrilla guatemalteca fuera el último frente revolucionario abierto en el siglo XX latinoamericano, fueron las que le permitieron a Payeras elaborar un balance crítico de estas experiencias mientras aún vivía. Al contrario de otros líderes guerrilleros centroamericanos como Joaquín Villalobos del ERP³⁴ salvadoreño, Payeras rompe con la guerrilla sin romper a su vez con el marxismo y señala la necesidad de regresar al leninismo e intenta fundar un partido como instrumento de combate para la clase trabajadora. Este retorno del guevarismo al leninismo es único en el devenir de los principales dirigentes guerrilleros latinoamericanos³⁵. El eje de la

34 Dirigente del Ejército Revolucionario del Pueblo, una de las organizaciones que luego conformarían el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador. Además de responsable político de la muerte de Roque Dalton.

35 Evidentemente, la imposibilidad de revisar sus experiencias está relacionada al hecho de que la mayoría de ellos fueron asesinados.

crítica de Payeras al guevarismo puede ser sintetizado en la noción de *substitutismo*. Como se ha visto, una de las ideas centrales expuestas por Guevara en su manual de guerra es que acciones ejemplares llevadas adelante por una vanguardia armada pueden modificar la conciencia de las masas en una dirección potencialmente revolucionaria. El problema esencial con esta perspectiva de la lucha revolucionaria es que se convierte en una versión de *socialismo desde arriba*, por cuanto presupone que el germen de la nueva sociedad, el socialismo, está ya constituido al interior de esta vanguardia política y por tanto lo único necesario es que sea asumido y llevado a la práctica por las masas. La guerrilla intenta de esta manera *substituir* por medio de su práctica aislada y ejemplarizante la movilización de las masas autodeterminadas y autoorganizadas, que es en última instancia el único germen real de una potencial nueva sociedad. La conciencia *cosificada* no se modifica por el ejemplo de los otros, por más revolucionarios e impecables que éstos sean, sino por la participación activa del sujeto dentro del conflicto social. Esta verdad, la del *socialismo desde abajo*, fue la conclusión teórica a la que llegase Payeras luego de balancear críticamente sus experiencias en la lucha de clases guatemalteca, conflicto que es quizás el ejemplo más dramático de que la voluntad sola del sujeto *instigador* no es suficiente para destruir el Estado y abrir camino a una sociedad de iguales.

Para finalizar, queda tan solo una pregunta por responder: ¿Cuáles es la lección político-histórica que la literatura comunista centroamericana relata al respecto de las experiencias revolucionarias del pequeño siglo XX? Que las posibilidades de una victoria revolucionaria y de la apertura de una vía al socialismo están en función de una articulación orgánica y dialéctica de las tres presencias que quedasen acá conceptualizadas como fantasmas. En primera instancia, es necesario un movimiento *desde abajo* donde los sectores explotados y oprimidos de la sociedad se autoorganicen con una tendencia revolucionaria de cuestionamiento a la autoridad social. Esta

dinámica queda ejemplificada en los sucesos salvadoreños de 1932. En segunda instancia, es necesario que este movimiento paralice la circulación del capital, mediante la interrupción generalizada del trabajo y que no se limite a un ataque en contra de las instituciones que representan el poder del Estado. Es claro, que la fractura del circuito de economía capitalista solamente puede ser realizada por la clase trabajadora mediante una *huelga general revolucionaria*. Esto sucedió tanto en Costa Rica como en Honduras, durante los procesos de lucha proletaria acá estudiados. En tercera y última instancia, es necesaria una organización consciente de *instigadores* revolucionarios que intervengan de forma práxica y desde el interior al movimiento de masas y lo orienten en una dirección contraria al capitalismo, que no puede ser otra que el socialismo. Esta voluntad práxica, aunque distorsionada por el substitutismo, es posible rastrearla tanto en el FSLN nicaragüense como en el EGP guatemalteco. La gran tragedia entonces de la revolución centroamericana durante el pequeño siglo XX fue que los tres fantasmas se aparecieron en la historia, pero de forma disgregada y no como movimiento armónico. ¿Será acaso que la aparición conjunta de los tres fantasmas es una imposibilidad histórica? No puede haber desde luego una respuesta directa a esta pregunta, en tanto está dirigida al futuro, lo evidente al menos es que no existe ninguna fatalidad histórica, externa a la práctica humana general, que lo impida: el futuro está por tanto abierto.

6.0 BIBLIOGRAFÍA

- 1932: *Cicatriz De La Memoria*. Dir. Jeffrey L. Gould. Museo de la Palabra y la Imagen. Web. 27 Sept. 2014.
- Acuña Ortega, Víctor. *La huelga bananera de 1934*. San José, C.R.: CENAP-CEPAS, 1984. Print.
- Alegría, Claribel, and Darwin Flakoll. *Cenizas de Izalco*. San Salvador: Concultura, 1997. Print.
- . *Nicaragua, La Revolución Sandinista: Una crónica política, 1855-1979*. México, D.F.: Ediciones Era, 1982. Print.
- Amaya Amador, Ramón. *Prisión Verde*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria, 1987. Print.
- Anderson, Jon Lee. *Che Guevara: una vida revolucionaria*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2007. Print.
- Anderson, Thomas P. *Matanza; El Salvador's Communist Revolt of 1932*. Lincoln: U of Nebraska, 1971. Print.
- Araya Solano, Seidy y Flora Ovares Ramírez. "Las manifestaciones intertextuales de Bananos y Hombres de Carmen Lyra." *Kánina* 9.2 (1985): 103-08. Web.
- Badiou, Alain. *El Siglo*. Buenos Aires: Manantial, 2005. Print.
- . "La idea del comunismo". *Sobre la idea del comunismo*. Ed. Hounie, Analía. Buenos Aires: Paidós, 2010. Print.
- Barahona, Marvin. *El silencio quedó atrás: testimonios de la huelga bananera de 1954*. Tegucigalpa, Honduras: Editorial Guaymuras, 1994. Print.
- Belli, Gioconda. *La mujer habitada*. Barcelona: Seix Barral, 2010. Print.
- Benjamin, Walter. *Para una crítica de la violencia, y, otros ensayos: Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 1998. Print.

- Benítez, Pablo. "Testimonio, ficción e historia en Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador, de Roque Dalton." (2007): 1-17. Universidad de El Salvador. Web. 27 Sept. 2014.
- Bensaid, Daniel. "Alain Badiou and the Miracle of the Event." *Marxist Internet Archive*. www.marxist.org, 18 Jan. 2010. Web. 12 Sept. 2015.
- Beverley, John. *La interrupción del subalterno*. La Paz, Bolivia: Plural Editores, 2010. Print.
- Beverley, John y Marc Zimmerman. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: U of Texas, 1990. Print.
- Bosteels, Bruno. *Marx and Freud in Latin America: Politics, Psychoanalysis, and Religion in times of Terror*. London: Verso, 2012. Print.
- Brignoli, Héctor Pérez. *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza Editorial, 1985. Print.
- Cabezas, Omar. *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*. Salamanca: Nuevos Textos, 1984. Print.
- Cardenal, Ernesto. *Antología*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1996. Print.
- Casas, Bartolomé De Las. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Cátedra, 1996. Print.
- Cerdas Mora, Jaime. *La otra vanguardia: memorias*. San José, Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1993. Print.
- Ching, Erik Kristofer, López Bernal Carlos Gregorio, y Virginia Tilley. *Las masas, la matanza y el martinato en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 2007. Print.
- Ching, Erik Kristofer, Lindo-Fuentes, Héctor, Rafael Lara Martínez, and Knut Walter. *Recordando 1932: La matanza, Roque Dalton y la política de la memoria histórica*. San Salvador: FLACSO-Programa El Salvador, 2010. Print.
- Colom, Yolanda. *Mujeres en la alborada: guerrilla y participación femenina en Guatemala, 1973-1978: Testimonio*. Guatemala: Artemis & Edinter, 1998. Print.
- D'Amato, Paul. *The Meaning of Marxism*. Chicago: Haymarket, 2014. Print.
- Dalton, Roque. *Miguel Mármol: Los sucesos de 1932 en El Salvador*. La Habana: Casa de las Américas, 1983. Print.
- . *No pronuncies mi nombre: Poesía completa*. San Salvador: DPI, 2005. Print.

- . *En la humedad del secreto: Antología poética de Roque Dalton*. San Salvador, El Salvador, C.A.: Dirección de Publicaciones e Impresos, CONCULTURA, 1994. Print.
- Debray, Régis. *¿Revolución en la revolución?* La Habana: Casa de las Américas, 1967. Print.
- Delgado Aburto, Leonel. *Excéntricos y periféricos: escritura autobiográfica y modernidad en Centroamérica*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2012. Print.
- Derrida, Jacques. *Espectros de Marx: El Estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. Madrid: Trotta, 1995. Print.
- Didi-Huberman, Georges. *Ante el tiempo: Historia del arte y anacronismos de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2005. Print.
- Duchesne Winter, Juan. *La guerrilla narrada: acción, acontecimiento, sujeto*. San Juan, P.R.: Ediciones Callejón, 2010. Print.
- Echeverría, Bolívar. *La mirada del ángel: En torno a las Tesis sobre la historia, de Walter Benjamin*. México: Era, 2005. Print.
- Fallas, Carlos Luis. *Obra Narrativa*. San José: Editorial Costa Rica, 2009. Print.
- Figueroa Ibarra, Carlos. "Centroamérica: entre la crisis y la esperanza (1978-1990). *Historia general de Centroamérica*, Vol.6. Madrid: Ed. Siruela, 1993. Print.
- Fonseca Amador, Carlos. *Bajo la bandera del sandinismo*. Managua, Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1982. Print.
- Fonseca, Elizabeth. *Centroamérica: Su historia*. San José, Costa Rica: FLACSO, 1998. Print.
- Franco, Jean. *Cruel Modernity*. Durham: Duke UP, 2013. Print.
- García, Graciela A. *Páginas de lucha revolucionaria en Centroamérica*. México: Ediciones Linterna, 1971. Print.
- Gould, Jeffrey L. y Aldo Lauria-Santiago. *1932: Rebelión en la oscuridad*. San Salvador: Ediciones Museo de la Palabra y la Imagen, 2008. Print.
- Guevara, Che. *La Guerra De Guerrillas*. Melbourne, Vic.: Ocean Sur, 2006. Print.
- . "El socialismo y el hombre en Cuba." *www.marxist.org*. Marxist Internet Archive, n.d. Web. 20 Sept. 2015.
- Gutiérrez, Joaquín. *Puerto Limón*. Santiago: Nascimento, 1950. Print.

- Harlow, Barbara. "Testimonio and Survival: Roque Dalton's Miguel Marmol." *Latin American Perspectives* 18.4 (1991): 9-21. *JSTOR*. Web.
- Harvey, David. *Justice, Nature, and the Geography of Difference*. Cambridge, MA: Blackwell, 1996. Print.
- Herrera, Leticia. *Guerrillera, mujer y comandante de la Revolución Sandinista*. Barcelona: Icaria Editorial, 2013. Print.
- Hodges, Donald C. *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution*. Austin: U of Texas, 1986. Print.
- Molina Jiménez, Iván, Carmen Lyra, y Carlos Luis Fallas. *Ensayos políticos*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2000. Print.
- Kohan, Néstor. "Un diálogo con Roque Dalton y Lenin, desde la izquierda revolucionaria del siglo XXI". *Materiales de la Revista Casa de las Américas. De/sobre Roque Dalton*. La Habana, Cuba: Casa, 2010. Print.
- Lara Martínez, Rafael. *Del dictado: Miguel Marmol, Roque Dalton y 1932, Del cuaderno (1966) a la "novela-verdad" (1972)*. San Salvador: Editorial Universidad Don Bosco, 2007. Print.
- López Pérez, Rigoberto. "Confesión de un soldado." *Poesía Latinoamericana*. Poesía Latinoamericana, 11 Mar. 2013. Web. 08 Jan. 2015.
- Löwy, Michael. *El marxismo en América Latina: Antología, desde 1909 hasta nuestros días*. Santiago: LOM Ediciones, 2007. Print.
- . *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios: la evolución política de Lukács, 1909-1929*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1978. Print.
- . *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Buenos Aires: Herramienta y El Colectivo, 2010. Print.
- Luján Muñoz, Jorge. *Breve historia contemporánea de Guatemala*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. Print.
- Luxemburgo, Rosa. "The Mass Strike, the Political Party and the Trade Unions." www.marxist.org. Marxist Internet Archive, 01 Dec. 2008. Web. 20 Sept. 2015.
- Lyra, Carmen. *Los otros cuentos de Carmen Lyra*. San José: Editorial Costa Rica, 1985. Print.
- Marx, Karl y Friedrich Engels. *El Manifiesto Comunista*. New York: Pathfinder, 2008. Print.

- Marx, Karl. *El capital. Crítica de la economía política*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986. Print
- . *Marx y su concepto del hombre por Erich Fromm: Karl Marx: Manuscritos económico-filosóficos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005. Print.
- Mackenbach, Werner y Valeria Grimberg Pla. "Banana novel revis(it)ed: etnia, género y espacio en la novela bananera centroamericana. El caso de Mamita Yunai." *Iberoamericana (2001-)* Nueva época 6.23 (2006): 161-76. Web.
- Martínez, Juan Ramón. *Ramón Amaya Amador: Biografía de un escritor*. Tegucigalpa, Honduras, C.A.: Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Editorial Univeritaria, 1995. Print.
- Mora, José Eduardo. "Carlos Luis Fallas. El Manifiesto Comunista me cambió la vida" *Semanario Universidad*, 29 Mar. 2011. Web. 02 Nov. 2014.
- Moretti, Franco. *The Way of the World: The Bildungsroman in European Culture*. London: Verso, 1987. Print.
- Menchú, Rigoberta y Elisabeth Burgos-Debray. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1994. Print.
- Navas Miralda, Paca. *Barro*. Honduras: Editorial Guaymuras, 1992. Print.
- Neruda, Pablo. *Canto General*. Madrid: Cátedra, 1990. Print.
- Ortiz, María Salvadora. "La novela de plantación bananera centroamericana: espacio de reconstrucción de la memoria". *Murales, figuras, fronteras: narrativa e historia en el Caribe y Centroamérica*. Madrid: Iberoamericana, 2003. Print.
- Payeras, Mario. *El trueno en la ciudad: episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala*. México: J. Pablos Editor, 1987. Print.
- . *Los fusiles de octubre: ensayos y artículos militares sobre la revolución guatemalteca, 1985-1988*. México: J. Pablos, 1991. Print.
- . *Los días de la selva*. Guatemala: Editorial Piedra Santa, 1998. Print.
- Picado, Manuel. "Carlos Luis Fallas: visión de conjunto." *Revista Iberoamericana* 53.138 (1987): 219-31. Web.
- Posas, Mario. "La plantación bananera en Centroamérica (1870-1929)". *Historia general de Centroamérica*, Vol.4. Madrid: Ed. Siruela, 1993. Print.

- Pujol, Annie Lemistre. *Carmen Lyra: El cuento de su vida*. San José, Costa Rica: Editorial Librería Alma Máter, 2011. Print.
- Putnam, Lara. *The Company They Kept: Migrants and the Politics of Gender in Caribbean Costa Rica, 1870-1960*. Chapel Hill: U of North Carolina, 2002. Print,
- Ramírez, Sergio. *Adiós muchachos*. Madrid: Punto De Lectura, 2011. Print.
- . *Las Armas Del Futuro*. Managua, Nicaragua: Editorial Nueva Nicaragua, 1987. Print.
- Rodríguez, Ana Patricia. *Dividing the Isthmus Central American Transnational Histories, Literatures, and Cultures*. Austin: U of Texas, 2009. Print.
- Rivera Larios, Álvaro. "Las historias prohibidas de Miguel Mármol." *ELFARO.NET / El Primer Periódico Digital Latinoamericano*. ELFARO.NET, 20 Nov. 2007. Web. 27 Sept. 2014.
- Rugama, Leonel. "Poemas." *Guaragua* 7.16 (2003): 146-54. *JSTOR*. Web. 8 Jan. 2015.
- . *Poemas*. Managua, Nicaragua: Editorial Urbe, 1986. Print.
- Sánchez Sanz, José y Pedro Piedras Monroy. "A propósito de Walter Benjamin: nueva traducción y guía de lectura de las "Tesis de filosofía de la historia"." *Duererías. Analecta Philosophiae* 2.2 (2011): 1-32. Web.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. *Filosofía De La Praxis*. México, D.F.: Siglo XXI, 2003. Print.
- Sandino, Augusto César. *Pensamiento Político*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1988. Print.
- Samper, Mario. "Café, trabajo, y sociedad en Centroamérica (1870-1930)". *Historia general de Centroamérica*, Vol.4. Madrid: Ed. Siruela, 1993. Print.
- Schmidt, Alfred. *El concepto de naturaleza en Marx*. Tres Cantos, Madrid: Siglo XXI, 2011. Print.
- Traverso, Enzo. *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2012. Print.
- Trotsky, León. *Historia de la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Editorial Antídoto, 2006. Print.
- Tischler Visquerra, Sergio. *Imagen y dialéctica: Mario Payeras y los interiores de una constelación revolucionaria*. Guatemala: F&G Editores, 2009. Print.
- Zimmermann, Matilde. *Sandinista: Carlos Fonseca and the Nicaraguan Revolution*. Durham: Duke UP, 2000. Print.

Zizek, Slavoj. "Cómo volver a empezar... desde el principio". *Sobre la idea del comunismo*. Ed. Hounie, Analía. Buenos Aires: Paidós, 2010. Print.

---. *El acoso de las fantasías*. México: Siglo XXI, 1999. Print.

---. *Repetir Lenin: Trece tentativas sobre Lenin*. Tres Cantos: Akal, 2004. Print.